Dominio y reflexión

Viajes reales y viajes imaginarios en la Europa moderna temprana (siglos XV a XVIII)

María Juliana Gandini, Malena López Palmero,
Carolina Martínez y Rogelio C. Paredes

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Dominio y reflexión
Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV a XVIII)

COLECCIÓN SABERES CS

Dominio y reflexión
Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV a XVIII)

María Juliana Gandini, Malena López Palmero,
Carolina Martínez y Rogelio C. Paredes

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano
Héctor Hugo Trinchero

Vicedecana
Ana María Zubieta

Secretaria Académica
Graciela Morgade

Secretaria de Hacienda y Administración
Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil
Silvana Campanini

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretario de Investigación
Claudio Guevara

Secretario de Posgrado
Pablo Ciccolella

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones
Rubén Mario Calmels

Prosecretario de Publicaciones
Matías Cordo

Coordinadora Editorial
Julia Zullo

Consejo Editor
Amanda Toubes
Lidia Nacuzzi
Susana Cella
Myriam Feldfeber
Silvia Delfino
Diego Villarroel
Germán Delgado
Sergio Castelo

Dirección de Imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofia y Letras
Colección Saberes

Edición: Liliana Cometta

Revisión y corrección de traducciones del italiano: Constanza Marello

Diseño de tapa e interior: Pica y punto. Magali Canale-Fernando Lendoiro

Imagen de tapa: De Bry, Theodoro, *The arrival of the Englishmen in Virginia*, 1590.

Dominio y reflexión. Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV a XVIII) / María Juliana Gandini, Malena López Palmero, Carolina Martínez y Rogelio Paredes. - 1a ed. -
Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2011.
272 p.; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN: 978-987-1785-04-9

1. Relatos de Viajes. I. María Juliana Gandini.
CDD 910

ISBN: 978-987-1785-04-9

© Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2011
Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606, int. 167 - editor@filo.uba.ar

Introducción
Dominio y reflexión, o los sutiles caminos del mestizaje

Rogelio C. Paredes

Los relatos de los viajeros y colonizadores europeos en América, África y Oceanía constituyen el acervo de textos quizás más genuino de la modernidad, debido a su impronta específica y singular. Ninguna otra cultura, en ningún otro momento de la historia, ha construido una experiencia del mundo, de su expansión de ultramar, del modo sistemático y prácticamente universal con que lo han hecho los europeos entre los siglos XV y XIX. Por esta razón, la literatura de viajes se ha constituido en una fuente ineludible para el estudio de la historia universal y ha alumbrado un abanico de interpretaciones muy amplio sobre los fenómenos de exploraciones, conquistas, explotaciones, traumas y renovaciones materiales, culturales e ideológicas.

Es comprensible entonces que, hasta el inicio de los procesos de descolonización de la segunda posguerra, la historiografía europea del siglo XX haya encontrado en el descubrimiento y la colonización de los mundos ultramarinos el núcleo más vigoroso y perdurable de su concepción eurocéntrica de la historia, concibiéndolo como parte de un proceso épico de civilización que impuso el predominio de Europa

sobre las otras "razas" de las tierras descubiertas. Las guerras mundiales y, sobre todo, las transformaciones socioculturales que afectaron el mundo durante la segunda mitad del siglo XX han dejado su huella en esa tradicional perspectiva, desterrando motivos épicos y exaltaciones nacionales y manteniendo una línea de interpretación que persigue más bien la indagación en los motivos, los métodos y las realizaciones de los exploradores y conquistadores del Nuevo Mundo antes que el sistemático reclamo de hazañas y singularidades que enfatizaban los autores ufanos de la contribución de su país y de su continente a la empresa de la –hasta entonces– indiscutida civilización.

El retroceso del imperialismo europeo, entonces, ha llevado a una reconsideración –por momentos verdaderamente muy rigurosa– del legado de Europa al mundo. Por otra parte, el peso cada vez mayor de la antropología social y cultural, los avances de la sociología de la cultura y de la arqueología a nivel planetario y, sobre todo, la crisis misma del paradigma ideológico europeo –con su radical revisión de la linealidad de los procesos históricos y su hasta inconmovible confianza en un progreso único y "universal" para la humanidad– han llevado a una reconsideración de los legados no europeos de las antiguas sociedades "primitivas", "bárbaras" y "exóticas" como así también de las ineluctables consecuencias sociales, demográficas, sociológicas y culturales de la expansión ultramarina de Europa en las sociedades de los otros continentes.

En este contexto de prolongada renovación historiográfica, el objetivo general del proyecto de investigación que bajo el título "Dominio y reflexión. Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV a XVIII)" ha consistido en volver a releer clásicos relatos de viajes y descripciones de los escenarios periféricos, con el propósito fundamental de poner de relieve sus vínculos profundos y visibles con las recreaciones literarias de la cultura europea

en sus contextos históricos de producción, circulación y recepción entre los siglos XV y XVIII, incorporando a ellas sus implicancias socioculturales, técnicas y políticas.

Como es bien sabido, en las décadas de 1950 y 1960, tanto en Europa como en los antiguos escenarios de su empresa colonial, comenzaron a ver la luz trabajos que recortaban temáticas específicas de esa empresa: entre algunos de los más tempranos en este rincón del mundo figura el de Alberto M. Salas, que analiza las relaciones de mestizaje en las Indias, y el de Valentín de Pedro, dedicado a analizar la influencia de la conquista americana sobre la literatura del Siglo de Oro español (Salas, 1960; De Pedro, 1954). Este tipo de abordajes se presentaba como una renovación de los clásicos trabajos positivistas, que tendían a abordar las fuentes con el exclusivo propósito de emplearlas como apologías de la empresa viajera, como es el caso de Roberto Levillier, quien tomó las cartas de Vespucio y labró para él una cuidadosa apología como descubridor del continente y primer navegante en las costas del Río de la Plata (Levillier, 1951: Introducción). Posteriormente, enfoques como los de J. S. Da Silva Diaz (1986) y Urs Bitterli (1982), Edmundo O´Gorman (1979; 1999), Antonello Gerbi (1978), Irving Leonard (1953) y Jacques Lafaye (1984), entre otros, se adentran en la temática explicando las experiencias de las navegaciones europeas como productos de una mentalidad de tipo moderna y poniendo de relieve sus fuentes culturales y literarias. Más recientes son los enfoques que utilizan los relatos de viajes para dilucidar aspectos de la tradición medieval europea. Tzvetan Todorov (1999), por ejemplo, se interesó especialmente por subrayar los motivos medievales de la mentalidad de Colón y, con una perspectiva semejante, Sérgio Buarque de Holanda (1985) enfatizó las inspiraciones fantásticas de la colonización portuguesa. Estas tesituras desdeñan la racionalidad moderna de la expansión ultramarina, de sus motivaciones, instrumentos y

recursos técnicos, lo que conduce a una mirada excesivamente limitada de un problema tan vasto.

La ocasión del Quinto Centenario del descubrimiento de América impulsó un renovado interés por los temas de conquista y colonización americanas. No se trata, en general, de grandes producciones historiográficas, sino de trabajos más acotados, como conferencias y artículos, muchos de ellos de historia regional. No obstante, podemos destacar la obra, como autor y como compilador, de Leopoldo Zea (1991), quien ha indagado sobre el cambio cultural que el descubrimiento de América supuso para la civilización occidental. Los trabajos de Carlos Alberto González Sánchez y de Enriqueta Vila Vilar (2003), como compiladores, o de Mary Louise Pratt (1997), de la última década, apuntan también en este sentido. Todos estos enfoques, sin embargo, coinciden en privilegiar la transferencia cultural de Europa hacia ultramar, y en indagar sobre la manera en que los exploradores observaron y describieron las tierras y los pueblos visitados por ellos. Lo que ha sido menos indagado es el sentido inverso de las influencias de la conquista y colonización, es decir, las que operaron desde los nuevos mundos hacia Europa.

Con este propósito, los integrantes de nuestro grupo de investigación hemos procedido aquí a una la lectura crítica de bibliografía reciente sobre la temática para llevar adelante la búsqueda en diversos fondos bibliográficos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en particular en los de la Biblioteca del Museo Etnográfico de Buenos Aires, relevando textos en general inéditos en español que son de una importancia capital para abordar los procesos coloniales de los que dan cuenta: los primeros intentos de colonización española, francesa e inglesa en el Río de la Plata y otros escenarios americanos, cuya trascendencia en el mundo europeo puede apreciarse por la abundancia de indicios que han dejado en la producción de libros y grabados, en particular en casos paradigmáticos como los

de William Shakespeare, Michel de Montaigne y Jonathan Swift, e incluso en una serie de obras menos clásicas y hasta marginales de la literatura europea, que resaltan la profunda e inestimable influencia que el territorio, las sociedades y las imágenes de los mundos ultramarinos tuvieron en la construcción del canon literario europeo.

La sección "Viajeros" de la Biblioteca Augusto Raúl Cortazar del Museo Etnográfico de Buenos Aires "Juan Bautista Ambrosetti" –de donde procede gran parte de las fuentes analizadas en estos trabajos– constituye un acervo bibliográfico muy diverso de relatos de viajes de los siglos XVII, XVIII, XIX e inicios del XX. Por su rareza y por su abigarrada temática, que abarca desde informes holandeses de la Compañía de Indias Occidentales hasta las aventuras europeas en tierras magallánicas, constituye un aspecto clave de la construcción de la cultura moderna tanto en su Europa originaria como en la Argentina. Este conjunto de lecturas, en sus ediciones venerables, sigue constituyendo atisbos de ultramar, destellos de otros mundos, tanto para sus lectores originales como para nosotros, que encontramos en ellas claves de una cultura próxima y distinta, de la que nos situamos en márgenes distantes. Este fondo bibliográfico proporciona –con sus 584 volúmenes– una perspectiva singular de la literatura de viajeros para estudiar de qué manera decisiva la expansión ultramarina y colonial contribuyó a la constitución de la identidad europea. En efecto, como en un juego de espejos, la presencia de esos libros en el escenario marginal de la periferia europea actual no hace más que reflejar el interés de los eruditos que los reunieron, por la forma y los medios en que los escritores y lectores europeos de la primera modernidad trataban de dar cuenta de la desconocida realidad de los mundos de ultramar. La actualización permanente de esas viejas noticias sobre los nuevos mundos revela el interés siempre presente por un saber sobre el mundo que deriva solo de ellos, tanto para los

europeos como para los no europeos. Y esos libros de viaje, cuya materialidad, como sabemos, resulta un derivado fundamental de la experiencia ultramarina, nunca hubieran sido los que tratamos de estudiar en la política, el arte y la literatura sin la existencia de dos componentes indispensables para su aparición: el Renacimiento y la imprenta, en los que diferentes tradiciones historiográficas tienden a ver, al mismo tiempo, tanto los fundamentos del mundo moderno como los últimos eslabones de la tradición clásica y judeocristiana.

En efecto, entre mediados del siglo XIV y comienzos del XVI, los europeos identifican, reconstruyen y recrean las técnicas discursivas y literarias de los antiguos griegos y latinos para la producción de obras de arte. Esta "vuelta a la vida de los Antiguos", en palabras del crítico e historiador del arte Aby Warburg, proporciona una conciencia cada vez más plena de que esos antiguos, cuyo conocimiento y sabiduría se consideran tan superiores, son también portadores de una cultura distinta, de una identidad que define una alteridad complementaria pero inocultable respecto del cristianismo. Así, desde un comienzo, se empieza a definir ese lugar del otro que resultará fundamental en la expansión ultramarina. Otro que será mirado y narrado siguiendo los cánones literarios y artísticos del pasado clásico.

Del mismo modo, el desarrollo de la literatura de viajes solo pudo tener lugar como parte de un mercado de compradores y de lectores numeroso y extenso que sintió los efectos del descubrimiento del otro ultramarino como un nuevo signo con el cual señalar las marcas de la propia identidad gracias a la imprenta y a la técnica del grabado. Por primera vez en la historia era posible difundir a gran escala las palabras e imágenes del otro mundo recién descubierto, describir realidades desconocidas hasta entonces, empleando para ello el saber prestigioso de los autores clásicos. Y al tiempo que invita al conocimiento visual y discursivo de lo nunca

visto, emplea los modelos de la retórica y de la anatomía de los dioses olímpicos de la cultura grecolatina.

Así, de la misma manera que François Hartog (2003) lo ha sostenido en relación con la obra de Heródoto, a través de la cual los griegos de la época de Pericles se definían a sí mismos respecto de los "bárbaros" –fueran ellos los civilizados egipcios o los salvajes escitas– también los europeos de la modernidad encontraron en las culturas de ultramar un objeto para la reflexión sobre sí mismos, una forma de verse y comprenderse. Sin embargo, entre ambas culturas, la de la *polis* griega y la de la ciudad renacentista, se interponían transformaciones decisivas: si, como dijimos, la superposición entre el mundo pagano y el cristiano es una de ellas, la innovación técnica de la imprenta desarrolló públicos lectores y formas de conocimientos inconcebibles para la Antigüedad.

Desde el Renacimiento hasta la Ilustración, mientras las dimensiones del programa colonial buscaban definiciones que no alcanzaron sino con la Revolución Industrial y la conversión del planeta en el gigantesco mercado proveedor de un taller europeo igualmente gigantesco, dominio y reflexión fueron dos prácticas sociales vinculadas a la constitución del dominio colonial. En esa polaridad, no solo las sociedades de Europa establecieron un mundo regido por sus intereses, por sus administraciones, por sus mercancías y por sus cosmovisiones, sino que fueron definiéndose a sí mismas en función de sus capacidades de comprender, controlar y diferenciarse en ese entorno con aspiraciones de convertirse en universales. Aún no se habían hecho netamente visibles las contradicciones entre el trabajador y el consumidor y entre el siervo y el ciudadano que harían indispensable la aparición urgente de las ciencias sociales de los siglos XIX y XX, pero una antropología necesariamente debía ubicar a Europa en la constelación cultural de los mundos ultramarinos, y para ello –al igual que convirtió en prácticas mercantiles los

cultivos tradicionales del azúcar, el tabaco y el cacao– tuvo que nutrirla de las experiencias sociales y las prácticas de los pueblos ahora "descubiertos" y en muchos casos reducidos, por esa misma antropología en formación.

Dominio y reflexión conforman así las dos partes de este libro: la primera da cuenta de la imposición material y cultural de los europeos en diversos escenarios de ultramar; la segunda reúne algunas de las producciones culturales con las que los mismos europeos procuraron explicárselas y conferirles sentido dentro de su propia cultura. Las prácticas sociales del ver y el dominar, tan reiteradas en los títulos de la bibliografía reciente sobre el viaje colonial (Penhos, 2005; Mercadante Sela, 2008) enfatizan la importancia de los canales por los cuales la experiencia de los viajeros creó, modificó o alteró la visión de estos sobre su propia realidad europea.

María Juliana Gandini aborda sus trabajos sobre la literatura de viajes desde el doble punto de vista del dominio y de la reflexión, abarcando un lapso temporal y cultural que se inicia a mediados del siglo XV y se prolonga hasta fines del XVI, e involucra en ellos a protagonistas españoles e italianos, portadores de la entonces todavía vigorosa tradición mediterránea de la Antigüedad, rediviva en el Renacimiento. El más célebre explorador de América del Norte, segundo adelantado del Río de la Plata, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, le permite a Gandini introducirse en la amplia y diversa gama de matices que involucraba el dominio colonial, recientemente impuesto por los conquistadores españoles. Cabeza de Vaca, que llegó al Río de la Plata al frente de una expedición colonizadora en 1542, había conocido una de las experiencias más singulares de los recién llegados españoles al Nuevo Mundo. Durante casi diez años, desde el naufragio de la expedición de Pánfilo de Narváez en Malabrigo, en la costa del Golfo de México, en 1527, había servido a los indígenas del desierto de Nuevo México

como mago y curandero, y había arribado a la colonia de Nueva España, en una expedición por tierra que no registraba antecedente en la América recién descubierta. Antes de regresar como adelantado, Cabeza de Vaca publicó sus *Naufragios* (1542), libro que iba a inmortalizarlo entre los expedicionarios más célebres de la historia. Pero al llegar a las costas de Brasil, y encaminarse por tierra a Asunción –trayecto en que "descubrió" las cataratas del Iguazú– su destino de vicisitudes y adversidades no se vería modificado. Como demuestra Gandini, en sus esfuerzos por imponer en la ruda vida del Paraguay las nuevas condiciones legales promulgadas en Castilla para el trato de los naturales, se enfrentaría con un conflicto de violencia inesperada, en el que los colonos –encabezados por Domingo de Irala–, los nativos –que convivían en una penosa alianza étnica con los recién llegados– y el propio adelantado –por motivos diversos y sutiles que la autora se ocupa esmeradamente de elucidar– se verían arrastrados en la desolada periferia paraguaya, tratando de afirmar sus intereses en relación con las duras condiciones de vida de conquistadores y conquistados, que trataría de transmitir en su segunda obra *Comentarios reales* (1555).

Las cartas del humanista italiano Filippo Sassetti, que emprende un viaje a la India, buscando enriquecerse material y espiritualmente a través del intercambio con las nuevas realidades surgidas de la expansión europea, constituyen el tema del segundo trabajo de Gandini, incorporado en la sección dedicada a la reflexión sobre el mundo ultramarino. La autora encuentra en Sassetti (1540-1588), descendiente de una ilustre familia florentina en decadencia –su bisabuelo Francesco fue socio y amigo personal de Cósimo de Médici y de su hijo, Lorenzo *el Magnífico*, y quedó inmortalizado en los frescos de la capilla familiar en la Iglesia de la Santa Trinidad, en escenas de la vida de San Francisco de Asís, donde Ghirlandaio lo retrata junto a familiares y

amigos, incluido el propio Lorenzo–[1] el arquetipo del humanista convertido en viajero: miembro en su juventud de instituciones italianas, como la "Academia Florentina" y la "Academia degli Alterati", dedicadas a celebrar la lengua y la historia toscanas, redactó para ellas sus escritos sobre Dante Alighieri y Francisco Ferrutti, héroes de las luchas republicanas de Florencia (Castellán, 1995). Cuando después de 1570 abandona su patria y sus relaciones con el humanismo, urgido por los quebrantos económicos de su familia, se traslada primero a Sevilla y luego a Lisboa, desde donde emprende su viaje hacia la India. Una vez allí, volverá a escribir a sus antiguas relaciones para narrar lo que le muestra ese remoto rincón del mundo. En estas cartas puede observarse cómo se entretejen sus deseos: prosperar y enriquecerse en fortuna con su avidez de saber, y esta doble experiencia del letrado humanista, que mientras viaja y comercia revive en los antiguos modelos literarios y artísticos de griegos y latinos la comprensión de lo que le es dado ver, encarna de manera ejemplar la transición entre la nueva y la vieja cultura de una Europa moderna que ilumina con las imágenes de la Antigüedad su paso hacia el conocimiento de esos mundos desconocidos.

Rogelio C. Paredes y Carolina Martínez intentan, por su parte, explorar esos sutiles matices en la relación entre conquistadores y conquistados, entre colonizadores y colonizados que se hacen tan visibles en la obra de Cabeza de Vaca y Francisco Sassetti, pero utilizan para ello los relatos

---

1 La identidad de los retratados y, más importante aún, el sentido de su aparición en las escenas sobre la vida de San Francisco, fueron esclarecidos por uno de los grandes teóricos e investigadores del Renacimiento, el hamburgués Aby Warburg (1866-1929). Véanse "El arte del retrato en la burguesía florentina" y "La última voluntad de Francesco Sassetti" en Warburg, Aby, *La Rinascita del Paganesimo Antico. Contributi alla Storia della Cultura*. Florencia, La Nuova Italia, 1966. Hay traducción castellana del primero en José Emilio Burucúa (comp.), *Historia de las imágenes e historia de las ideas. La escuela de Aby Warburg*. Buenos Aires, CEAL, 1992; y de ambos ensayos en Felipe Pereda (ed.), *El renacimiento del paganismo. Aportaciones a la historia cultural del Renacimiento europeo.* Madrid, Alianza, 2005.

de dos merodeadores ingleses de los mares coloniales de la América hispana: Anthony Knivet –que estuvo prisionero en Brasil entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII– y George Shelvocke –que asoló con su navíos de corsario en busca de botín las costas de Chile, Perú y México entre 1720 y 1721–. Los autores abordan ambas narraciones con el propósito de analizar a través de ellas las circunstancias en las que se tornaba indispensable el empleo de mano de obra servil, tanto dentro como fuera de los territorios coloniales y de las propias tripulaciones corsarias. La cautividad de los blancos, la servidumbre indígena, la captura de negros, considerados esclavos como botín por los ingleses, la ocasional pero activa colaboración entre piratas, fugitivos y náufragos extranjeros e indios contra sus amos, son indicios de un mundo de relaciones sociales, culturales y económicas siempre inestable y cambiante. Todas estas variadas condiciones e identidades sociales y culturales desempeñaron un papel destacado para las acciones de piratas y corsarios: si bien el trabajo servil, argumentan los autores, provocó conflictos entre amos y trabajadores, otras causas, de índole étnica, cultural o religiosa, contribuyeron vivamente a intensificarlos. Knivet, cautivo inglés entre los portugueses, tuvo que cambiar de partido muchas veces, según las circunstancias. Shelvocke, por su parte, criticó la servidumbre de los indios bajo los españoles, para exaltar la figura del "buen salvaje". Sin embargo, luego de haber capturado un cargamento de negros esclavos en la costa peruana, los incorporó a su tripulación dado que carecía de hombres para dirigir su navío, negros que los acompañaron a través del Pacífico hasta China. En estos diferentes contextos, los relatos de Knivet y de Shelvocke ponen de manifiesto los cambios y continuidades de una forma muy particular de trabajo servil: el empleo del mismo por piratas y colonos en la lucha por el control estratégico de recursos humanos y materiales.

El trabajo que Rogelio C. Paredes consagra a los bucaneros insiste en la temática, pero explora otras de sus aristas a la vez materiales e ideológicas. Sus intentos se orientan en el sentido de analizar la influencia de los aventureros ingleses en el Caribe y el Pacífico durante la segunda mitad del siglo XVII –piratas, corsarios y bucaneros– como parte sustancial del desarrollo de una nueva forma de conocimiento geográfico y natural europeo sobre el Nuevo Mundo. Sobre la base de las obras de varios de estos expedicionarios, exploradores y aventureros, en particular de aquellos que se hicieron conocidos por sus relatos, mapas e indicaciones, como Basil Ringrose, Lionel Wafer, Ambrose Cowley, Bartholomew Sharp, John Word y, especialmente, William Dampier, Paredes procura definir una serie de tópicos literarios y científicos comunes que se introdujeron entre los europeos como resultado del conocimiento obtenido de las colonias españolas de ultramar por estos hombres, como un medio directo y eficaz para incentivar su interés por la expansión comercial y el dominio colonial. De este modo, el aporte de Paredes intenta afirmar que el cambio de concepción sobre el papel político y económico de las tierras de ultramar para España e Inglaterra conllevó, a su vez, un cambio decisivo en las formas de conocimiento y de transmisión de noticias sobre el Nuevo Mundo: de un dominio monopólico basado en la extracción y el control estatal sobre la información, característico de la *monarquía española,* la experiencia de los bucaneros y sus notas sobre la realidad americana hicieron posible el paso a un sistema más flexible de exploración, comercio y saqueo que, en la experiencia inglesa, facilitó la circulación de datos y generó un amplio mercado lector para los informes de estos aventureros de ultramar.

También los trabajos de Malena López Palmero se ocupan ambos del mismo tema: la temprana colonización inglesa en Virginia, sus prácticas de dominación y sus discursos

legitimadores. La autora ha interpelado fuentes diversas, tanto escritas –como el informe de Thomas Hariot– como iconográficas –como las fecundas descripciones aportadas por las acuarelas de John White–, agentes a la vez políticos y económicos de la monarquía isabelina y de uno de sus más destacados agentes, Walter Raleigh (1552-1618). Raleigh organizó y dirigió las primeras tres expediciones de la empresa colonizadora de Virginia; la primera, en 1584, fue el arribo a la isla de Wowoken (actual Roanoke, en la costa de Carolina del Norte), que hizo posible el primer contacto con los nativos y la fascinación por las posibilidades que la región ofrecía para la colonización. Al año siguiente, Raleigh, quien había obtenido un título de nobleza por el flamante hallazgo, organizó una segunda expedición al mando de Grenville con el objetivo de fundar un asentamiento permanente en Roanoke. Esta segunda expedición resultó ser un rotundo fracaso para los colonizadores, que pronto se vieron víctimas del hambre y la desesperación. Para obtener alimentos apelaron a un intercambio abusivo con los indígenas, en tanto Grenville regresaba a Inglaterra en busca de refuerzos. El intercambio entre colonos e indígenas desapareció y, cuando los nativos opusieron resistencia, los ingleses los atacaron y mataron en un número considerable. La situación se tornó cada vez más insostenible y el hambre, que ya cobraba víctimas entre los colonos, obligó a los desesperados sobrevivientes a embarcarse en los navíos con los que Francis Drake arribó a las costas de Roanoke, retornando a Inglaterra a mediados de 1586. Grenville, de regreso con los indispensables refuerzos, no halló ni huellas de sus compatriotas. Pese a ello, los testimonios aportados por estos primeros viajeros representan formas de alteridad diversas, pero decisivas, en las imágenes incipientes de ese mundo apenas entrevisto: tanto los mapas y dibujos de White como los informes de Hariot, cobraron enorme importancia como instrumentos de propaganda de la empresa colonizadora, atisbada en un comienzo como prometedora

y favorable y mostraron la nobleza y la excelencia de los nativos, tal como lo evidencian la primeras ediciones inglesa y alemana de esas obras, en 1590, adornadas con grabados de Theodor De Bry.

Estos inicios auspiciosos chocaron con la dura realidad de los fracasos de 1584-1586, que iniciaron, como señala la autora, el tránsito "de la virtud a la barbarie": los ingleses redoblaron sus esfuerzos por ocupar y explotar Virginia, a despecho de la resistencia de indígenas y colonos. La epopeya guerrera que inició John Smith a partir de su llegada a Virginia en 1607 y la draconiana disciplina laboral impuesta por el capitán Thomas Gates durante el naufragio de sus navíos en las islas Bermudas en 1609 –naufragio célebre, que pasa por el ser el que inspiró a William Shakespeare la composición de *La Tempestad* (1611)– destruyeron el ideal de establecer una colonia que dejara atrás las tiránicas experiencias españolas en el Nuevo Mundo. El sacrificio tuvo sabrosos frutos en términos económicos para la colonia y la metrópoli, pero muy amargos para los indígenas y, consecuentemente, para su condición sociocultural respecto de los ocupantes: la "barbarie" había llegado para convertirse en un dato que a los europeos les serviría para justificar su despiadado tratamiento de los nativos. Los textos de Hariot y las representaciones de White prometían una naturaleza virginiana amable tanto en clima como en recursos explotables, y una humanidad redimida de los vicios del tiempo presente: ese sueño se quebró en los hechos a partir de 1600, pero las imágenes trasmitidas por estos primeros cronistas pervivieron hasta el siglo XVIII, como lo demuestra el hecho de que Robert Beverly, plantador de tabaco en Virginia, las haya reeditado en su ya tardía obra *The history and present state of Virginia* (1705). Las obras de White, De Bry –quien imprimió sofisticados grabados de la acuarela de White, de fuerte inspiración clásica–, y Beverly son síntomas de la fabulosa trascendencia que tenían en la Europa moderna las manifestaciones artísticas de las experiencias en el

Nuevo Mundo, pero también de la tenaz esperanza de los ávidos lectores y consumidores de noticias raras de que existiera un lugar en el que, en esos tiempos, todavía fuera posible encontrar los Campos Elíseos que cantaron los poetas de la Antigüedad.

Es probable que ya a principios del siglo XVIII esta nostalgia por el pasado clásico comenzara a declinar y, en su lugar, aumentara el interés por encontrar en la experiencia ultramarina una definición más nítida de la naturaleza humana, afán que definirá por excelencia la naciente antropología de la Ilustración. Carolina Martínez dedica sus dos trabajos a este tipo de cuestiones, debatidas en el mundo de las letras de Francia y de Europa a partir de la primera circunnavegación de los franceses al mando del célebre Louis Antoine de Bougainville (1729-1811) que tuvo lugar entre 1766 y 1769, en pleno auge de las discusiones ilustradas sobre la condición "natural" de la humanidad y sus escalas o grados de perfección. El viaje de Bougainville llevaba varios propósitos, el primero de todos ellos, probablemente, la ratificación del poderío francés en los mares, seriamente afectado por la reciente derrota de Francia en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), además de conferirle a su flota el prestigio de una hazaña jamás realizada antes por ninguna otra tripulación francesa y de convertirla en un eficaz auxiliar de las investigaciones de la ciencia ilustrada y en instrumento de propagación de un colonialismo en crisis, al igual que la monarquía que lo impulsaba.

Hasta el siglo XVIII, en efecto, no había habido una teoría general de la inferioridad de la naturaleza americana; es precisamente el conde de Buffon (1707-1788) quien idea una tesis de la "debilidad" o "inmadurez" del continente americano en su *Historia natural, general y particular* (1749-1778). Con respecto al debate sobre los mundos coloniales, Martínez pone en escena tres notables polemistas del período: el prusiano Cornelio De Pauw y los franceses Dom (J.-A.)

Pernety y Denis Diderot. En sus *Recherches philosophiques sur les Américaines, ou Mémoires intéressants pour servir à l´histoire de l´espèce humaine* (1768), Cornelius De Pauw se aventura mucho más allá incluso que Buffon: considera al hombre americano como directamente degenerado, producto de la naturaleza decadente desarrollada en el hemisferio occidental. En este sentido, De Pauw, al igual que los fantásticos apologistas del Nuevo Mundo, exagera y fantasea en procura de una recepción de su obra que invite a la polémica o a la maravilla, en busca de ese tópico privilegiado del viaje ultramarino que incite a la reflexión. De Pauw logró su propósito: Dom (J.-A.) Pernety, sacerdote benedictino de la expedición de Bougainville, presentó una cuidadosa descripción de la vida natural y humana en los remotos confines patagónicos, y se preocupó por mostrar qué lejos estaban las apreciaciones del prusiano –que jamás se había embarcado hacia esas remotas tierras– de verificarse en los hechos concretos: su *Histoire d'un Voyage aux Isles Malouines… avec des observations sur le Detroit de Magullan et sur les Patagons* (1770) contiene un notable grabado en que todavía se muestra la impresionante estatura de los patagones comparada con la de los europeos, según el mito puesto a circular por Antonio Pigafetta en su narración sobre el viaje de Magallanes-Elcano. Por su propia parte, Denis Diderot (1713-1784) era ajeno a las cuestiones naturales en términos de decadencia o esplendor de las especies animales o humanas; le interesaba más bien la índole moral y religiosa de los habitantes de Tahití que él suponía más cercanos que los europeos a la condición original de la humanidad para indagar en la posible existencia de una religión y unos valores instalados en la esencia de la humanidad que prescindieran de la revelación y la superstición que consideraba propias del cristianismo. Sin embargo, compartió con De Pauw y con Pernety su afán de fantasía y polémica: su *Supplément au Voyage de Bougainville* (escrito en 1772) hace hablar a sus personajes sobre la sabiduría y el estilo de vida

de unos tahitianos creados por él mismo al solo efecto de satisfacer sus preocupaciones filosóficas. De este modo, según parece exponerlo la autora, tanto De Pauw como Pernety y Diderot comparten un género de discurso especulativo que, tanto para las ciencias naturales como para las sociales, iba a constituir los primeros cimientos del saber positivo del siglo siguiente: todavía no se aparta de la narración literaria y el grabado fantasioso, pero se asienta cada vez mejor en un depósito de saber universal aportado por observadores y naturalistas de creciente pericia.

Las penurias de Cabeza de Vaca para compeler a indígenas y colonos del Paraguay dentro de las leyes imperiales del todopoderoso Carlos I; el absorto deslumbramiento del humanista italiano Francisco Sassetti, pobre y desterrado, ante las magnificencias de la India; las flojas normas que apenas regulaban las relaciones entre los piratas y sus mandos y entre estos, sus coronas y los colonos de América; las decisivas noticias que, gracias a los merodeadores caribeños ingresaron en Europa y transformaron la imagen del Nuevo Mundo y, quizás, la noción misma de las ciencias de la naturaleza; los sueños coloniales de los ingleses isabelinos a los que tuvieron que renunciar para enriquecerse pero que dejaron su huellas en amables descripciones arcádicas sobre el clima y los habitantes de Virginia luego de verse obligados a aceptar su forzosa hospitalidad; las polémicas, en fin, que se suscitaron sobre los viajeros de la Ilustración que, a despecho de sus propósitos declarados, continuaron imaginando y fantaseando sobre inexistentes humanidades de entelequia; todas estas imágenes son, para nosotros, evidencias todavía perceptibles, en libros y grabados, de los límites del proyecto imperial europeo entre los siglos XVI y XVIII que, pese a lo obvio de tal descubrimiento, ha sido vuelto a definir como *moderno/colonial* (Mignolo, 2000), como si su condición no hubiera sido esa desde su principio mismo. Más que como una ampliación a nivel global de las creencias y prácticas de

la cultura europea, parecen presentarse con subproductos de un intenso intercambio, no por muy desigual, menos intenso, de creencias y prácticas que llegan a alcanzar su propia autonomía allí donde crecen, maduran y, a veces, desaparecen por las circunstancias cambiantes del escenario mundial, pero cuyas improntas siguen siendo tan visibles en la literatura, el arte y la memoria histórica.

Se trata, entonces, de documentar con estos ensayos una forma de interpretar esa imbricación de Europa en América y viceversa a través de la imagen del juego de espejos: el reflejo de los unos europeos en la imagen de los otros nativos de América, relación recíproca y reflexiva conocida como *mise en abyme, como la de dos espejos que se reflejan el uno en el otro hasta la profundidad infinita*. Esta figura se aplica tanto a la pintura como a la literatura, y entre sus connotaciones se encuentran el "relato interno", la "duplicación interior", la "composición en abismo" y la "narración en primero y segundo grado". La raíz común de la puesta en abismo es la noción de *reflectividad*, esto es que el espacio reflejado mantiene una relación con su reflejo por similitud, semejanza o contraste (Beristáin, 1993-1994: 235-276).

¿Cuál es el reflejo que determina al otro? La construcción de representaciones de aquello que es mirado y retratado por parte de los observadores está transida por una multiplicidad de problemas. Por un lado, el problema de la construcción de la identidad histórica y cultural del observador a partir de su interacción con un otro que es distinto. Y en relación con esto, el segundo problema es el de la intención de dominar a aquel que es observado, de asimilarlo y asimilarse a él para volverlo previsible, controlable, familiar. El monopolio del discurso y del relato escrito sienta las bases de esa dominación y, al mismo tiempo, inicia un ambiguo y sutil camino hacia el mutuo mestizaje.

Las imágenes que acompañaron la palabra escrita de los viajeros ocupaban un lugar central en las sociedades

del Antiguo Régimen, puesto que eran tomadas como un registro fiel de lo vivido y observado (Penhos, 2005). No obstante, esas imágenes trasmiten las huellas de proyectos de dominación que resultaron en más de una oportunidad condicionados por unas experiencias infructuosas, signadas por una serie de obstáculos, que incluso revirtieron, a veces, la presión de la imposición: piénsese en la carestía, la falta de comunicación con el centro –como en el caso de Sassetti, perdido en la India, o de los primeros establecimientos en Virginia–; en las disputas internas entre conquistadores –como las que enfrentaron a los colonos de Asunción con el adelantado Cabeza de Vaca–; en la hostilidad del medio –como se le presentó en muchas ocasiones a los compañeros de aventuras de Knivet, de Dampier o de Shelvocke– o en la simple interposición de prejuicios u objetivos personales, políticos o filosóficos –tan propios del movimiento ilustrado que compartieron De Pauw, Pernety y Diderot-– que trasformaron la imagen del salvaje o del bárbaro, opacaron la dominación colonial, crearon productos de genuina autonomía y vitalidad propia y proporcionaron, con el caso del reflejo, nuevas instancias de reflexión y mestizaje que vinieron superponiéndose hasta volverse invisibles –pero a la vez inevitables– para nuestra lectura. Reconstruir algunas de esas capas –de alguna manera, volver a hacerlas visibles– ha sido el propósito de estos trabajos.

Primera parte
Dominio

Naufragios culturales
Los comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a los límites americanos de la conquista[1]

María Juliana Gandini

Introducción

La penosa dificultad con la que lentamente los españoles van construyendo e instalando un sistema colonial en América conoce pocos ejemplos comparables al caso de la primera colonización española en el Río de la Plata y en el Paraguay. Más allá de las severas complicaciones que los conquistadores enfrentaron en México y Perú, estas no hacen sino crecer a medida que los españoles pretenden extenderse a partir de aquellos núcleos centralizados y agrícolas y adentrarse en zonas periféricas como lo fueron los desiertos y pantanos de Norteamérica, las tierras bajas mayas, el sur de Chile o el caso que nos ocupa, el Gran Chaco. Zonas difíciles de alcanzar y explorar, con poblaciones nativas móviles

1 La presente colaboración tiene como antecedente directo la ponencia que con título similar fue presentada en las XII Jornadas Nacionales Interescuelas Departamentos de Historia (Universidad Nacional del Comahue, Departamento de Historia, 28 al 31 de octubre de 2009) en la mesa 12.1 "Ciudades, imágenes, ideas, transiciones, transacciones e intercambios entre Europa y el mundo hispanoamericano. Siglos XVI-XXI" y publicada en sus *Actas*. Esta ponencia fue elaborada en el marco del Proyecto UBACyT "Dominio y reflexión. Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV-XVIII)", bajo la dirección del Dr. Rogelio C. Paredes.

difíciles de controlar y, sobre todo, sin los premios que los conquistadores esperaban obtener de sus ingentes tareas: los tan ambicionados como ausentes metales preciosos, que habían premiado a los españoles en las etapas inaugurales de su avance en el continente.[2]

Buscando tanto controlar y frenar el avance de los portugueses sobre la porción oriental de Sudamérica, como encontrar una vía de acceso a las riquezas que Pizarro había obtenido en el Incario, la Corona española se había ocupado de arbitrar los medios para entrar y ocupar la zona del Río de la Plata. Este interés se traduciría en el envío de una de las más nutridas y brillantes expediciones de conquista llegadas a América, la que fuera conducida (y financiada) por el Primer Adelantado al Río de la Plata, el hidalgo don Pedro de Mendoza, que fundó en 1536 sobre la costa del río, la ciudad de Buenos Aires. Pero este promisorio comienzo, prontamente cambiaría su signo.

Así, el año 1541 vería un fracaso resonante en la política de ocupación del espacio americano por parte del Imperio español: la ciudad de Buenos Aires fue, tras innumerables dificultades, despoblada y abandonada. La puerta de ingreso al interior del continente se había deshecho entre el hambre y el ataque de las etnias nativas. Su fundador había vuelto a España derrotado y enfermo y muerto cuatro años antes en alta mar. Los pocos sobrevivientes se habían retirado río arriba, primero al fuerte de *Sancti Spiritu*, en lo que es hoy la provincia argentina de Santa Fe, y luego al fuerte de Asunción, fundado en la confluencia de los ríos Paraguay y Pilcomayo. Solamente un pequeño grupo de hombres, comandado por Juan de Ayolas, oficial de Pedro

2 "Sin embargo, los pueblos de la periferia de estos 'imperios' [el Azteca y el Inca] y los que se hallaban dispersos por las áridas tierras poco pobladas del norte de México o las regiones selváticas de la América del Sur meridional, resultaron ser incomparablemente más difíciles de dominar" en Elliot, J. H., "La conquista española y las colonias de América", en Bethell, L. (1990: 145).

de Mendoza y Alguacil Mayor de Buenos Aires, seguía explorando, con suerte incierta, la zona del Chaco. Buscaban tanto las fabulosas riquezas que la fusión de las expectativas luso-españolas y las leyendas nativas de los guaraníes insinuaban,[3] como el contacto con lo que fue el centro sudamericano del control español, el Virreinato del Perú. Ayolas no volvió de su incursión al corazón del continente americano: murió en 1538 a manos de una tribu nativa junto a sus hombres, en el puesto de avanzada que fundara con el nombre de La Candelaria. Lo que América había dejado de la importante expedición de don Pedro fue un puñado de españoles atrincherado en un conjunto de casas de barro y paja rodeado por una empalizada que, con buena voluntad, denominaban ciudad, internada mil kilómetros río arriba en una región prácticamente inexplorada y cuyos vecinos, mayormente nativos de la etnia guaraní, practicaban una guerra a muerte coronada por canibalismo ritual.

Así, en esta periferia del Imperio español, el sistema colonial temprano endeblemente se construye como una ciudad fortificada, que se encuentra sitiada, minada y siempre a punto de ser tomada por el enemigo. Y tal y como ocurría en las ciudades europeas que enfrentaban sitios, el conjunto de sus habitantes no se alineará siempre bajo las mismas banderas: no todos serán fieles a su Rey o a su señor, algunos buscarán la salvación o la riqueza negociando con el enemigo, que en América es la más radical de las otredades, la humanidad caníbal, en el entorno del inmenso y salvaje Nuevo Mundo. Son estas las condiciones que América impondrá a la colonización: si los europeos que logran afincarse en ella evadieron el naufragio físico en alta mar, no se salvarán del naufragio cultural que les deparan las tormentas geográficas y humanas propias del contexto americano. Para sobrevivirlas, será

3 Nos referimos al encuentro del mito guaraní de la "tierra sin mal", el *kandire*, con las leyendas portuguesas y luego españolas del Cerro de la Plata.

necesario negociar con las condiciones objetivas del medio (la distancia, la dificultad del control de la metrópoli) y con contrapartes incómodas (los nativos) que estas tierras imponen, además de superar o no las divisiones internas a los propios españoles.

En este trabajo, abordaremos las tensiones que experimenta el Segundo Adelantado y Gobernador del Río de la Plata, don Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en su segundo viaje al Nuevo Mundo a través del testimonio que hace de sus vivencias en su obra *Comentarios*, editada en Valladolid en 1555.[4] En este entorno tan particular, nuestro Adelantado oscilará entre la peligrosa negociación con las tribus nativas y la rigidez con la que intenta imponer la legalidad española y cristiana no ya a los aborígenes, sino a sus propios coterráneos establecidos, o mejor, atrincherados en la ciudad de Asunción, un bastión que más que resistir las presiones del medio, resiste la autoridad del Imperio español. Veremos como Álvar, en su esfuerzo por evitar el naufragio en este mar de lejanía, pobreza y peligro, implementará una serie de estrategias con las que intentará tanto llevar a cabo las órdenes dadas por la Corona como cimentar su poder como legítima autoridad política de la región. Este intento, que solo verá el fracaso, nos brinda un auténtico "relato de la derrota"[5] que nos permite un mejor acercamiento tanto a las condiciones como a los difíciles desafíos que implicó la construcción del orden colonial en América, en pos del rescate de las *praxis* humanas concretas que lo constituyeron como tal.

---

4 Para este trabajo utilizamos la siguiente edición Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Naufragios y Comentarios. Con dos cartas.* Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1942. Todas las citas son a esta edición y se indican con un paréntesis con la página al final de las mismas.

5 "Frente a este discurso de la conquista mitificadora de realidades, acciones y personajes, se desarrolla otro de carácter muy diferente, que se articula sobre el fracaso y reivindica el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento." (Pastor, 1983: 266). El desarrollo del "Discurso narrativo del fracaso" aparece en la tercera parte del libro titulada "Del fracaso a la desmitificación".

El contexto americano: geografía humana y natural que desafía la ocupación española

Las regiones del Río de la Plata y del Gran Chaco eran territorios periféricos del Imperio español en América. Este carácter estaba dado fundamentalmente por una razón: carecer de aquellos elementos que la España de la primera modernidad consideraba riqueza en América. Principalmente, no había metales preciosos y los nativos, la potencial mano de obra, tenían características que hacían especialmente dificultoso su control por parte de los españoles.[6] Incluso, los excedentes agrícolas que las parcialidades guaraníes podían alcanzar estaban muy por debajo de las expectativas de producción que pretendían los españoles.

El medio ambiente que se extendía en las zonas aledañas a Asunción combinaba la selva tropical cerrada con las extensas llanuras salpicadas por ríos y esteros. Estas últimas resultaban una verdadera pesadilla para los españoles, ya que la sucesión de estaciones secas y lluviosas hacía oscilar el paisaje en polos casi opuestos.[7] En la estación de lluvias, las inundaciones casi hacían imposible el tránsito a pie y a caballo; durante la seca, el alimento que los españoles reconocían como tal se hacía escasísimo, imposibilitando la marcha por la ausencia de víveres.[8]

---

6 "Dispersos ampliamente, seminómadas y desacostumbrados a la disciplina impuesta desde fuera, revelaron una capacidad desesperante para eludir o resistir cualquier intento español por introducir alguna forma de dominación", en Elliot, J. H., "La conquista española y las colonias de América ", en Bethell, L. (ed.), *op.cit*, p. 145.

7 "El Chaco es una depresión aluvial de suelos arcillosos que se inunda en la estación lluviosa, entre febrero y abril, y es objeto de una sequía severa en la estación seca. La región resultaba desfavorable para el cultivo y la colonización europea", en Hidalgo, Jorge, "Los indios de América del Sur Meridional a mediados del siglo XVI" (Bethell, 1990: 93).

8 "Cuando las aguas viene bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaece, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada; en este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en aquella tierra y insoportable de sufrir." (p. 196)

A estas dificultades geográficas y climatológicas había que sumar que era tierra prácticamente inexplorada, ya que la ruta que uniría Asunción con Perú aún no existía. Los españoles se enfrentaron a menudo a un laberinto de ríos y a una geografía que mudaba sus contornos haciendo que la exploración fuera penosa y de resultados a menudo inciertos.

Desde el punto de vista humano, lejos estamos de encontrar un desierto. Por el contrario, numerosísimas tribus de distintas etnias poblaban y circulaban por la región, estableciendo un espacio unificado tanto con el Mato Grosso como con el litoral brasileño (Hidalgo, 1990; Hemming, 1990), distribuidas en diferentes *guará*.[9] Se destacan principalmente las etnias de lengua tupí-guaraní, hábiles agricultores de roza. En la costa del Brasil encontramos a los tupí-nambás y a los mbiazas.

Ya en el interior del continente y siguiendo las grandes cuencas hidrográficas del Paraná, el Uruguay y el Paraguay, encontramos numerosas parcialidades guaraníes: carios (de principal importancia para nosotros por estar asentados en los alrededores de Asunción), itatines, tobatines, gurambarenses, mbarkayuenses, monsayenses, paranáes, yguazuenses, uruguayenses, tapés, mbiazas, guairaes y chandules, dispersos por todo el área (Bratislava, 1982). Pero la gran familia guaraní no tenía la ocupación exclusiva de los espacios rioplatense y chaqueño: numerosas etnias, entre ellas las de dialecto arawak y las del grupo lingüístico guaycurú, competían con los guaraníes por el uso de espacios de caza y recolección, muchas veces de manera violenta, como lo hicieron los payaguáes, grupo de diestros canoeros cazadores-recolectores que acosaban

9 Las *guará* son los territorios exclusivos de las diferentes parcialidades guaraníes. Designan una cierta región, con límites geográficos precisos, la cual "pertenecía" a un grupo que tenía derechos absolutos sobre el uso de los recursos naturales (piedras, pesca, caza, recolección) y de la tierra para las rozas (Susnik, 1982: tomo I).

y amenazaban constantemente a los carios y, luego, a los españoles.

Las distintas etnias tenían patrones diversos de asentamiento y explotación del medio, combinándose agricultores de roza con cazadores-recolectores que aprovechaban las fluctuaciones climáticas del área chaqueña. Pero una característica particularidad dictaba el tono general de la vida en esta región del sur de América: la movilidad. Fue precisamente esta capacidad migratoria de las poblaciones nativas de la zona la que en gran medida impidió el control efectivo y aun la exploración del territorio, en este período inaugural de la Conquista.[10]

Este patrón de subsistencia nativo ligado a la movilidad se vio reforzado de hecho con la llegada de los europeos, tanto españoles como portugueses. Los invasores obligaron con su mera presencia a una reestructuración de las relaciones entre las propias etnias nativas, hecho que se vio reforzado por el traslado de tribus con fines militares, usando a los nativos como cargadores y guerreros,[11] y al diezmar, ya avanzado el período colonial a otras (Schmuziger Carvalho, 1992). Un ejemplo característico de esto fueron las tensiones entre grupos guaraníes y guaycurúes, los primeros aliados de los españoles, los segundos, sus más duros adversarios,[12] cuya antigua rivalidad se vio exacerbada por

---

10 Se trataba de "comunidades aldeanas pobladas por gente de una gran movilidad, que podían desplazarse junto a sus pocas posesiones de manera rápida hacia otras zonas más ricas en caza o pesca, o cuyo ciclo anual incluía frecuentemente migraciones", en Hemming, John, *op. cit.*, p. 101.

11 Es célebre la expedición de Aleixo García al Chaco entre 1521 y 1526, que tuvo como consecuencia la instalación de grupos guaraníes que conformaban su contingente en el Chaco, junto a los chané.

12 "(. . .) los guaycurú, en un primer momento se comprometieron a proporcionar suministros a los españoles en Asunción, empezaron a cazar una variedad limitada de caza de forma más intensiva (. . .) La demanda producida por esta creciente presión en las zonas de caza intensificó las disputas intertribales", en Hidalgo, Jorge, "Los indios de América del Sur meridional a mediados del siglo XVI" (Bethell, 1990: 93). Véase también el artículo de Monteiro, John Manuel, "Os guaraní e a Histórica do Brasil Meridional. Séculos XVI-XVII", (A.A. V.V., 1992: 475-484).

la presión que la presencia de los españoles imprimía al medio y a sus habitantes.

El establecimiento de los españoles en Asunción estuvo determinado por la presencia de los carios y de otras parcialidades guaraníes asentadas en sus cercanías.[13] Los carios eran hábiles cultivadores de roza, de la que extraían un discreto excedente, distribuido por canales construidos a través de relaciones de reciprocidad que vinculaban a los distintos linajes, fundamentalmente, a través de la circulación de mujeres y de las obligaciones que los maridos tenían respecto de los parientes varones de la esposa (cuñadazgo). Si bien no había centralización política de ningún tipo, se reconocía la primacía de determinados hombres que recibían el nombre de *mburichás*. Estos basaban su poder en la capacidad de liderazgo militar y su elocuencia al hablar, hechos que hacían intransferible el liderazgo. En función de sus aptitudes, los *mburichás* manejaban los asuntos externos de las *tekoás* o conjunto de aldeas. Su preeminencia les daba derecho a la poligamia y a no trabajar para las familias de sus mujeres e, incluso, podían pedir que los familiares de estas trabajasen para ellos. La densidad de población de los carios era alta si la comparamos con la de las etnias

13 Esta es una de las descripciones que Álvar Nuñez realiza de los carios: "Esta es una gente de la generación que se llaman guaraníes; son labradores, que siembran dos veces en el año maíz, y asimismo siembran cazabi, crían gallinas a la manera de nuestra España, y patos; tienen en sus casas muchos papagayos, y tienen ocupada muy gran tierra, y todo es una lengua; los cuales comen carne humana, así de indios sus enemigos, con quien tienen guerra, como de cristianos, y aún ellos mismos se comen unos a otros. Es gente muy amiga de guerras y siempre las tienen y procuran, y es gente muy vengativa" (120-121). Para describir el estilo de vida de los carios hemos consultado: Perusset, M., "Un aproximación a los procesos de etnogénesis en el Paraguay colonial", en *Suplemento antropológico*, vol. XIX, Asunción, Universidad Católica, 2007; Necker, L., "La reacción de los guaraníes frente a la conquista española del Paraguay. Movimientos de resistencia indígena.", en *Suplemento antropológico*, vol. XVIII, n° 1, Asunción, Universidad Católica, 1983; Susnik, B., El rol de los indígenas en la formación y en la vivencia del Paraguay, *op. cit.;* Quarleri, L., *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata*. Buenos Aires, FCE, 2008 y Roulet, F., *La resistencia de los guaraníes del Paraguay y la conquista española (1537-1556)*. Posadas, Editorial Universitaria-Universidad de Posadas, 1993.

cazadoras-recolectoras que los españoles habían conocido en las costas del Río de la Plata y en su camino ascendente por el Paraná. Como el resto de las parcialidades guaraníes, practicaban la antropofagia ritual, resultado de una guerra de venganzas sobre otras etnias no guaraníes, a cuyos cautivos denominaban *tapí*, palabra que los españoles tradujeron como "esclavo", confundiendo una designación étnica y ritual con una categoría socieconómica (Roulet, 1993: 68).

Los españoles llegaron a la zona donde erigirían Asunción en 1537, en su primer intento por encontrar una ruta hacia el Perú. Viendo, como hemos apuntado, la presencia de esta numerosa comunidad agrícola estable, decidieron instalar una base en la cercanía de sus aldeas. Los conquistadores, ya diezmados por el hambre y los ataques que habían sufrido tanto en Buenos Aires como río abajo, necesitaban con urgencia el abasto regular de comida y la provisión de guías para proseguir con el descubrimiento, cosas que solo podían provenir de los nativos. El 15 de agosto de 1537 una pequeña guarnición de españoles construyó una fortaleza, el origen de la ciudad de Asunción. Los carios toleraron la permanencia de estos pocos hombres, sin ver en ellos un gran peligro y beneficiándose de los "rescates" que obtenían: hachas y anzuelos de metal que intercambiaban por víveres; incluso los guaraníes cedieron algunas pocas mujeres a estos inusuales huéspedes (Roulet, 1993: 117).

El contingente de españoles instalado en Asunción no era mayor de trescientos hombres; aún así, esta cantidad ya implicaba un peso importante sobre la economía caria. Poco a poco se fue constituyendo una sociedad mestiza española-guaraní, no basada en la hospitalidad o la pasividad de los nativos, ni en el deseo de los conquistadores de construir una sociedad más igualitaria junto a los indios, como la historiografía nacional del Paraguay y de la Argentina

de los años '30 y '40 quiso ver. El lazo que unía a españoles y guaraníes estaba basado en la conveniencia y el miedo mutuos: "un mero vínculo de conveniencia, sustentado en la necesidad de sobrevivir a merced de una economía indígena de magros excedentes y condicionado por la relativa debilidad numérica y la escasez de armamentos de los españoles. Una relación teñida de recelos y desconfianza, en la que cada parte espera lo peor de la otra y acecha el momento propicio para imponerle sus condicionamientos. Un intercambio del que están ausentes el afecto y la generosidad, el ir y venir de bienes y servicios exige contradones precisos, cuya magnitud está determinada por las relaciones de fuerza" (Roulet, 1993: 138).

Cuando los españoles finalmente pudieron hacer valer el peso de sus armas en una guerra contra lanzas de madera y flechas con punta de piedra, estuvieron en una situación de privilegio, en la que incluso llegaron a cumplir el rol de mediadores entre las disputas de los distintos grupos guaraníes y entre ellos y las demás etnias chaqueñas. Así pudieron los españoles cumplir con sus ideales aristocráticos de mandar y ser servidos en virtud de su supremacía guerrera; los carios, por su parte, al participar de las entradas y de la guerra contra las etnias chaqueñas, se hacían de esclavos y mujeres, además de imprimirles temor a sus antiguos enemigos (Quarleri, 2008: 52-53). La alianza privilegiada de españoles y carios comenzaba a construirse, cimentada en intereses e incomprensión mutuos.

A este complejo mosaico socio-cultural, que combinaba sociedades neolíticas, paleolíticas y, desde hacía pocos años, preindustriales con la llegada de los europeos, ubicado en un lugar casi inaccesible desde la metrópoli y muy distinto de lo que los españoles consideraban una tierra rica, arribará el nuevo agente de la Corona española en la región. El Segundo Adelantado y Gobernador del Río de la Plata, don Álvar Núñez Cabeza de Vaca, partía el 2 de noviembre de

1540 del puerto de Cádiz, con los objetivos de auxiliar a los españoles de la provincia y proseguir el descubrimiento de aquella tierra, por orden y merced de la Corona.

Llega el Adelantado: su experiencia y objetivos en esta nueva incursión en América

Si algún europeo conocía bien los desafíos que el Nuevo Mundo podía ofrecer a sus incursiones, este era, sin duda, Álvar Núñez. Nacido en Jerez de la Frontera a fines del siglo XV, provenía de una familia que se jactaba de los servicios dados a los reyes españoles por generaciones. Siguiendo esta línea de servicios a la Corona hispánica, lo vemos pelear en las campañas italianas de Carlos V y luego respaldar a su monarca en el levantamiento de los comuneros de Castilla en 1521 (Pupo-Walker, 1992: Sección Introductoria).

En 1527, emprende su primer viaje al corazón del Nuevo Mundo, como tesorero bajo el mando del Adelantado Pánfilo de Narváez, designado por Carlos V explorador y gobernador de La Florida. Pertenece ya a la historia universal de los fracasos el desastre en el que esta expedición se hunde, al punto de que de los 500 hombres que la componían, solo cuatro sobreviven: uno de ellos será Álvar. Su derrotero por La Florida, la llanura del Mississippi y el desierto de México a lo largo de diez años es una de las más extremas experiencias de la otredad que haya registrado un europeo en la historia de la colonización española. Sucesivamente, Álvar pasa de náufrago a esclavo de los indios, comerciante, curandero y finalmente, chamán, mientras circula con sus compañeros por diversas tribus y etnias ubicadas a todo lo largo de lo que es hoy el sur de los Estados Unidos. Tanto la extensión de tiempo y espacio recorridos por Álvar como los muy particulares eventos en los que se

ve envuelto en esta auténtica Odisea americana, marcaron profundamente la subjetividad de nuestro futuro Adelantado, la que quedó reflejada en la puesta por escrito que hace de su experiencia.[14]

En 1542, al poco tiempo de reintegrase al mundo español (y cuando ya estaba de vuelta en América), sus experiencias en el Nuevo Mundo serán editadas en lo que se convertirá en un texto no solo célebre en su tiempo, sino también, fundacional de la literatura latinoamericana,[15] sus *Naufragios*.[16] Este texto ha recibido una continua e intensiva atención por parte no solo de historiadores sino también de estudiosos de la literatura y antropólogos, tal es la riqueza de su contenido.

La suerte corrida por los *Comentarios*, la obra en la que deja testimonio de su segunda incursión al Nuevo Mundo, es bien distinta. Por un lado, el escenario que describe sigue siendo actualmente parte de la periferia mundial; por otro, no tiene la intensidad del narrador en primera persona protagonista de *Naufragios*, cosa que resta dramatismo y proximidad a cualquier narración; finalmente, y aunque solo sea a primera vista, los sucesos que vive en Asunción parecen palidecer frente al proceso de aculturación que,

---

14 Parafraseando a Beatriz Pastor, la experiencia de diez años entre las tribus nativas de América ha desdibujado en Álvar la oposición fundamental que la lógica de la conquista española tiene como punto de apoyo: la del infiel/salvaje/indígena contra el cristiano/civilizado/español.

15 Lienhard, Martín, "Los comienzos de al literatura 'latinoamericana': monólogos y diálogos de conquistadores y conquistados" en Pizarro. Ana María (1993: 47). En el artículo de la compiladora "Palabra, literatura y cultura en las formaciones discursivas coloniales" se vuelcan interesantes generalizaciones sobre la génesis de la literatura latinoamericana en relación a la literatura europea.

16 Intitulados en principio *La relación que dio Alvar Núñez Cabeça de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde iua por gobernador Panfhilo de Narváez desde el año veinte y siete hasta el año treinta y seis que volvió a Sevilla con tres de su compañía.* (Cardozo, 1959: 137-138). La denominación *Naufragios,* con la que conocemos la obra en la actualidad aparece recién en 1749, en *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales.* Véase la extensa nota dedicada a este asunto en Pranzetti (1993: 59).

como conquistador y español, sufre en su larga convivencia forzada con los aborígenes del Norte. Sin embargo, esta obra de 84 capítulos es una incomparable fuente para conocer la situación del Río de la Plata en el siglo XVI y para ver la compleja trama de intereses imperiales y locales, tanto españoles como nativos, que determinaron una experiencia de colonización específica y particularísima como lo es la de Asunción en el período, a través de alguien que, debido a sus experiencias vitales anteriores, pretende establecerse como mediador entre todos los actores involucrados.

Como ya hemos adelantado más arriba, el texto que nos ocupa fue editado en Valladolid en 1555, más de diez años después de los eventos que evoca. Fue editado junto con una reedición de los *Naufragios,* en un volumen titulado *La relación y comentarios del Gobernador Álvar Núñez Cabeça de Vaca, de lo acaecido en las dos jornadas que hizo a las Indias* (Cardozo: 1959: 133). Lo que vivió en la "segunda jornada" en América, es decir, los sucesos que lo tienen como protagonista en el Río de la Plata, aparecen narrados en este volumen bajo en título de *Comentarios de Alvar Nvñez Cabeça de Vaca, adelantado y gobernador dela provincia del Rio de la Plata. Scriptos por Pero hernandez scriuano y secretario de la provincia. Y dirigidos al Sereniss. Muy alto y muy poderoso Señor el Infante don Carlos* (Cardozo: 1959: 139).

Prontamente llama la atención la aparición de Pero Hernández como coautor o incluso autor de los *Comentarios.* Si bien la cuestión de atribución fue debatida ya desde el siglo XVIII, el estudio del Proemio (en general no editado en las ediciones modernas), su inclusión junto a los *Naufragios* y el análisis de la licencia de impresión incluida en la primera edición de la obra indicarían que aunque Hernández la haya redactado, lo hizo bajo la dirección y utilizando materiales provistos por Álvar, entre ellos una "Relación" fechada en Madrid en 1545, como descargo ante el Rey y

el Consejo de Indias de las acusaciones recibidas por los Comuneros de Asunción.[17]

Pero además, creemos que la aparición de Pero Hernández como redactor de la obra y por tanto, en la primacía del narrador en tercera persona testigo, es una deliberada estrategia de construcción de veracidad por parte del Adelantado. Dado que su actuación como gobernador estuvo sujeta a un desdichado final primero, y a una larga controversia judicial después, recurrir al relato de un escribano, figura pública y con un lugar especial dentro de los procesos de legitimación y validación del Estado español, era una opción sólida en pos de presentar su relato como veraz y digno de crédito.[18] La distancia de quien ve un evento ajeno a su accionar y lo narra permite presentar ese hecho como objetivo ante el lector, mucho más que mediante el testimonio directo de quien lo realiza.

---

17 Esta discusión y el análisis del Proemio y de la Licencia de Impresión se encuentran desarrollados en el parágrafo "1. Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Pero Hernández", en el capítulo V de la *Historiografía paraguaya* de Efraim Cardozo, *op. cit.*, pp. 133-136. En contrario, Enrique Pupo-Walker sostiene que ambas obras pueden separarse dado que "el proceso de elaboración que respalda ambos textos tuvo que ser desigual. Además, no sabemos, con suficiente especificidad hasta qué punto Álvar Núñez participó en la preparación de los *Comentarios*. Más aún: al considerar el problema de la autoría, esta obra postrera se revela necesariamente, como una formulación de segundo grado y ubicada en un contexto de polémicas y de reivindicaciones personales. Esos rasgos, de por sí, desvirtúan la posibilidad de una correlación inmediata y coherente entre ambas narraciones. (...) Las diferencias que apunto no niegan del todo algunos vínculos que sin duda existen entre los *Naufragios* y los *Comentarios*; se trata, sin embargo, de relaciones que verificaríamos más en los proemios que en los textos propiamente dichos", pp. 15-16. Aquí preferimos ver los dos textos como productos de una misma creación autoral, cuyas diferencias de estilo corresponden a estrategias de escritura distintas, asociados a intereses y contextos disímiles.

18 En la reflexión que Enrique Pupo-Walker realiza a propósito del género "Relación", en cuya tradición inscribe a los *Naufragios*, afirma que "Puede inferirse que las fórmulas y giros canonizados por la retórica forense sirvieran para otorgar un barniz de autoridad y verosimilitud al contenido, a veces descomunal, que exhibían aquellos documentos [las *Relaciones*]", en "Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Glantz, M. (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.*, p. 268. Creemos que esta afirmación bien puede ser extendida a la lectura de los *Comentarios*.

Nos encontramos ante dos lógicas distintas que estructuran y justifican ambos textos. *Naufragios* es, fundamentalmente, una hoja de servicios destinada al Rey y a los funcionarios de la Corte y del Consejo de Indias; allí no había litigio y el relato es el de un sobreviviente, que no puede recurrir a un testimonio por fuera de sí ya que quienes lo rodearon en el desarrollo de los eventos fueron los aborígenes del Norte del Nuevo Mundo. Los *Comentarios*, en cambio, siguen una lógica judicial: se trata de una disputa planteada en términos legales contra otros españoles, potenciales críticos de un testimonio en primera persona que el Gobernador presentara. La voz de un tercero, además escribano, sería pues la elección más adecuada en la construcción de un relato/testimonio verosímil.[19]

Los hechos narrados en los *Comentarios* tienen su inicio en España, con una declaración de estado y un acuerdo. La primera corresponde a la situación en la que estaban los españoles del Río de la Plata, sobrevivientes de la expedición del antecesor de Álvar en el cargo, el Primer Adelantado a la región:

> (…) vinieron a esta corte de Su Majestad personas del Río de la Plata a dar cuenta a Su Majestad del suceso de la armada que allí había enviado don Pedro de Mendoza, y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y a le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes que todos pereciesen porque ya quedaban pocos de ellos. (p. 111)

Ya hemos hablado brevemente de las condiciones que rodearon el fracaso de la primera fundación de Buenos Aires

19 La utilización del género de relación puede también entenderse como un recurso de verosimilitud, ya que el principal objetivo de estos textos no es estético, sino que obedece a una orden emanada desde el monarca para que se le ofrezca un relato fidedigno de lo acaecido (Mignolo, 1992: 57-116.)

y la retirada de la población española a la ciudad fuerte de Asunción, totalmente alejada de la ruta marítima de contacto con España. Incluir la descripción de esta situación en el relato es vital para que la acción de Álvar tenga lugar. El rey lo envía al Río de la Plata y es aquí cuando aparece el acuerdo de índole política y económica entre el soberano y su servidor:

> Y sabido por su Majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulación con Álvar Núñez Cabeza de Vaca para que fuese a socorrillos; el cual asiento y capitulación se efectuó, mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofreció de los ir a socorrer, y que gastaría en la jornada y socorro que así había de hacer, en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulación y asiento que con Su Majestad tomó, le hizo merced de la gobernación y de la Capitanía general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado[20] a ella; y asimesmo le hizo merced del dozavo de todo lo que en la tierra y provincia se hobiese y lo que en ella entrase y saliese (pp. 111-112).

Claramente vemos delinearse en este primer pasaje la vinculación inescindible entre el patrimonio y el enriquecimiento personal de un particular y los fines políticos propios del Estado monárquico español: en pos de lograr un objetivo político (la continuidad de la ocupación española en la región del Plata), el Rey convoca a Álvar quien, financiando y dirigiendo la expedición, efectivizará el control de

20 El cargo de Adelantado, cuyas raíces pueden rastrearse hasta la Reconquista, era otorgado por el propio monarca y reunía tanto funciones militares como de gobierno y justicia, ya que tenía como objeto establecer nuevos núcleos de poblamiento españoles y cristianos en áreas desconocidas hasta su avance. Es en general, un título que aparece concedido en el período propiamente de Conquista del Nuevo Mundo, ya que con la conformación del régimen colonial en América, inseparable del creciente afán de control de la Corona sobre el Nuevo Mundo, los Virreyes, Audiencias y Cabildos irán reemplazando a esta institución de poderes tan amplios y, potencialmente, tan peligrosos.

la Monarquía Hispánica en ese trozo de las Indias. En reconocimiento a sus servicios, bajo la forma de una "merced" del rey, Álvar Núñez recibirá no solo la gobernación de la región a la que se dirigía, sino también una renta derivada de su producción y comercio. Este entendimiento entre la Corona y su súbdito-funcionario queda establecido mediante un contrato legal asentado en la Capitulación y en los documentos reales en los que se deja constancia de su designación como autoridad legítima local.

Esta introducción coloca a Álvar y a su acción plenamente inscriptos en la legalidad española-colonial, directamente emanada del monarca. Mencionaremos además la existencia de un objetivo más que aparecerá prontamente cuando llegue a América: el de *descubrir la tierra*, que implicaba la explotación de las riquezas naturales de la región y el sometimiento de la población nativa a la autoridad del Rey en aquellos territorios que aún no habían sido explorados por los españoles.

Adaptación y mediación: el gobernador y sus tratos con guaraníes y españoles

La expedición, según se narra en *Comentarios,* arriba a la isla de Santa Catalina en la costa del Brasil a fines de marzo de 1541, y parecía haber comenzado no solo exitosamente, sino incluso bendecida por una extraordinaria fortuna y por el buen gobierno del Adelantado.[21]

Ya en la isla, habiendo pacificado a sus habitantes nativos como súbditos del Rey e intentando recabar información

21 Se cuenta en los capítulos I y II, por ejemplo, cómo nadie murió en la travesía, por más que recalaron en la Isla de Cabo Verde, a la que se cataloga de muy mala para la salud de los embarcados; o cómo el repentino canto de un grillo, embarcado en Cádiz varios meses antes, los previene de un naufragio seguro contra afiladas rocas.

sobre el estado de la ciudad de Buenos Aires, recibe la imprevista visita de nueve cristianos oriundos de la misma quienes, huidos de la ciudad en una pequeña barca, presentan al Adelantado una penosa relación de los sucesos que habían acontecido en la Provincia desde la muerte de Juan de Ayolas.

> (…) estaba por teniente gobernador en la tierra y provincia Domingo de Irala, vizcaíno (…) y también le dijeron y le informaron que Domingo de Irala dende la ciudad de Ascensión había subido por el río del Paraguay arriba con ciertos bergantines y gentes, diciendo que iba a buscar y dar socorro a Juan de Ayolas [en su expedición] se le murieron sesenta cristianos de enfermedad y malos tratamientos; y otrosí, que los oficiales de Su Majestad que en la tierra y provincia residían habían hecho y hacían muy grandes agravios a los españoles pobladores y conquistadores, y a los indios naturales de la dicha provincia, vasallos de Su Majestad, de que estaban muy descontentos y desasogados, y porque asimismo los capitanes los maltrataban ellos habían hurtado un batel en el puerto de Buenos Aires, y se habían venido huyendo, con intención y propósito de dar aviso a Su Majestad (pp. 116-117).

Esta dramática descripción del estado de la Provincia sirve de testimonio independiente al gobernador respecto de cómo Domingo de Irala, quien luego será su gran adversario, se había conducido en los asuntos públicos en ausencia de la autoridad legítima: traicionando a su jefe, maltratando a sus coterráneos y agraviando a los nativos. Los nueve cristianos prófugos no llegaron hasta el Rey, pero sí ante quien tenía la legítima delegación del poder real, Álvar Núñez. Así, apenas iniciada la lectura de la obra, vemos cómo la situación de la Provincia es presentada como un caos ajeno a cualquier legalidad y en manos de quien comienza a delinearse como

un traidor a su gente y al Rey. Es notable, además que los daños causados a los nativos por el accionar de Irala y sus cómplices, sean puestos en pie de igualdad con aquellos que infligía a los españoles.

El camino más directo y conocido para llegar a Buenos Aires y Asunción era bajar hasta el puerto por el océano y remontar luego el río Paraná. Pero aquí, nuestro Adelantado, planea algo distinto. Divide en dos a su partida: unos irán con los barcos hasta Buenos Aires (que aún no sabía, ya estaba despoblada); el resto, lo seguirá a pie hasta Asunción desde las costas del Brasil. Como razón principal de semejante decisión, aparte de acelerar el auxilio a los dos polos de poblamiento español en la provincia, aparece lo siguiente: "(…) así para descubrir aquella tierra que no se había visto ni descubierto" (p. 118).

Como Adelantado, tenía por misión, reclamar nuevas tierras para el Rey. No nos cuesta ver que tras la seguridad que tiene en emprender la marcha hacia lugares totalmente desconocidos para los españoles, se encuentra su experiencia norteamericana, en la que prácticamente solo, se había enfrentado a distancias y desafíos pocas veces vistos por ojos europeos. Sin embargo, creemos que sus peripecias en el Norte estaban involucradas en su decisión de otra manera: estas le habían dado un conocimiento particular, el de la negociación con tribus y jefes étnicos. Creemos que al hacer el camino a pie, Álvar pretendía entrar en contacto e intercambios con los indios que fuera encontrando a su paso, para presentárseles directamente como autoridad española en la región. Esta red de contactos previos sería tanto más importante en cuanto quisiera imponerse políticamente a los españoles de Asunción, sobre todo, con las recientes informaciones que había recibido respecto del jefe *de facto*. Este sería un objetivo no declarado, pero fácilmente perceptible a través de los contactos que busca insistentemente con los nativos y las declaraciones que emite ante ellos.

Álvar se guarda mucho de que su entrada a pie parezca temeraria; rápidamente el texto se preocupa por aclararnos que el gobernador había considerado prudentemente todos sus movimientos: "Estando bien informado, el gobernador por do había de hacer la entrada para descubrir la tierra y socorrer los españoles, bien pertrechado de cosas necesarias para hacer la jornada" (p. 119).

A lo largo del texto veremo cómo las acciones del gobernador siempre están antecedidas por la instancia de ser informado de las condiciones en las que se desarrollarán, proponiéndose como un modelo de prudencia y escrúpulos, virtud que será prontamente encumbrada por los funcionarios coloniales que reemplazarán a los conquistadores. Cuando se encuentre con los españoles, a la instancia del informe agregará la del acuerdo; la veremos más adelante al abordar las formas en que construye su autoridad entre los españoles.

Prontamente en la narración, cobran protagonismo los nativos, y esto debido a varios motivos. El primero, es que la expedición no puede sobrevivir sin ellos, ya que en un medio ambiente nuevo y desconocido, los españoles ven muy menguada su capacidad de alimentarse y seguir un rumbo claro:

> (…) y acabo de los dichos diez y nueve días, teniendo acabados los bastimentos que sacaron cuando empezaron a marchar, y no teniendo qué comer, plugo a Dios que sin perder ninguna persona de la hueste descubrieron las primeras poblaciones que dicen del campo, donde hallaron ciertos lugares de indios (pp. 119-120).

En segundo lugar, como ya hemos indicado, Álvar insiste en relacionarse con los nativos, hecho por el cual cumple con los objetivos de la Capitulación firmada, a la vez que se vincula de manera personal con ellos, construyendo una base de poder para competir con los españoles afincados ya

en la provincia. Ambos intereses están unidos a través de la conversión de los nativos en vasallos de Su Majestad que, como tales, deben obedecer a aquella autoridad designada por el monarca que no es más que el propio Adelantado.

En el texto, Álvar se presenta casi sin excepción como amigo de los indios. Esto se evidencia a partir de los buenos tratos de los que hace objeto a los nativos (en especial a los jefes), en el escrupuloso "pago" que hace de los bienes que los indios le ofrecen y en su constante preocupación por darles justicia, incluso frente a los españoles. En tanto que pretende, como iremos viendo, construir una alianza interétnica con los nativos para hacer viable su autoridad como gobernante legítimo en la región, se mostrará siempre preocupado por mantener buenas relaciones con ellos y por convertirse en exclusivo mediador entre los indios, los españoles y el Rey. Esto último es particularmente notorio en su insistencia en regular los contactos de sus tropas con los indios, prohibiéndoles incluso, adentrarse en sus pueblos y casas. Estos rasgos, presentes a lo largo de todo el texto, pueden verse muy bien en esta cita *in extenso*, que recoge los encuentros que el gobernador va teniendo con los guaraníes en su camino a Asunción, durante el largo año en que él y su tropa caminan hacia la ciudad:

> (…) vinieron los indios con mucho placer a traer a la hueste bastimentos para la gente; por manera que nunca les faltaba de comer (…). Lo cual causó dar el gobernador a los indios tanto y ser con ellos tan largo, especialmente con los principales, que, demás de pagarles los mantenimientos que le traían les daba graciosamente muchos rescates, y les hacía muchas mercedes y todo buen tratamiento; en tal manera, que corría la fama por la tierra y provincia, y todos los naturales perdían el temor y venían a ver y traer todo lo que tenían, y se lo pagaban, según es dicho (…).
>
> Y porque la gente que en su compañía llevaba el gobernador era falta de experiencia, porque no hiciesen daño ni agravios

> a los indios, mandóles que no contratasen ni comunicasen con ellos ni fuesen a sus casas y lugares, por ser tal su condición de los indios, que de cualquier cosa se alteran y escandalizan, de donde podía resultar gran daño y desasociego (…)
> (…) y viendo que el gobernador castigaba a quien en algo los enojaba, venían todos los indios tan seguros con sus mujeres e hijos, que era cosa de ver (…)
> (…) al principal de este pueblo, que se decía Pupebaje, mandó dar graciosamente algunos rescates de tijeras y cuchillos y otras cosas, y de allí pasaron prosiguiendo su camino, dejando a los indios de este pueblo tan alegres y contentos, que de placer bailaban y cantaban por todo el pueblo (pp. 121-123).

Ya cuando el Adelantado llega a Asunción, en marzo de 1542, rápidamente comienza un proceso de negociación con aquellas etnias no guaraníes que se habían mostrado especialmente hostiles con el asentamiento español y su relación privilegiada con los carios. Los objetivos que persigue son de vital importancia para el éxito político y económico de su empresa: el apoyo de los nativos le aseguraría tanto autoridad ante los españoles como la subsistencia misma de la ciudad y de sus habitantes. Asunción depende de los carios asentados en sus alrededores como mano de obra y, fundamentalmente, como aprovisionadores de víveres, sin mencionar siquiera el peligro de aniquilación que enfrentarían ante una coalición amplia de fuerzas locales; controlar los ataques de los que eran objeto a manos de las etnias canoeras del Paraguay era vital para asegurar su respaldo y tolerancia a la población española. Los primeros en acercarse son los hostiles indios agaces, que continuamente atacaban tanto a los cristianos como a los indios guaraníes. En el texto parece evidente que este acercamiento espontáneo al gobernador que hace una tribu agresiva hacia los españoles y sus aliados, es obra de la fama que precede al primero como amigo de los indios y dispensador de justicia:

> (…) y rogaron al gobernador los recibiese y hiciese paz con ellos y con los españoles y que ellos la guardarían y conservarían (…) el gobernador los recibió con todo buen amor y les dio por respuesta que era contento de los recibir por vasallos de Su Majestad y por amigos de los cristianos con tanto guardasen las condiciones de la paz (p. 142).

Hasta tal punto llevará nuestro Adelantado su política de convivencia pacífica con los nativos que aun cuando se constituya desde la legalidad española causa de "Guerra Justa",[22] insiste en que se pida cuantas veces sea necesaria la obediencia de los alzados; por ejemplo, cuando declara una ofensiva contra los guaycurúes, solicita al capitán de las fuerzas militares que "de les hacer los apercibimientos una, dos, y tres veces con toda templanza" (p. 146).

De esta forma, allí donde sea posible, Álvar intenta imponer una nueva forma de relacionarse con los indios, basada en la reciprocidad y benevolencia, en un análisis correcto del entorno en el que le tocaba actuar, en su dimensión geográfica, étnica y política: "si se rompiera con los indios, y no se pusiera remedio, todos los españoles que estaban en la provincia no se pudieran sustentar ni vivir en ella, y la habían de desamparar forzosamente" (p. 153).

Romper definitivamente con los nativos, incluso cuando estos fuesen hostiles, equivalía en la mente del Adelantado a un fracaso total de la misión otorgada por el Rey; en consecuencia, el enfrentamiento directo, aun bajo la forma de una guerra justa, debía ser evitado.

La negociación de Álvar con los nativos está signada por el intercambio de bienes que realiza con los jefes étnicos en

22 Según la formulación de Vitoria "los españoles tenían derecho de comerciar con los indios y predicarles el evangelio, y los indios estaban obligados a recibirlos de manera pacífica. Si no lo hacían así, entonces los españoles tenían una causa justa para la guerra" (Elliot, 1990b: 18).

tanto él es el jefe de los cristianos. Sobre este intercambio material y simbólico propio de las relaciones intertribales, el gobernador monta la legalidad española de obediencia al soberano; pero para hacer su propuesta más aceptable a los nativos, la redefine en términos de reciprocidad:

> Mandó a juntar todos los indios naturales, vasallos de Su Majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y los clérigos, les hizo un parlamento, diciéndoles como Su Majestad lo había enviado a los favorecer y dar a entender cómo habían de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, con ministros de Dios y para que estuviesen debajo de la obediencia de Su Majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serían mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habían sido; y allende de esto, les fue dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacían a Dios (…) y para les dar contentamiento, les dio y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron (pp. 139-140).

Álvar parece entender perfectamente la importancia central que las relaciones recíprocas tienen para los nativos; al punto, de que cuando algunos jefes étnicos le ofrecen mujeres como obsequio y para que las tenga como rehenes, él acepta estos preciosos "bienes" pero para que sean educadas en la fe católica; su principal argumento para recibirlas es, literalmente, para que los indios no se enojen.[23]

No obstante la importancia central de la reciprocidad con la que intenta regular sus relaciones con los indios, Álvar introduce, avanzando el relato, formas jurídicas netamente

23 Textual de la p. 164.

españolas para resolver algunos problemas de los españoles con los nativos o de los propios nativos en sus enfrentamientos.[24]

Pero había otro grupo étnico en la zona con el cual Álvar debía negociar; era poco numeroso, pero de crucial importancia para la misión del Adelantado: el de los propios españoles. Sus tratos con ellos serán mucho menos flexibles que los que articula con los nativos, y siempre estarán signados por la más escrupulosa legalidad española. Si había podido erigirse como mediador entre españoles e indígenas y aun, entre distintas etnias nativas, dado su conocimiento cabal del sistema de reciprocidad que regula muchos aspectos de su vida, ante los españoles se presentará como un mediador legal entre el Rey y sus súbditos, sean españoles o habitantes originarios del Nuevo Mundo. La justificación última de su autoridad está dada en tanto representante designado por el Rey y ejecutor de su voluntad.

La llegada a Asunción insinuó un inicio promisorio de la relación entre los españoles y el Adelantado. Uno de los momentos más felices de los *Comentarios* tiene que ver con la entrada de Álvar a la ciudad:

> Salieron a recebirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, así por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de

24 Tómense los siguientes ejemplos. Apenas llegado a Asunción, los guaraníes protestan ante Álvar Núñez por el ataque de los indios guaycurúes, que les quitan las tierras. Se forma un proceso judicial en el cual se transcriben los nombres de los denunciantes, se les toma testimonio a ellos y a otros testigos y se formula finalmente un veredicto que justifica la guerra. En otra ocasión, prohíbe a sus aliados guaraníes tomar prisioneros de otras etnias so pena de castigo. Por último, mencionemos el procesamiento y condena del líder étnico Aracare, contra quien se instruye un proceso y se le notifican los autos, siendo luego ejecutado; posteriormente, el gobernador comunica a los indios las razones de la condena: "les fue dicho y dado a entender las razones y causas justas que para ello había habido" (p. 171).

> Buenos Aires, por do tenían alguna esperanza de socorridos, lo habían despoblado (…) el gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, (…) luego presentó las provisiones y poderes que llevaba antes Domingo de Irala, teniente gobernador en la dicha provincia, y ante los oficiales (…) y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales recibieron al gobernador y le dieron la obediencia como a tal capitán general de la provincia en nombre de Su Majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia (p. 136).

Aunque el carácter providencial de la aparición de Álvar es un importante foco de atención en este fragmento, nos concentraremos en la cuestión legal. Ante la comunidad completa de españoles, Álvar Núñez Cabeza de Vaca presenta sus credenciales. Es en virtud de la posesión de las mismas que es aceptado por los españoles como gobernador legítimo, en tanto que su autoridad emana del propio Rey. Además, es el propio Irala quien progresivamente se va construyendo en la némesis de Álvar, a quien se le presentan los instrumentos legales que lo invisten como autoridad legal de la Provincia. Notemos también que esta es aceptada unánimemente: nadie cuestiona su origen, las credenciales o la persona a quien designan.

Habíamos dicho que las acciones de Álvar como gobernador aparecen siempre precedidas en el relato por una instancia de información respecto de la situación que enfrenta. Cuando esté junto a los españoles, agregará, como dijimos, otra instancia, la del acuerdo:

> (…) mandó a llamar los religiosos y clérigos y oficiales de Vuestra Majestad, a los cuales (…) les rogaba y encomendaba de parte de Su Majestad mirasen lo que más útil y provechoso fuese y les pareciese, y que sobre ello le diesen su parecer,

> (…) todos conformes dijeron que su parecer era que luego con toda brevedad se enviase a buscar tierra poblada por donde se pudiese hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el gobernador había dicho y propuesto, y así quedó aquel día sentado y concertado (p. 166).

Cada vez que el gobernador está ante un evento importante (la realización de la entrada al Chaco, la forma de tratar a nativos en guerra, la acción ante el hambre) se introduce en el texto una situación en todo semejante a la citada. Es clara la intención de Álvar de presentarse ante el público español como encarnación de la legalidad del reino, siguiendo paso por paso todas las instancias previstas para la toma de decisiones en Indias. Su accionar, cualquiera este sea, queda así legitimado dentro de los marcos legales vigentes. La anuencia de los que son llamados a dar su opinión e, incluso, la falsa afectación del gobernador que ruega el consejo a las autoridades locales, no hacen sino resaltar el carácter retórico de tal escena.

Si bien Álvar basa su legitimidad entre los españoles en la apelación a las instituciones legales que le confieren autoridad, no es menos cierto que también apela a la imagen del buen gobierno, tema muy en boga en la Europa del siglo XVI. En tanto es justo, generoso y se preocupa por el bienestar de quienes están a su cargo, merece su lugar soberano. Al ver la pobreza que reina en Asunción a su llegada, en seguida se ocupa por corregir aquellas cosas que entiende injustas en la ciudad de los españoles:

> Visto que había en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas camisas, calzones, y otras muchas cosas, con que fueron remediados y proveyó a muchos de armas, que no las tenían: todo a su costa, sin interés alguno; y rogó a los oficiales de Su Majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habían hecho (pp. 143-144).

Esta imagen de un gobernador cristiano, que tiene como uno de los pilares de legitimidad la práctica de la caridad, se opondrá crecientemente a la de los españoles comandados por Irala, cuyas acciones están justificadas en términos de ambición, codicia y lujuria.

Pero más allá de estas imágenes y directrices genéricas sobre el buen gobierno, Álvar probablemente había estado en contacto, durante su breve estadía en el mundo español ibérico, con las nuevas tendencias que prontamente iban a reformar profundamente las leyes de Indias. A partir de 1539, y derivada tanto de la dura prédica de los dominicos contra la encomienda como de la propia necesidad monárquica de encontrar nuevas bases de justificación a su dominio sobre las Indias, el propio Emperador encabeza un proceso de debates y consultas que llevarán a la revisión de las leyes y disposiciones existentes sobre el Nuevo Mundo. Dicho proceso culminará con la promulgación de las "Leyes Nuevas" (Barcelona, 1542). Las leyes se concentraban en la encomienda y en los maltratos y despojos a los que los conquistadores y colonizadores habían sometido a los nativos. Reiterando que los indios eran súbditos libres de la Corona, las leyes prohibían el trato de los indios como esclavos, determinaban que fueran atraídos pacíficamente a la doctrina católica y educados en ella y, en caso de ser ocupados en actividades productivas, debían ser remunerados. Estas leyes, más allá de las disposiciones humanitarias, basadas en el concepto de caridad cristiana y de igualdad original entre los hombres, estaban dirigidas a controlar y anular el poder de la rica casta de encomenderos que se había formado a partir de la primera conquista y cuya autonomía y poder eran mirados con creciente recelo por la Corona y sus funcionarios (Levene, 1924: cap. XI; Elliot, 1990b: tomo II). Creemos que el conocimiento de este clima que desemboca en las Leyes Nuevas, relacionado directamente con la propia voluntad regia, puede ser uno de los

elementos que expliquen la oposición de Álvar a los primeros conquistadores y sus inclinaciones en favor de reglar y normalizar el contacto con los guaraníes. Esto cobra especial relevancia si consideramos que para el momento en que él llega a la colonia se encuentra activo un auténtico comercio de mujeres y cautivos chaqueños, dirigido por los españoles y del que participaban algunos jefes guaraníes, con la colonia portuguesa de San Vicente (especializada en la producción de caña de azúcar a través de la explotación de mano de obra esclava) del que se obtenía el único flujo continuo de bienes europeos.[25]

Así, apenas llegado a la sede de su gobernación, Álvar intenta imponer a los españoles al mando de la ciudad un modelo de comportamiento legal y cristiano más bien rígido, en una tierra totalmente alejada de la legalidad, en donde solo la flexibilidad podía depararle cierta seguridad.

El fracaso después del fracaso: América, sus nativos e invasores malogran los planes de Álvar

En abril de 1544, unos dos años después de haberse hecho cargo de la Gobernación de la Provincia del Río de la Plata, período en el cual intentó sistemáticamente reconectar Asunción con el mundo atlántico y unirla al mundo colonial peruano, Álvar Núñez es apresado y separado de su cargo

25 "La presencia de los españoles en Asunción (...) incrementó las rivalidades y la competencia entre parcialidades enfrentadas. Con los europeos en el medio, la tradicional saca de bienes y gente de otras aldeas (...) se transformó en una empresa organizada de obtención de mano de obra y en el principal rédito económico del que se beneficiaban los primeros pobladores españoles (...) De la saca de bienes –hombres y mujeres para su venta en el mercado negro– participaron no solo los españoles, sino también los guaraníes. Las mujeres, tomadas como trofeo de guerra pasaron a ser el principal bien de cambio con los portugueses de San Vicente. El trueque resultante les permitió a los asunceños ampliar su base económica" (Quarleri, 2008: 55-56).

en una airada reacción de los Comuneros[26] dirigidos por el hombre fuerte de la región, el vizcaíno Domingo de Irala. El depuesto gobernador, tras una prisión dura y humillante, será embarcado y devuelto a España, en donde iniciará un largo litigio que nunca lo favorecerá en sus reclamos. La aventura había sido un completo fracaso; solo la información que había obtenido en su entrada al Chaco sería luego aprovechada por los habitantes de Asunción para, finalmente, conectar a la ciudad con el Virreinato del Perú.

El plan de Álvar de constituirse como mediador de todos los intereses y actores presentes en Asunción no llega a consumarse. No logra establecer paces duraderas con los nativos; no puede tampoco, prevalecer como punto de contacto entre los asunceños y la España del Rey; él y sus hombres pasan enfermedades, hambre y sed. Parecen emerger, como cumbres infranqueables, los límites que la América de la periferia colonial impuso a los intentos de control por parte de los europeos, no importa qué tan originales fueran estos o qué tanta experiencia en él tuviera quien intentara llevarlos a cabo.

En el proyecto de Álvar falla, en primer lugar, la constitución de esa alianza interétnica que pretendía establecer entre los españoles y las distintas tribus nativas que habitaban desde los flancos de los Andes hasta la costa del Brasil.

Hemos dicho que logrando una paz estable entre españoles, guaraníes y las demás etnias que rodeaban Asunción la ciudad podía sobrevivir sin ataques y funcionar como un puesto intermedio entre el Río de la Plata y el Perú. En los *Comentarios*, Álvar establece innumerables alianzas con las tribus con las que toma contacto. Basándose en el empleo de la reciprocidad combinada con la legalidad española de vasallaje al Rey, el Adelantado puede construir relaciones

26 Los partidarios de Irala, en el marco de la revuelta que desaloja del poder a Álvar, se autodenominan "comuneros", rememorando la lucha que las comunidades de España habían impulsada contra la monarquía centralizada de Carlos I en las primeras décadas de su reinado.

pacíficas incluso con tribus que se habían demostrado siempre hostiles, como la de los agaces cerca de Asunción, o la de los payagúes, asesinos de Juan de Ayolas. Pero la cadena de éxitos relámpago viene casi siempre seguida de un fracaso. Apenas Álvar Núñez deja la zona en que aparentemente había pacificado a los nativos y en la que estos le habían prometido obediencia en nombre del Rey, el conflicto reaparece sistemáticamente. Las presiones españolas sobre el medio y sus habitantes excedían ampliamente la capacidad mediadora de Álvar.

El Adelantado se resiste todo lo que puede a una declaración directa de guerra, llamando al orden a los indios cuantas veces le sea posible: Álvar los amonesta, severamente incluso, pero las hostilidades se reinician apenas vuelve su espalda: los agaces tienen casi sitiada Asunción, atacando a guaraníes y españoles; incluso los guías nativos de las expediciones españolas se volvían contra ellos:

> Aracare [jefe étnico que oficiaba de guía] públicamente iba diciendo a los indios que se volviesen y no fuesen con ellos a les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó a los indios (p. 168).

El conflicto con los nativos se vuelve especialmente ríspido en el último puesto de avanzada de los españoles en el oeste, el Puerto de Reyes, que es constantemente atacado. Primero, cuando el gobernador no está presente; pero luego, la situación llega a un punto de no retorno cuando el propio Álvar, vuelto a los Reyes tras la entrada que había intentado hacer, pasa enfermo allí tres meses con su tropa esperando que las condiciones naturales sean aptas para retirarse a Asunción. Los ataques de los indios se intensifican y se vuelven más violentos:

> La muerte de los cristianos fue muy gran daño para nuestra reputación, porque los indios guaxarapos venían en sus canoas a hablar y comunicar con los indios del Puerto de Reyes, que tenían por amigos, y les dijeron cómo ellos habían muerto a los cristianos y que no éramos valientes, y que teníamos las cabezas tiernas, y que nos procurasen de matar y que ellos los ayudarían para ello (p. 207).

Finalmente, se verán incluso, escenas de canibalismo; cinco mozos españoles y algunos indios guaraníes, son atacados y

> (…) los mataron y despedazaron a los cinco cristianos y indios, y los repartieron entre ellos a pedazos entre los indios guaxarapos y guatos y con los indios naturales de esta tierra y puerto (…) y después de repartirlos los comieron (p. 232).

Esta enconada resistencia de los nativos y el fracaso del proyecto de Álvar de integrarlos a través de la práctica de la reciprocidad a la legalidad española son sin dudas determinantes del fracaso de sus aspiraciones. No obstante, es el conflicto intraétnico con los españoles el que finalmente desencadena su caída.

El gobernador asume tempranamente una serie de enfrentamientos con los comuneros, que Álvar interpreta como una insubordinación al Rey, en tanto que su autoridad deriva del mandato de Carlos V. Según lo relata el texto, hay tres hechos puntuales que determinan el enfrentamiento entre los españoles y el gobernador. El primero, tiene que ver con la intención que atribuye a Irala de "alzarse con la tierra", es decir, desconocer la potestad real sobre la provincia mediante el abandono a la muerte de su referente local, Juan de Ayolas y la ruptura de la vía de contacto con la metrópoli al despoblar Buenos Aires:

> Lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intención, y por que los indios los matasen, como los mataron, por alzarse con la tierra como después pareció que lo hizo contra Dios y contra su Rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruído y asolado toda aquella tierra, y ha doce años que la tiene tiránicamente (p. 189).

El segundo, la codicia de los oficiales del Rey, que medran con la miseria de indios y pobladores, inventando impuestos ilegales que de plano rechaza el gobernador:

> (…) por su propio interés particular habían echado un tributo y nueva imposición muy contra la justicia y contra lo que se usa en España y en las Indias a la cual imposición pusieron nombre de quinto (p. 180).

El tercero, la incontinencia de los mismos oficiales de Su Majestad, ante lo cual Álvar

> (…) no consintió que los cristianos trajesen obra de cien muchachas, que los naturales del puerto de los Reyes (…), habían ofrecido sus padres a capitanes y personas señaladas para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solían de las otras que tenían; y por evitar la ofensa que en esto a Dios se hacía, el gobernador mandó a sus padres que las tuviesen consigo en sus casas (…) y para dar más color a lo que hacía, publicó una instrucción de Su Majestad, en que manda "que ninguno sea osado de sacar a ningún indio de su tierra, so graves penas"; y de esto quedaron los naturales muy contentos y los españoles muy quejosos y desesperados (pp. 234-235).

Es muy clara la estrategia retórica del Adelantado, presentando la legalidad en perfecta correspondencia con su accionar, contrapuesto al de Domingo de Irala, cuya imagen

abyecta se termina de construir con un último paralelismo que coloca al rebelde contra la autoridad legítima como un rebelde contra Dios y la naturaleza humana:

> (…) para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen a los indios enemigos de ellos, y a muchos de éstos, a quien dieron licencia, eran cristianos nuevamente convertidos (…) y dijéronles más, que el gobernador era malo, y que por esta causa le habían preso (p. 248).

¿Qué hay detrás de esta imposibilidad de acuerdo entre los propios españoles, que sistemáticamente actúan de manera facciosa, aun cuando fueran una minoría cultural aislada en serio peligro de desaparecer frente a los múltiples desafíos humanos y naturales que América les propone? En el caso concreto de Álvar y los Comuneros liderados por Irala, estamos ante el típico enfrentamiento entre el poder local, encarnado en los primeros conquistadores, y el poder real, encarnado en el Adelantado. Los primeros se negaban a dejar que la Corona se inmiscuyera en sus asuntos políticos y económicos: difícilmente quisieran declarar al Paraguay reino independiente de Carlos V, pero lo cierto es que no estaban dispuestos a que un funcionario que consideraban advenedizo, que no había acompañado las dificultades y peripecias que la tropa había sorteado en el Río de la Plata, un extraño, un ajeno en definitiva, les impusiera ordenamientos que disminuirían las pocas ganancias, materiales y humanas que habían obtenido de sus denodados esfuerzos. El Adelantado, a su vez, veía en los Comuneros a los mismos sediciosos que había combatido, bajo el mismo nombre, en la Península: lo que escondían bajo el grito de libertad y los pedidos de autonomía era directamente una insubordinación al Rey y, por tanto, a Dios. No había más desenlace que la imposición por la fuerza de una de estas dos posiciones irreductibles, y será la de Álvar la que pierda.

El Paraguay había hecho que los españoles experimentaran la experiencia de la alteridad frente a las etnias nativas, alteridad teñida por una idea de superioridad que determinó, más tarde o más temprano, su dominio y explotación. Pero también, hizo que los primeros conquistadores se sintieran "otros" respecto de los españoles peninsulares y de los enviados de la Corona. En una dinámica similar a la de las guerras civiles en el Perú, la lejanía de la cultura madre y la imposición de dominio sin concesiones a los nativos redundó en una creciente arbitrariedad que "no solo se aplicó en relación a los vencidos, sino también en las disputas internas por los espacios de poder. Los españoles olvidaron las normas que regulaban la conducta social en la península y construyeron otras nuevas, basadas en el uso indiscriminado de la libertad en beneficio de sus intereses tanto económicos (enriquecerse) como simbólicos" (Lorandi, 2002: 48). Esta ruptura de las normas de trato, autoridad y gobierno propios del sistema político peninsular "incluye desde el desacato a la autoridad constituida, hasta el asesinato de esa autoridad. La ruptura incluye, por tanto, un desafío a la autoridad del Rey y, a la vez, anuncia una de las formas permanentes que adquirirá la rivalidad por el poder: el corporativismo faccioso" (Lorandi, 2002: 49), que se expresará también a través de constantes litigios judiciales. La identidad y experiencia del Adelantado como antiguo náufrago y representante del poder real pone límites concretos a su posibilidad de negociación y adaptación, no ya respecto de los nativos, sino de los propios españoles que encuentra en Asunción. Este tal vez sea el resumen de la segunda derrota de Álvar Núnez en América; esta vez, enfrentando el naufragio en un mundo cultural mestizo y periférico, en el cual la fragilidad y precariedad de las alianzas caracterizaron la conformación de un dominio colonial reñido con la posibilidad del férreo control de cualquiera de sus actores.

Construyendo ultramar
Trabajo servil e intercambio intercultural en los relatos de piratas: Anthony Knivet y George Shelvocke[1] (siglos XVI y XVIII)

Rogelio C. Paredes y Carolina Martínez

La ocupación y puesta en producción de los vastos territorios coloniales incorporados a la economía atlántica entre los siglos XVI y XVIII demandó una extraordinaria empresa de explotación del trabajo humano por parte de las clases propietarias y de sus sectores dirigentes. El surgimiento de una gran diversidad de formas de sujeción de la mano de obra a sistemas de producción en los escenarios de ultramar fue una de los rasgos más distintivos de la modernidad preindustrial.

Linebaugh y Rediker (2000) han enfatizado este antagonismo entre el poder de los colonizadores plantadores, armadores, comerciantes y gobernantes, por un lado, y el de los colonos, marinos, esclavos, trabajadores y gobernados por otro, a ambos lados del Atlántico. Rediker (1987), por su parte, ha estudiado con más detalle las condiciones de vida y de trabajo de la marinería y, dentro de ella, la singular empresa de la piratería, que combinaba el radicalismo del ideario de los trabajadores vinculados a la empresa colonial

1 Una versión previa de este artículo en inglés fue presentada en la Conference *Unfree Labor Atlantic Empires and Global Capitalism*, Chicago, Loyola University, junio de 2010, bajo el título "Unfree labor in the pirate narratives: Anthony Knivet and George Shelvocke".

con la agresividad y la voracidad de las clases propietarias. El proceso de la empresa pirática tendió a radicalizarse, también en la medida en que se intensificaba la explotación del trabajo colonial. Las primeras empresas de ataque y saqueo al mundo colonial hispánico por parte de navegantes ingleses, holandeses, franceses y daneses fueron patrocinadas por miembros de la pequeña nobleza bajo la forma de una "carta" o "comisión" firmada con sus respectivos monarcas que las ponían al amparo de estos, como una forma de guerra legítima. En cambio, desde mediados del siglo XVII y hasta mediados del XVIII, se constituyeron en el Caribe y en el Pacífico verdaderas "repúblicas de piratas" (Woodward, 2007), lideradas por hombres de notables cualidades de mando, pero siempre expuestas a las alternativas originadas en el parecer de tripulaciones en términos de reconocimiento de ese liderazgo y de la siempre creciente avidez de riquezas.

Los actores estudiados en este presentación, tanto Anthony Knivet como George Shelvocke, no solo conocieron experiencias muy intensas de los escenarios coloniales de América, sino que también cumplieron un papel como singulares actores culturales. En ambos caso, el trabajo no libre desempeñó un papel destacado en los intentos navales de los ingleses por obtener a la vez riquezas en metal y ventajas comerciales para sus productos en las colonias ultramarinas de España. El comercio y la guerra vinculados con las acciones de piratas y corsarios requirieron muchas veces de importantes recursos locales en términos de trabajo y colaboración. Asimismo, los colonos americanos emplearon cautivos europeos tomados de sus tripulaciones en tareas relacionadas con sus propios fines.

Anthony Knivet estuvo en el Río de la Plata, Patagonia, Brasil y Angola desde 1591 hasta 1603 como cautivo personal de la poderosa familia Sá, de la colonia de San Sebastián (Knivet, 1906 [1625]: 177-289). Había llegado a América en la tripulación de la segunda expedición de Thomas Cavendish (1591-1593) y quedó abandonado en las costas de Brasil. Knivet

trabajó para la famila de sus captores en diversas actividades: en sus plantaciones de azúcar, en la captura de indios para esclavizarlos, como soldado y espía. La narración de Anthony Knivet proporciona un punto de vista ambiguo y personal de un cautivo europeo sobre la esclavitud de negros y de indios y de sus complejas relaciones entre él y sus amos portugueses.

El corsario George Shelvocke, en cambio, dirigió una expedición contra las colonias españolas entre 1719 y 1722, y visitó las costas de Brasil, Chile, Perú y California (Shelvocke, 2003 [1726]). A lo largo de estas acciones, conoció la servidumbre indígena bajo la dominación hispánica, capturó esclavos pertenecientes a un navío español y los incorporó a su tripulación y empleó a los indios como trabajadores no libres para reparar y abastecer sus barcos en la costa de California. Las opiniones de Shelvocke sobre el papel de los nativos americanos y los negros como trabajadores tienen importancia para las acciones de los ingleses contra las colonias españolas, porque constituían una fuente importante de trabajo y colaboración.

Estos dos relatos echan luz sobre los diversos tipos de empleo del trabajo no libre tanto dentro como fuera de las posesiones coloniales y las tripulaciones piratas. La cautividad blanca, la esclavitud indígena, los negros considerados como "botín", la pacífica colaboración entre piratas inglesas, fugitivos y náufragos con indios o negros contra los amos portugueses o españoles, o entre estos últimos contra los primeros muestra un complejo mundo de relaciones culturales, sociales y económicas en las áreas coloniales.

Las identidades de europeos, indios y negros jugaron un papel destacado para las estrategias de los piratas, pero en más de un sentido. El trabajo no libre despertó conflictos entre amos y trabajadores, pero también otras causas, como los factores étnicos o culturales, los debilitaron o intensificaron. Como se verá más adelante, el cautivo europeo Knivet muchas veces tuvo que escoger entre uno u otro bando, de acuerdo con las circunstancias diversas. Shelvocke, por su

parte, prefirió siempre denunciar la servidumbre de los indígenas bajo la dominación hispánica y alabar en el salvaje el hombre virtuoso y honesto, corrompido por el clero católico y las tiránicas autoridades coloniales de los peninsulares. Sin embargo, capturó esclavos negros y los empleó como parte de la tripulación bajo su mando, porque necesitaba hombres para conducir su navío. Estos esclavos, por otra parte, acompañaron a Shelvocke desde las costas peruanas hasta la China.

De acuerdo con contextos diversos en América y el Atlántico, entre los siglos XVI y XVIII, los relatos de Knivet y Shelvocke muestran los cambios y continuidades de una forma particular de trabajo no libre: su empleo, por parte de piratas y colonos como método en la lucha por el control de los recursos y los hombres.

Desafíos imperiales: el Imperio español y el merodeo inglés entre 1570 y 1720

Durante el reinado de Isabel I Tudor (1558-1603) Inglaterra inició con la *monarquía española* una disputa por los mares que se prolongaría hasta comienzos del siglo XIX. Los motivos del enfrentamiento eran a la vez religiosos, políticos y económicos: Felipe II, soberano de Castilla, Aragón y sus otras dependencias europeas y americanas, intervenía activamente en los Países Bajos, tratando de reprimir la sedición de esas provincias contra su autoridad y de fortalecer su posición en el Mar del Norte, frente al vacilante reinado de Isabel I, reina de Inglaterra, con quien aspiraba a desposarse. Por otra parte, el estricto monopolio de la navegación y del comercio que Castilla ejercía sobre sus territorios ultramarinos había sido causa del ataque y hundimiento de navíos ingleses en las costas americanas de San Juan de Ubría (1568). Isabel difirió un enfrentamiento directo con una potencia continental militar

y económicamente más poderosa y prefirió el ataque indirecto contra los intereses españoles. Para ello, concedió permisos de corsarios a marinos dispuestos a ejecutar ataques y saqueos contra el tráfico de metales americanos, que le permitía a Felipe II extender su predominio militar por todo el continente.

Francis Drake (1543-1596), Richard Hawkins (1560-1622) y Thomas Cavendish (1560-1592) ejecutaron las acciones más significativas en esta guerra contra la *monarquía española* en sus colonias americanas. Pese a algunos éxitos notables –como la captura de galeones cargados de tesoros, la ocupación temporal de puertos o la realización de viajes de circunnavegación del mundo, como los que realizaron Drake y Cavendish–, las expediciones corsarias tuvieron un éxito marginal. La superioridad naval española en el Nuevo Mundo, pero sobre todo la ausencia de bases locales que los proveyeran de hombres y recursos, redujeron mucho la eficacia de este tipo de hostilidades.

Sin embargo, durante el siglo XVII, la relación de fuerzas marítimas entre España e Inglaterra se invirtió de manera decisiva. La crisis de la *monarquía española*, que atravesó todo el reinado de Felipe IV (1621-1660), y que culminó con la claudicación de la Paz de los Pirineos delante de Francia (1659) tuvo graves consecuencias. La expansión marítima de las potencias atlánticas enemigas de España, Holanda, Inglaterra y Francia, en ese orden de aparición en América, representó un cambio decisivo en la configuración regional y productiva de las colonias españolas. La reinstalación de los intereses de los Estados europeos por los territorios americanos dio lugar a un "nuevo descubrimiento de América", debido a la renovada difusión de noticias que circulaban sobre ellos. Esta nueva etapa permitió un sistema más flexible de exploración, comercio y saqueo que, en el caso de Inglaterra, pudo contar ahora con puertos y bases de reclutamiento locales. Estos se encontraban fundamentalmente en el Caribe. La pérdida de Jamaica, ocupada por los ingleses

en 1655, cuyas plantaciones iban a convertirse en destino de cientos de siervos irlandeses deportados tras la represión contra los rebeldes católicos que se habían alzado durante la Guerra Civil (Linebaugh y Rediker, 2000: caps. IV y V), proporcionó abundante personal de aventureros para los ataques a las instalaciones españolas en el Caribe, las que adquirieron dimensiones desconocidas hasta entonces. Esta verdadera "sociedad de fronteras" consolidada en el Caribe a lo largo del siglo XVII abrió oportunidades nuevas frente a un escenario europeo dominado aún por estructuras jerárquicas y señoriales y el carácter empresarial de las actividades de plantación, explotación forestal, contrabando y piratería actualizó el interés inglés por las tierras americanas y mostró la eficacia militar, económica, cultural y literaria de este turbulento estilo de pillaje y de guerra, lo cual alentó la organización de nuevas operaciones corsarias por parte de la Corona (Rediker, 1987: cap. IV).

Ni la expedición de Cavendish ni la de Shelvocke fueron propiamente piráticas y, por esa razón, carecieron de la organización igualitaria que las caracterizaba, en la que los propios miembros de la tripulación designaban al capitán de acuerdo con sus deseos; pero sí compartieron algunos rasgos propios de aquellas. En ambos casos, las tripulaciones corsarias resultaban un conglomerado de actores sociales y culturales muy diverso, verdaderas comunidades multirraciales y multiculturales difíciles de encuadrar dentro de la estricta disciplina de la marinería. Por otra parte, la condición jurídica y social de esos hombres era muy abigarrada. Entre el personal que embarca Thomas Cavendish en su nave capitana, el *Roebuck*, en la que también viaja Knivet, incluye a dos sirvientes japoneses, Cosmos y Christopher, que había capturado en su viaje anterior de circunnavegación (1585-1588) y que, sin embargo, al igual que el resto de la tripulación, participan en las acciones militares y en el reparto del botín. Los hombres de Cavendish, por otra parte, toman cautivos a

los que obligan a integrarse a la tripulación como pilotos o informantes –el caso de algunos portugueses capturados en la costa de Brasil– y el propio almirante llega al extremo de hacer subir a su nave a un curandero tehuelche, quien "pronuncia una palabras" sobre las piernas gangrenadas de Knivet para procurarle una cura, de regreso de la expedición al Estrecho de Magallanes, luego de fracasar en su intento de atravesarlo (Knivet, 1906 [1625]: cap. I).

La situación del propio Knivet dentro de la tripulación muestra la complejidad del grupo social que la integraba. Según cuenta de sí mismo, es tan solo un marino agregado a la tripulación en las mismas condiciones de sus compañeros; participa del asalto a Santos y está a punto de ser aplastado en el fondo del bote en el que se dirigen a puerto; disputa por el botín con uno de los sirvientes japoneses de Cavendish y termina azotado por el propio almirante. Sin embargo, una vez cautivo en Brasil, es delatado ante las autoridades por su compañero Henry Barway como un personaje con mando en la flota. Este hecho, y su propio apellido –que compartía con miembros de la nobleza de Inglaterra– han llevado a pensar que Knivet era noble y su rango en la expedición no era el de un marino corriente.[2]

Al igual que la de Cavendish, también la de Shelvocke fue una expedición corsaria contra las colonias españolas en América, pero desde un comienzo parecía mejor organizada en lo relativo a mandos, oficiales y funciones, dado que fue armada por la *Compañía de Mercaderes Aventureros* de Londres. Shelvocke acompañaba con su navío, el *Speedwell*, al capitán y jefe de la operación, John Clipperton, que iba

2 Knivet, Anthony, "The admirable Aventures and strange Fortune of Master Anthony Knivet, which went with Master Thomas Candish in his second Voyage to the South Sea, 1591", cap. II. Ver los comentarios sobre la cuestión en la traducción portuguesa del viaje de Knivet: *Vária fortuna e estranhos fados de Anthoy Kinvet.* Versão do original inglés por Guiomar de Carvalho Franco. Con anotações e referéncias de Francisco de Asis Carvalho Franco. San Pablo, Editora Brasiliense Limitada, 1947, p. 44, nota 44.

al mando del *Success*. Ambos partieron de Plymouth a fines de junio de 1719. Sin embargo, el comportamiento de Shelvocke resultó sospechoso desde un principio: supuestamente separado de su jefe y compañero, Shelvocke describe el amotinamiento de los hombres bajo su mando, sucedido en las costas de Brasil, donde uno de sus oficiales –explica– se atribuyó el derecho de atacar un navío portugués para apoderarse de parte de su cargamento en forma de monedas de oro (Shelvocke, 1726: cap. II). La tripulación exigió a Shelvocke que convirtiese su navegación en un crucero pirata y, al más puro estilo de las operaciones de este tipo, pactó con él un convenio que establecía el reparto del botín y el pago de rescate por las naves y los cautivos.

Shelvocke escribió y editó su relato de viaje para justificar la pérdida de las cuatro naves que fue cambiando a lo largo del trayecto, y del capital de los armadores que nunca recibieron beneficios por la empresa, a diferencia de lo ocurrido con el capitán y sus subordinados. Los acusadores de Shelvocke sospechaban que los incidentes de revuelta y sedición de la tripulación y las exigencias abusivas planteadas a su capitán que se describen en el relato fueron el pretexto con que Shelvocke ocultó sus propios actos ilícitos. En efecto, desplazado del mando de la empresa que iba a dirigir por la desconfianza que inspiraba a los armadores, rebajado a la condición de segundo oficial, el capitán del *Speedwell* habría aprovechado, o incluso provocado, el incidente de la separación, para obrar a su antojo, con la complicidad de sus subordinados, organizándolos de modo muy semejante al de las tripulaciones de piratas y recibiendo de ellos la delegación del mando para cumplir con esos propósitos.

Tanto las acciones de Cavendish –de las que participó Knivet– como las de Shelvocke pueden considerarse operaciones de corsarios, es decir de marinos que, con el amparo de sus coronas y por su propia cuenta, atacaron u hostilizaron el comercio colonial español. Sin embargo, ambas

comparten también rasgos piráticos: se advierte la existencia de diferencias sociales y de jerarquías de mando en su composición, pero las circunstancias provocan que dichas diferencias y jerarquías tiendan a disolverse. Los integrantes no libres –como los sirvientes de Canvendish o, como se verá después, los esclavos negros capturados por Shelvocke en las costas del Perú– se asimilan en desempeños y recompensas al resto de la tripulación. Del mismo modo que el sistema de mandos se relaja, las acciones de saqueo o, probablemente el soborno, y la corrupción de oficiales y marinos facilitaron que ambas expediciones terminasen por borrar sus diferencias con la piratería y de facilitar la asimilación de nuevos componentes, aunque pertenezcan a otros grupos sociales u orígenes étnicos y culturales. El estilo de guerra a tan largas distancias, sin comunicación con la metrópoli y la necesidad de utilizar todos los elementos disponibles favorecieron la disolución de las barreras sociales y jurídicas y promovieron, incluso entre sirvientes y trabajadores no libres, pautas semejantes de comportamiento, castigo y promoción.

Cautividad blanca y *bandeira* portuguesa

La cautividad de Anthony Knivet en Brasil se caracterizó por imprevistos cambios de fortuna. Como hombre de armas europeo resultaba a la vez atractivo y peligroso para sus captores. Atrapado luego de ser abandonado por sus compañeros de viaje en las playas, Knivet peregrinó por tantos escenarios y vivió tantas peripecias que algunos comentaristas han creído que todo o parte de su relato es un embuste.

Luego de ser llevado en presencia del gobernador de San Sebastián –actual Río de Janeiro– Salvador Correia de Sá (quien gobernó entre 1578 y 1598) pareció convertirse en objeto de serias preocupaciones para este, que lo hizo arrestar y lo puso bajo el directo control de su hijo, Martín de Sá.

La amenaza que representaba como posible observador o informante de ataques corsarios posteriores –de hecho, Knivet esperó poder acercarse de algún modo a la flota de Richard Hawkins, que merodeaba las costas en 1593– motivó su primer destino en una plantación de azúcar donde se lo asimiló a los muchos trabajadores esclavos que había en ella. Pronto, sin embargo, sus captores pensaron que podían incorporarlo como parte de sus empresas de captura de indígenas, llamadas *bandeiras*, que proporcionaban mano de obra esclava para la explotación de sus plantaciones e ingenios azucareros.

La situación de Knivet expone muy bien la complejidad de los cautivos europeos en tierras de ultramar: en todo momento, Knivet reniega de los portugueses y niega haber colaborado con ellos por su propia voluntad, pero varios pasajes de la obra manifiestan también su repudio hacia los indios que constituían el objeto de su captura y comercio. En ciertas ocasiones expresa sus planes de confabularse con los indios para dirigirlos contra sus amos portugueses, pero descubre que la empresa resulta imposible, o bien porque los indios se apresuran ellos mismos a entregarlo a sus amos, o bien porque el propio Knivet termina por escoger el bando de los europeos.

El episodio más notable en este sentido tiene lugar cuando, en el transcurso de una *bandeira* bajo el mando de Martín de Sá, Knivet es acusado de no cumplir con sus obligaciones militares y condenado a muerte por esta causa. El cautivo inglés sospecha que todo es una trampa urdida para deshacerse de él, pero cuando se aprestan a ejecutarlo, varios de sus compañeros lo salvan alegando que la empresa que llevan adelante no puede ejecutar a sus miembros por carecer su capitán de esas atribuciones. Junto con estos hombres, Knivet decide separarse del resto del grupo e internarse más aún en el territorio, en la creencia de encontrarse cerca de la gran mina de Potosí. La marcha concluye cuando él y sus compañeros portugueses terminan capturados por los tamoio,

pueblo indígena hostil a los colonizadores. Los portugueses son matados y comidos por los tamoio, pero Knivet es preservado por haberse presentado como francés, reconocido entonces como un eventual aliado contra los portugueses. Durante meses Knivet convive con los tamoio, participa de sus correrías y los adoctrina militarmente para enfrentar a sus enemigos. Por fin, junto con sus anfitriones indígenas, inicia una prolongada marcha hacia la costa, donde todos caen prisioneros de Martín de Sá y de sus tropas. Knivet es perdonado, y los indígenas sospechan, con razón, que los han traicionado. Knivet regresa al servicio de sus amos, quienes siguen utilizándolo para misiones militares, salvo en ocasión de un ataque de corsarios holandeses, respecto de quienes se sospecha que pueda alentar planes de traición o de fuga (Knivet, 1906 [1625]: cap. III).

Desde la posición de Knivet, es fácil advertir los muchos matices que su situación de cautivo y servidor no libre tenía para sus amos portugueses. Era quizá un personaje demasiado importante para librarse de él simplemente por medio del asesinato –tal vez se esperaba negociar su libertad en ocasión propicia. Como soldado y marino, resultaba a la vez un elemento amenazante pero valioso en un lugar donde escaseaban los hombres de armas y las agresiones de indígenas y europeos solían presentarse a menudo: era posible retenerlo por medio de algunas concesiones, pero también era siempre sospechoso de una eventual colaboración con el enemigo. Por otra parte, el propio Knivet parecía no tener opciones: elegía vivir su cautividad "blanca" con los eventuales privilegios y peligros que ello implicaba, o marchaba a la selva, al amparo inseguro de unos nativos que lo incorporaban como "un caníbal" –según Kinvet explica– o lo intercambiaban simplemente por armas y otros objetos, si lograba eludir el banquete antropófago.

De regreso de su expedición a los tamoio, Knivet se convirtió en un hombre de armas permanente del gobernador

de Río Janeiro, Salvador Correia de Sá, a quien acompañó en todas sus campañas contra los indígenas, salvo en un corto período en que intentó fugar a Angola para probar suerte allí, y observó las prácticas de los cazadores para proveerse de esclavos. Volvió junto con su amo a Lisboa, en 1599, donde consiguió mantenerse con su propio trabajo, hasta que las autoridades lo arrestaron por sospechas de espionaje y herejía. Regresó a Inglaterra en 1603, donde transmitió su relato a Samuel Purchas, quien lo incluyó en su colección de viajes, agregando además una prolija descripción de las costas, puertos, ciudades y grupos étnicos de las costas de Brasil hasta el Río de la Plata, con algunas noticias fantásticas sobre Tucumán y Potosí.

Una vez más, como en el caso de las tripulaciones de corsarios, la situación real del prisionero, cautivo, sirviente forzado al trabajo superaba en mucho a la jurídica y social. Las sociedades de ultramar admitían, al menos en el caso de Knivet, que las condiciones particulares de cautiverio y permanencia de enemigos europeos se aligerasen por lo indispensable que podía resultar su aporte militar en una situación de frontera. Por otra parte, es fácil advertir que una actitud complementaria por parte del cautivo explica su fácil incorporación a relaciones con el poder local: el inglés es admitido como un "doméstico" en la familia del gobernador y sus forzados "servicios" son retribuidos por el ambiguo amparo que proporcionaba ese vínculo. Por cierto, el medio hostil que encarnaban las sociedades indígenas, la falta de contactos con la sociedad de origen, la penuria material y técnica por falta de insumos para la vida civilizada tendían a crear, en las sociedades de ultramar, vínculos solidarios que eludían, a veces, los estatutos de violencia y sujeción impuestos por la derrota y la cautividad, y que implicaban ciertas formas de recíproco reconocimiento social. Se observa que cuando Knivet se encuentra a punto de ser ejecutado, sus compañeros portugueses protestan que en las condiciones de

la *bandeira* todos los hombres son iguales, desde el momento en que participan de ella por su elección y no por mandato del rey. Por otra parte, Knivet confiesa en varias ocasiones su decisión de hacer fortuna con sus servicios, en Brasil, en Angola y en Portugal, al parecer olvidando su situación de dependiente del gobernador. Es sorprendente esta fluidez de relaciones, que involucran cambiantes alianzas y vínculos con el poder por parte de un europeo desarraigado, pero la situación se torna más comprensible en un escenario tan marginal e incipiente como el Brasil de 1590, donde apenas veinticinco años antes, los franceses y los tupí convivieron en esa sorprendente integración cultural que fue la colonización de la Bahía de Guanabara, y donde tanto nativos como europeos desarrollaron tácticas de negociación y convivencia que, de no haber existido, no habrían permitido la permanencia de los franceses durante un período relativamente prolongado, casi sin auxilios ni refuerzos de su metrópoli, y con un conocimiento muy limitado sobre la cultura, los recursos y el paisaje de América tropical.

Trabajo forzoso: indios y negros, españoles e ingleses

La coyuntura era muy distinta cuando el capitán George Shelvocke visitó las costas americanas después de haberse separado, quizás deliberadamente, de la compañía de su nave almirante, el *Success* del capitán Clipperton. A diferencia de Knivet, Shelvocke sí se había documentado cuidadosamente sobre las condiciones sociales, materiales y culturales del mundo americano, a través de la vigorosa propaganda colonial desplegada por Inglaterra para legitimar su conflicto con España y la colonización de Virginia después de 1585. La propaganda inglesa mostraba a los conquistadores españoles como propagadores de la tiranía y la opresión entre los indígenas americanos y procuraba, en cambio, organizar un

proyecto de colonización que evitara la violencia conquistadora y el despojo que impusieron los descubridores ibéricos.

A fines de noviembre de 1719 y luego de atravesar el Estrecho de Le Maire y el Cabo de Hornos, Shelvocke arriba a la isla de Chiloé, en el sur de Chile, y encuentra una población indígena que se muestra paciente ante las operaciones de guerra de sus hombres y, de inmediato, interpreta que en esta actitud se esconde una secreta animosidad contra el bárbaro dominio de los españoles. Según lo describe el capitán inglés, los nativos de la isla siguen manteniendo a sus jefes tradicionales (caciques), pero han quedado sometidos al dominio español y a la continua opresión e insinuaciones artificiosas de los jesuitas, que han sometido y quebrantado su espíritu y los han vuelto ineptos para la guerra.

Sin embargo, y como se ha documentado cuidadosamente en la obra de Amedée François Frezier, el experto francés que ha visitado las costas del sur de Chile (Frezier, 1717), los indígenas del continente, libres de la dominación, siguen siendo hombres aptos para la lucha e íntegramente fieles al mando de sus jefes, quienes los convocan para las guerras que a menudo mantienen con los españoles. Shelvocke, retomando algunos tópicos del discurso inglés sobre el colonialismo español, se pregunta si una potencia europea lo suficientemente preparada y audaz no podría establecerse en la región con el inestimable consentimiento de los nativos lo cual iría en indecible detrimento de los habitantes (españoles) de Chile y de Perú, dada la gran disponibilidad de recursos para establecer allí una colonia importante (Shelvocke, 2003 [1726]: cap. III).

La mirada de Shelvocke sobre el papel de los nativos americanos aparece así fuertemente impregnada por motivos políticos: la servidumbre que los españoles han impuesto a esos hombres no es el único tipo de vínculo que pueden generar los europeos: es posible establecer "alianzas" con ellos y reemplazar el dominio colonial por la colaboración

contra enemigos comunes. Los instrumentos de dominación colonial de la América son denunciados una y otra vez como prácticas aberrantes, resultado del carácter sanguinario y el fanatismo religioso característicos de España y de su catolicismo.

La denuncia de la condición servil de los indios americanos no alcanza a los trabajadores forzados de origen africano: la esclavitud era uno de los fundamentos de la prosperidad de las colonias durante el siglo XVIII, incluidas las españolas. En febrero de 1720, mientras recorrían las aguas próximas a Arica, por entonces en la costa sur del Perú, en busca de presas, sus hombres dieron con dos embarcaciones destinadas a la explotación del guano de las islas costeras (Shelvocke, 2003 [1726]: cap. V). Sus tripulaciones estaban formadas por negros esclavos que el capitán consideró parte del botín e incorporó a su propia tripulación. Sin embargo, cuando repasa el estado de sus fuerzas para la batalla que le tocó librar después con el navío insignia de la flota española en el puerto Payta, Shelvocke anota que el enemigo llevaba cincuenta y seis cañones y cuatrocientos cincuenta hombres, mientras que los ingleses contaban con solo veinte cañones y setenta y tres hombres, entre los que el capitán cuenta once negros y un indio, considerándolos parte de su fuerza de combate en igualdad con el resto de sus compatriotas, lo que permite deducir que van armados y reciben el mismo trato que el resto. Por otra parte, un grupo de esos once negros –que además de conducir el barco, también suministran información sobre el país– llega hasta China, entre los sobrevivientes de la expedición (Shelvocke, 2003 [1726]: cap. XI).

Esta contradicción entre el estatus jurídico de los esclavos negros y su empleo como fuerza armada se complementa con otra: la que presenta a los indios no sometidos al poder español en el trabajo compulsivo para los viajeros ingleses, disimulado como una asistencia voluntaria prestada por su condición de "buenos salvajes". Shelvocke pretende

que existe un contraste entre la miseria de la tierra árida y estéril de California y el admirable pueblo que la habita: su desnudez es emblema de su pobreza, pero también de la sencillez de sus corazones. Los corsarios llegan allí en agosto de 1721, con vista a equipar su expedición para atravesar el Pacífico y regresar a Inglaterra completando una nueva circunnavegación. Según Shelvocke, nada les preocupa en exceso a los nativos californianos y solo se cuidan de beber y comer lo suficiente, por lo cual concluye, se avienen a los mandatos de la razón mejor que los europeos que actúan contra sus justos reclamos. Estas apreciaciones afirman en él la creencia de que la ferocidad, la holgazanería y las peleas en que suelen incurrir otros nativos americanos derivarían de la inhumanidad con que los españoles los habían tratado y adoctrinado.

Este mito del salvajismo bondadoso encubre una realidad inocultable: los ingleses utilizan el trabajo indígena quizás de manera forzosa, dado que no cuentan con fuerza y con conocimientos suficientes para abastecerse en esa tierra árida y despoblada. El relato de Shelvocke los presenta varias veces acarreando alimentos para sus hombres, subiendo a bordo parte del equipo indispensable para la travesía e, incluso, limpiando y reparando el casco de la nave. Estas acciones son presentadas como generosas colaboraciones en retribución por los regalos y raciones proporcionados por los ingleses, aunque resulte difícil imaginar cómo un cultura que se describe con tan pocos apremios pudo encontrar en su acervo cultural el orden y la disciplina necesarios para colaborar significativamente con los europeos (Shelvocke, 2003 [1726]: cap. XIII).

A diferencia de Knivet, que narra sus penurias por hacerse valer en un territorio de frontera tan hostil para él como para sus captores, Shelvocke procura hacerse eco del discurso oficial inglés sobre los territorios de ultramar: define el trabajo forzoso como humillante para los americanos pero

no para lo africanos. Ese discurso, sin embargo, encubre realidades concretas muy distintas según los contextos: puede decirse que los indígenas son buenos salvajes oprimidos por los españoles o encubrir el hecho de esa opresión en su buen salvajismo cuando los beneficiarios son los ingleses. Puede considerarse botín de guerra a los esclavos negros, pero estos contarán como tripulantes y combatientes en condiciones no muy diferentes de sus amos "libres". El relato de Shelvocke oculta o destaca esas diferencias según las coyunturas, pero ateniéndose siempre al pensamiento oficial de su país respecto de las colonias españolas.

Construyendo ultramar: la fluidez del trabajo no libre en los escenarios coloniales

Aunque el empleo de mano de obra no libre, como la servidumbre indígena en la minería, la esclavitud africana en las plantaciones y la aplicación regular de trabajadores forzados europeos en el mantenimiento de la navegación y del comercio fueron factores indispensables para la ocupación y puesta en valor de las tierras de ultramar,[3] el análisis de algunas fuentes particulares permite advertir matices y repliegues en esta realidad, en las que las prácticas económicas, los discursos políticos y sobre todo las imposiciones del mundo colonial modificaban sustancialmente las condiciones de este trabajo forzoso.

Es la necesidad imperiosa de la mutua colaboración en situaciones críticas –o al menos el contexto colonial y fronterizo en las que tienen lugar– lo que origina la diferencia y el matiz entre la condición jurídica del trabajador no libre,

3 Ver especialmente Wallerstein, Inmanuel, *The Modern World System. Capitalist agriculture and the Origins of the european World Economy in the sixteenth Century.* Nueva York, Academic Press, 1974, cap. II; Wolf, Eric, *Europe and the People without History.* California, Berkeley University Press, 1982, caps. V y VII.

siervo, esclavo o cautivo y su situación real respecto de sus oportunidades para liberarse o promoverse. Los negros africanos y los americanos reducidos por los españoles formaban parte de un mundo europeo y colonial con el que solo era posible convivir sobre la base de reglas muy claras de sujeción y superioridad, y en el que las diferencias étnicas y culturales constituyen un aspecto más que agrava o refuerza las "naturales" jerarquías sociales propias del mundo europeo. Sin embargo, en las singulares ocasiones en que colonos y corsarios compitieron militarmente por los recursos coloniales en un contexto de relativa indefensión recíproca la "fluidez" de relaciones entre dominadores y dominados tendió a prevalecer y las jerarquías de estatus vigentes se definieron de acuerdo con las urgentes situaciones del momento.

Las aventuras de Knivet y de Shelvocke, en diferentes épocas y contextos, muestran muchos rasgos de semejanza, además de las diferencias. Knivet arribó a Brasil en la primeras etapas de la colonización portuguesa; Shelvocke recorrió las costas de América española con una colonización bien establecida; Knivet vivió desde dentro las relaciones de poder entre colonos y colonizados y padeció en ocasiones la situación de estos últimos; Shelvocke solo observó las relaciones de dominación española desde lejos para condenarlas desde la perspectiva de sus enemigos ingleses; Knivet exploró territorios desconocidos en busca de esclavos indios y de riquezas imaginarias; Shelvocke se limitó a tratar de enriquecerse atacando un tráfico colonial firmemente consolidado y muy próspero para los españoles y los europeos en general. Pero las semejanzas que se advierten con respecto al empleo del trabajo no libre también son notables. En ambos casos, unas tripulaciones, en las que existía el trabajo no libre de sirvientes o esclavos, tendieron a incorporar a estos con parecidos derechos a los del resto de sus integrantes, con los efectos de impulsar un igualitarismo y una participación que eran propios de las acciones piráticas; en ambos casos, también,

se pensó en los indígenas americanos como eventuales aliados para la lucha contra España, o al menos como alternativa de colaboración frente a un enemigo común; en ambos casos, por último, algunas de estas situaciones derivaron de coyunturas adversas: la apelación de Knivet a los portugueses y a los indios era producto de la alternancia de su cautividad entre unos y otros, pero también los primeros se sirvieron de Knivet como un instrumento de sus propósitos en ciertos casos; Shelvocke presentó una colaboración quizás forzosa de los indios de California bajo el aspecto de un igualitario intercambio de favores y regalos en un lugar donde no podía contar con ninguna otra colaboración ni respaldo.

La fluidez y la ambigüedad en que se producían estas alteraciones del orden jerárquico del trabajo no libre que predominaban en los territorios de ultramar derivaban de una marinería corsaria que, a pesar de su respaldo oficial y de su jerarquía militar, operaba sobre relaciones personales de lealtad y reciprocidad. Lejos de sus bases y sin apoyos locales, carentes muchas veces de recursos y forzados a ingresar en condiciones adversas, la situación de las tripulaciones inglesas no era en estos casos demasiado distinta de la de los trabajadores esclavos africanos o de la de los siervos indígenas desarraigados. Sin embargo, las presiones de las circunstancias y, sobre todo, la posibilidad de obtener algún tipo de reconocimiento o compensación, promovieron formas de negociación con la sociedad colonial que pueden verse como una contrapartida a la situación de otros trabajadores no libres, mucho más sometidos a los rigores de las minas, de las plantaciones y de las haciendas.

El trabajo compulsivo en la temprana colonización de Virginia[1]

Malena López Palmero

Los primeros tiempos de la colonización de Virginia presentaron enormes dificultades a los colonos ingleses. Tanto el intento de establecer un asentamiento en Roanoke a fines del siglo XVI como el renovado proyecto colonial de Jamestown de principios del siglo XVII estuvieron atravesados por calamidades. La escasez de recursos derivó en hambrunas y estas en enfermedades, contribuyendo así a una tasa de mortalidad cada vez más crítica. Paralelamente, otras cuestiones debilitaron la posibilidad de dominio efectivo de los ingleses en Norteamérica, como los motines entre sus propias filas y la conflictiva relación que establecieron con los indígenas. Este trágico escenario condujo a la imposición de severas disposiciones coloniales, como las que regulaban el trabajo compulsivo de los propios colonos.

Acorde con el planteo colonial inglés, los indígenas mantendrían su libertad, por lo que no serían obligados a trabajar

1 Una versión previa de este artículo en inglés fue presentada en la Conference *Unfree Labor, Atlantic Empires and Global Capitalism*, Chicago, Loyola University, junio de 2010, bajo el título "Unfree Laborer in Virginia in early colonial times".

para los nuevos habitantes europeos. Esto se constata en la primera experiencia de Roanoke, entre 1585 y 1590, como así también en la primera década del asentamiento colonial de Jamestown, en la Bahía de Chesapeake, entre 1607 y 1617. No obstante la relación de fuerzas con los indígenas explica en buena parte la imposibilidad de utilizarlos como mano de obra forzosa. Lo destacable de ambos proyectos fue que los propios colonos ingleses fueron obligados a trabajar, lo cual contradecía toda expectativa de colonización. Naturalmente, esta modalidad no fue impuesta para garantizar la integridad de los nativos, sino más bien fue fruto de la desesperación.

El trabajo compulsivo de los colonos fue más que nada una estrategia de supervivencia y fue acompañada y reforzada por una severa disciplina. El capitán Ralph Lane, gobernador de Roanoke, estableció un estricto régimen después de un grave enfrentamiento con los nativos que privó definitivamente a los colonos de los alimentos que ellos les proveían. En Jamestown, en 1609, el capitán John Smith organizó rutinas de trabajo para enfrentar de esa manera el hambre, como así también la anomia que se había instalado entre los abatidos colonos. En las islas Bermudas, entre 1609 y 1610, también se puso en práctica un régimen de trabajo compulsivo, como consecuencia del naufragio del *Sea Adventure* frente a sus costas. En la embarcación viajaban ciento cincuenta personas, entre quienes se destacaban el nuevo gobernador de Virginia, Thomas Gates, junto con consejeros y otros funcionarios. Gates impuso un severo régimen compulsivo de trabajo con la doble finalidad de procurar provisiones y construir las embarcaciones que finalmente los llevaron a Virginia. Una vez en Jamestown, el gobernador Gates institucionalizó el régimen de trabajo como parte de las Leyes Marciales, que también fueron aplicadas, posteriormente, por sus sucesores Lord de la Warr y Sir Thomas Dale.

El sistema de trabajo compulsivo en la temprana colonización se ubicó en las antípodas del proyecto colonial original,

el cual prometía una tierra cuya abundancia eximiría a los aventureros de los "duros trabajos o tareas" (Barlowe, 1993: 17). La imposición de regímenes autoritarios que posibilitaron tales prácticas trajo como consecuencia reclamos, motines y disturbios, los cuales complicaron seriamente el escenario colonial.

Valiéndose de la disponibilidad de fuentes, los historiadores han estudiado especialmente el problema del trabajo en Jamestown durante su primera década de existencia, dejando de lado las experiencias de Roanoke y Bermudas. Edmund Morgan sostuvo que el problema del trabajo en Jamestown se debió a la propia composición social de los colonos, ya que ellos eran en su mayoría nobles y militares que, por su condición, no estaban acostumbrados ni esperaban hacer ningún trabajo concreto.[2] En lugar de producir sus propios alimentos, los ingleses obtuvieron el maíz por medio de un intimidatorio intercambio con los indígenas, además de la caza y la recolección para la obtención de alimentos complementarios, prácticas habituales entre los ingleses de ese período, especialmente en las zonas rurales del norte y del oeste de Inglaterra. La explicación de Morgan, por lo tanto, echa raíces en la transferencia de mentalidades y tradiciones relativas al trabajo, desde Inglaterra en dirección al Nuevo Mundo. Mentalidades y tradiciones que, por cierto, fueron poco flexibles como para lidiar con el hostil panorama de la temprana colonización (Morgan, 1971: 595-611).[3]

Por su parte, Karen Ordahl Kupperman ha centrado su atención en la cuestión de la desidia, la cual fue vista como el

---

2 La idea de trasplante del Viejo Mundo en el nuevo ha sido estudiada por el historiador irlandés David Beers Quinn, quien enfatizó que la colonización de Virginia mantuvo fuertes influencias de la colonización inglesa de Irlanda. Siguiendo esta línea de análisis, Nicholas P. Canny estableció que la experiencia en Irlanda es "aplicable a otros pueblos en otros lugares, no solamente allende al mar de Irlanda, sino más allá del Océano Atlántico" (Canny, 1973: 579).

3 El autor sostiene que los colonos no vieron la necesidad económica de organizar sus propias rutinas de trabajo hasta 1618, cuando descubrieron el potencial mercantil de la producción de tabaco.

problema central de la colonización por sus contemporáneos. Sin contradecir la propuesta de Morgan, la autora focalizó su explicación en la extendida tendencia a evadir el trabajo rural y la manufactura entre los colonos. Partiendo de este problema, Kupperman arroja luz sobre la interacción existente entre la desnutrición y los efectos psicológicos del aislamiento y la desesperación, elementos que condujeron a una generalizada situación de apatía. Esta última implicó un "abandono de la vida" lo cual reforzó, a su vez, la malnutrición y conllevó fatales consecuencias (Kupperman, 1979: 24-40).

Si bien el problema del trabajo ha sido analizado como fenómeno particular, asociado no solo a la crítica experiencia de los ingleses en América sino también a sus tradiciones, la aplicación de regímenes de trabajo compulsivo entre los colonos no ha sido suficientemente estudiada. Si bien se conocen las razones que llevaron a los líderes a obligar a sus compatriotas a trabajar, poco se ha dicho acerca de las características específicas de ese tipo de régimen.

Tomando como punto de partida los enfoques que han visto la transferencia de los modelos del Viejo Mundo en América, el presente trabajo se propone analizar de qué manera se organizaron los regímenes de trabajo en los orígenes de la colonización inglesa de Virginia, incluyendo las prácticas religiosas de los primeros colonos, como así también los rasgos típicos de la sociedad inglesa como elementos centrales del análisis. En otras palabras, se intenta demostrar que la imposición de severas reglas de trabajo en los orígenes de la colonización de Virginia se debió no solo a las inesperadas catástrofes que enfrentaron los ingleses, sino también a las influencias provenientes de Inglaterra.

Una de las tragedias más destacadas de este proceso fue el abismo existente entre las expectativas de los aventureros y la realidad con la que se encontraron. Los testimonios de los primeros viajeros a las costas de Norteamérica hacían referencia a la abundancia de recursos naturales, los cuales eran

capaces de garantizar tanto los alimentos necesarios para los nuevos habitantes como el intercambio comercial con la metrópoli. El capitán Arthur Barlowe, uno de los miembros de la expedición de reconocimiento de la región de Roanoke, en 1584, informó que el suelo era "el más abundante, dulce, provechoso y saludable de todo el mundo".[4] Al año siguiente, durante la expedición de colonización efectiva en ese rincón de América, el informante Thomas Hariot escribió sobre la existencia de grano en abundancia, bestias, peces, pájaros y aves de corral, frutos, guisantes y otros alimentos suplementarios, como hierbas y raíces. Hariot también enumeró una serie de productos que serían potencialmente comercializados a Inglaterra: perlas, maderas, cobre y hierro, pieles, tinturas y hierbas medicinales. Además, sugirió la posibilidad del suelo para desarrollar la actividad textil, tanto en la producción de seda como de lino, como así también para la producción de vinos y aceites (Hariot, 1904: 348-386).

Sin embargo, la experiencia de habitar Roanoke contradijo fatalmente dichas expectativas, ya que los colonos no fueron capaces de producir siquiera los alimentos para su propia supervivencia, debido a que la región de la costa no era precisamente fértil, sino arenosa y pantanosa. Tampoco había lino ni minerales como para desarrollar actividades manufactureras (Ortwin Sauer, 1971: 256). Los ingleses debieron, por lo tanto, trabar relaciones de intercambio con los indígenas con el objetivo de proveerse de maíz. Esta

4 Barlowe hizo especial hincapié en la fertilidad y abundancia: "en mayo ellos [indígenas] siembran, en julio cosechan, en junio siembran, en agosto cosechan, en julio siembran, en septiembre cosechan: solo lanzan el grano a la tierra, atravesando un poco la suave turba con una azada de madera o piqueta: nosotros mismos probamos el suelo y pusimos algunos de nuestros guisantes en la tierra, y en diez días alcanzaron catorce pulgadas de alto. Ellos tienen también porotos muy buenos de diversos colores y en maravillosa abundancia: algunos creciendo naturalmente y otros en sus jardines, y también tienen trigo y avena". Barlowe, Arthur, "The first voyage made to the coasts of America. . ." [1584], en Hakluyt, Richard (ed.), *The Principal Navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation.* Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904, vol. VIII, p. 305.

dinámica se instauró desde el arribo de los ingleses a las costas de Roanoke en 1585, debido a que sus provisiones se habían echado a perder cuando encalló el *Tyger*, el barco que las transportaba. Pero la principal razón de esta dependencia era, como establece Morgan, que la expedición inglesa estaba compuesta por hombres que no mostraban ninguna disposición por el trabajo agrícola: "Es probable que la dificultad radicara en la formación militar de los primeros pobladores. Los soldados esperaban pasar hambre con frecuencia, pero no tener que cultivar su propia comida. Sus comandantes debían hacerse cargo de alimentarlos y, en expediciones de ultramar, compraban (o robaban) provisiones a los lugareños" (Morgan, 2009: 53).

En un principio los indígenas proveyeron grano a los colonos voluntariamente, especialmente motivados por obtener artículos europeos, como las herramientas de metal, que pudieran facilitar sus tareas cotidianas.[5] Sin embargo, el maíz se volvió insuficiente para alimentar al centenar de nuevos habitantes, situación que tensó el precario vínculo entre colonos e indígenas y derivó en un conflicto atroz. Richard Grenville, comandante de la expedición colonial, dio la orden de atacar un poblado indígena cercano, después de un confuso episodio. A pesar del hambre, los ingleses "quemaron y arruinaron su grano y su poblado, huyendo así toda la gente" (Grenville, 1905: 316). Luego, Grenville retornó a Inglaterra en busca de provisiones, dejando al veterano de la guerra de Irlanda, Ralph Lane, como gobernador de Roanoke. Simultáneamente, los nativos llevaron a cabo una estrategia de resistencia que consistió en retirarse tierra adentro, llevándose con ellos sus provisiones. Lane expuso la crítica situación de hambre y la incapacidad de procurarse

5 La autora afirma que la dependencia inglesa del alimento de los nativos fue capitalizada por estos, tomando ventaja en los intercambios. Además intentaron incorporar los implementos europeos, especialmente los de metal, en su propio sistema económico.

sus propios alimentos: "por esos tiempos no teníamos redes para pesca ni nuestros hombres habilidad para elaborarlas, así como tampoco teníamos grano como semillas para poner bajo la tierra".[6]

Los documentos del período no muestran ningún intento de imponer cuotas de trabajo entre los colonos, aunque la hambruna fue una real y persistente amenaza. Sin embargo, la carta de Lane demuestra su obsesión con el control y la imposición de una severamente ejecutada disciplina. Desde el punto de vista militar, la relación entre los líderes y la gente común era pasible de una férrea disciplina, ya que se suponía que los hombres de condición llana se amotinarían ante la menor posibilidad. Por ese motivo, Lane organizó un régimen de supervivencia que consistió en dispersar la compañía en pequeños grupos para que se proveyeran de lo que la tierra pudiera ofrecerles. Desafortunadamente, no se dispone de información precisa sobre la forma en la cual los grupos organizaron la pesca, recolección o eventual caza de animales. No obstante, existen indicios de disturbios entre los colonos. La introducción del informante Thomas Hariot, "Breve y veraz reporte", hace referencia a los maliciosos y envidiosos relatos que los humildes aventureros de Roanoke esparcieron desde su llegada a Inglaterra. Con indignación, Hariot acusó a aquella gente cuyas faltas y malos tratos en el país han sido allí debidamente castigados, quienes por razón de su mala naturaleza, no solo han injuriado maliciosamente a sus gobernadores, sino que también calumniaron al país.[7]

---

6 "Governor Ralph Lane describes the Roanoke Colony. . . [1586]" (Kupperman, 2000: 49).

7 Hariot también acusó a quienes habían criticado a las autoridades coloniales "porque no encontraron ninguna ciudad inglesa, ni sus bellas casas, ni para sus propios deseos sus acostumbradas y deliciosas comidas, ni blandas camas de plumón o plumas; el país era miserable para ellos y, conforme a esto fueron sus reportes". Hariot, Thomas, "The brief and true report. . .", en Hakluyt, Richard (ed.), *Principal Navigations. . .*, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 351-352.

La cuestión de la estricta disciplina atravesó la temprana historia de Virginia, lo que supone la existencia de cierta disciplina del trabajo, máxime teniendo en cuenta las críticas privaciones que tuvieron que atravesar los ingleses luego del conflicto con sus proveedores nativos. El trágico destino de la colonia inglesa en Roanoke estuvo sellado por el cruel ataque cometido contra los indígenas, luego de que su máxima autoridad, Wingina (que por entonces había adoptado un nombre de guerra, Pemisapan) fue asesinado junto con siete u ocho de sus consejeros.[8]

Naturalmente, la violencia en Roanoke no trajo alivio a las miserables condiciones en que se hallaban los hombres de Lane, como así tampoco mitigó la acuciante tasa de mortalidad entre ellos. La solución radicó en abandonar el proyecto, lo cual fue ejecutado sin dilación luego de que Francis Drake arribara a la costa de Croatan. Drake, quien conocía el proyecto de Raleigh en Virginia, hizo una escala en su viaje de retorno a Inglaterra y, a pedido de Lane, se llevó también a sus hombres en sus barcos. Cuando Grenville ancló en Roanoke con los esperados refuerzos, encontró el emplazamiento vacío, pues sus compatriotas habían huido.

La hostilidad de los indígenas hacia los europeos determinó asimismo el fracaso de los subsecuentes intentos de establecer una colonia en Roanoke. John White, un pintor prominente que tomó parte de la expedición de 1585, cuya tarea consistía en recabar imágenes de América del Norte, obtuvo la patente de colonización de Virginia, investido como gobernador, en 1587. White probablemente tenía conciencia de que el destino de la plantación dependería

8 Lane argumentó que se trató de un ataque preventivo, puesto que habían tenido noticias de que Pemisapan estaba planeando un ataque al fuerte inglés. En consecuencia, Lane se dirigió con un grupo de militares adonde se encontraba el jefe indígena y, luego de la convenida señal de ataque "Cristo nuestra victoria", dispararon y asesinaron a los máximos dignatarios nativos. (Lane, 1904 [1586]: 340-342).

de la amistad con los indígenas, lo cual explica el bautismo de Manteo, uno de los indígenas de la región de Croatan que había colaborado en la expedición anterior, nombrado Señor de Desamonguepeuk en recompensa por su fiel servicio (White, 1906: 397).[9] Contradiciendo las expectativas iniciales, el conflicto con los indígenas siguió siendo la tónica dominante, puesto que los nativos tenían un vívido recuerdo de la violencia con la que los ingleses demandaban sus alimentos: y algunos de ellos vinieron hacia nosotros, abrazándonos y entreteniéndonos amistosamente, deseando que no juntemos ni desperdiciemos su grano, ya que tenían poco (White, 1906: 393).

Las disputas, amenazas y ataques de ambos lados empeoraron la situación, ya que la inanición y las enfermedades cobraron una alarmante tasa de mortalidad. La compañía reclutada por White estaba compuesta por familias de extracción trabajadora antes que por jóvenes con experiencia militar.[10] Probablemente por esta razón el testimonio de White no hace alusión a ningún tipo de régimen de trabajo, del que no hay razón para pensar que fue impuesto. Sin embargo, y contradiciendo en este punto el análisis de Morgan, el proyecto de White estuvo destinado al fracaso. Con el objetivo de resolver el problema de la hambruna y sin haber podido obtener alimentos mediante el intercambio con los indígenas, White retornó a Inglaterra en busca de refuerzos y hombres. Pasaron casi dos años hasta que pudo volver a Roanoke, a causa de las dificultades que impuso la guerra con España,

9 Manteo y Wanchese eran dos nativos que habían sido llevados a Inglaterra en 1584. Allí aprendieron algo de inglés y enseñaron algo de algonquino a Thomas Hariot. Cabe destacar que Desamonguepeuk fue la región atacada por Grenville, lo cual permite pensar en la coronación de Manteo como un intento de reestablecer los vínculos con esa comunidad.

10 White reclutó 91 hombres, 17 mujeres y 9 niños. Entre los viajeros se encontraban Manteo y Towayne, dos indígenas que habían sido llevados a Inglaterra en el viaje de retorno con Drake, en 1586. *Ibid.,* pp. 402-403. Kupperman apunta que algunos de los aventureros eran probablemente siervos y al menos dos de ellos habían sido apresados por robo (Kupperman, 1984: 109).

y eso fue demasiado tarde, puesto que todos los colonos habían muerto.

Esta segunda experiencia colonial en Roanoke demuestra que las relaciones pacíficas con los indígenas eran la clave para la supervivencia de los ingleses. Más allá de cuál fuese la composición social de los aventureros, la única manera que tenían de obtener alimentos era tratando con los indígenas. Ni los organizados militares de Grenville y Lane, ni los trabajadores hombres de White fueron capaces de obtener sus propias provisiones. Este esquema se repitió dos décadas después en Jamestown, como demuestra la experiencia del capitán John Smith.

El fracaso de Roanoke significó el abandono de los esfuerzos privados durante la época isabelina. Sin embargo, el régimen jacobino abrió un nuevo impulso para la colonización, en el cual las compañías autorizadas por la Corona jugaron un rol crucial. La Compañía de Virginia de Londres fue facultada para establecerse entre los 34 y 41 grados de latitud,[11] por lo que desplegó sus esfuerzos en la Bahía de Chesapeake, ya que era vista como una región más ventajosa que Roanoke.

Desde la fundación de Jamestown en 1607, los colonos padecieron los mismos problemas que habían arruinado el proyecto de Roanoke. Desde sus orígenes el orden colonial estuvo amenazado por los conflictos entre los líderes coloniales, cuya intensidad fue creciendo a medida que el alimento escaseaba y las enfermedades se esparcían.[12] Más

11 "Part of the first Patent granted by his Majestie for the Plantation of Virginia, Aprill the tenth 1606", en Purchas (1906: 401).

12 Como dijo el primer presidente de Jamestown, Edward Maria Wingfield (en tercera persona), "el consejo ha conspirado plenamente para deponer a Wingfield (. . .) Mister Radcliffe, Mister Smith y Mister Martin vinieron a la tienda del presidente con una orden suscripta bajo sus manos para deponer al presidente, diciendo que lo consideraban indigno como presidente y como consejero, y por lo tanto lo despojaron de ambos cargos. Wingfield, Edward Maria, "A discourse of Virginia" [1608], en Lauter (1994: 202).

acuciante fue el problema del trato con los indígenas, dado que la confederación liderada por Powhatan contaba con una organización política y militar poderosa. Tal era el poder de Powhatan que el capitán Smith se convirtió en el líder colonial más influyente a causa de haber trabado negociaciones con él para la obtención de provisiones.

Smith protagonizó el episodio más conocido de los orígenes de Jamestown. Durante una exploración por el río Chickahominy, en enero de 1608, Smith fue capturado por los indígenas, que lo mantuvieron por seis o siete semanas hasta que lo llevaron a Werowocomoco, donde se esperaba que fuese ejecutado por el propio Powhatan. Según un controvertido pasaje de la *Historia General de Virginia*, de 1624, Smith fue salvado por Pocahontas, la hija predilecta del Powhatan. En septiembre de 1608, Smith fue nombrado Presidente de Jamestown que, por entonces, estaba sumergida en el horror del hambre y la muerte. Smith fue capaz de enfrentar esta situación gracias a las provisiones que Powhatan le enviaba en intercambio: "y del estado y bondad de Powhatan… el miedo de todos los hombres fue abandonado" (Smith, [1624] 1910: 402).

Dado que la supervivencia de los colonos dependía de la provisión de los indígenas, Smith los presionó para que mantuvieran los intercambios, provocando así crecientes tensiones, como ilustra el testimonio de George Percy: "Pero aun los salvajes murmuraban sobre nuestra plantación en el país, al punto que su *werowance* respondió de nuevo con gran sabiduría de un salvaje. Por qué deberían estar ofendidos con ellos [los nativos], si no les han hecho daño ni han tomado nada por la fuerza".[13] De ahí que durante la primera mitad de 1609, cerca de una docena de indígenas fueran asesinada,

13 Percy, George, "Observations gathered out of 'A discourse of the Plantation of the Southerne Colonie in Virginia', by the English, 1606", *Ibid.*, vol. cap. I, p. LXIX. Las observaciones de Percy están refrendadas por las referencias de Smith a las quejas de Powhatan (Smith, 1910 [1624]: 452).

muchos más fueran heridos y unos cuantos fueron encarcelados en el fuerte de Jamestown (Vaughan, 1975: 47). El clásico trabajo de Wesley Craven explica que esta violencia se debió al abandono de las políticas de tolerancia e integración de los nativos al orden colonial (Craven, 1944: 65-72). De acuerdo con las tradiciones militares de los líderes coloniales, los nativos fueron cada vez más considerados como enemigos y traidores, y la idea de traición se debió a que los creían poderosos rivales (Kupperman, 1977: 263-287).

El presidente John Smith encaró el problema de la escasez imponiendo un régimen autoritario que implicaba obligaciones en trabajo. Smith dividió la compañía en grupos de diez a quince hombres según las tareas encomendadas, estableciendo vigilias rotativas y dando instrucción militar a los más aptos. Además, los colonos debían dedicar cuatro horas al trabajo, bajo la amenaza de que el que no trabajara no comería.[14] Tomando ventaja de la muerte de los últimos consejeros que permanecían en Jamestown, Smith asumió funciones judiciales, castigando a los colonos que desafiaban sus reglas, incluso con la horca. De esta manera advertía y amenazaba a la compañía: Desearía que ustedes se ajusten a las reglas establecidas sin desprecio, ya que no hay ahora más consejeros que los protejan ni tuerzan mis esfuerzos. Por lo tanto, el que ofenda esperará con seguridad su debido castigo (Smith, 1910: 150).

El problema principal que afrontaron tanto Smith como sus predecesores y sucesores radicaba en la propia condición social de los colonos. Había una gran cantidad de nobles que no tenía capacidad de trabajo o simplemente se rehusaba a hacerlo por su condición social. Pero también hay constancia de un buen número de hombres sin rango que en América

14 Smith, John, "A map of Virginia. . ." [1612], (Arber, 1910, vol. I: 149). Es interesante notar que Smith alteró el dato de las horas requeridas en su "Generall Historie" de 1624, donde menciona la imposición de 6 horas en lugar de 4 (Arber, 1910, vol. II: 466).

buscaban el ascenso social que Inglaterra les negaba, lo cual incrementaba los problemas relativos al trabajo. De esta manera Smith expuso sus demandas a las autoridades de la Compañía de Londres: en todo este tiempo no tuvimos más que un carpintero en el país y otros tres que poco podían hacer pero deseaban ser aprendices, dos herreros, dos marineros, y aquellos que anotamos como trabajadores eran en su mayor parte lacayos. Todo el resto eran pobres caballeros, comerciantes, servidores, libertinos y similares (Smith, 1910: 486-487). Bajo estos argumentos, Smith solicitó a la Compañía el envío de carpinteros, agricultores, jardineros, pescadores, herreros, mamposteros y cavadores. No obstante, la Compañía envió un segundo refuerzo de hombres predominantemente nobles. De un total de 70 personas, 28 eran nobles, 14 eran comerciantes y el resto eran trabajadores. Entre estos últimos, registraron 8 polacos y holandeses, 2 mujeres y tres niños (Smith, 1910: 445-446). El panorama social de la colonia confirma, por tanto, la afirmación de Alden Vaughan: Virginia sobrevivió no por sus primeros colonos sino a pesar de ellos (Vaughan, 1975: 45).

Finalmente Smith logró una transitoria estabilidad en Jamestown, producto de la combinación de dos estrategias. Por un lado, mantuvo tensos vínculos con los nativos, siguiendo una lógica de guerra que incluía tratos, amenazas, ataques y contraataques. Por otro lado, Smith impuso una estricta disciplina de trabajo que dio los resultados esperados: Por esto muchos se volvieron industriosos, aun más por severa reprimenda desempeñaron sus negocios; por lo que todos tenían tareas asignadas y no había excusa que pudiera prevalecer para engañarlo (Smith, en Arber, 1910: 150).[15]

En julio de 1609, una nueva expedición enviada por la Compañía de Virginia de Londres arribó a Jamestown anunciando

15 Nótese que Smith escribió en tercera persona, en lo que se refiere a sí mismo.

cambios en el gobierno colonial. Estos consistían en la sustitución del consejo colonial y su presidente por un gobernador con autoridad absoluta. En agosto llegaron siete navíos con cientos de nuevos colonos, pero el *Sea Adventure*, que transportaba al flamante gobernador Thomas Gates, se había perdido en una tempestad. En septiembre, después de un año como presidente, John Smith se accidentó con una explosión de pólvora y retornó a Inglaterra, en un clima dominado por la mortalidad y la desesperación. Mientras tanto, los viajeros del *Sea Adventure* se encontraban todos a salvo en las Islas Bermudas, puesto que el barco había naufragado muy cerca de sus costas. Mientras ellos permanecían en ese provechoso archipiélago, Virginia estaba siendo devastada por el hambre.

Pero los náufragos de Bermudas también tuvieron sus episodios de rebelión contra la autoridad colonial. Entre los pasajeros del *Sea Adventure* no solo estaban el gobernador Gates sino también el almirante George Somers, seis consejeros, varios nobles y el secretario William Strachey, quien escribió el reporte sobre el derrotero de la compañía en Bermudas (Strachey, 1906: 5-72).[16] El resto de los ciento cincuenta viajeros eran marineros y hombres sin rango, mujeres y niños. El naufragio sin víctimas permitió la dispersión de sueños de liberación que desafiaron a las autoridades. Dado que las misteriosas e inhabitadas islas brindaban abundantes y variados recursos alimenticios, algunos grupos vieron la posibilidad de vivir allí de lo que la naturaleza ofrecía, sin aceptar otra autoridad que la de ellos mismos (Strachey, 1906: 17-25).[17]

---

16 El manuscrito alcanzó las manos de William Shakespeare, influenciándolo en la composición de *La Tempestad*, la cual fue estrenada en el Palacio de Whitehall en noviembre de 1611. Sobre este tema: López Palmero, M. (2008). Sorprendentemente, en 1610 el Consejo de la Compañía de Virginia se refirió al naufragio como una "trágica comedia". Council of Virginia, "A True Declaration of the State of the Colonie in Virginia…" [1610] (en Force, 1844: 11).

17 Strachey apuntó con detalle los recursos naturales, entre los cuales había cerdos salvajes que –podemos avisorar– habían sido dejados en la isla por alguna expedición europea anterior.

Gates impuso un estricto régimen de trabajo con el propósito de construir los navíos con los cuales pudieran llegar a Virginia. Así, fueron conducidos veinticuatro de los hombres más aptos y fuertes de la compañía, y cuatro de nuestros hombres a tallar y encuadrar madera (Strachey, 1906: 27). Los primeros en rebelarse fueron hombres de mar y algunos hombres de tierra que evitaron todo trabajo o esfuerzo que pudiera agilizar o adelantar esa pinaza. Los rebeldes se negaron a continuar el viaje a Virginia, puesto que allí nada sino miseria y trabajo debe esperarse, con muchas necesidades y un trato rudo, siendo que allí no hay pescado, carne o aves de corral como aquí, que se comían con facilidad (Strachey, 1906: 29).

Aunque Gates perdonó a los líderes sediciosos de ese primer motín, pronto estalló otra rebelión, liderada por un religioso llamado Stephen Hopkins, quien desobedeció al gobernador desde que la autoridad cesó cuando el naufragio tuvo lugar (Strachey, 1906: 31). Hopkins fue juzgado y estaba a punto de ser ejecutado cuando Gates, con la indulgencia que caracterizaría a Próspero en *La Tempestad*, lo absolvió. Hubo una tercera y peor práctica, facción y conjuración, esta vez pergeñada por un noble, Henry Paine. Este organizó el asalto al depósito con el propósito de saquear armas y herramientas, lo cual podría haber perjudicado la construcción de las embarcaciones. El plan se vio frustrado por un guardia y Paine fue condenado a la horca. Esta vez Gates no fue misericordioso; la única concesión que hizo fue conmutar el tipo de ejecución por el fusilamiento, tal como lo permitía la ley inglesa para el caso de los nobles (Strachey, 1906: 34).[18]

La disciplina en Bermudas fue predicada a través del servicio religioso. Toda la compañía estaba obligada a asistir a los sermones matutinos y vespertinos, y "así como hubieran

18 Existían dos tipos de castigos en la época isabelina, uno para la gente común y otro para los nobles, quienes además eran juzgados exclusivamente por los lores. Hollinshead, Raphael y Harrison, William, "A description of Elizabethan England", en Elliot, Charles E. (ed.) (1963: 364).

faltado eran debidamente castigados". Todos los sermones estaban dedicados especialmente al "agradecimiento y unidad" (Strachey, 1906: 37), lo cual indica su importancia como mecanismo de control.

En mayo de 1610 la compañía de Gates finalmente arribó a Jamestown, que estaba inmersa en un espantoso estado de "miseria y desgobierno". Strachey hizo referencia a la destrucción del fuerte y a las casas vacías, así como también al hambre y a la pestilencia (Strachey, 1906: 44-45). El testimonio de Ralph Hamor apuntaba a que las causas del desastre de Jamestown eran "la enemistad con los naturales y el clamor del hambre", que fueron "ocasionados no solo por el mal gobierno, la holgazanería y la facción, sino principalmente por la ausencia de los siempre dignos comandantes" (Hamor, 1615: 16).

Para enfrentar la situación el gobernador Gates estableció el mismo régimen autoritario que había ensayado en Bermudas. Al secretario William Strachey se le encomendó la redacción de "órdenes e instrucciones, las cuales él [Gates] impuso severamente…[y] fueron fijadas en un poste en la Iglesia para que cada tomara conciencia de ellas" (Strachey, 1906: 46). Este nuevo código de justicia, llamado *Leyes Divinas, Morales y Marciales* (Force, 1844 [1612]) seguía los lineamientos que había trazado la Compañía de Londres con la intención de reforzar la autoridad colonial en Virginia. Las Leyes Divinas incluían severos castigos para un amplio rango de conductas civiles y religiosos (Force, 1844 [1612]: 20).[19] La ley concerniente al trabajo discriminaba puntillosamente por tipo de ocupación, afectando a comerciantes, soldados y trabajadores, con específicas disposiciones para panaderos, cocineros y pescadores. El régimen de trabajo quedaba bajo responsabilidad de los capitanes, quienes tenían que supervisar la siguiente rutina:

19 Las *Leyes Divinas* se aplicaban a los siguientes delitos: sodomía, incesto, blasfemia, traición, calumnia, adulterio, fornicación, violación, asesinato, robo, falsos testimonio y alarma, tumulto y motín.

> Los trabajadores se presentarán con él [capitán] al trabajo y permanecerá trabajando cada grupo hasta las 9 o 10, de acuerdo con el frío o el calor del día; tiempo en que él evitará que su compañía sea negligente, holgazán o se retire del trabajo, hasta que el sargento mayor o capitán de vigía haga sonar el tambor y los conduzca hacia dentro de la Iglesia para oír el servicio divino, y así persuadidos, cada hombre retornará a su alojamiento para proveerse su comida y para descansar hasta las dos o tres de la tarde, de acuerdo con el calor o el frío del día, momento en el cual sonará el tambor como anteriormente, al comando del sargento mayor o capitán de vigía, ellos serán conducidos nuevamente dentro de la Iglesia para las oraciones vespertinas, y habiendo concluido dispersarán la compañía (Force, 1844 [1612]: 45).

La rutina diaria de los colonos, por lo tanto, implicaba seis horas de labor y la asistencia al servicio religioso. Los servicios religiosos contribuían con la implementación de esta dura disciplina, ya que "cada Ministro o Predicador leerá cada Sabath antes del catequismo todas esas leyes y ordenanzas, públicamente en la asamblea de la congregación, bajo pena de perder su entretenimiento por esa semana" (Force, 1844 [1612]: 19). Una vez en sus aposentos recibían su ración de alimento. Existía un amplio abanico de castigos para quienes desobedecían las *Leyes Divinas*, dependiendo del tipo de ofensa: privación del tiempo de entretenimiento, latigazos y otros castigos corporales, trabajos forzados en galeras, prisión y pena de muerte.[20]

---

20 De esta manera se prescribía para los comerciantes: "26: cada comerciante… asistirá debidamente a su trabajo… bajo peligro, ante su primera falta y negligencia, de perder su entretenimiento por plazo de un mes, para su segunda falta tres meses, para su tercera un año, y si continúa desleal y negligente en ello, ser condenado a las galeras por tres años. (Force, 1844 [1610]: 15). Entre los castigos corporales estaban no solo el látigo sino también el estiramiento (poniendo "cabeza y talones juntos toda la noche") y la mutilación de orejas.

A pesar del hecho de que los nobles también estaban sujetos a la disciplina del trabajo, se admitía que no eran capaces de hacer ninguna tarea manual. Como la Compañía de Londres oficialmente declaró: los Gentilhombres, cuyo linaje nunca conoció lo que significa el trabajo diario no pueden cavar ni practicar el hacha ni el cincel. Por esta razón, ellos emplean la fuerza del conocimiento, el ejercicio del consejo, la operación y poder de sus mejores linaje y cualidades.[21] En otras palabras, los nobles evitaban el duro trabajo diario haciendo lo mejor en la práctica de sus ciencias y conocimientos (Strachey, 1906: 49), posiblemente aquellas prácticas militares abocadas a mantener el control.

Este autoritario y cruel gobierno colonial emergió como una combinación de las tradiciones europeas. Tanto en Inglaterra como en Virginia, los brutales castigos eran pensados como dispositivos para disuadir a los colonos de cometer delitos, por un lado, y para dar el ejemplo, por otro.[22] Los colonos implantaron en América su marcada jerarquía social junto con la doctrina anglicana, ambos elementos efectivos como instrumentos de disciplinamiento social. Sin embargo, esos esfuerzos no fueron suficientes para resolver el problema de la hambruna que devastó Jamestown en sus primeros años. Más aún, los trabajadores con frecuencia evadían la autoridad huyendo con las comunidades nativas, a pesar de que estaba prohibido bajo pena de muerte. La única alternativa para resolver el problema de la falta de alimento radicaba en el intercambio con los indígenas, alternativa cercenada por la vehemente hostilidad de ambas partes.

---

21 "A True Declaration of the State of the Colonie in Virginia…" [1610], en Force, Peter (comp.) (1844 [1610]: 20).

22 Como admitió Ralph Hamor, en Virginia "la forma de sus muertes, podría alguno objetar, ha sido cruel, inusual y bárbara", en Hamor, "A True Discourse…", *op. cit.*, p. 27. Para una descripción de los tormentos aplicados a los condenados a muerte entre la gente común en Inglaterra ver Hollinshead, Raphael y Harrison, William, "A Description of Elizabethan England", *op. cit.*, pp. 363-370.

Varios gobernadores mantuvieron este brutal régimen sin por ello conseguir ningún alivio para los colonos de Virginia. En fecha tan tardía como 1614, el gobernador Thomas Dale dio la orden de castigar con el látigo a dos costureras. Anne Leyden y Jane Wright cumplían con la tarea de coser camisas pero, habiendo resultado cortas, fueron azotadas, y An leyden [sic] estando encinta (esa misma noche abortó).[23]

El trabajo compulsivo entre los colonos cesó parcialmente hacia finales de la década, parcialmente debido al floreciente negocio del tabaco, que estrechó los lazos comerciales con la metrópoli. Por otro lado, se pusieron en práctica otras formas de trabajo no libre, la de los siervos escriturados y la de los esclavos (cuyos orígenes se remontan a 1619). De esta manera, el trabajo compulsivo en Virginia se derivó a los pobres de Inglaterra y a los cautivos africanos, cuya importancia se incrementaría notablemente en las décadas siguientes.

23 "Minutes of the Council and General Court,", en*Virginia Magazine of History and Biography*, cap. XXIII 1915, p. 138.

Naturaleza colonial y experiencia bucanera
El conocimiento de América y los aventureros ingleses (1650-1700)[1]

Rogelio C. Paredes

Cancelación imperial y apertura mundial del mundo colonial español

La crisis de la *monarquía española* que atravesó todo el reinado de Felipe IV (1621-1660) y que culminó con la claudicación de la Paz de los Pirineos delante de Francia (1659) tuvo consecuencias globales económicas y culturales que todavía resulta difícil mensurar. La expansión marítima de las potencias atlánticas enemigas de España, Holanda, Inglaterra y Francia, en ese orden de aparición en el escenario americano, representó no solo un cambio decisivo en la configuración regional y productiva de las colonias españolas, sino también lo que quizá debería considerarse un "nuevo descubrimiento de América", debido fundamentalmente a su reinstalación en el interés de los Estados europeos y a la difusión de noticias sobre ella entre el público lector bajo la forma de relatos de viajes.

1 Una versión previa de este artículo fue leída en las "XII Jornadas Internacionales Departamentales de Historia". San Carlos de Bariloche, Universidad Nacional del Comahue, octubre de 2009.

El éxito de estos relatos, particularmente en la Inglaterra de fines de siglo XVII y comienzos del XVIII, se explica en buena medida a partir de muchos de los factores que habían impulsado el proceso de modernización de la sociedad y de la cultura inglesa por delante del resto de las naciones europeas. Quizás el primer lugar entre estos factores debería concederse a la difusión de la imprenta y a la apropiación que de su uso hicieron sectores sociales medios y bajos. La Guerra Civil (1642-1649) primero, y el hundimiento del monopolio político-religioso de la monarquía y de la iglesia de Inglaterra después, (1649-1660) jugaron en ello un papel decisivo: junto con los primeros panfletos confesionales o político-partidarios, una nueva literatura fue adquiriendo perfiles cada vez más nítidos, en particular la novela de tipos y hábitos sociales, como instrumentos de instrucción y aprendizaje para los nuevos actores en ascenso (Berger, 1979: caps. I y II). Por cierto, este acrecentamiento del mercado lector, habituado desde las crisis de la monarquía del siglo XVII a consumir regularmente material impreso (Chartier, 2004: cap. IV), resulta inseparable del acceso de nuevos sectores de la sociedad a las ventajas derivadas de la disponibilidad de recursos, de tiempo y de interés por procurárselos. Ese interés estaba lejos de ser solamente una cuestión de prestigio distintivo de unas clases medias que habían convertido las "noticias de ultramar" en un elemento de distinción social desde el Renacimiento: ahora aparecía más claramente vinculado con las perspectivas de enriquecimiento y de ascenso de una nueva elite empresarial y financiera que, desde 1688, se había adueñado del poder parlamentario (Moore, 1991: cap. I) y que, después de 1700, iba a imponer las reglas del monopolio para el próspero mercado de textiles ingleses (Dobb, 1975: cap. V). La lectura de obras relacionadas con los viajes, el tráfico y las oportunidades de piratería y comercio no tardarían en dejar de ser mucho más que una mera recreación, y comenzaron a verse, inevitablemente, como una fuente de información indispensable de las

oportunidades de negocios y beneficios económicos (Wallerstein, 2005: cap. IV).

El propósito de este artículo consiste en analizar la influencia de los aventureros ingleses en el Caribe y el Pacífico durante la segunda mitad del siglo XVII y comienzos del XVIII –piratas, corsarios y bucaneros– en el desarrollo del conocimiento geográfico y natural europeo sobre el Nuevo Mundo. En tal sentido, y sobre la base de las obras de varios de estos expedicionarios, exploradores y aventureros –en particular Basil Ringrose, Lionel Wafer, Ambrose Cowley, Bartholomew Sharp, John Wood y William Dampier– el artículo procura definir una serie de tópicos literarios y científicos comunes que introdujeron entre los europeos el conocimiento de las colonias españolas de ultramar como instrumento para incentivar su interés por la expansión comercial y el dominio colonial entre los Estados y los públicos lectores de Europa.

Esta nueva etapa en el conocimiento europeo del mundo, y particularmente de América, impulsó un cambio de concepción sobre el papel político y económico de las tierras de ultramar para España e Inglaterra e implicó, además, una transformación decisiva en las formas de conocimiento y de transmisión de noticias sobre el Nuevo Mundo: se pasó así del monopolio extractivo y el control estatal sobre la información que caracterizó a la *monarquía española*, a un sistema más flexible de exploración, comercio y saqueo que, para la experiencia inglesa, facilitó la circulación de información y generó un amplio público lector de las narraciones de estos aventureros sobre el mundo americano.

Breve historia de la empresa bucanera y el naufragio español

El despoblamiento de las islas del Caribe que siguió a su descubrimiento y a la débil instalación colonial de los españoles en la región antillana y centroamericana atrajo muy

pronto el interés de aventureros europeos y de sus gobiernos metropolitanos. El carácter estratégico de la zona, por la que circulaba el grueso del tesoro americano salido de México y Panamá con destino a Sevilla aumentaba los motivos de ese interés y había ocasionado serios reveses a la *monarquía española* en su competencia por el dominio de los mares y en sus intentos de mantener el monopolio del tráfico con sus colonias (Macleod, 1990: 3-44). Durante la segunda mitad del siglo XVII, ingleses, holandeses y franceses se encontraban ya instalados en varias islas y costas del Caribe.

De hecho, en el escenario de esas islas y costas del Caribe colonizadas marginalmente por las potencias enemigas de España se reflejaban los efectos del tránsito hacia la modernidad con la misma intensidad que en las prácticas de los lectores metropolitanos que consumían la literatura de los aventureros que las poblaban. Una abigarrada población de europeos dedicados a la cría de ganado, la explotación forestal, el cultivo de caña de azúcar y el merodeo y despojo del tráfico español de metales y manufacturas surgía también de las tensiones sociales y culturales que sufrían sus metrópolis. Como tratan de demostrarlo los estudios recientes sobre esta experiencia particular de la colonización del Atlántico, la marginación sociopolítica y cultural de estos hombres, que sufrían los efectos de los primeros desarrollos hacia el capitalismo, configuró una sociedad cuyas características originales hicieron posible el fermento de ideas, actitudes y comportamientos que pondrían en crisis el orden político y económico que los había arrastrado hasta allí (Linebaugh y Rediker, 2005). El vocablo *bucanero*, aplicado inicialmente a los cazadores de ganado salvaje de origen francés que habitaban las despobladas islas marginales en torno a Haití, fuera del control de los españoles, fue extendiéndose a todos los ocupantes europeos de la región, lo que incluía una numerosa legión de blancos forzados por contrato o por condena a trabajar como mano de obra servil en las plantaciones y las explotaciones

forestales (Wolf, 1987: 249-250). Hacia finales del siglo XVII, esa población dedicada solo marginalmente al asalto y saqueo de los navíos, comenzó a desempeñar un papel decisivo para provocar una crisis del poder español en la región.

La debacle española en el Caribe se insinuó tempranamente cuando, en 1628, la flota holandesa en el Atlántico, al mando del almirante Piet Heyn, capturó íntegra la flota española procedente de Veracruz en la bahía cubana de Matanzas (Lynch, 1975: 108). Otro descalabro importante y perdurable fue la pérdida de Jamaica, ocupada por los ingleses de la etapa de protectorado de Cromwell, cuyas plantaciones iban a convertirse en destino de cientos de siervos irlandeses deportados tras la represión contra los rebeldes católicos que se habían alzado durante la Guerra Civil de 1642-1650 (Linebaugh y Rediker, 2005, cap. IV). Sin embargo, fue en las tres últimas décadas del siglo XVII –que coincidieron con el período de mayor debilidad de la *monarquía española,* gobernada por Carlos II– cuando la ofensiva de corsarios europeos y bucaneros locales alcanzó su cenit. Los ataques sobre las instalaciones españolas en el Caribe se multiplicaron y adquirieron dimensiones desconocidas hasta entonces. A la cabeza de ellas estuvo en un momento Henry Morgan (1635-1688) con base en la colonia inglesa de Port Royal, Jamaica –sobre quien circuló la especie de haber arribado al Caribe secuestrado o vendido por sus parientes como trabajador servil–. Surgido como lugarteniente de Edward Mansfield, lo reemplazó a su muerte luego de haberlo acompañado en varias acciones. En su expedición de 1666-1667, acompañado de sus compatriotas ingleses, atacó y tomó Portobelo, pese a la defensa de las tres fortificaciones españolas que lo protegían. Sus ataques continuaron en los años siguientes contra Maracaibo y otras localidades de la costa caribeña. En enero de 1671 Morgan realizó la mayor operación concebida y realizada por los bucaneros: ocupó, saqueó y destruyó Panamá luego de haber atravesado

el istmo, por lo que terminó arrestado y enviado a Inglaterra como causante de una ruptura de la paz entre Gran Bretaña y España en 1672. Rehabilitado por Carlos II (1660-1685) se convirtió en gobernador de Jamaica entre 1674 y 1683, y desde allí alentó la continuación de las operaciones contra los españoles (Gosse, 1948: 25-30).

Morgan resulta un caso ejemplar en la constitución de esta verdadera "sociedad de fronteras" consolidada en el Caribe a lo largo del siglo XVII: en ella las oportunidades abiertas frente al escenario europeo dominado aún por estructuras jerárquicas y señoriales y, sobre todo, el carácter empresarial de las actividades de plantación, explotación forestal, contrabando y piratería constituían un verdadero desafío y daban fundamento a una forma de experiencia vital y de transmisión literaria destinada a renovar la perspectiva sobre la naturaleza y la economía del Nuevo Mundo, estancada en alguna medida desde el descubrimiento y la conquista ibéricos. Las décadas finales del siglo XVII, y sobre todo las primeras del siglo XVIII –verdadera "edad de oro" de la piratería– mostraron la eficacia militar, económica, cultural y literaria de esta turbulenta organización lanzada a la conquista de la riqueza arrebatada a la *monarquía española*. El ataque de Morgan a Portobelo provocaría la renovación de las técnicas de acción y de conocimiento sobre las tierras de ultramar, efectuada por hombres que convirtieron sus procedimientos de pillaje y agresión en nuevas formas de conocimiento geográfico y de transmisión literaria.

William Dampier: círculo empresarial y aventura colonial

En el centro de esta empresa que comenzaría siendo naviera, comercial y pirática y llegaría a ser literaria y científica, se encontraba un hombre que articularía en torno de sí acciones e intereses muy diversos: William Dampier (1652-1715).

Marino, bucanero y aventurero inglés, Dampier adquirió un rápido renombre por la extensión, variedad y diversidad de los viajes que realizó por el Atlántico, América, el Pacífico, Asia Oriental y el Índico desde su más temprana juventud. Individuo ejemplar de la sociedad marginal configurada en el Caribe, y en un período en el cual no escasearon los hombres de su misma condición, Dampier se hizo notar por sus cualidades como narrador, geógrafo, naturalista, meteorólogo y etnógrafo práctico y experimentado, y por el hecho, todavía más ostensible, de la difusión de su obra, más vasta y detallada que la de cualquier otro de los hombres de mar que escribían y publicaban por la misma época. En 1697 apareció su primer libro, al cual debió gran parte de su renombre: *A New Voyage round the World,* y al que dos años más tarde agregó una segunda parte titulada *Voyages and Descriptions* y un *Discourse of the Winds.* Su viajes posteriores (1699-1701) fueron recogidos en un nueva obra: en 1703 publicó *A Voyage to New Holland* que dedicaba de manera exclusiva a sus exploraciones por Australia y Nueva Guinea y a la cual, en 1709, le agregó una segunda parte.

Tras haberse desempeñado ocasionalmente como ayudante y capataz en plantaciones de Centroamérica y Antillas, Dampier se alistó en navíos ingleses dedicados a actividades de contrabando y piratería en aguas del Golfo de México y en proximidades del Istmo de Panamá. De allí, pasó al Pacífico y a las costas de Perú y de Chile donde, entre 1678 y 1681, operó a las órdenes del capitán William Sharp (o Sharpe), atacando y saqueando embarcaciones y puertos españoles. A partir de 1683, una serie de singulares aventuras lo alejaron del escenario americano y lo llevaron impensadamente desde las costas de Virginia hasta los mares de Asia, desde donde, casi sin proponérselo, terminó por realizar, en sucesivas etapas, la circunnavegación completa del planeta.

Al servicio del capitán John Cook, se dirigió hacia el sur, entró en el Pacífico por el Cabo de Hornos y recorrió desde

allí los archipiélagos de Juan Fernández, las Galápagos y las Marianas. Para ese momento, sucesivos incidentes de la navegación derivaron en un verdadero caos: tras la muerte de Cook, Edward Davis, el nuevo capitán, autorizó a Dampier a continuar una exploración por el Pacífico bajo el mando del capitán Swan. Este fue finalmente depuesto de su mando y abandonado a su suerte en Mindanao, Filipinas. Dampier continuó el viaje junto a sus compañeros y, bajo el mando del nuevo capitán Read, visitó China y Formosa, para arribar a Timor en 1687, desde donde los viajeros exploraron las rutas hacia Nueva Holanda. En Nicobar, isla del archipiélago indonesio, Dampier abandonó su navío y, junto a otros aventureros europeos, realizó un penoso trayecto hacia Sumatra, instalándose provisoriamente en Achen, localidad que empleó de base para llevar adelante dos viajes más, uno a Tonquín y otro a Malaca, antes de embarcarse hacia Londres, donde arribó en 1691.

Un segundo viaje de Dampier, realizado con carácter oficial al servicio del reino, se inició en 1699 y obedeció al prestigio que el marino había adquirido por su probado conocimiento de los Mares del Sur: su reputación se había afianzado y su posición de mando dentro de la nueva expedición lo preservó de repetir las dramáticas aventuras de sus viajes como bucanero. El trayecto, previsto para realizar una navegación interoceánica entre el Atlántico y el Pacífico por el Estrecho de Magallanes, se vio modificado y lo condujo al Océano Índico a través del Cabo de Buena Esperanza.

Las aventuras de Dampier como marino y aventurero no concluyeron con su regreso de la Nueva Holanda: todavía tendría ocasión de realizar dos travesías más como corsario, en la segunda de las cuales le tocó desempeñarse como piloto experto del célebre capitán Woodes Rogers (1708-1711), cuyos éxitos en la obtención de botines a expensas del tráfico colonial español superaron a los de todos sus predecesores (Silverberg, 1997: 496-ss.; Woodward, 2008: 51-52,

72-75 y 80-83). Las memorables empresas de Rogers formaron parte de las operaciones de la Guerra de la Sucesión Española (1702-1713) y su concepción y puesta en marcha ha sido atribuida al propio Dampier, que conocía con detalle su desarrollo en aguas del Caribe y del Pacífico (Woodward, 2008: 72-75).

Es notable el hecho de que, en torno de Dampier, surgiera una verdadera asociación de hombres que, además de sus acciones como bucaneros y marinos, adquiriera notoriedad como destacados narradores de sus empresas. Basil Ringrose publicó sus hazañas y noticias sobre América y el Caribe a mediados de la década de 1680 (Ringrose, 1685). Otros hombres de mar, piratas o contrabandistas, que se destacaron en las décadas posteriores como viajeros o narradores de sus viajes conocieron también a Dampier en sus expediciones o formaron parte de su círculo de relaciones personales. El año 1699, en el que el mismo Dampier publicó sus *Voyages and Descriptions*, suplemento de su viaje alrededor del mundo y su *Discourse of the Winds* como epítome de sus viajes por el Atlántico, el Índico y el Pacífico, resultó ser también una especie de *annus mirabilis* para la literatura inglesa de corsarios y bucaneros. El capitán William Hacke editaba ese año una breve colección de narrativas bajo el descriptivo título de *A collection of original Voyages containing: Capt. Cowley's Voyage round the Globe; Capt. Sharp's Journey over the Isthmus of Darien and Expedition into the South Sea, writen by himself; Capt. Woods' Voyage throu' the Straigths of Magellan; Mr. Roberts' Adventures among the Corsaires of the Levant; his Account of their Way of living, Description of the Archipiaelago's Islands, Turkey and Siria,* Londres, Imprenta James Knapton, 1699. Ambrose Cowley y Bartholomew Sharp (o Sharpe) pertenecían al círculo de relaciones de Dampier: el primero había sido piloto del capitán John Cook, a cuyas órdenes sirvió Dampier durante la primera parte de su viaje alrededor del mundo, y el segundo su capitán en varias de las empresas realizadas

sobre las costas de la América española. Por su parte, Lionel Waffer, aventurero, cirujano y náufrago inglés en las aguas del Caribe, que también había estado cerca de Dampier en sus expediciones sobre el istmo de Panamá, publicó ese año *A New Voyage and Description of the Isthmus of America, giving an Account of the Author's Abode these, the Indian Inhabitants, their features, complexion... their manners, customs, employments, mariages, feasts, hunting, computation languages, etc.* dedicada de manera mucho más específica al Istmo de Panamá y a las poblaciones indígenas del Darién (Hacke, 1699).

Escaramuzas sobre el Istmo

Bartholomew Sharp fue jefe y capitán de William Dampier, de Basil Ringrose y de Lionel Wafer en sus correrías por el Istmo de Panamá: sus operaciones fueron proseguidas con el mismo objetivo por Edward Davis, años después. En enero de 1680 Sharp, en compañía de John Coxon, dio comienzo a los intentos de los bucaneros por controlar el tráfico español sobre el Pacífico atacándolo desde Panamá. Entre sus hombres ya se contaban Ringrose, Dampier y Wafer. Los bucaneros de Sharp desembarcaron en el istmo, capturaron la aldea de Santa María y, arribados a la costa del Pacífico, tomaron un navío de treinta toneladas con el que Sharp fue en busca de provisiones mientras Coxon se aprestaba a atacar Panamá. Después de un exitoso comienzo, la operación se vio interrumpida por querellas entre Sharp y Coxon y la compañía se dividió: mientras Ringrose, Dampier y Wafer continuaron bajo el mando de Sharp, buena parte de sus hombres decidió repasar el Istmo bajo el mando de su rival.

Elegido poco más tarde como jefe exclusivo de la expedición –hasta el momento había compartido el mando no solo con Coxon sino también con Richard Sawkins, muerto en las operaciones– Sharp se dedicó a recorrer las costas de

Guayaquil, Perú y Chile en busca de presas y de oportunidades de desembarco. Después de haber tomado varios navíos españoles y de otros incidentes y adversidades –la fallida captura de Arica, el vano intento de saquear La Serena, una revuelta dirigida contra el propio Sharp en la isla de Juan Fernández por algunos descontentos que se negaban a regresar y una desastrosa derrota frente a Arica– los bucaneros volvieron a dividirse: en la Isla de la Plata, los que decidieron permanecer algún tiempo más en la empresa se enfrentaron con los que pedían regresar de inmediato por el Istmo –entre los que ahora se contaban Dampier y Wafer–. Producida la separación, Sharp y los suyos se dirigieron nuevamente hacia el sur, continuando con sus operaciones contra las naves españolas, lo que les proporcionó un inesperado botín con la captura del *Santo Rosario*, repleto de metales preciosos y de mapas y notas sobre la navegación en el Pacífico. En agosto de 1681, los hombres de Sharp votaron regresar al Caribe por la ruta del Cabo de Hornos y arribaron finalmente a Barbados el 28 de junio de 1682 (Stephen y Lee, 1968: 1357-1358).

Desertores del crucero de Sharp, Dampier y Wafer continuaron sus aventuras por su cuenta. Como se ha visto, en 1683, Dampier iniciaría la navegación que luego se convertiría en un nuevo viaje alrededor del mundo. Wafer lo acompañaría en esta empresa, pero a su vez viviría otras singulares experiencias personales. Empleado como aprendiz de cirujano, comenzó muy pronto su carrera en el Caribe. En 1677 había entrado al servicio de un navío con destino a las Indias Orientales pero, a comienzos de la década de 1680, ya se encontraba en Jamaica, donde tenía un hermano empleado en una plantación. Como bucanero bajo el mando de Cook y Lynch, Wafer se encontró con Dampier y juntos participaron de las incursiones que concluyeron con la navegación de Sharp por las costas de América del Sur. De regreso de la misma y mientras atravesaba el istmo, Wafer sufrió un

serio accidente que lo obligó a permanecer al cuidado de los indios del Golfo de Darién, a los cuales sirvió también como médico y cirujano. Llamado por sus antiguos compañeros, Wafer se alisto junto con Dampier bajo el mando de John Cook, y a la muerte de este quedó a las órdenes de Edward Davis, regresando a las Antillas y, más tarde a Inglaterra, en 1691. En 1699 publicó, como se ha visto, el relato de su viaje y permanencia entre los indios del Golfo de Darién y murió, según se cree, en 1705 (Stephen y Lee, 1968: 427-428).

Ambrose Cowley, cuyo viaje alrededor del mundo integra también la colección de Hacke publicada en 1699, parece pertenecer al género de hombres cuyo notable aporte al conocimiento geográfico y náutico oscurece todos los demás aspectos de su vida, casi por completo ignorados dada la rareza con que aparecen. Cowley partió de Virginia en 1683 como piloto del capitán John Cook, a cuyas órdenes se encontraba Dampier y Wafer. En febrero de 1684 dio la vuelta al Cabo de Hornos y dirigió su ruta a la Isla de Juan Fernández, fuente de recursos por sus cabras silvestres y su buena pesca. Desde allí llevó el navío a las Islas Galápagos, una de las cuales fue bautizada con su nombre. Ricas en fauna marina y terrestre, en aves y en agua dulce, las Galápagos proporcionaron a los ingleses los recursos para continuar su viaje. Después de su separación de Davis, el capitán Swan, al mando ahora, atacó las costas del Perú y se apoderó de varias presas españolas. En marzo de 1685, los ingleses arribaron a Guam y, desde allí, Cowley visitó las Islas Filipinas, China y Java, desde donde regresó a Europa. Esta intervención en apariencia tan modesta del piloto Cowley tendría sin embargo unas consecuencias decisivas en el desarrollo de las acciones piráticas inglesas sobre las costas americanas del Pacífico (Dampier, 1710: 255-303).[2]

2 Ver "Le Voyage autor du Monde du Capt Cowley" (Dampier, 1710).

Mapas: saber y poder

Desde luego, el viaje de Cowley como piloto de Cook, de Davis y de Swam no fue la primera circunnavegación realizada por ingleses, pero su aporte decisivo se origina en el hecho de que el viajero realizó mapas bastante detallados de las islas del Pacífico que se encontraban frente a las costas de Chile y de Perú, en especial Juan Fernández y las Galápagos. Sin dudas, el viaje de Cowley proporcionó al público inglés una descripción detallada, con sus correspondientes mapas de acceso, a unas islas que durante el siglo XVIII pasarían a convertirse en bases principales de la navegación corsaria y pirática sobre el Pacífico y permitirían ampliar el frente de operaciones contra el tráfico español.

Algo más de un año después de comenzada la navegación de Cowley, en 1685, había aparecido en inglés el segundo tomo de la *History of the Bucaneers*, que contenía el *Diario* de Basil Ringrose sobre las aventuras del capitán Sharp. Como en el caso de Cowley, tampoco Ringrose había alcanzado ningún renombre particular como líder o piloto de los bucaneros: siempre desempeñó un papel más bien secundario o subordinado y solo permaneció alrededor de tres años en América, bajo el mando de diversos capitanes. Fue el *Diario* lo que atrajo sobre él la atención del público. Ese diario detallado, en el que no solo se describen las incidencias cotidianas y las operaciones de los bucaneros, sino también las poblaciones nativas con las que trató su autor, las playas que visitó, cartas de los puertos y bosquejos de las costas y los promontorios que avistó y descripciones de todos los objetos que atrajeron su interés (Stephen y Lee, 1968: 1196), respondía a una demanda social concreta de su país de informaciones sobre las tierras de ultramar y lo convirtió en un marino reconocido que pronto volvió a embarcarse en un nuevo viaje que le costaría la vida.

El *Diario* de Ringrose incluye un detallado croquis levantado sobre la zona del Istmo de Panamá, teatro de las operaciones

de Coxon y de Sharp, que no solo vendría a concitar la atención sobre las posibilidades de extender hacia el Pacífico el tráfico regular de los ingleses, sino también a excitar el deseo de emulación de otros aventureros por perfeccionar el mapa y proporcionar de este modo nuevos servicios a la causa de las navegaciones prohibidas en el Nuevo Mundo. No hay dudas de que Dampier pensaba en Ringrose al preparar su propio aporte al conocimiento cartográfico de la región, porque así lo señala explícitamente:

> Hay, entre otras, la carta del Istmo de América, un nuevo plano de la Bahía de Panamá y de las Islas circunvecinas, que algunos les parecerá superfluo, después del que ha publicado Mr. Ringrose, y que él presenta como el plano más exacto. No conozco en absoluto lo que dispondrán aquellos que también tendrán ocasión de examinar el que yo presento aquí, si es que lo encuentran más acorde a la naturaleza de esta Bahía, dado que es un extracto de una carta más grande que hice sobre diversos lugares de la Bahía misma. El Lector podrá juzgar si lo he realizado con éxito, por los diferentes viajes que he realizado en los alrededores de esta Bahía, de los cuales se habla en este libro, entre otras que he circunstanciado, en el capítulo VII, y que yo he marcado con el curso de una línea (Dampier, 1710: Prefacio) (Traducción del autor).

Este ejercicio de la cartografía como componente esencial de la literatura de viajes pasaría a dominar la producción de relatos bucaneros de las décadas de 1690 y 1700. Como ya se ha señalado, Dampier estuvo obsesionado por los diseños cartográficos: a los mapas del istmo que ilustraron su *New Voyage round the World* (unos veinte entre croquis, perfiles y perspectivas de costas, puertos e islas) se hace necesario agregar otros dos para el *Discourse of the Winds* y más de treinta para sus obras posteriores, incluido el *Viaje a*

Nueva Holanda con sus suplementos. El cirujano Wafer continuó por la misma senda: su *New Voyage and Descrptions of the Isthmus of América* se inicia con una notable "Carta del Istmo de Portobelo, costa del Istmo de América de Panamá y carta del Istmo de Darién y del Golfo de Panamá" que resume todos su recorridos con sus compañeros bucaneros primero, y con sus huéspedes indígenas después.

Es notable que la interacción entre aventura bucanera, experiencia personal, demanda social de conocimiento y empresa editorial se habían conjugado, ya para fines de 1690, en una forma consolidada de trayectoria hacia el ascenso social, y que las formas técnicas y materiales que la acompañaron –tipo de información, formas de publicación, inclusión de mapas– contribuyeron tanto a la difusión del conocimiento como al surgimiento de una especie de nuevo género literario.

Una naturaleza renovada

Esa interacción entre aventura bucanera, experiencia personal, demanda social de conocimiento y empresa editorial forma el núcleo original, también, de un nuevo tipo de saber surgido de las necesidades apremiantes que el mundo colonial imponía a quienes debían permanecer en él desprovistos de vínculos estables con las sociedades locales y de los recursos materiales que debían proceder de ellas. Mientras la colonización española había encontrado en la conquista militar y en la reducción a la servidumbre de los indígenas americanos una fuente permanente de recursos y mano de obra para sostenerse, ambos elementos resultaban penosamente escasos en las explotaciones de madera y en las plantaciones de azúcar: la esclavitud y la servidumbre subsanaban apenas esas carencias, pero el desafío de enfrentar a la monarquía española en América involucraba la adquisición de nuevas

estrategias para el control del medio, de los hombres y de los recursos naturales.

La abundancia de informes disponibles en el *Diario* de Ringrose quizás responda a necesidades de ese tipo. Lo cierto es que tanto Dampier como Wafer –que compartieron estrechamente las penurias de la expedición de Sharp– incluyen en sus obras un riguroso censo de indicaciones sobre el paisaje natural y humano en el que les tocó desenvolverse. Según Dampier, su interés en ese tipo de conocimientos no deriva tanto de las imperiosas necesidades de los escenarios periféricos como de su vocación para la descripción y la narración y de su propia condición de hombre práctico y experimentado, antes que de naturalista teórico.

> En verdad, a menudo he evitado referirme a cuestiones marinas, en favor de los términos que podían resultar desconocidos o parecer chocantes, y es una cosa que las gentes del oficio tendrán a bien perdonarme. Con todo esto, los primeros encontrarán que quizá no he tenido para con ellos la suficiente complacencia, dado que no me he cuidado de mantener la mayoría de los términos marinos. Reconozco que no he sido en este punto lo suficientemente escrupuloso ni con los unos ni con los otros, dando por descontado que sí he hablado inteligiblemente, sin importar cuál fuera la manera en que me expreso. Es por esta razón que no me he ocupado demasiado cuidadosamente por la manera de decir los nombres de los lugares, de las plantas, de los animales, etc., que los viajeros imponen a su antojo en estos países distantes, y siguiendo sus caprichos. Yo no me he basado demasiado en los nombres que les han sido impuestos por los autores famosos, a los cuales no me he tomado el trabajo de buscar. Escribo para mis compatriotas; en consecuencia, he debido servirme de los nombres que son familiares a nuestros marineros ingleses, y a los que tenemos en las colonias de los países extranjeros, sin descuidar tampoco los otros que se presentan. Y ocurre que yo he

> dado los nombres y las descripciones que he podido. Dejo aquí, para aquellos que gozan de mayor recreo y comodidad que yo, el esfuerzo de comparar las cosas de las cuales hablo con las de los otros autores de los que se hace mención. (Dampier, 1710: Prefacio) (Traducción del autor)

Pese a estos alegados descuidos, el *Discourse of the Winds* con que Dampier complementó sus dos primeros libros de viajes de 1697 y 1699 se sigue considerando todavía la más seria, completa y detallada de las obras precientíficas sobre el tema.

En su viaje oficial de exploración a Nueva Holanda, las descripciones de especies animales y vegetales adquieren un detalle mucho mayor que en las correrías que se relatan en sus dos primeras obras, en atención a sus declarados objetivos científicos y geográficos: hierbas y mamíferos marinos, peces, insectos y crustáceos son objeto de gran interés para los expedicionarios, interés que se refleja materialmente en la preparación de minuciosos grabados, como así también en la representación de aspectos geográficos y topográficos. Con las notas de su segundo viaje, Dampier publicó en 1703 su *Voyage to New Holland*, donde describía sus últimas exploraciones y daba a conocer el gran número de grabados de plantas, peces, aves, animales, costas, accidentes geográficos y cadenas montañosas que había relevado (Stephen y Lee, 1968: 452-457).

Es tan notable la seriedad con que Dampier intenta sostener su esbozos de una indagación de la naturaleza que incluso ensaya una disculpa para las posibles lagunas de información y desconocimiento que reconoce en su relato sobre la Nueva Holanda:

> Por otra parte, he contado esta vez desde un principio con un hombre entendido en el diseño, lo cual me faltó en otros viajes, de suerte tal que me encuentro, para satisfacción de los curiosos, en estado de presentar la forma de los pájaros, de

> las bestias, de los peces y de las plantas más notables, respecto de los cuales digo algunas cosas. A la vista de estos últimos, hubo muchos que no he descrito, y a los cuales me contento con proporcionar al público bien grabados, dado que me son desconocidos y nada puedo decir que no sea que se los encuentra en tal o cual país en particular. Para las plantas de especias, me he puesto en manos del sabio Dr. Woodward. De hecho, podría haber grabado una gran cantidad de otras plantas, pero he querido imitar a aquellos que difieren más en la configuración de sus principales partes con todos los que se ven en Europa. Tengo también diversos pájaros y peces bien definidos, pero no los he podido incluir en este volumen dado que mi relación no se extiende hasta esos países donde se los encuentra: reducido a equiparme para este viaje antes de lo que hubiera querido, me ha sido imposible llevarlo más allá que hasta mi partida de las costas de Nueva Holanda (Dampier: 1710: Prefacio) (Traducción del autor).

Es notable que esta relación entre experiencia descubridora, narración literaria y público lector extenso no se haya desarrollado en España durante su etapa de potencia ultramarina y colonial, por lo menos durante los siglos XVI y XVII: de hecho no se desarrolló en ella una genuina literatura de viajes semejante a la que comenzaron a desarrollar Dampier y sus compañeros. Desde las cartas y papeles del almirante Colón –cuya pérdida fue en alguna medida subsanada por las intervenciones de Pedro Mártir de Anglería y Bartolomé de las Casas con la reproducción de ciertos materiales contenidos en ellos (Cro, 2004: 7-76)– y hasta mucho después de la creación del cargo de cronista mayor de Indias, la *monarquía española* trató las expediciones y descubrimientos en sus posesiones de ultramar con el más estricto secreto, secreto que era violado una y otra vez por la aparición de viajeros o marinos no españoles que hacían cotizar sus informes en el mercado de impresos europeos (Bourguet, 1995: 265-318).

A diferencia de lo ocurrido con la dinámica socio-cultural del saber ultramarino alcanzado por España, la velocidad con que se publicaron en Inglaterra los relatos de Ringrose, Dampier, Waffer, Sharpe y Cowley –rapidez motivada por una atracción considerada como fuente de reconocimiento y fortuna– respondía a la demanda instalada no solo de los informes sobre riquezas y mercados ultramarinos que resultaría de ingente utilidad, sino también de descubrimientos "científicos" –particularmente, vegetales– de los que podían resultar nuevas formas de acceso a la exploración de géneros de comercio y de rubros de consumo.

Es posible entonces situar en torno a finales del siglo XVII esta "coda" en la literatura de viajes europeos, sus motivos y sus contenidos. Aunque el interés científico que diferenció las exploraciones iniciales de los europeos durante los siglos XV y XVII, de las grandes expediciones de naturalistas y geógrafos que se organizaron para los viajes del siglo XVIII (Bitterli, 1982: cap. I) no fueron por cierto desinteresadas, parece claro que el punto de inflexión que marcó el cambio de la tendencia puede encontrarse cerca de la edición de los viajes del bucanero Dampier y de sus compañeros.

Conclusiones: un proyecto bucanero

El auge de los relatos de bucaneros de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII tuvo un reflejo inmediato en los de los que no eran de bucaneros. Así se explica la aparición de *A General History of the Pyrates* (1724), atribuida en ocasiones a Daniel Defoe (1660-1730), una especie de gran catálogo de capitanes, tripulaciones y aventuras, a la que su autor dio inicio, con un criterio periodístico muy actual, describiendo la piratería en los términos de una nueva potencia político-militar internacional y atrayendo el interés de su público por el reciente origen de su sorprendente poderío:

> Como los piratas de las Indias Occidentales han sido tan formidables y numerosos que han interrumpido el comercio de Europa en aquellas partes, y nuestros comerciantes ingleses, en particular, han sufrido más por sus depredaciones que por la fuerza unida de Francia y de España en la última guerra (la de la Sucesión Española) no tenemos duda alguna de que todo el mundo tendrá curiosidad de conocer el origen y progreso de estos depredadores, que fueron el terror del comercio en esa parte del mundo (Defoe, 1999 [1724]: 26).

La circulación de las noticias sobre las empresas de los bucaneros tuvieron repercusiones que transcendieron mucho la publicidad realizada por polígrafos como Defoe o alguno de sus epígonos. El 3 de junio de 1695, durante la guerra entre Luis XIV y la Liga de Augsburgo (1688-1697) –que alineaba, excepcionalmente, a Holanda e Inglaterra junto a España– una armada compuesta por seis navíos de guerra franceses partió de El Havre al mando del señor de Gennes, con más de setecientos hombres y ciento veinte piezas de artillería con el objetivo de explorar las principales bases europeas para la navegación del Atlántico –las portuguesas de África y Brasil y la propia Cayena francesa en América del Sur– e intentar el cruce del Estrecho de Magallanes, en busca de las costas peruanas y centroamericanas sobre el Pacífico. Se trataba de una incursión militar, pero también científica, dado que el cronista de la expedición, que dice llamarse Froger y haber participado de la misma con apenas diecinueve años, incorporó a su obra más de treinta mapas y granados sobre peces, plantas, animales instituciones y costumbres de los pueblos de África y de América que llegó a visitar (Froger, 1715).

Si algo puede decirse de la edición del viaje de Gennes hecha por Froger es que se presenta como una especie de adaptación francesa de los libros de viajes de Dampier y de sus compañeros, en particular por la profusión y el esmerado detalle de sus imágenes. De hecho, los ingleses la tradujeron

a su lengua y la incorporaron al elenco de relatos de viajes ultramarinos hechos por bucaneros que florecieron en torno a ese año de 1699 (Froger, 1698). Lo notable del emprendimiento es que, además de su resultado en esta forma de pequeño libro de viajes de cuño bucanero, Froger informa con detalle qué fue lo que llevó a su señor de Gennes a realizar el intento de cruzar el Estrecho de Magallanes

Aunque el intento fracasó y los expedicionarios volvieron a su país el 21 de abril de 1697 sin haber podido hostigar los puertos españoles de Perú, México y Centroamérica, Froger se permite una revelación atrevida: según explica, el proyecto de su capitán, el señor de Gennes, habría sido inspirado por bucaneros ingleses deseosos de resarcirse de pérdidas suscitadas en viajes anteriores:

> Hacia el año 1686, algunos Filibusteros de la Isla de Santo Domingo... después de haber batido muchos años las costas de Caracas, Nueva España y Cuba, sin haber logrado ninguna fortuna, se resolvieron a pasar a las del Mar del Sur, que sabían que eran más ricas y menos fortificadas... El pasaje del Estrecho de Magallanes les pareció más seguro, entraron en número de cuatrocientos veinte hombres en la Mar del Sur... se retiraron a distancia hasta algunas islas donde dedicaron su tiempo a la caza y a la pesca y después de haber consumido sus víveres allí, volvieron a la costa.
>
> Luego de haber llevado esta vida funesta por espacio de siete años, resolvieron algunos regresar a la patria, volviendo a pasar al Mar del Norte, se reunieron a tal efecto en la Isla Fernando (¿Juan Fernández?) donde repartieron su botín... Ante la resolución de regresar, veintitrés de ellos a quienes el azar del juego había hecho perder lo que durante todo ese tiempo habían ganado, se quedaron en esta Isla con una piragua... resueltos a perecer o a volver a ganar al menos lo que tenían... y en fin, resultó que volverían mucho más ricos que los otros sino hubiesen perdido esos bastimentos en el

> Estrecho de Magallanes... pero hubo entre ellos cuatro o cinco que, no pudiendo conformarse con tan poca cosa, resolvieron hacer un segundo viaje, y a tal efecto pasaron a Francia con buenas memorias. Uno de ellos, nombrado Marcety, se dirigió a Monsieur de Gennes del que sabía que era muy emprendedor. Monsieur de Gennes escuchó su proyecto y fue a París a volver a presentar las consecuencias a la Corte, y ofreciéndole a ejecutarlo él mismo, lo que se aceptó realizar (Froger, 1715: 108-113).

Aunque las noticias aportadas por Froger parecen derivar de una confusa mezcla de las empresas de Bartholomew Sharp y Edward Davies, lo cierto es que su trasfondo concreto de conocimiento empírico y estratégico es innegable: los bucaneros disconformes de su botín llegan a la Francia enemiga de España en busca de resarcimiento y proponen atacar el tráfico sobre el Pacífico, tal como habían aprendido a hacerlo desde 1680. Tan verosímil es la inspiración bucanera de la empresa del señor de Gennes que, como se ha visto, los editores ingleses publicaron la traducción del francés no bien apareció la obra.

Otro agudo conocedor de su época, Jonathan Swift (1667-1745), fue también uno de los más minuciosos lectores de los viajes de Dampier y escribió, inspirándose en ellos, sus *Viajes de Gulliver* (Swift, 1986 [1726]). Así, la vida y los viajes del ficticio capitán Lemuel Gulliver remedan los de su inspirador real: como Dampier, también Gulliver realizó cuatro viajes "a diversas partes del mundo"; al igual que Dampier, también Gulliver afecta la modestia y la sencillez de un hombre de mar poco preparado para empresas literarias; en 1699, Gulliver se embarca en su primer viaje en el *Antílope*, uno de los navíos que Dampier dice haber avistado para esa fecha cerca del Cabo de la Buena Esperanza; ambos marinos tienen sus aventuras y realizan sus descubrimientos yendo y viniendo del Índico al Pacífico, surcando las rutas de la

Compañía Inglesa de Indias Occidentales; ambos se horrorizan por igual de la pobreza y la bestialidad de los nativos, Dampier de la de los aborígenes australianos, Gulliver de la de los horribles *yahoos* del País de los *Houyhnhnms*.[3] Las repeticiones e interacciones entre ambos textos repican una y otra vez en muchos párrafos de los *Viajes de Gulliver*. Por ejemplo, en el prefacio de su *Voyage to New Holland*, anota Dampier respondiendo a quienes lo censuran:

> Algunos otros me han acusado de haber saqueado los diarios de algunos viajeros, de no haber escrito por mí mismo lo que he dado al público. Respecto del primer punto, me atrevo a asegurar que no he tomado nada de lo que se dice sin haber mencionado el nombre de las pocas relaciones y observaciones que he tomado de boca de ciertas personas que no han querido ser nombradas. Por otra parte, siempre he distinguido estos contenidos de lo que atribuyo a mi propia autoría. Por lo que respecta al otro punto, siempre he estado lejos de creer que un hombre de mi profesión se perjudique por tener estos escritos revisados y corregidos por personas entendidas, puesto que mi vanidad proviene sobre todo del hecho de que los más ilustres escritores no han tenido vergüenza de confesar lo mismo y de reconocerlo como una gran ventaja (Dampier, 1710: Prefacio) (Traducción del autor).

Y Gulliver, por su parte, en la carta que le dirige a su supuesto primo y editor, Richard Sympson, escribe:

> Espero que estaréis preparado para exponer públicamente, toda vez que seáis llamado a hacerlo, que fue vuestra grande y frecuente urgencia la que prevaleció sobre mí para que publicara un muy apresurado e incorrecto relato de mis viajes,

3 Swift, Jonathan, "Viaje a Liliput", notas 7 y 8 del cap. I; "Viaje a Brobdingnag", nota 15 del cap. I; "Viaje a los Houyhnhnms", nota 15 del cap. 1, en *Gulliver's Travels* (1986 [1726]).

> con la indicación de alquilar a algún joven de alguna Universidad para ponerlo en orden y corregir el estilo, tal como mi primo Dampier lo hizo por mi propia advertencia con su libro llamado *Un Viaje alrededor del Mundo*.[4]

Ambos capitanes probaron los beneficios del renombre de sus viajes y los dos ascendieron gradualmente en sus respectivas carreras: Dampier, convertido en el piloto del más exitoso de los corsarios, luego de haberse hecho célebre como viajero y capitán del *Roebuck* en su viaje a Nueva Holanda; Gulliver, como próspero hacendado de Radriff, donde se convirtió en el vecino más respetado por su veracidad.[5] La fluidez social y cultural de la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII ha dejado sus huellas no solo en los procesos históricos que determinaron su papel económico y político en el desarrollo posterior de las sociedades industriales, sino también en la producción de textos literarios y, lo que quizás sea más importante, en la fecunda multiplicación de sus lecturas, apropiaciones y variaciones. Las aventuras de un merodeador echado al mar se convirtieron, a partir de demandas materiales e ideológicas de su sociedad y de las posibilidades de la difusión, primero en un relato de viajes, después en un texto de geografía y de historia natural, finalmente en una fuente de información estratégica para otros aventureros o empresarios de comercio y, por último, en un verdadero género literario con algunas reglas comunes, que hicieron posible su ridiculización y su denuncia.

---

4 Swift, Jonathan, "A Letter from Capt. Gulliver to his Cousin Sympson", en *Gulliver's Travels*, p. XXXV. Traducción del autor.

5 Swift, Jonathan, "The Publisher to the Reader", en *Gulliver's Travels*, p. XL.

Segunda parte
Reflexión

Filippo Sassetti y el Renacimiento en la India

María Juliana Gandini

Mirarse al espejo: los antiguos, la otredad geográfica y el Renacimiento

Si tuviéramos que elegir una experiencia que caracterizara a la primera Modernidad europea esta sería, sin duda, la expansión. El horizonte del mundo europeo desde fines del siglo XIV no deja de ampliarse en el espacio, gracias a los viajes de ultramar inaugurados por españoles y portugueses y, en el tiempo, a través de la recuperación plena del legado cultura clásico. Las dramáticas consecuencias de ambas expansiones, una geográfica, la otra cultural, cambiarán tanto a los propios europeos como al mundo en el que inscriben su expansión, aproximándolos a realidades e ideas que apenas habrían podido imaginar un par de decenas de años antes.

Así, la expansión europea a través de los océanos, prologada por las primeras exploraciones sobre las islas Canarias, Azores y Madeira desde fines del siglo XIV,[1] había sido posible

1 La incorporación al espacio europeo de las islas Azores, Madeira y Canarias (descubiertas o redescubiertas durante el siglo XIV), supuso un primer ensayo de las posibilidades efectivas de la reproducción de las condiciones de vida europeas fuera de los límites del continente. Véase, Alfred, W., (1988: cap IV). Pero, por sobre todo, ofrecieron a los europeos una primera oportunidad, cronológicamente

gracias a que Europa contaba con una muy sólida "tradición del viajar" que, conformada desde la Antigüedad, dotó a los europeos tanto del utillaje material como del mental por los cuales lograron hacer de los traslados por rutas y destinos desconocidos una posibilidad concreta y factible de éxito social, económico y aun cultural. Junto a la tradición naviera híbrida, que conjugaba los aportes de la navegación del Mar del Norte y del Mar Mediterráneo (Parry, 1989) y a los patrones móviles de asentamiento y expansión de su población (Jones, 1990), los europeos cuentan con una muy vigorosa tradición cultural sobre el viaje, traducida en numerosos discursos (religiosos, políticos, literarios) que justifican, amplían e incentivan las prácticas concretas del viajar. Baste decir que los propios orígenes de la literatura occidental están ligados a relatos de viaje, tanto si nos referimos a los naufragios de Odiseo dentro del mundo griego, como al viaje fundador de Eneas y su tripulación en el mundo latino.

Ya instalada la primera modernidad europea, encontramos una auténtica explosión de discursos sobre el viaje, que acompaña el notable *crescendo* de la importancia del viajar en este contexto. Esta no solo está ligada a su atractivo como vía de movilidad social, a nivel individual, o de acrecentamiento del poder, a nivel político, sino que también se relaciona con un fenómeno constitutivo de lo que lentamente se irá gestando como una identidad europeo-occidental moderna:[2] la aguda

---

contemporánea a la génesis del humanismo, de reflexionar sobre la aparición de una nueva humanidad, encarnada en los habitantes nativos de las islas. Véase Abufalia, David (2009, Segunda parte, "Horizontes orientales: los pueblos, las islas y las costas del Atlántico Oriental").

2 Si bien Peter Burke se siente más próximo a considerar al Renacimiento como período como un fenómeno postmedieval y no moderno, oponiéndose a la tradición interpretativa del mismo fundada por Jacob Burckhardt en *Die Kultur de Renaissanse in Italien* (1860), hay edición en español (1979), admite que se trata de un "cúmulo de cambios acaecidos en la cultura occidental" inscriptos en una "secuencia de cambios conectados entre el año 1000 (aproximadamente) y el 1800 [que] bien podrían describirse como la 'occidentalización de Occidente', en el sentido que hicieron que, por lo menos las clases altas europeas, se diferenciasen cada vez más de las de los otros pueblos" en Burke, Peter (1999: 14 y 100).

conciencia de la alteridad. Europa, o al menos sus clases dominantes y letradas, a partir ya del siglo XIV, chocan constantemente con el problema de los otros, sean estos las "nuevas" humanidades que los viajes de ultramar colocan ante ellos de manera inédita en la historia, o los antiguos griegos y latinos, asumidos por vez primera como una "otredad histórica", distintos en sus experiencias estéticas, políticas, religiosas, morales y filosóficas a la identidad cristiana que se había constituido, muchas veces de manera excluyente, como aglutinante de lo que se consideró "europeo" (Abufalia, 2009: 29).

Creemos que tanto la aparición de lo que se consideró "nuevas humanidades" ante los ojos de los europeos de la primera modernidad, como la toma de conciencia de la distancia histórica que los separaba de los antiguos clásicos, colocan esta aguda percepción de la alteridad en el centro del primer programa de largo aliento intelectual propiamente moderno: el humanismo renacentista. Más allá de los innegables y fuertes vínculos que el humanismo tiene con movimientos intelectuales y configuraciones académico-sociales propias del medioevo (Kristeller, 1982: 2da. parte), nos interesa resaltar que su perspectiva moderna viene de la mano de esta consideración de los "otros" tanto frente como dentro de la conciencia europea. La perspectiva histórica que se alumbra al separar al mundo clásico del presente y de su identidad cristiana y el choque con culturas hasta entonces ni siquiera imaginadas y que mostraban rasgos radicalmente distintos al tipo de vida que los europeos conocían (culturas paleolíticas o neolíticas que creyeron salidas de la "edad de oro" o viviendo en una inocencia prístina; sociedades estatales que desconocían la escritura tal y como la practicaban en Europa pero que eran capaces de movilizar ingentes cantidades de hombres y recursos o practicar ritos como la antropofagia ritual) se tradujeron en una reflexión continua respecto de la propia identidad europea tan jaqueada como abonada por la presencia de esos otros.

Esta reflexión sobre qué rasgos definen al hombre europeo moderno comienza poco tiempo antes de que la impresionante carrera de ultramar fuera lanzada. La primera expansión europea es así, de índole intelectual: se lanza a una recuperación más plena de su historia a través del humanismo renacentista, que tuvo por principal objetivo lograr un *Nachleben der Antike*. Es este un concepto recogido por el eruditísimo historiador del arte Aby Warburg (1866-1929) quien en sus numerosos y exhaustivos ensayos sobre el arte y la astrología del Renacimiento en Italia, Flandes y Alemania, desarrolló un importantísimo marco teórico referido a las formas en las cuales la Antigüedad pagana "resucita" en las creaciones artísticas temprano modernas. En él, resalta las difíciles conciliaciones, luchas y tensiones que la coexistencia de dos horizontes culturales en pugna (el cristiano y el pagano) desencadenaban sobre las elecciones estéticas, filosóficas y morales de los individuos a los que se aproximaba en sus estudios. La traducción del concepto es propiamente "supervivencia de lo antiguo", destacándose así que para Warburg la centralidad del Renacimiento se ubicaba en esta resurrección íntegra de la Antigüedad pagana, que reaparece completa y perturbadora ante las necesidades de una sociedad europea que él entiende, se vuelca una vez más a la vida emotiva y pública que supo conocer en el mundo antiguo griego y latino.[3] A través de esta vuelta a la vida de los antiguos clásicos, se articula una expansión temporal del horizonte europeo que solo será comparable a la expansión geográfica de los viajes a ultramar.

Este movimiento, que podemos ubicar a partir de la generación de Petrarca, se gesta inicialmente en las intranquilas ciudades italianas tardomedievales, para pasar luego, ya durante el siglo XVI, a la Europa de las primeras monarquías modernas. El rasgo que consideramos definitorio de

3 Warburg, Aby, (1966). Hay traducción castellana de Pereda, Felipe (ed.), (2005).

este nuevo programa cultural lo encontramos en esta recuperación específica de la tradición clásica,[4] basada en la percepción crítica de su especificidad histórica, axiológica y estética. Así, los antiguos clásicos son abordados sin mediaciones cristianas, en una "vuelta a la vida" posible gracias a la expurgación de sus monumentos literarios, práctica que reubicó a los Antiguos griegos y latinos en sus coordenadas históricas específicas y, por tanto, como ajenos a las perspectivas propias del mundo cristiano.

Dos son las ideas maestras que operan como supuestos tras este auténtico cambio cultural: la *restauratio* y su contracara, la *renovatio*. Recuperar los textos clásicos de los errores de lo que prontamente será considerado por los humanistas un mal latín, redescubrir autores u obras olvidados, traer de vuelta la enseñanza del griego a Europa era avanzar en un conocimiento positivo y necesario para encarar lo nuevo y renovar al mundo. Restaurar lo antiguo fue para el Humanismo una apuesta al futuro, a un mayor saber y a una mayor humanidad.[5] Solo restituyendo a los clásicos, solo resucitándolos en su forma plena, los hombres y el mundo se harían mejores, más puros, más sabios (Rico, 1993: 18).

¿Qué hubo detrás de esta específica reapropiación de los clásicos, diferente de experiencias de recuperación anteriores?[6] No es que la Edad Media los haya desconocido o ignorado; por el contrario, muchos de sus autores eran tomados como *auctoritas*, fuentes respetadas, citadas y cuyo conocimiento era imprescindible para el letrado. Pero la

---

4 "Los estudios clásicos tuvieron en el Renacimiento un lugar más central en la civilización de aquel período, estando unidos de un modo más íntimo con otras tendencias y logros intelectuales que en cualquier otro período de la historia de Europa Occidental, sea anterior o posterior" en Kristeller, Paul (1982: 37).

5 Garín, Eugenio (1984a: 31-71). El artículo fue publicado por primera vez en Garín, Eugenio, *Rinascite e Rivoluzioni. Movimenti culturali dal XIV a XVII seculo.* Bari, Laterza, 1976, pp. 3-38.

6 Pensemos por ejemplo, en el "Renacimiento" carolingio del siglo X o en la apropiación de Tomás de Aquino de las obras de Aristóteles.

crucial diferencia de esta recuperación de los Antiguos a manos de los primeros modernos, es que estos son considerados como hombres que, aunque modelos y ejemplares, eran ajenos a su mundo. Lo novedoso fue considerarlos en las coordenadas históricas propias del mundo antiguo, las cuales son entendidas como irreproducibles (Rico, 1993: 124). El delicado trabajo de lectura, crítica filológica y traducción al que los humanistas sometían a los autores antiguos implicó una profunda revalorización de lo específico y particular de los autores y de lo que ahora nosotros denominamos su contexto de producción.[7] La búsqueda incesante de nuevos y desconocidos manuscritos antiguos y la expurgación sistemática de los textos que habían cruzado el Medioevo reflejan puntos de interés novedosos en el estudio de las obras, en donde el estilo del autor, su huella personal e inconfundible, se establece como nuevo punto de referencia para organizar el edificio de la cultura letrada temprano moderna.

Bajo esta nueva luz, ya no era posible "cristianizar" a los clásicos, ni considerarlos exclusivamente en relación a la Revelación: el Renacimiento se construye a partir de considerar la experiencia antigua como irrepetible, particular y relativa, sujeta a sus propias leyes estilísticas, sociales y axiológicas. De allí la necesidad de restaurar ese legado, ya que solo por esta vía los Antiguos podrían aportarles a los hombres de comienzos de la Modernidad los cimientos para construir un nuevo tipo de saber que les permitiera apropiarse y comprender el mundo cambiante que se abría ante sus ojos.

---

7 "La idea de un saber definitivo encerrado en textos canónicos que deben descubrirse tras paciente estudio queda sustituida por una asunción de procesos de investigación, de integración y también de reordenamiento radical, a través de las remisión a las fuentes vivas de todo libro escrito, a los libros vivos: la naturaleza y la experiencia física, la conciencia y la experiencia humana, histórica", en Garín, Eugenio (1984b: 239). El artículo se publicó originalmente en Garín, Eugenio, *L'eta nuova. Richerche di storia della cultura dal XII al XVI seculo.* Nápoles, Morano, 1969, pp. 237-260.

¿Qué ocurría en ese mundo que hacía tan atractiva la recuperación del mundo clásico en estos términos? A nivel de las estructuras económicas y sociales, a partir del siglo XIV se produjo una profunda transformación del feudalismo europeo, transformación que concluirá recién a fines del siglo XVIII (Kriedte, 1994: cap. I; Wallerstein, 1987). Quienes vivieron estos cambios y, más aún, quienes debían su existencia a esta larga transición feudal, necesitaban nuevas ideas que explicaran las novedades que se les presentaban, nuevas fuentes que, desde la cultura letrada, justificaran y a la vez guiaran su acción en nuevos marcos políticos y sociales, respuestas que un mundo feudal y cristiano tradicional no podía dar. La mirada se volvió hacia un pasado remoto que se consideró modelo: el mundo clásico, latino y griego, debía por ello ser recuperado.

Pero, paradójicamente, este acercamiento a los Antiguos, restituidos en su verdad histórica y vital, implicó para quienes los recuperaban desde la Modernidad temprana, la conciencia aguda y dolorosa de la distancia que se extendía entre ambos polos. Al recuperar las coordenadas propias del mundo antiguo y al abordarlo como una unidad ajena al cristianismo, los autores clásicos se convirtieron en una otredad. El pasado pagano clásico fue percibido de forma autónoma e independiente de la identidad cristiana que Europa había construido a lo largo de un milenio. Aquellos europeos que entraron en contacto con este doble horizonte, que conjuga tanto la identificación como el alejamiento de los clásicos, terminaron experimentando la otredad en el seno mismo de lo que constituía su identidad. La presencia de los Antiguos, estos "otros" tan venerables, elegantes y sabios como paganos, constituye un fenómeno clave para comprender la dinámica cultural que se abre en el Renacimiento: quienes se asoman a este horizonte cultural clásico restituido no pueden más que construirse agonalmente como sujetos dobles o bifrontes, en un equilibrio

siempre precario entre la identidad cristiana y las múltiples posibilidades que el horizonte antiguo restituido les ofrece (Burucúa, 2003: 14).

La conciliación entre el horizonte cristiano y el clásico-pagano no fue sencilla. Si bien al abordar a los Antiguos por fuera de la cosmovisión cristiana, los primeros modernos pudieron entender y acercarse a su especificidad histórica y cultural y por ello hacerse con una masa crítica de conocimientos como no tenía par en su época, esto tuvo un costo. De esta tensión constante, derivada de una identificación positiva y negativa a la vez, surgen los logros más altos de la cultura de la primera Modernidad, forjada al calor de las tensiones culturales que se hacían carne en estos verdaderos hombres bifrontes que poblaron el Renacimiento: paganos y cristianos a la vez, buscando precarios equilibrios entre el goce de la vida, a la manera antigua, y las consideraciones en torno a la salvación del alma y el peligro del mundo propios del cristianismo.

Los humanistas, nigromantes y viajeros

¿Cómo era posible traer a los Antiguos de vuelta a la vida? Intervenía allí la labor de un nuevo grupo de intelectuales que, gracias a sus estudios centrados en las lenguas clásicas, la retórica y la poesía, estaban en condiciones de realizar una "nigromancia erudita" a fin de resucitarlos. La Antigüedad y sus autores eran casi exclusivamente accesibles a través de sus textos, escritos en griego y latín, por ello era preciso tener las habilidades filológicas necesarias para leerlos, reconocerlos, corregirlos, interpretarlos, traducirlos y, además, reescribirlos (Rico, 1993: 38-39). Los humanistas, los instruidos e instructores en lenguas clásicas y en las "letras humanas" o "bellas letras", serán quienes realicen los procedimientos requeridos sobre los textos del mundo

antiguo para permitir la resurrección de sus autores. Así, la filología del humanismo "precisamente por ser restauración de lo antiguo, fue a su vez intelección de lo antiguo como algo distinto de nosotros, amorosamente reconstruido, pero justamente por eso ya no más confundido con nosotros" (Castellán, 1985: 130).

El núcleo del saber humanista estaba constituido por el problema de la lengua y el discurso. Estos problemas se plasmaron en un conjunto de saberes denominados ya en su época *studia humanitatis*.[8] Bajo este rótulo, quedó organizado un conjunto de disciplinas que conforman la currícula educativa de las elites europeas. Abarcaba Retórica, Gramática, Poética, Filosofía moral e Historia, es decir, aquellas disciplinas que durante la Edad Media fueron consideradas solo propedéuticas y iniciación en estudios superiores y más serios. Pero además, los *studia humanitatis* proponían una forma original de acercarse a los textos y a sus autores basada en la frecuentación directa de los textos clásicos (Kristeller, 1980: vol. 2). Los humanistas proponían una reflexión constante sobre el texto en su idioma original, sometido ahora a un tipo de lectura, en la que un lector-editor selecciona pasajes, los reescribe, los medita y los aplica desde su individualidad.

La aparición de estos intelectuales, por fuera de las filas de la Iglesia y asociados a las ciudades y sus gobiernos nos da la pauta de las necesidades concretas detrás de este recurrir a fuentes alternativas que las dadas por el orden feudal. Así, esta vertiente filológica no agota al movimiento humanista que se plantea en sus "manifiestos" como una forma revolucionaria y radicalmente nueva de abordar los

8 Kristeller, Paul O. (1980: vol. 2). Ya Cicerón en el siglo I a. C. había definido la educación que debía tener un orador bajo el nombre de *humanitas,* con la que pretendía unir las tradiciones culturales griegas con las latinas en un programa educativo basado en las letras.

problemas éticos, estilísticos, legales, políticos o estéticos,[9] en pugna con las tradiciones y las directivas de las instituciones feudales, fundadas en esta recuperación "auténtica" de aquellos insuperables maestros que fueron los Antiguos. Los avatares que el Humanismo sufre primero en Italia y luego en Europa (las guerras incesantes, la consolidación de los poderes estatales, el cisma de la cristiandad, la colonización brutal de los espacios ultramarinos) mostrarán rápidamente el fracaso de su esperanza de reforma política o social.[10]

Ya que la presencia de los Antiguos se daba fundamentalmente a través de los textos, fueron ellos los medios a través de los cuales el intelectual humanista buscará apropiarse y comprender los fenómenos que aparecen ante sus ojos. El texto, ya sea antiguo o moderno, se constituirá en el gran dispositivo de conocimiento que el Humanismo emplea en este primer programa intelectual de la Modernidad. Es el texto el que le brinda los procedimientos y los contenidos necesarios para que haga suyo un mundo que no deja de expandirse geográfica e ideológicamente.

Esta relación texto-realidad es uno de los ejes fundamentales del Humanismo. En ella, el texto funciona como el mecanismo privilegiado de aprehensión de lo real.

---

9 "Puestos nuevamente en circulación, liberados de sus seculares 'prisiones', los vemos dar vida a un mito que define el programa y la imagen de una época entera: el magisterio inconsumado de los antiguos que retornan a guiar a la nueva sociedad y al nuevo saber", en Dotti, Ugo (1992). (Traducción del cap. II de María José Schamun; Ficha de cátedra-OPFyL, p. 12).

10 "Un movimiento que en principio parecía subversivo (...) se convirtió, más o menos en el año 1500, en parte del *establishment*. Fue institucionalizado, rutinizado, incorporado a la tradición", en Burke, Peter (1999: 47-48). Si bien Burke se refiere aquí a la cronología italiana, lo cierto es que el Humanismo que cruza los Alpes y conquista a Europa a partir de entonces ya es considerado como la "educación del príncipe" y si bien reviste en sus primeros tiempos esta condición de revuelta cultural que caracterizó su aparición en el contexto italiano, careció de los fuertes vínculos civiles y políticos que el humanismo tuvo en el contexto de las ciudades-Estado italianas del *Trecento* y del *Quattrocento*. Sobre ello, véase Garín, Eugenio (1984c). La edición original de este capítulo se encuentra en Garín, Eugenio (1965: 1-32).

Guiados por el magisterio textual de los Antiguos, los primeros intelectuales modernos pudieron entender y operar en un mundo lleno de novedades y en el que el choque constante con los otros requería modelos de explicación alejados de la tradición cristiana-feudal. A la vez, una forma de apropiación más completa de lo real se da a través de su conversión en texto. El paradigma de conocimiento del comienzo de la Modernidad fue así "libresco", ya que la posibilidad efectiva de conocer estaba indisolublemente ligada a la traducción, la lectura, la puesta en relación y la producción de textos.

La conciencia de la compleja relación que los primeros modernos establecen con el mundo clásico entendido como otredad histórica, dijimos, coloca el problema de la identidad en el centro de las preocupaciones del Humanismo renacentista. Solo en esta "escuela de lo ajeno" que implicaba tomar a los clásicos como otros, pudieron los europeos "entrenarse y aprender la manera de hacer suyas las experiencias inéditas, radicalmente novedosas, que los asombraban a cada paso, a cada legua recorrida en el *espacio, a cada momento explorado en ambos sentidos del tiempo*" (Burucúa, 2003: 17). Reencontrarse con la Antigüedad fue necesario para afrontar la expansión inédita que sufrió, geográfica y materialmente, el mundo europeo de la primera Modernidad ya que, a partir de los viajes de Colón, aparecerá ante los europeos una alteridad aún más radical que la que constituyeron griegos y romanos: la de los "nuevos paganos", los habitantes nativos del recién descubierto continente americano, una humanidad que parecía haber quedado al margen de la revelación cristiana, al punto de que no serían pocos los europeos que consideraran que se encontraban, de hecho, con naturales del Edén antes de la caída. No es posible minimizar el impacto cultural (además de político y económico, claro) que tuvo para los europeos el encuentro con las humanidades

nativas de América,[11] y cómo prontamente los europeos entienden que las posibilidades de conocimiento y dominio que de ello se desprendían, eran situaciones inéditas en la historia. La apropiación del Nuevo Mundo sería vista como una experiencia exclusiva de los hombres modernos, en la cual, si bien los antiguos clásicos eran guías o antecedentes, brindando modelos para aproximarse a la alteridad, no podían disputar a sus alumnos a la distancia el lugar de autoridades en lo que tocaba a este nuevo mundo descubierto.

Esta compleja relación entre los europeos y los "otros", sean históricos, sean geográficos, tuvo su corolario, como indicamos, en la explosión de la narrativa sobre viajes[12] que se registra a partir del siglo XV. El problema de la identidad europea temprano moderna, reconstruida en torno a la recuperación de griegos y latinos y la continuidad de sus

11 "Aquel fue el momento en que los europeos se relacionaron por vez primera con pueblos atlánticos de quienes antes habían estado completamente aislados, pueblos que ante su alarma y perplejidad, nunca habían oído el nombre de Jesucristo (el de Moisés o el de Mahoma), pueblos que vivían en lo que luego se daría en llamar culturas en la 'Edad de piedra', que desconocían los metales, carecían de ciudades, a menudo de ropa y que, a veces, según se informó, disfrutaban del perverso placer de comerse los unos a los otros. (...) El encuentro con estos pueblos abrió los ojos de los europeos a una amplia variedad de prácticas y de creencias que nadie, hasta aquel momento, había sospechado que pudieran existir", en Abufalia, David (2009: 29-30).

12 Siguiendo algunos de los planteos que Sofía María Carrizo Rueda presenta en un estudio preliminar denominado "Construcción y recepción de fragmentos de mundo" (Carrizo Rueda, Sofía María (ed.) (2008), queremos marcar la diferencia entre lo que denomina "Literatura de viajes", "todas aquellas obras caracterizadas por complejos procesos ficcionales, donde cualquier referencia al itinerario se subordina a vicisitudes de la existencia de los personajes, como en los (...) casos canónicos de Homero, Virgilio y Jonathan Swift", (p. 10), y "relatos de viajes propiamente dichos", un género mixto que si bien tiene como base la referencialidad a sucesos de hecho ocurridos, no deja de utilizar recursos literarios, cuya intención es presentar un "panorama vital" o "espectáculo imaginario" a determinados lectores/expectadores. Las cartas de Filippó Sassetti pueden ser así abordadas como un relato de viajes, sobre todo considerando que la autora rescata como otro de sus rasgos la ausencia de expectativas acerca del desenlace de lo narrado; los distintos clímax, por el contrario, se lograrían a través de la apelación directa a las "preocupaciones, interrogantes, elementos imaginarios, inquietudes, temores, etc., de los 'lectores pretendidos'" (p. 26).

aspectos cristianos, encontró un campo fértil de reflexión y plasmación en los textos de viajes, ya que definir a los otros implica también definirse a uno mismo, reflexionar sobre lo propio, sobre las instituciones, prácticas, acciones e ideas que tenían en tanto europeos, desnaturalizando en gran medida su posición. Los relatos construidos en torno al viajar, sean ficcionales, sean un *racconto* de experiencias efectivamente acaecidas, en los que un observador europeo se aleja de su mundo para adentrarse, por voluntad propia o por mala fortuna, en tierras distantes y desconocidas con sus igualmente ajenos habitantes, fueron vehículos de esta preocupación del Humanismo por explorar el problema de la identidad, de la definición de los "humano" e, incluso, de la particularidad de las convenciones que rigen la vida de los hombres en cada sociedad. El viaje se transformará así en uno de los *topoi* privilegiados por el Humanismo para plantear este juego de espejos entre los europeos y su alteridad. Juego en el que pocas veces saldrán airosos, ya que al calor del choque entre ambos, los humanistas articularán las más lúcidas críticas a lo que perciben como corrupto e injusto dentro de la propia Europa.

Esta literatura de viajes, centrada en el problema de la identidad y de la definición de otros y nosotros se amoldará durante el apogeo del humanismo a lo que podríamos denominar una "matriz humanista" del relato de viaje. Esta se caracterizaría, en primer lugar, por la presencia de lo textual mediando entre el relator-lector del viaje y lo que se presencia al viajar y esto de dos formas; por un lado, se apela a la tradición clásica y a la otredad histórica para dar cuenta de la alteridad geográfica; por otro, la última y más perfecta apropiación de la experiencia del viaje es a su vez, su conversión en texto. El segundo rasgo de esta matriz del relato de viaje humanista es la crítica hacia la realidad europea, en una impugnación que puede ser total o parcial.

En esta oportunidad, hemos elegido plantear las particularidades de la expansión europea a ultramar y sus relaciones con el Humanismo a través del abordaje de las epístolas de un humanista y comerciante florentino: Filippo Sassetti será nuestro guía en este mundo de textos y viajes, de otredades históricas y geográficas propio de la primera Modernidad. Su epistolario, que narra su partida de Europa y sus vivencias en el mundo de ultramar, nos ofrece una ventana directa a su persona y a su época, permitiéndonos esbozar cómo la experiencia ultramarina es parte constituyente e insoslayable de la construcción de la identidad europea moderna y, a la vez, nos confirma cómo en el Renacimiento el rescate de la Antigüedad clásica y la aprehensión de lo nuevo son elementos clave en la manera de comprender, reflexionar y aun dominar en la Modernidad temprana.

De Florencia a la India: el viaje de Filippo Sassetti

Filippo Sassetti (Florencia, 1540-Goa, 1588) provenía de una otrora ilustre familia de comerciantes y banqueros florentinos. Su bisabuelo, Francesco Sassetti (1421-1490), había sido tanto socio comercial como amigo personal de Cósimo de Médici y de su hijo, Lorenzo *el Magnífico*. La importancia en la vida florentina del *Quattrocento* de la familia Sassetti está inmortalizada en la decoración de la capilla familiar en la Iglesia de la Santa Trinidad: una serie de frescos con escenas de la vida de San Francisco de Asís que Domenico Ghirlandaio culmina hacia 1485.[13] Aby Warburg estudió con sumo detenimiento esta capilla que también ofició de sepulcro para Francesco, viendo en ella

13 Warburg, Aby (2005: 177-205). La primera edición de este ensayo se hizo en Bing, Gertrung y Rougemont, Fritz (eds.), *Gesammelte Schriften. I, 1-2. Die Erneuerung der heidnischen Antike. Kulturwissenschaftliche Beiträge sur Geschichte der europäischen Renaissance,* Teubner, Leipzig-Berlín, 1932.

una refinada expresión de una "psicología del equilibrio" (Warburg, 2005: 195) propia de los florentinos mediceos educados, en la cual se combinan, de manera orgánica, las tensiones derivadas de una vida activa volcada al mundo, justificada e identificada con los motivos y textos propios del mundo clásico latino y de una vida contemplativa, basada en una perspectiva cristiana tradicional. Así, en la tumba de Francesco, conviven centauros y escenas pías de la vida de San Francisco en las cuales, además, se ha hecho incluir junto con sus familiares más directos a través del retrato. Pero Francesco y sus hijos y hermano no son los únicos invitados a la escena: también aparecen en los frescos, en claro homenaje a los largos años de sociedad comercial que unía a las familias Sassetti y Médici, el propio Lorenzo, los hijos de este, Giuliano, Giovanni y Piero, y los amigos del *Magnífico*, Poliziano, Luigi Pulci y Matteo Franco. Fue Warburg quien descifró finalmente las identidades de todos los retratados en el fresco, y descubrió la intencionalidad de tales inclusiones dentro de las escenas de vida del santo de Asís: "En el ciudadano de la Florencia de los Médici, se daban cita las características completamente heterogéneas del idealismo cristiano medieval, caballeresco, romántico y platonizante, y el del mundano comerciante etrusco-pagano, constituyéndose así un organismo enigmático dotado de una energía tan elemental como armónica; cada impulso psíquico ampliaba su horizonte espiritual para ser luego cultivado serenamente. El florentino se negaba a la elección pedante entre el 'esto o aquello', y lo hacía no porque dejara de experimentar las contradicciones en toda su crudeza, sino porque las consideraba compatibles. Fue exactamente esta actitud, esta fuerza entusiasta y, al mismo tiempo reprimida, la que alimentó los frutos artísticos nacidos de la conciliación entre Iglesia y mundo, entre pasado antiguo y presente cristiano" (Warburg, 2005: 149-175).

Estudiando asimismo el testamento que Francesco redacta cuando debe viajar a Francia para ocuparse de muy serias dificultades que su empresa enfrentaba y que amenazaban a su familia, Aby encuentra nuevamente este entrelazamiento profundo entre la sensibilidad cristiana y la clásica-pagana: "En la situación más crítica de toda su vida, que exigía todas sus energías, Francesco proyectó simultáneamente las dos fuerzas opuestas que conformaban su capacidad ofensiva: la audacia del individualismo humanístico vino en auxilio del cabeza de familia gibelino cuya hombría se enraizaba en el instinto de autoconservación propio de la consortería medieval, en el valor del caballeresco y en el sentido del linaje. El caballero que defiende a su clan reunido en torno a los estandartes familiares recibió por bandera a la Fortuna del comerciante florentino en la forma de una diosa del viento" (Warburg, 2005: 191). Ante la Fortuna, deidad pagana que resucita en la revitalización de la vida política, comercial, estética y filosófica de la Florencia de los Médici, Francesco aconseja resistir pero, a la vez, estar atentos porque así como hay que soportar sus avatares, se debe estar atento para aprovechar la oportunidad cuando la volátil diosa se muestra propicia.

Esta es tal vez, la más valiosa herencia que Francesco pudo pasar a sus descendientes, ya que los bienes materiales, así como la importancia política de la familia Sassetti en Florencia, irán desapareciendo poco a poco. La capacidad para intentar soportar y aprovechar la Fortuna, que corporizaba a ojos del *pater familiae* todos los riesgos y posibilidades que una vida volcada a la política, al comercio, a la acción en definitiva, podía ofrecer, será así su legado, junto con este programa, tanto cultural como moral, de combinar la sensibilidad cristiana con las perspectivas del mundo clásico resurrecto.

Francesco muere en 1490, apenas dos años antes del comienzo de lo que luego la historiografía denominara "la era

de los viajes ultramarinos". El escenario europeo en el que encontraron lugar sus expectativas y temores quedará dramáticamente reducido ante el inédito espacio que se abre a los europeos a partir de los viajes de españoles y portugueses. En este nuevo entorno global, Warburg nos presenta a un bisnieto de Francesco, el humanista, comerciante y viajero Filippo Sassetti.

Educado según correspondía a alguien de su alcurnia en los *studia humanitatis* Filippo parecía estar dispuesto a llevar una vida dedicada al saber. El Humanismo en que se educó ya había alcanzado sus logros más altos en el estudio del latín y del griego; el nuevo frente de batalla se abría en el campo de la lengua vulgar: la Filología, la Gramática, la Sintaxis avanzan ahora sobre las lenguas romances. La lengua de Filippo será la toscana, y hacia ella dirigirá sus mayores esfuerzos. Prontamente lo vemos participar de prestigiosas academias literarias como lo fueron la "Academia Florentina" y la "Academia degli Alterati", cuyos estudios también se centraban en la lengua y la historia toscanas. De esta época data una serie de escritos muy celebrados en su tiempo como *Elogio de Dante* o *Vida de Francesco Ferrutti*, héroe de las últimas luchas republicanas de Florencia (Castellán, 1995).

Pero, la diosa Fortuna que ya había acosado a su abuelo, vuelve a hacerse presente en la vida de la familia Sassetti. En la década de 1570, Filippo, urgido por los apuros económicos que atravesara su familia, deberá abandonar su patria y sus relaciones "formales" con el Humanismo, debiendo hacerse cargo del negocio familiar, que ya no transcurría dentro de las fronteras europeas, sino que se había ampliado, acorde con los tiempos, para alcanzar una verdadera dimensión ultramarina uniendo Italia con la India de la pimienta.

Se trasladará primero a Lisboa y a Sevilla, de donde datan sus primeras cartas; pero luego, poco a poco, vemos emerger en su epistolario un sutil, y luego un vehemente

deseo de instalarse en la India, fuente de todos los maravillosos bienes que recibía en las puertas de Europa: "Yo tenía el mayor anhelo del mundo de viajar a la India (...) si no me hubiera sido concedido este deseo, no sé que hubiera sido de mí".[14]

Desde allí, volverá a escribir a sus familiares, amigos y patrocinadores (comerciales y académicos) relatando lo que le es dado ver del otro lado del mundo.

En estas cartas desde las Indias Orientales, podemos apreciar cómo se entretejen en él dos deseos que la sensibilidad actual tiende a separar: por un lado, sus ansias de prosperar económicamente y, por el otro, sus deseos de enriquecerse espiritualmente, al presenciar y hacer suyas las realidades que le ofrece la India, exponiendo su subjetividad a aquellas posibilidades que buscó con tanto ahínco en el mundo de ultramar. Nos asomaremos así a una experiencia doble: el moderno letrado humanista que busca en los Antiguos modelos interpretativos para aprehender aquello que se le presenta; la atención comercial, explotadora del ojo del comerciante de ultramar, con la genuina fascinación intelectual por lo ajeno; el europeo que se instala en una periferia colonizada y, también, la importancia insoslayable de "ultramar" en la construcción de la subjetividad de un europeo, vale decir, de Europa.

Para el momento en que Filippo debe ocuparse de los negocios de la familia, cerca de 1578, esta se halla ya en franca decadencia, y su actuación como agente comercial no le devuelve su antiguo esplendor. Pero como la búsqueda de Filippo en ultramar no solo estaba abocada a la consecución de riqueza económica, podemos afirmar con Aby Warburg que nuestro comerciante-humanista "se hizo con un bien más

14 "Io aveva uno struggimento di andare in India, il maggiore del mondo (...) se io no mi fossi cavato questa voglia, no so quello que si fusse stato di me". Carta a Francesco Valori, 1582, en Marcucci, Ettore (ed.) (1855: 210). Todas las citas posteriores son de esta edición y las traducciones son nuestras.

preciado: una considerable cantidad de nuevas impresiones. Sus cartas desde la India son un monumento imperecedero del espíritu florentino, y demostraron ser más duraderas que las riquezas que dejó a su familia a su muerte en 1588." (Warburg, 2005: 177)

Muy probablemente, Filippo pensara en publicar su epistolario como muy a menudo hacían los humanistas; las cartas no eran entonces, por definición, textos privados sino que, por el contrario, muchas eran concebidas para ser públicas. Su temprana muerte, cuado no tenía más que 48 años, imposibilitó que su epistolario fuera editado y publicado bajo su supervisión. La primera edición no es sino tardía y muy parcial, del siglo XVIII, en una compilación de prosistas italianos (Speake, 2003). Habrá que esperar recién a 1855 para tener una edición considerada en su momento como completa. Se hará en Florencia e incluirá 111 de sus 126 cartas, bajo el sello de Felice Le Monnier y a cargo de Ettore Marcucci; luego, en 1871, Marcucci hace una edición más acotada. Es imposible separar estas últimas ediciones del contexto italiano de mediados y fines del siglo XIX: un escritor toscano, maestro en la prosa del que prontamente será el "italiano" y además profundamente preocupado por su idioma, es recuperado por los eruditos e imprenteros más notables del *Risorgimento* como modelo literario y como ejemplo de los retos y logros que la Italia del Norte había podido enfrentar y conquistar.

"Un monumento imperecedero del espíritu florentino": cartas desde la India

Las cartas de Filippo nos relatan sus vivencias a lo largo de los tres años en que estuvo afincado en la India. Estaban dirigidas, como ya hemos dicho, a sus familiares, como su hermana María, a sus socios y patrocinadores comerciales,

a sus amigos humanistas como Bernardo Davanzatti, con quien compartía su doble interés en el comercio y en las humanidades, y a sus antiguos mecenas como el Gran Duque Francisco I o Baccio Valori. Es por ello que encontramos reiteradas numerosas veces las mismas informaciones, en tanto que eran relatadas a distintos destinatarios, ampliando o reduciendo los detalles según cuáles fueran sus intereses e inclinaciones.

En primer lugar, se impone hablar de cómo llegó a la India, elemento crucial en el relato de cualquier viajero; la inscripción en el texto de la distancia recorrida y los avatares del viaje introducen al lector en un nuevo mundo, cuyas leyes y moralidad serán distintas a las de los territorios que se dejan atrás. El viaje interoceánico de Filippo a la India será especialmente riesgoso, aun para los parámetros del siglo XVI, y Sassetti no era un viajero afortunado: la primera vez que salió de Lisboa con destino a la India, su embarcación terminó en las costas de Brasil, desviada por el mal tiempo y con un viaje tedioso, inútil y arriesgado de cinco meses:

> (…) después de haber permanecido cinco meses en grupo por este océano, con más fastidio que satisfacción, sea por el ejercicio de navegar en sí, o por haber estado seguro la mitad del tiempo de no poder conseguir en aquel viaje llegar a mi meta, cosa que me ha dado, además de las lesiones, tanto disgusto que no podré expresárselo.[15]

En una carta posterior dirigida a Francesco Valori,[16] agregará que, en veinte años, solo dos navíos habían regresado

---

15 "dopo essere stato 5 mesi a girone per questo oceano con pú fastidio che satisfazione, si per l'esercizio in se del navigare, o si per essere stato la metá del tempo certo di non potere per quel viaggio conseguire il mio fine: cosa che mi ha dato, oltre danno, tanto dispiacere, che io non potri sprimirlo", en Carta a Baccio Valori, Lisboa, 24 de septiembre de 1581, p. 212.

16 Carta a Francesco Valori, Lisboa, 22 de noviembre de 1582.

de ese rumbo, siendo su propia nave, la segunda. Recién al año siguiente puede reiniciar el viaje hacia Cochín el cual, con las nuevas complicaciones que encuentra, demora unos siete meses más.

Una vez que ha desembarcado a salvo en Cochín, tras un larguísimo viaje, nuestro humanista-comerciante no puede evitar comentar a sus interlocutores lo siguiente: "Siete meses en el mar siempre, siempre navegando, y no convertirnos en peces, eh?".[17]

De hecho, las primeras cartas que envía desde la India contienen numerosos datos del derrotero desde Lisboa hasta Cochín, contando con lujo de detalles, no solo los trastornos que sufre la navegación, sino prestando especial atención a cómo es la vida en los barcos, cómo actúan la tripulación y los pasajeros y las consecuencias de los viajes en los cuerpos y los talantes. Filippo, aunque atravesando una situación económica difícil, pertenecía a los estratos superiores y más ricos de su sociedad; una sociedad en la que las deficiencias alimentarias, las enfermedades, la precariedad en el alojamiento y la casi nula sanidad pública eran la norma, si consideramos los estándares de confort que se construyeron desde fines del siglo XIX. Aparece, por ejemplo, una clara refencia al escorbuto que, según nos cuenta, afectó en un día a toda la nave. Era esta una enfermedad típica de los viajes largos por mar, que como bien señala Filippo en su carta, se caracteriza por la inflamación de los tejidos blandos, al punto de impedirle comer al afectado; esta enfermedad se producía específicamente por la dificultad de ingerir alimentos frescos en el barco, necesarios para la ingesta de vitamina C.[18]

---

17 *"Sette mesi in mare sempre sempre e non diventar pesce, eh"*, Carta a Francesco Valori, Cochín, diciembre de 1553, p. 246. Filippo le hace el mismo chiste a su hermana María en su carta desde Cochín también de diciembre de 1583, p. 256.

18 Carta a Francesco Valori, Cochín, diciembre de 1553, p. 248.

El tipo de vida en los barcos, aunque no parece asombrarlo demasiado, lo considera al menos lo suficientemente extraña como para revelarle a sus corresponsales algunos de sus más brutales detalles cotidianos:

> Y en verdad que, si el hombre considerara bien este viaje antes de embarcarse, y como se está 7 meses a bizcocho y agua amarilla, hacinado en poco lugar entre 800 o 900 personas, y muerto de hambre, de sed, de molestias y de maltrato; me imagino que ninguno, o bien pocos, querrían involucrarse en ver la India a expensas de tantos malestares.[19]

Otra referencia respecto de la naturaleza de la vida en los barcos nos habla de cómo los colonos y trabajadores campesinos encontraban un cruel destino no ya en ultramar, sino en su mismo viaje. Deberíamos pensar qué tan malo sería el nivel de vida en las tierras originales de estos hombres y mujeres pobres e iletrados, que se embarcaban en viajes de esta naturaleza hacia una promesa de tierra para trabajar:

> "Vienen de Portugal todos los años 2.500 o 3.000 hombres y niños de la gente más pobre que existe; se pierden en el mar la tercera o cuarte parte y tal vez la mitad; los otros que arriban vivos, son ubicados en tierra; aparece la muerte o los bandoleros y los recoge a todos." [20]

---

19 "É il vero che se ancasse molto considerando questo viaggio avanti che l'uomo s'imbarchi, e como e'si e'si stanno '7 mesi a biscotto et acqua gialla, rimestato in poco luogo tra 800 0 900 persone, cascasi di fame, di sete, di didagio e mal tarttamento; m'immagino che nessuno o ben pochi se meterebbono a volere pure veder l'India a spese di tanto disaggio", en Carta a Piero Vettori, Cochín, 27 de enero de 1585, p. 289.

20 "Vengono di Portugallo ogni anno 2.500 0 3.000 uomini e fanciulli della piú perduta gente che vi sia; gettanseneal mare la quarta parte e la terza parte, e talvolta la me á: gli altri, che giungono vivi, sono posi in terra: viene la morte o la furfanteria, e li raccoglie tutti", en Carta a Piero Vetteri, Cochín, 27 de enero de 1585, p. 280.

Filippo no se había aventurado a la India sin conocer nada de su destino; no solo conocía los bienes y productos que entraban a Europa provenientes de los enclaves portugueses, sino que también había mantenido contactos con otros europeos que habían visitado la región. Sin embargo, la distancia entre lo sabido o imaginado lo sorprende tanto, que no deja de ponerlo por escrito:

> (…) quien viaje tanto como cuatro mil leguas de camino, dejando tanta distancia entre lugar y lugar, encuentra tanta diversidad que yo me maravillo de la maravilla: porque comenzando por los elementos y considerando todas las variedades de las cosas, veo poca conformidad con los nuestros.[21]

¿Cuáles son estas diferencias que sorprenden tanto su sensibilidad y que por tanto él cree retarán la de sus destinatarios? Gran parte de las consideraciones que Sassetti realiza son del tipo que nosotros llamamos "etnográficas", en las que describe, con interés y hasta asombro, los pueblos y las costumbres que observa en la India. En ellas combina su interés en la otredad geográfica con su formación filológica humanista, su interés en la otredad histórica. Esto se hace evidente, en particular, cuando se ocupa de los brahmanes, la casta superior de sacerdotes y sabios del hinduismo: allí aparece explícitamente esta conexión que ilustra la relación fluida que existía para el Humanismo entre los pueblos que los viajes ultramarinos pusieron a su alcance y las civilizaciones clásicas. Así, para facilitarles a sus corresponsales (y a sí mismo, probablemente) la aprehensión de sus rasgos característicos, recurre a una autoridad clásica: "[de ellos] hace mención Plinio quien, hablando

21 "chi va quatromila tante legue di cammino, lasciando voto da luogo a luogo, trova tanta diversità, che io mi maraviglio della maraviglia: perché, cominciando dagli elementi, e passando per tutte le cose miste, veggo poca conformitá con le nostre", en Carta a Baccio Valori, Cochín, 20 de enero de 1584. p. 259.

de estas gentes de Oriente, dice '*Audio complires eorum vocari Bracmenes*'".[22]

Siguiendo con su interés filológico, explicará también qué significa "brahmán" en sánscrito, lo que le permite interpretar la función que cumplen en su sociedad al asimilarlos a una categoría europea: "su nombre está compuesto, la primera parte de *Bra*, que en su antigua lengua significa 'Dios', y la segunda significa 'pensar'; por ello podemos llamarlos con toda justicia, teólogos."[23]

De los brahmanes dirá que son considerados los mejores entre los suyos y por ello reverenciados y bien tratados. Luego, comentará de sus costumbres particulares; su atención es atraída hacia los rituales de purificación y los tabúes alimentarios que deben respetar:

> No pueden comer, el arroz en particular, si primero no se han lavado todo el cuerpo. Y cuando antiguamente se lavaban por gusto, esta gente comenzó a hacerlo por otros fines, convirtiéndolo en superstición; de esta forma se dejarían morir de hambre y de sed que comer sin lavarse. Y como entre ellos son distintos en religión y nobleza, los más nobles no comen ni beben cosa que haya sido tocada por alguien carente de nobleza, bajo la pena de ser reputados infames.[24]

---

22 "de 'quali ece menzione Plinio, che trattando di queste genti orientali', dice: 'Audio complires eorum vocari Bracmenes'", en Vetteri, Piero, Cochín, 27 de enero de 1585, pp. 281-282.

23 "Et il nome loro composto a la prima parte 'Bra' nella loro antica lingua significa Iddio, e la secunda 'mene' speculare; sie che in tutto gli potremmo chiamare teologi", en Vetteri, Piero, Cochín, 27 de enero de 1585, p. 282.

24 "Non possono por si manggiare, il riso particularmente, se prima non si'lavavano tutto il corpe. E dove anticamente si lavavano per delizia, costero, che'forse comminciarono ad altro fine, l'hanno ridotta in superstizione, ché anzi si lasceranno morire di fame e di sete, che porsi a tavola non lavti. E como tra loro sono diferenti in religione et in nobilitá, e'piú nobili né mangiano né beono cosa che sia stata tocca da' manco nobili, a pena di essere reputati infami", en Vetteri, Piero, Cochín, 27 de enero de 1585, pp. 282-283.

Auque Filippo ha debido dejar su actividad "formal" como humanista en función de los apuros económicos que su familia atravesara, su interés humanístico no desaparece, a tal punto que será el primer europeo en identificar similitudes entre palabras en un idioma europeo, el italiano, y el sánscrito. Siguiendo este interés en la lengua vernácula, nos dice que

> "La lengua en sí deliciosa y de buen sonido, por los muchos elementos que tiene, cercanos a los 53 (...) haciéndolos nacer de distintos movimientos de la boca y de la lengua. Traduzco en la de ellos todos nuestros conceptos, y estimo que nosotros no podemos hacer lo mismo (...) por faltarnos la mitad de sus elementos o más.[25]

No deja de hacer una mención a los saberes de los hindúes, organizados según los criterios europeos vigentes a mediados del siglo XVI. Comenta así que la moral está recogida en diversas sentencias, sin haber casi separación entre moral, leyes y teología. No encuentra gran diferencia en la Astronomía y la Matemática que poseen Europa y la India, y resalta que conocen a Aristóteles, a Galeno y a Avicena, pero que su conocimiento de estos autores no es muy bueno ya que los leen a través de cadenas de traducciones poco felices.[26]

Una preocupación puntual aparece referida a la lengua y los conocimientos de la India. Con pesar, Filippo nota cómo un problema referido al uso de la lengua lo ha seguido a través del océano al otro lado del mundo. Como ya hemos dicho, en Italia se había mostrado como un activo defensor de la lengua toscana, tanto en sus usos literarios como científicos.

---

25 "La lingua in se é dilettevole e di bel suono, per i molti elementi egli hanno, fino a 53 (...) facendoli nascere tutti dai diversi movimenti della bocca e della lingua. Traducono nella loro facilmente tutti i concetti nostri, e stimaro che noi non possiamo fare il medesimo de loro della lingua nostra, per mancare della metá degli elementi, o piú", en Vetteri, Piero, Cochín, 27 de enero de 1585, p. 283.

26 Vetteri, Piero, Cochín, 27 de enero de 1585, pp. 283-284.

Por ello se lamenta que también en la India encuentre que la lengua del saber no sea la que se hable, sino la que debe aprenderse de especialistas tras largos años de estudio:

> "[es] enfermedad de este siglo, que en todas partes del mundo la ciencia se hace en una lengua diferente de aquella que se habla; este mal les ha tocado ahora a toda esta gente, porque es tan distinta su lengua a la de aquella en la que está su ciencia que para aprenderla deben invertir 6 años."[27]

Su costado humanista lejos quedó de desaparecer tras los negocios de la pimienta y de las nuevas posibilidades económicas que cree encontrar en diversos productos nativos. Por el contrario, con el correr de los años, pareció agudizarse ya que, munido de sus herramientas filológicas aprendidas con los s*tudia humanitatis* y ubicado en el contexto de la alteridad hindú, notará algo que solo se verá confirmado con los avances de la historia de la lengua en los siglos XIX y XX: las similitudes entre el sánscrito y el italiano. Vuelve a retomar la descripción del idioma:

> "Todo en su ciencia está escrito en una lengua que llaman sánscrito, que considero bien articulada: de la cual no hay memoria de cuándo fue hablada, habiendo (como he dicho) recuerdos antiquísimos. La aprenden como nosotros aprendemos la griega y la latina y calculo que en mayor tiempo, 6 o 7 años si quieren volverse maestros."[28]

---

27 "infermetà di questo seculo, che in tutto le parti del mondo le scienzie sieno in lingua differente da quella che si parla; della quale malattía é toccato tambene questa gente tutta; perche tanto é diversa a la lore lingua da quella nella quale é la loro scienza, che a imparare pongono 6 anni di tempo", en Carta a Piero Vetteri, Cochín, 27 de enero de 1585, p. 283.

28 "Sono scritte le loro scienzie tutti in una lingua , che dimandano Sanscruta, che vuol dre bene articulata: della quale non si ha memoria quando fusse parlata, con avere (com'io dico) memorie antichissime, Impàndola como noi la greca e la laitina, e vi pongono molto maggior tempo, si che in 6 anni o 7 se ne fanno padroni", en Carta a Bernardo Davanzati, 1588, p. 415.

Y a continuación le comenta a su colega humanista Bernardo Davanzati que el sánscrito

> "tiene muchas cosas en común (...) muchos de nuestros nombres, y particularmente los números 6, 7, 8, 9 y las palabras Dios, serpiente y otras muchas más."[29]

Fue Filippo Sassetti el primer erudito europeo en toparse con la familia lingüística indoerupea; lejos de ser una casualidad, creemos que tras su intuición se encontraba una honda preocupación no ya por el latín, el griego, el toscano o el sánscrito, sino por la lengua humana misma, en sus características morfológicas, sintácticas o gramaticales como en su dimensión social e histórica, preocupación en la que se escuchan claramente las ideas del humanismo respecto de su importancia como elemento constitutivo de la dimensión humana.

Este ha sido pues nuestro abordaje a este humanista, viajero y comerciante florentino, que en las vivencias cotidianas de su aventura ultramarina, nos permite observar los fuertes lazos que necesidades económicas, impulsos culturales, vuelta a la vida de los clásicos y aprensión de la otredad geográfica tuvieron en el horizonte cultural renacentista.

---

29 "molte cose comuni (...), molti de nostri nomi, e particularmente de numeri il 6, 7, 8, 9, Dio, serpe, et altri assai", en Carta a Bernardo Davanzati, 1588, p. 415.

De la virtud a la barbarie
Discursos y experiencias en los orígenes de la colonización de Virginia (1584-1622)[1]

Malena López Palmero

> Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno, por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba. Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado bronce se leían, ni la suplicante multitud temía la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros. Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero orbe, a las fluentes ondas el pino no había descendido, y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían.
>
> Ovidio, *La metamorfosis*, Libro I

Desde la Antigüedad griega la cultura occidental se ha inquietado por el "otro", el habitante de tierras lejanas, con tipos de organización social y hábitos diferentes, y desde entonces se ha asociado a ese "otro" con la idea de "bárbaro". Los antiguos griegos definieron así a los escitas y los romanos a los germanos, los hombres del Medioevo a los que no profesaban la religión cristiana y los hombres de la modernidad, fundamentalmente, a los indígenas americanos. En todos los casos, la noción de "bárbaro" remitía a seres que eran considerados artífices de una cultura inferior y que, en virtud de "lo más conveniente conforme a los fines", debían ser sometidos por una cultura superior o civilizada.

---

1 Este artículo fue publicado originalmente en *De Sur a Norte. Perspectivas Sudamericanas sobre Estados Unidos,* vol. 9, nº 17: "Multiculturalismo: *E Pluribus Unum*", Buenos Aires, diciembre de 2008, pp. 55-77. Todas las citas textuales, tanto de los documentos como de la bibliografía de referencia, han sido traducidas del inglés al español por la autora, con el propósito de facilitar la lectura.

Los ingleses de la modernidad habían leído o escuchado relatos provenientes de la América hispana, que versaban sobre indígenas idólatras, lascivos, caníbales, sin ley y sin gobierno. Pero también tenían noticias de indígenas generosos, honestos, de cuerpos bellos y con la inocencia propia de la Edad de Oro, como los describió Pedro Mártir siguiendo la tradición clásica; mientras que otros, más aferrados a la tradición cristiana, los imaginaron en un estadio anterior a la caída. Soslayando el abismo que separaba estas dos miradas, primó la idea, a veces tácita y otras manifiesta, de que los indígenas pertenecían a una cultura primitiva en la que, cual *tabula rasa*, habría que inscribir los trazos de la civilización cristiana occidental.

Naturalmente, los ingleses involucrados en la expansión ultramarina de finales del siglo XVI estuvieron influidos por estas interpretaciones pero, a su vez, decodificaron estos discursos en función de su pragmática tentativa de conquista, distinguiendo así entre dos tipos de indígenas: los amistosos y sumisos, como los que halló Colón en La Española, y los hostiles al dominio colonial, en cuyo caso estaban asociados a prácticas brutales. Así, los ingleses esperaban que los indígenas "buenos" se aliaran con ellos como forma de librarse de los otros "tiranos", tal como, ellos concebían, había ocurrido en la conquista de aztecas e incas (Morgan, 1975: 18-19).

Estas lecturas influyeron, sin duda, en la percepción que los ingleses alcanzaron y transmitieron sobre los algonquinos de América del Norte, pero las inesperadas y penosas experiencias de los orígenes de la colonización de Virginia imprimieron nuevas miradas. Las experiencias de Roanoke y Chesapeake, en tanto prácticas concretas de la relación interétnica, fueron fundamentales para la concepción y transmisión de la imagen del indígena. Sea su mensaje la virtud o el salvajismo, esas imágenes remitieron a las acuciantes necesidades de promoción, legitimación o supervivencia de los colonos de Virginia.

A diferencia del caso español, en los anales de los orígenes de la colonización inglesa no figuran paisajes edénicos, ni ciudades con templos imponentes, ni minas de metales preciosos, como así tampoco sociedades complejas organizadas en estados imperiales, todo aquello al servicio de la gloria de la metrópoli. Por el contrario, abundan las referencias a las inclemencias climáticas, al hambre, la enfermedad y la muerte.

Los primeros intentos de asentamiento permanente de ingleses en América del Norte fracasaron rotundamente. La expedición encabezada por Sir Humphrey Gilbert en 1583 tenía como objetivo fundar un asentamiento en tierras septentrionales, que permitiría establecer el control comercial de la actividad pesquera que los europeos practicaban de manera itinerante en la región de Newfounland. Además, sería una avanzada estratégica en la búsqueda de un pasaje que comunicara los dos océanos. El proyecto de Gilbert fracasó luego de un breve pero penoso recorrido que no ahorró muertes por el frío, el hambre y el naufragio.

Su medio hermano, Walter Raleigh, retomó la iniciativa colonizadora y envió dos naves en 1584 para explorar regiones más meridionales y, por lo tanto, más aptas para el asentamiento. Los aventureros exploraron la región habitada por la comunidad roanoke, frente a las costas de la actual Carolina del Norte, donde habrían sido bien recibidos por los indígenas. De regreso a Inglaterra, se llevaron dos nativos, Manteo y Wanchese, que serían el testimonio vivo del éxito de la expedición. Al año siguiente Raleigh despachó otra flota a cargo de su primo, Sir Richard Grenville, para tomar posesión efectiva de la zona de Roanoke, que en Londres habían bautizado con el nombre de Virginia. Estaban suficientemente equipados y contaban con militares de carrera, entre los cuales figuraba quien sería el gobernador de Roanoke, Ralph Lane. También viajaban expertos que debían elaborar mapas e informes y los dos indígenas que, de regreso en su tierra, oficiarían de intérpretes.

Contra todo pronóstico, el emprendimiento fracasó. Al llegar, el barco que transportaba las provisiones encalló y la reserva de alimento se echó a perder, por lo que en seguida los colonos apelaron al intercambio con los indígenas como forma de abastecerse de alimentos. Estos accedieron cómodamente, atraídos por las bagatelas, pero más aún por instrumentos metálicos como cuchillos o hachas. Pero pronto en el fuerte se desataron el hambre y la enfermedad, a lo que se le sumó la desesperación ante la cifra de muertos que crecía cada vez más. Los abusivos términos de intercambio que los colonos mantuvieron con los indígenas tensaron el precario vínculo, situación que desembocó en una matanza brutal de indígenas y en el abandono de la colonia, a excepción de quince hombres que arribaron en un viaje de auxilio que llegó posteriormente y que se quedaron protegiendo el fuerte.

En 1587, Raleigh arrendó la patente de colonización a John White, quien encabezó una nueva expedición a Roanoke asumiendo el cargo de gobernador. A su arribo, los colonos encontraron el fuerte destruido y ningún indicio de sus últimos quince habitantes. En los primeros seis meses, un tercio de los colonos murió a causa del escorbuto y la disentería. White partió hacia Inglaterra en busca de refuerzos, pero no pudo regresar con el auxilio porque todas las licencias y recursos se estaban destinando exclusivamente a la inminente guerra con España. Recién después de dos años White volvió a Virginia, pero era demasiado tarde como para encontrar a alguien con vida. De esta manera, se agotaron los esfuerzos colonizadores de la época isabelina y prosperaron las actividades de piratería, ya que el contexto bélico posibilitaba la obtención de cuantiosos botines, en especial si lograban capturar los galeones que transportaban el metálico americano hacia España.[2]

---

2 La Corona autorizó, entre 1585 y 1603, alrededor de 100 patentes de corso por año a inversores particulares (Kupperman, 1984: 6).

Veinte años después, bajo el reinado de Jacobo I (1603-1625), la colonización de Virginia cobró un renovado impulso. La empresa se dio a instancias de la Compañía de Virginia, una asociación de inversores compuesta predominantemente por burgueses, pero también por algunos miembros liberales del Parlamento. A principios de 1607 partió una expedición de tres barcos con 105 hombres rumbo a Virginia. Esta vez los colonos buscaron asentarse en la Bahía de Chesapeake, a la que consideraban más segura y sobre el río Powhatan (que ellos nombraron James en honor al rey) fundaron Jamestown.

En Chesapeake las condiciones para la supervivencia no fueron mejores que en Roanoke. Dado que era una región boscosa y pantanosa, los ingleses tuvieron serias dificultades para obtener alimentos. Además, como la expectativa estaba puesta en el descubrimiento de metales preciosos y del paso naval que los comunicara con el océano Pacífico, confiaron en el intercambio con los indígenas como fuente de sustento. Pero en un principio los indígenas se resistieron al asentamiento inglés, atacando el fuerte o combatiendo a los grupos que exploraban la zona. A seis meses de la fundación de Jamestown, la mitad de los colonos había muerto, en mayor medida por la malaria, el escorbuto y la disentería, pero también por los ataques de los nativos. A ello se le sumó una aguda crisis de autoridad, puesto que los desesperados colonos organizaron motines, al tiempo que los miembros del consejo se perdían en conspiraciones por obtener la presidencia. La suerte de Virginia, nuevamente, pendía de un hilo.

Entretanto, uno de los consejeros, el capitán John Smith, fue tomado prisionero en un viaje de reconocimiento río arriba. Después de una novelesca liberación, volvió a Jamestown y al poco tiempo fue nombrado presidente en reconocimiento por su habilidad para tratar con los indígenas. Desde entonces se abrió un período de intercambio que, aunque cruzado de tensión y violencia esporádica, permitió la supervivencia de los colonos.

Después de un lustro de penurias, autoridades despóticas y sucesivos arribos de hombres y refuerzos, la colonia logró estabilidad. Para 1612, los colonos producían su propio maíz y, lo que era más alentador, se habían lanzado al cultivo del tabaco para vender en Europa. Este proceso se dio en el marco de una abierta hostilidad entre colonos e indígenas. Como la clave del éxito de la colonia descansaba en la expulsión de los indígenas para explotar su tierra, estos opusieron una férrea resistencia. En 1622, los indígenas ejecutaron una masacre en Jamestown y su vecina Henrico, con un saldo total de 347 muertos. La dinámica de la colonia sería, desde entonces, la de la expansión territorial apoyada en el exterminio de los habitantes nativos, con episodios de resistencia violenta por parte de estos.

Hasta aquí se destaca la importancia que tuvieron las relaciones interétnicas en la configuración de los primeros escenarios coloniales. Roanoke fue abandonada después de un severo ataque perpetrado contra los algonquinos del sur, mientras que Jamestown subsistió por el intercambio con los algonquinos de Chesapeake, aunque atravesó graves dificultades por la resistencia de estos a las tentativas de aculturación, dominación política y despojo territorial.

En este marco de análisis se impone la cuestión del "otro", dado que el tipo de vínculo que forjaron colonos e indígenas se nutrió y a la vez fue motivo de reflexiones en torno a la naturaleza del indígena. Los discursos heredados, junto con las expectativas y las necesidades surgidas al calor de la experiencia concreta, impactaron en la creación de nuevos discursos, todo lo cual es preciso analizar para dar cuenta de la tensión entre idea y realidad, en un proceso donde la relación entre ingleses e indígenas imprimió el curso de la historia colonial norteamericana desde sus orígenes.

A diferencia del caso español, en Inglaterra no tuvo lugar ningún debate teológico o filosófico sobre la naturaleza de

los indígenas o sobre su relación con los europeos.[3] Antes bien, la imagen de lo que ellos llamaban "indio" o "salvaje" se fue moldeando en torno a los objetivos coloniales en América. En 1583, el mismo año en que Gilbert se embarcó rumbo al oeste, apareció en Londres la primera traducción de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas. Los promotores de la colonización se apoyaron en la denuncia del dominico para enfatizar las críticas al tiránico y brutal sistema colonial español y presentar un proyecto colonial alternativo.[4]

En un principio, los discursos de promoción de la empresa colonial proponían un trato cordial con el indígena que permitiera cumplir con tres objetivos fundamentales: "implantar la religión cristiana, traficar, conquistar" (Hakluyt, 1935

3 Los debates en torno a la naturaleza del indio se dieron en el marco de las juntas convocadas por el rey, donde participaban teólogos de las universidades para presentar sus opiniones, a modo de consejeros de la Corona. En 1512, tuvo lugar la junta de Burgos. Allí primaron los discursos a favor del concepto de "esclavos naturales", siguiendo la tradición aristotélica. Aunque la Corona sentenció que los indígenas eran súbditos de España, y por ello jurídicamente libres, la concepción de la "esclavitud natural" condicionó las Leyes de Indias. La Ley de Burgos de 1512 establecía el repartimiento de indios y las encomiendas, bajo el criterio de que los indígenas, por su "inferior condición", quedarían coaccionados a una autoridad proveniente de una cultura civilizada y cristiana. Desde mediados de la década de 1530, un nuevo movimiento intelectual emergió en la Universidad de Salamanca, donde se destacó Francisco de Vitoria. Este impugnó el concepto de esclavitud natural, esgrimiendo argumentos a favor de la racionalidad de los indígenas, aunque admitía que se encontraban en un estadio de inmadurez cultural y, por lo tanto, requerían del tutelaje de los españoles. La tesis de Vitoria cobró cada vez más importancia, a través del trabajo de sus discípulos de Salamanca, y se convirtió en el enfoque dominante por unos años. Pero en 1550, el rey volvió a convocar una junta en Valladolid. Allí el debate se polarizó entre las opiniones de Juan Ginés de Sepúlveda, quien defendía la idea de "esclavitud natural" y por lo tanto la legitimidad de la guerra contra los indígenas, y Bartolomé de las Casas, más radical que Vitoria, quien denunció el brutal trato que se le daba a los indígenas y sostuvo que eran seres de cabal entendimiento y por ninguna razón inferiores a los españoles. Matsumori, Natsuko (2005: 101-154).

4 La apropiación de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) dio lugar a lo que en Europa se conoció como Leyenda Negra, que atrajo la atención de otros países con pretensiones en ultramar. La obra se tradujo al holandés en 1578, al francés en 1579, al alemán en 1597, al latín en 1598 y al italiano en 1626. Hanke, Lewis y Giménez Fernández, Manuel (1954: 152).

[1585], en Padgen, 1997: 53). En realidad, la evangelización no fue más que un elemento marginal en el proyecto colonial y estaba más relacionada con la propaganda y con las fórmulas oficiales que con una tentativa genuina por expandir el protestantismo. El interés se concentraba, fundamentalmente, en los dos últimos términos: el comercio y la expansión territorial que permitiera encontrar el pasaje interoceánico en el hemisferio norte. Bajo estas premisas, la imagen del "otro" americano debía ser atractiva para los inversionistas y aventureros.

Este es el tono del relato de Arthur Barlowe, capitán de la expedición de 1584, cuando se refiere al encuentro con miembros de la alta jerarquía local: "(…) nosotros hemos sido recibidos con todo amor, amabilidad y con toda la generosidad que ellos pueden concebir. Encontramos gente muy gentil, amorosa y confiable, desprovista de toda astucia y traición, del modo en que vivían en la edad de oro" (Barlowe, 1904 [1584]: 305). Tras esta última y tácita alusión a Ovidio se escondía el anhelo de un orden puro a disposición de los contemporáneos del Viejo Mundo que, por entonces, se encontraban aturdidos por las transformaciones socioeconómicas, a la vez que extraviados por la codicia y la corrupción. América se presentaba, entonces, como un paraíso de bondad y abundancia. El testimonio de Barlowe fue reescrito a su regreso, posiblemente por el mentor del proyecto, Walter Raleigh (Quinn, 1978: 327), lo cual lo convierte en un verdadero instrumento de propaganda. Karen Kupperman advierte que el texto de Barlowe elevó las expectativas demasiado alto, lo cual tuvo consecuencias nefastas cuando contingentes con poca preparación o serias limitaciones intentaron establecerse en esas tierras.[5]

5 "Los promotores de la colonia aprendieron lenta y penosamente que es mejor describir al país tan sinceramente como sea posible, detallando tanto las desventajas como las ventajas, con el propósito de prevenir tanto como sea posible el efecto rebote de colonos desilusionados, quejándose en tabernas a través de Inglaterra", en Kupperman (1984: 17).

Los habitantes nativos de la región de la actual Outer Bank, Carolina del Norte, pertenecían a la etnia algonquina del sur, y por entonces estaban liderados por la tribu roanoke.[6] Los expedicionarios de 1584 tomaron contacto pacífico y realizaron intercambios con Granganimeo, el hermano de Wingina, la autoridad principal.[7] En el viaje de regreso fueron incluidos Manteo y Wanchese, que en Inglaterra quedaron bajo la tutela de Thomas Hariot, un célebre matemático y astrónomo del círculo íntimo de Raleigh.[8] Hariot adquirió ciertos conocimientos de la lengua algonquina y se esforzó por enseñarles inglés, de modo que Manteo y Wanchese pudieran ser los intermediarios del siguiente viaje que estaba preparando el eufórico Raleigh.

Así fue como Manteo y Wanchese oficiaron de intérpretes en la expedición a Roanoke de 1585. Con ellos viajaron el dibujante John White y Thomas Hariot, a quienes Raleigh había encomendado, respectivamente, hacer los mapas y dibujos y elaborar los informes sobre los recursos de la región y las costumbres de los nativos. Las notas de Hariot fueron publicadas en 1588 bajo el título de "Breve y veraz relación sobre la nueva tierra de Virginia".[9]

---

6 Los algonquinos de Outer Bank estaban organizados en diversas tribus que habitaban las regiones homónimas (roanoke, choanoke, weapemeoc, moratuc, secotan, croatan y neusiok, entre las más importantes). Al arribo de los ingleses, los roanoke, bajo el liderazgo de Wingina, ejercían la hegemonía sobre la región. Probablemente, los nuevos habitantes distorsionaron la relación de fuerzas entre las tribus, desatando fricciones y alentando alianzas con los colonos para erosionar el poder de Wingina.

7 La similitud fonética con el nombre Virginia habría sugerido al círculo más íntimo de la reina, o a ella misma, que ese sería el nombre apropiado para la nueva colonia.

8 Existe la posibilidad de que Hariot haya viajado en la expedición de 1584, puesto que había enseñado matemática para navegación a los pilotos de Londres (Shirley, 1974: 38-40).

9 La *Breve y veraz relación* de Hariot está firmada con fecha de febrero de 1587 y fue publicada por primera vez en Londres en 1588. Luego fue incluida en el volumen VIII de la compilación de Richard Hakluyt, *The Principal Navigations. Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation*, bajo el título "A briefe and true report of the new found land of Virginia: of the commodities there found, and to be raised, aswell merchantable as others. . .". En 1590 se publicó junto con grabados de Theodore De Bry, cuyo

El informe de Hariot comienza con una completa y delicada descripción sobre los recursos naturales de la región,[10] como era habitual en los relatos de viaje de la época. En la tercera y última parte se detiene en la "naturaleza y manera de la gente", a la cual describe con la pluma del etnógrafo, destacando su organización social y política, como así también sus creencias y costumbres.[11] El informe, tal como fue concebido, debía dar garantías para el asentamiento permanente en Virginia. Por esa razón sostenía que los nativos, "con respecto a los problemas para nuestro asentamiento y plantaciones, no deben ser temidos, sino que tendrán razón para temernos y amarnos" (Hariot, 1904: 374).

Cabe destacar que Hariot mencionó las virtudes de los roanoke, pero siempre resaltando sus carencias y su simplicidad: "Comparados con nosotros ellos son pobres y, por necesidad de pericia y juicio en el conocimiento y uso de nuestras cosas, estiman en mucho nuestras bagatelas. Y a pesar de sus propias maneras (considerando la necesidad de los medios que nosotros tenemos), ellos parecen ser muy ingeniosos. Aunque no tienen tales herramientas, ni ninguno de tales oficios, ciencias ni artes como nosotros tenemos, aun en las cosas que ellos hacen, demuestran excelencia de ingenio" (Hariot, 1904: 375-376).

éxito editorial motivó su pronta traducción al alemán y al latín. La obra despertó tanto interés que, para 1625, ya se contaban no menos de veinte ediciones de ella (Izzo, 1971: 18).

10 Dos tercios del relato de Hariot están dedicados a este aspecto, donde describe suelo, flora, fauna y los alimentos y ventajas que se pueden obtener de ellos. También describe los minerales, plantas medicinales, tinturas, y lo que más le llama la atención, el tabaco. El autor resalta la calidad y/o potencialidad de los recursos encontrados, y ante la falta de otros, como los metales preciosos, sugiere su existencia aun no comprobada. Por ejemplo, cuenta que han encontrado perlas, pocas y de baja calidad, pero estima que hay mejores. A continuación dice que habrían recolectado cinco mil, pero que desafortunadamente las perdieron en una tormenta en el viaje de retorno.

11 Kupperman sostiene que Hariot estudió a los indígenas en su entorno y con sus propias lógicas, despegándose de los preconceptos que abundaban en este tipo de relatos (1984: 57-58).

Según Hariot, la superioridad tecnológica de los europeos puso en duda la religión de los nativos: "conversando con nosotros ellos entraron en dudas sobre sus creencias y demostraron no poca admiración por las nuestras (…) Muchas cosas que ellos vieron con nosotros, como instrumentos matemáticos, brújulas, un cristal de perspectiva que muestra extrañas vistas… armas, libros, la lectura y la escritura… eran tan extrañas entre ellos y en tanto excedía su capacidad de comprender la razón y los modos en cómo fueron hechos y para qué sirven, que ellos pensaron que eran más trabajos de dioses que de hombres, o que al menos nos habían sido enseñados por los dioses" (Hariot, 1904: 378).

Cuando se vieron asolados por las enfermedades europeas, los nativos atribuyeron cualidades sobrenaturales a los colonos, tal como explicó Hariot: "Como no había enfermos o muertos entre nosotros, no sabían si tomarnos como dioses o como hombres… y como notaron también que no teníamos mujeres ni nos interesábamos por ninguna de las suyas, por lo tanto tenían la opinión de que no nacíamos de mujeres y, entonces, que éramos inmortales" (Hariot, 1904: 381). Además, algunos tuvieron la profecía de que iban a llegar más generaciones de ingleses a matarlos y tomar sus lugares, algunos de los cuales serían "invisibles y sin cuerpos… y que harían que la gente muera de la misma manera en que por entonces morían, disparando balas invisibles dentro de ellos" (Hariot, 1904: 382). Hariot se valió de estas interpretaciones para reforzar la idea de superioridad europea, a lo que agregó que la enfermedad era un castigo divino hacia los indígenas que conspiraban contra los ingleses.[12]

---

12 Stephen Greenblatt, al igual que Karen Kupperman, subrayó la perspectiva etnográfica de Thomas Hariot. Al autor no le parece sorprendente que este apoye la idea de que Dios protege a la gente elegida, eliminando a los indígenas que no eran confiables. Lo que le llama la atención es que estuviera tan interesado en las especulaciones que los indígenas hacían para tratar de explicar el fenómeno biológico que los estaba aniquilando (Greenblatt, 1988: 36).

La conversión al cristianismo también parecía una empresa muy prometedora para Hariot: "En varias oportunidades y en cada pueblo que fui, siempre que me fue posible, hice declaraciones sobre el contenido de la Biblia, de que había un solo y verdadero Dios, hablé sobre sus poderosas creaciones, sobre la verdadera doctrina de salvación a través de Cristo, con muchos detalles de milagros… Si bien les dije que la Biblia, materialmente y en sí misma no tenía ninguna virtud, como pensé que ellos concebían, sino que contenía solo la doctrina, aun así muchos de ellos se contentaban con tocarla, abrazarla, besarla o sostenerla contra sus pechos y sus cabezas… para demostrarnos su ansioso deseo por conocer lo que decía" (Hariot, en Hakluyt, 1904: 379).

En la interpretación de Hariot, entonces, los nativos reconocían la superioridad de la cultura europea, letrada y cristiana, lo cual auspiciaba una fácil conquista, dado que los nativos verían la necesidad de someterse pacíficamente a sus benevolentes conquistadores. En suma, el científico inglés proponía una imagen positiva del indígena que invitara a inversores y aventureros a lanzarse a la empresa colonial de Virginia.

John White acompañó estos informes con mapas y dibujos en acuarelas donde representaba a jefes, sacerdotes, hechiceros, niños y mujeres, todos con cuerpos robustos y de atractivas proporciones. Destacó su laboriosidad, puesto que los pintó pescando, elaborando alimentos y construyendo canoas, y también les dio un lugar importante a sus ceremonias y otras costumbres. Según Kupperman, White les confirió dignidad y autosuficiencia a los indígenas y les permitió que hablaran por su propia cultura,[13] aunque el dibujo de la madre con la niña que lleva en su mano una pequeña muñeca inglesa desmiente en parte esta afirmación, puesto que

13 Kupperman agrega que White no quiso manipular la imagen de los indígenas y que por ese motivo los representó en posturas y actitudes que podrían haber parecido extrañas al ojo del europeo (1984: 49).

allí se manifiesta la penetración de elementos europeos en una cultura que aparece como receptiva.

Los dibujos de White serían una pieza clave para la promoción de la colonización. El geógrafo y compilador de relatos de viajes Richard Hakluyt, del círculo de Raleigh, decidió incluirlos en una nueva edición del informe de Hariot. Para ello convocó al célebre grabador alemán Theodore De Bry,[14] quien reinterpretó los dibujos de White y lanzó veintitrés planchas con las imágenes de los indígenas de Virginia que pronto recorrerían Europa en la nueva edición de la "Breve y veraz relación", de 1590. Apelando a los modelos estéticos de la Antigüedad grecorromana, De Bry exaltó la postura soberbia y el semblante severo de los personajes de White. Howard Mumford Jones ha llamado la atención sobre "su anciano en vestimenta de invierno que recuerda a Mario repudiando a Roma y un brujo que adopta exactamente la postura del heraldo Mercurio" (Jones, 1964: 25). De esta manera, los otros indígenas quedaban identificados a los otros antiguos, que en el imaginario del Renacimiento constituían el modelo por excelencia de la virtud cívica.

Puesto que la "Breve y veraz relación" era instrumento de propaganda, no contenía ningún episodio de conflicto con los indígenas. Pero lo cierto es que el proyecto colonial fracasó justamente por ese motivo. El primer ataque inglés del que se tiene noticia estuvo protagonizado por Grenville, quien se internó con un grupo a explorar la zona de Secotan, cuando advirtieron que les faltaba una copa de plata y, a modo de represalia, incendiaron los campos sembrados (Grenville, 1904: 316).

Gary Nash interpreta el ataque a Secotan como un recurso de los ingleses para amedrentar a los indígenas. Siendo

14 Cuando los expedicionarios de Roanoke retornaron a Inglaterra, Theodore De Bry (1528-1598) se encontraba en Londres, donde permaneció entre 1585 y 1588 trabajando como maestro de grabado.

que los colonos se encontraban en una posición vulnerable y eran conscientes de ello, la demostración de ferocidad serviría como lección para lograr la sumisión y la cooperación de los nativos (Nash, 1972: 208). Pero la política de intimidación y afirmación de la autoridad, que había resultado tan efectiva en las campañas inglesas en Irlanda, no tuvo los mismos efectos en América.

Pronto el maíz resultó insuficiente para alimentar al centenar de nuevos habitantes de Roanoke. No solo habían arruinado parte del preciado producto en Secotan, sino que eran incapaces de cultivarlo porque empezaba el invierno y se había pasado el tiempo de la siembra. Ante las magras perspectivas de abastecimiento, Grenville partió rumbo a Inglaterra en busca de refuerzos –ocasión que aprovechó para atacar, con éxito, flotas españolas y dejó como gobernador a cargo a Ralph Lane, un militar que había combatido junto a Raleigh en Irlanda y que además era experto en fortificaciones.[15]

Después del episodio de Secotan las relaciones con Wingina se volvieron muy tensas. Los colonos reclamaban más maíz del que los nativos eran capaces de proveer. Además, el propio Wingina y su séquito trasladaron su residencia desde el continente a la isla Roanoke, posiblemente para controlar más de cerca a los colonos. Lane en seguida desconfió de Wingina e intentó alianzas con las tribus subordinadas a los roanoke para erosionar su poder. En una incursión a Choanoke, logró la presunta lealtad del jefe local, Menatonon, pero a costa de secuestrar a su hijo y mantenerlo cautivo durante toda su estadía en Roanoke. Si bien Menatonon juró fidelidad a los ingleses, colaboró con los planes de Wingina para deshacerse de ellos.

15 Posiblemente esto último fue lo que decidió su nombramiento como gobernador (Kupperman, 1984: 23).

Menatonon le habló de la existencia de perlas y ricos minerales, que Lane pensó que podría ser oro, los cuales se encontraban río arriba. También le ofreció guías para que le enseñaran el camino, por lo que Lane se embarcó a lo que estaba pergeñado como una muerte segura. Mientras remontaba el río fue atacado por nativos desde la costa. Aunque los ingleses salieron ilesos del ataque, ya habían agotado sus alimentos, y de cada pueblo que visitaron obtuvieron la misma respuesta: que no tenían granos para darles. En su viaje de vuelta y con el grupo al borde de la inanición, pararon en un poblado para pedir alimentos, pero todos sus habitantes habían huido. Debe haber sido tal el desconcierto de Wingina cuando supo del regreso de Lane y su grupo entero, que por un tiempo ordenó el suministro de alimentos.

Las condiciones de supervivencia eran penosas. La ayuda de Grenville no llegaba y Lane se lamentaba porque sus hombres eran incapaces de proveerse el sustento (Kupperman, 1993: 49). En medio de ese panorama desolador, Wingina preparó un ataque para exterminar a los ingleses. Lane fue advertido por algún nativo enemigo de los roanoke y pudo prevenir el desastre. Mas aun, preparó su represalia: cruzó con un grupo al continente y, al grito de "Cristo, nuestra victoria", desencadenó la matanza de Wingina y siete u ocho jefes que estaban en ese momento junto a él.

Una semana después, en junio de 1586, los desesperados ingleses recibieron noticias de un barco de veintitrés velas amarrado en la isla de Croatan. Era Francis Drake, quien hacía una escala en su viaje de regreso a Inglaterra. Los colonos se embarcaron con él y de esa forma abandonaron la colonia. Al poco tiempo retornó Grenville con los tan esperados refuerzos, pero no halló a ninguno de los hombres que lo habían acompañado en 1585. De todas maneras, dejó quince hombres con provisiones para dos años, mientras se organizaba otra expedición para reforzar la colonia.

Un año más tarde, a mediados de 1587, John White volvió a Roanoke como gobernador de Virginia. A su cargo había ciento diez hombres y mujeres, entre los cuales se encontraba su hija. El abandono de Roanoke era total, puesto que no encontraron a los hombres que dejó Grenville, el asentamiento estaba destruido y los roanoke se habían retirado de la isla y también de la zona continental que controlaban. El panorama denunciaba la vehemente resistencia indígena al establecimiento europeo en la región. Los recién llegados no pudieron valerse de los alimentos que esperaban les proveyeran los nativos en intercambio. White intentó revertir esta situación trasladando a grupos de nativos pacíficos a Roanoke y bautizando a Manteo, a quien también nombró "lord" de Roanoke "bajo protección o tutelaje de Inglaterra". Pero dichos "honores" no resolvieron las dificultades, que de tan graves hicieron volver a White a Inglaterra en busca de refuerzos, para regresar dos años después y encontrarse con el mismo infortunio de tener que admitir que todos sus compatriotas –a los cuales se sumaba su nieta Virginia, que había nacido allí– estaban muertos.

Lejos de asumir responsabilidades por los abusos y atrocidades cometidos en Roanoke, los ingleses apuntaron al "salvajismo" de los indígenas como causante del fracaso. Desde entonces, primó una mirada negativa hacia los indígenas, y los discursos sobre la hidalguía, generosidad y laboriosidad se hicieron privativos de aquellos grupos que se aliaron con los ingleses en contra de los "salvajes" o que cooperaron con suministros. Pero aun en esos casos, los indígenas amistosos encerraban la cualidad de traidores. Como señala Gary Nash: "Los indígenas hostiles revelaban su verdadera naturaleza, mientras que los amistosos fingían amistad mientras esperaban una oportunidad para atacar, probando aun más abiertamente que sus belicosos compañeros, su naturaleza traidora" (Nash, 1972: 212).

Los colonizadores de 1607, bajo el auspicio de las compañías y con un fuerte aval de la Corona,[16] confiaron en que la bahía de Chesapeake sería la región propicia para la instalación efectiva de la colonia en el Nuevo Mundo. Asimismo, partían de la premisa de que era un territorio abundante en recursos naturales y escasamente poblado, por lo que la "convivencia" entre las diferentes culturas comportaría ventajas a ambas. Este ideario ya había sido expresado casi un siglo antes por Tomás Moro, quien imaginó la conquista en estos términos: "consideran los utópicos justa causa de guerra el que un pueblo tenga desierto y yermo parte de su territorio y no consienta la posesión y uso de ella a los que, por ley natural, tienen el derecho de hallar el sustento allí" (Moro, 1955 [1516]: 88).

En su *Historia General de Virginia*,[17] el capitán John Smith comentaba que en Chesapeake "la tierra no es populosa, por lo que son pocos hombres; de lo que tienen más número es de mujeres y niños… no tienen modo de alimentar a todos juntos, aun, porque toman poco provecho de su tierra…" (Purchas, 1906: 438). En estas líneas se sintetiza el criterio más recurrente a la hora de interpretar al otro: la transposición de los modelos europeos al Nuevo Mundo. Evidentemente, los colonos desconocían la organización de la producción de los algonquinos, que era básicamente agrícola pero con una cuota importante de actividad seminómada en lo que

16 A la luz de los reiterados fracasos de Roanoke, las empresas coloniales de principios del siglo XVII contaron con una organización institucional mayor, como la creación de consejos de gobierno, tanto en la colonia como en la corte. Los consejos, más que vulnerar la autonomía de los colonos, se habían instaurado para optimizar las posibilidades de asentamiento permanente en Virginia. La "Primera cédula a Virginia", de 1606, conferida por el rey Jacobo I a las compañías de Virginia y de Plymouth, establecía los límites de ocupación para cada una de estas compañías, como así también ordenaba el establecimiento de los consejos.

17 Smith, John, "The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles" [1624] ha sido en parte editada en el volumen de Purchas bajo el título de "The Description of Virginia" (Purchas, 1906: 420-459).

corresponde a la caza, la pesca y la recolección. En épocas posteriores a la cosecha, algunos grupos de hombres partían temporalmente de sus aldeas en busca de alimentos, lo cual podría ofrecer una explicación a la sorpresa de Smith por el mayor número de mujeres y niños. También podría darse el caso de que la comunidad entera se estableciera en otros sitios ante una mala cosecha. Por lo tanto, el prejuicio de la tierra escasamente poblada era una lectura errónea de su actividad económica, a la vez que una comparación falaz con el modelo urbano europeo. Asimismo, la presunta "irracionalidad" en la explotación de la tierra, tan diferente al modelo agrícola intensivo europeo, denotaba el desconocimiento sobre las posibilidades que ofrecía la tierra y el modo de explotarla.

La organización política de los nativos fue uno de los tópicos preferidos de los discursos coloniales de principios del siglo XVII. Los algonquinos de Chesapeake tenían una estructura política fuerte y compleja y, por sobre todas las cosas, opusieron una dura resistencia al avance inglés. Por ese motivo, los colonos se interesaron especialmente por conocer el sistema de jerarquías políticas, las alianzas y las rivalidades existentes, de manera de tender lazos con las "tribus amigas" en la tarea de someter a la máxima autoridad de la región. Para 1607, la hegemonía estaba en manos de Powhatan, que gobernaba sobre la región delimitada por los valles de los actuales ríos James y York. Powhatan gobernaba sobre aproximadamente treinta tribus, cada una controlada por un *werowance* o jefe local, ligado al máximo líder por lazos de parentesco (Hoxie, 1996: 509-510). Smith decodificó esta estructura según los modelos del Viejo Mundo: "la forma de su mancomunidad es el gobierno monárquico, un emperador rige sobre varios reyes o gobernantes" (Smith, 1907 [1624]: 454).

Con respecto a la guerra, John Smith informaba que "cuando ellos intentan alguna guerra, los *werowances* normalmente toman consejo de sus sacerdotes y hechiceros, y

de sus aliados y viejos amigos, pero principalmente son los sacerdotes los que determinan sus resoluciones. Cada *werowance* o algún compañero valeroso nombra capitanes sobre cada nación. Ellos rara vez hacen la guerra por tierras o bienes, pero sí por mujeres y niños, y principalmente por revancha. Ellos tienen muchos enemigos, todos a saber se encuentran al oeste, más allá de las montañas, y en la cabeza de los ríos..." (Smith, 1907 [1624]: 445).

"A pesar de que en el país la gente es muy bárbara, aún tienen entre ellos un tipo de gobierno, como magistrados, para el buen orden y sujeción y obediencia de la gente…" (Smith, 1907 [1624]: 454), afirmaba Smith, frase que condensaba los dos imperativos principales de su discurso: dominación y legitimación. Las informaciones sobre la organización política, la relación de fuerzas local y la dinámica de la guerra eran sumamente valiosas a la hora de establecer estrategias para ejercer la dominación sobre los nativos. La contracara era la necesidad de legitimar ese dominio, por lo que los discursos coloniales de principios del siglo XVII recalcaron la imagen del bárbaro, que se fue acentuando conforme a la resistencia de los indígenas.

Los ingleses arribaron a Jamestown en mayo de 1607 y cuando el fuerte estaba a medio construir, doscientos indígenas cometieron un ataque que tuvo como resultado dieciocho víctimas fatales (Smith, 1907 [1624]: 88). La enfermedad pronto multiplicó ese saldo y seis meses más tarde solo había sobrevivido la mitad. Mientras el comandante Newport regresaba a la metrópoli en busca de refuerzos, Jamestown estaba a punto de quedarse sin reservas y con el liderazgo debilitado por la lucha de facciones. Bajo ese panorama sombrío y con la esperanza de encontrar recursos, un grupo al mando de Smith remontó un afluente del río James.

Los powhatan enfrentaron a los expedicionarios, ejecutando a algunos y tomando prisioneros a otros. Entre los cautivos estaba el propio Smith, quien deslumbró al *werowance*

Openchancanough, hermano de Powhatan, enseñándole su brújula de bolsillo y hablándole de temas sencillos de astronomía y geografía (Smith, 1907 [1624]: 97). La fascinación de Openchancanough por estas novedades hizo que desistiera de ejecutar a Smith en ese momento, ordenando su traslado a la residencia de Powhatan. Así describe Smith, en tercera persona, el encuentro:

> Al fin lo llevaron a Meronocomoco, donde se encontraba Powhatan, su Emperador, y donde doscientos de aquellos siniestros cortesanos lo rodearon mirándolo [a Smith] con gran asombro, como si fuera un monstruo… Cuando entró para comparecer ante el rey, todos lanzaron un fuerte grito… después de agasajarlo en el mejor de sus bárbaros modos, confabularon largamente, mas la conclusión fue que trajeron dos gruesas piedras ante Powhatan; después, todos los que pudieron agarrarlo lo arrastraron hacia las piedras y pusieron su cabeza sobre ellas, listos para machacárselas con sus mazas. Pocahontas, la hija predilecta del rey, cuando todas las súplicas resultaron vanas, le tomó la cabeza entre los brazos y posó la suya sobre la de él para salvarlo de la muerte; entonces el Emperador se persuadió y lo dejó con vida, a condición de que fabricara hachas para él y campanillas, cuentas y moneditas de cobre para ella… (Smith, 1907 [1624]: 101).

Independientemente de su veracidad o falsedad,[18] el episodio heroico de Pocahontas señalaba, para los contemporáneos

18 Este episodio, correspondiente al invierno de 1607-1608, no fue incluido en la relación que Smith compuso durante su estadía en Virginia en el año 1608, cuyo título completo es *A True Relation of Such Occurrences and Accidents of Note as Hath Hapned at Virginia since the First Planning of that Colonie which is now Resident in the South part thereof, till the Last Return form Thence*. Fue recién en la *Generall Historie of Virginia*, de 1624, donde Smith expuso el heroico salvataje de Pocahontas, siete años después de la muerte de la mujer. Estos datos señalarían que se trató de un hecho falaz. Sin embargo, algunos autores especulan con que haya efectivamente ocurrido pero que Smith no se animó a narrarlo porque ser salvado por una niña no sería honroso para un militar de su talla.

europeos, el debido respeto y la entrega de los nativos ante lo que habrían asumido como una cultura superior.

A partir de la liberación de Smith se inauguró una dinámica de intercambio con Powhatan, que consistía en dar instrumentos de metal y armas por alimentos y mantas. Aunque Smith se consagró por este nuevo trato –y por ello fue nombrado presidente unos meses más tarde– lo cierto es que los nativos ejercían una presión importante en el intercambio. Al poco tiempo Smith optó por no entregar armas a quienes eventualmente podrían utilizarlas en su contra, y forzó la entrega de alimentos, intimidando a los indígenas con las mismas armas que se negaba a entregar a cambio. Esto tensó el vínculo con Powhatan, al punto que este reclamó a Smith:

> ¿Por qué tomar por la fuerza lo que pueden conseguir tranquilamente con la amistad, y por qué destruir a quienes les procuran el sustento? ¿Qué pueden obtener por la guerra? Podríamos esconder nuestras provisiones y huir al bosque; entonces se morirían de hambre por haber querido perjudicar a sus enemigos ¿Por qué nos tiene envidia? No estamos armados y deseamos darles lo que pidan, si vienen en plan amistoso y no con espadas y pistolas, como para hacer la guerra a un enemigo. Sepa que no soy tan ingenuo como para no reconocer que es preferible comer buena carne y descansar tranquilamente con mis mujeres y mis hijos, reír y regocijarme con ustedes, recibir de ustedes objetos de cobre, hachas y todo cuanto deseo, más bien que tener que huir y helarme en el bosque… (Smith, 1907 [1624]: 158).

En estas líneas se evidencia el especial interés que tenían los indígenas en intercambiar maíz por objetos que les resultaban útiles, no solo para simplificar aspectos de la vida corriente o marcar jerarquías internas, sino también para posicionarse mejor ante un eventual enfrentamiento, fuera

contra los adversarios locales, o contra los invasores europeos. Sobre este punto, Kupperman sostiene que los indígenas pudieron haber terminado con Jamestown dejándolos morir de hambre, pero que no lo hicieron porque veían el beneficio de tener a los ingleses como vecinos, lo que implica considerar a los nativos no como simples víctimas sino como agentes activos, estableciendo la agenda de los encuentros y controlando las acciones de los colonizadores (Kupperman, 2000: 14).

La colonia pudo mantenerse, en los primeros y más críticos años, por el intercambio con los nativos que se encontraban en una relación de fuerzas favorable y también por dos nuevos contingentes de hombres y provisiones que llegaron en el año 1608 bajo el mando de Newport. Estos refuerzos poco hicieron por morigerar la ola de mortalidad que afectaba a Jamestown, mientras que las relaciones con los nativos se deterioraban en una relación directamente proporcional al arribo de los nuevos colonos. Una de las tácticas de resistencia ensayadas por Powhatan fue la de informar sobre la existencia de riquezas minerales, pieles y alimentos en abundancia,[19] que se encontrarían en zonas septentrionales y que estarían bajo el control de una etnia rival. Así podría lograr descomprimir sus tierras de extranjeros, por un lado, y transferir los problemas de la colonización a sus enemigos locales, por otro. Ante el penoso panorama, Smith se arrojó a la aventura, para volver con sus manos vacías y su odio exacerbado.

Entretanto, Newport llegó de su segundo viaje de asistencia, en octubre de 1608, portando nuevas directivas del Consejo de Virginia de Londres para llegar a un pacto con Powhatan. El plan consistía en coronar a Powhatan en nombre

19 Smith hace referencia a la búsqueda de metales preciosos, pieles, madera, pescado, frutos, además de conocer la geografía de la región y, en el mejor de los casos, encontrar el paso naval que condujera al Pacífico (Fishwick, 1965: 71).

del rey Jacobo I, subordinado a su égida. Según Wesley Frank Craven, esta medida permitiría integrar a los colonos en el ordenamiento político bajo la soberanía de Jacobo I, respetando el derecho de propiedad indígena sobre la tierra (Craven, 1944: 65-82 y 68). Menos condescendiente con los objetivos de los colonizadores, Alden T. Vaughan sostiene que esta medida, si bien no confería títulos de propiedad sobre la tierra a los colonos, podría justificar acciones en nombre del rey en eventuales disputas sobre fronteras, tratados, comercio o jurisprudencia (Vaughan, 1975: 43).

Además de una corona de cobre para la ceremonia, Newport había llevado algunos muebles y vestimentas, como así también la instrucción de construir una residencia de estilo inglés para Powhatan. Como era de prever, Powhatan se opuso a la iniciativa de ser designado líder de las comunidades que efectivamente dominaba y, por otra parte, a tener que admitir otra autoridad por encima de la suya. Por eso se rehusó a ir a Jamestown para la ceremonia, por lo que los ingleses tuvieron que ir donde él se encontraba. Como este se resistiera a arrodillarse y ponerse la corona, entre tres ingleses lo sujetaron y le colocaron la corona a la fuerza. Newport volvió a Inglaterra convencido de haber revertido positivamente la relación con los indígenas. Pero esta farsa del rito feudovasallático no solo no colaboró con los planes de conquista, sino que acentuó la resistencia.

Desde entonces, Smith recurrió casi exclusivamente a la intimidación y al uso de la violencia para conseguir el maíz. En los seis meses posteriores a la partida de Newport, Smith llevó a cabo la matanza de una docena de indígenas, la encarcelación y la toma de rehenes de otros tantos, la confiscación de alimentos y ataques sorpresivos e incendios de poblados. Powhatan en varias oportunidades trató de deshacerse de Smith ordenando su envenenamiento, tramando emboscadas o mediante conjuros, a lo que Smith respondió con lo que él llamaba “ataques preventivos”.

Vaughan sostiene que esta dinámica fue posible porque Powhatan y Smith "tenían una rencorosa admiración el uno por el otro, y por momentos exhibían una cordialidad superficial. Pero cada uno consideraba al otro su principal adversario, al que había que destruir si fuera necesario" (Vaughan, 1975: 50). En este juego de fuerzas, por momentos Powhatan accedió a entregar el grano, y por momentos dificultó o negó el suministro, poniendo en jaque la supervivencia de los colonos.

Este difícil contexto fue acompañado por imágenes negativas de los indígenas, acentuando principalmente su cualidad de traidores para justificar, por otro lado, el uso de la violencia contra ellos. Los colonos sospechaban constantemente de los indígenas, aun cuando estos tuvieran gestos amistosos. Smith los consideraba "astutos, rápidos de entendimiento y muy ingeniosos. Algunos tienen una disposición temeraria, otros audaz, la mayoría son cautelosos, todos son salvajes…" (Smith, 1907 [1624]: 439).

Según Kupperman, la idea de traición no se derivaba de lo que los ingleses creían la naturaleza inferior de los indígenas, sino de la situación objetiva respecto a las posibilidades de colonización. Los nativos serían capaces de explotar la vulnerabilidad inglesa en cuanto se les presentara la ocasión, algo que era lógico desde el punto de vista militar inglés. Entonces, en la idea de traición, los colonos asumían a los otros como rivales válidos y a la confrontación como una lucha entre fuerzas más o menos equivalentes (Kupperman, 1977: 263-287).

Por esta razón, Smith confiaba en la superioridad militar inglesa para cumplir con los propósitos coloniales, algo que sería evidente también para sus enemigos, que se esforzaban por conseguirla. Según Smith, "todas las cosas que estén disponibles más allá de su prevención ellos adoran con una especie de culto divino, como el fuego, el agua, el rayo y el relámpago, nuestra artillería… caballos, etc." (Smith, 1907 [1624]: 449).

En una ocasión, el capitán vio que un grupo de indígenas "conservaba cuidadosamente un saco de pólvora hasta la primavera siguiente, para plantarla como hacían con su grano" (Smith, 1907 [1624]: 100). A pesar de la jactancia de Smith, lo cierto es que un arquero algonquino era capaz de lanzar una docena de flechas en el mismo tiempo en que un inglés disparaba dos balas con su arma de fuego (Kupperman, 1977: 272). Esto, sumado a la inferioridad numérica de los ingleses y la debilidad física producto de la mala alimentación, exacerbó los métodos violentos de los ingleses. La crueldad, entonces, fue la medida de la vulnerabilidad de los ingleses. Las atrocidades cometidas contra los nativos fueron vistas no como un recurso defensivo o desesperado, sino como tácticas de una guerra justa contra los "salvajes".

Uno de los recursos discursivos para enfatizar el carácter "bárbaro" de los nativos fue la analogía entre indígenas e irlandeses, puesto que, como señala Jones, "la antipatía popular que inspiraron las expediciones de conquista de Irlanda condicionó de manera inevitable la actividad colonial en América del Norte" (Jones, 1964: 134-137). Esta afirmación se sustenta en el hecho de que varios de los involucrados en la empresa ultramarina habían participado previamente en las campañas contra los católicos rebeldes en Irlanda, como Walter Raleigh, Humphrey Gilbert, Francis Drake, Ralph Lane y Lord De la Warr. En los relatos de la experiencia colonial aparecen con frecuencia las comparaciones, principalmente respecto de los refugios y las vestimentas de los indígenas, como por ejemplo en la *Historia General* de Smith, donde "los de mejor condición usan largas mantas de piel de ciervo, no muy diferentes al estilo de las mantas irlandesas" (Smith, 1907 [1624]: 440). Aun asumiendo que estos paralelismos eran más accidentales que formativos del discurso colonial, como sostiene Vaughan (1995: 42), colaboraron con la instauración de la imagen del bárbaro americano ante un público que, por la

experiencia próxima y concreta de las masacres en Irlanda, podía identificar la conquista de pueblos bárbaros con la gloria del reino británico.

En agosto de 1609, llegó a Jamestown una importante flota que la Compañía de Virginia había enviado con la intención de reorganizar la colonia. El *Sea Adventure*, el barco que transportaba al flamante gobernador Sir Thomas Gates, junto con el nuevo cuerpo de consejeros y funcionarios designado para la colonia, había naufragado en las costas de Bermudas. Allí, envueltos en episodios de sediciones y autoritarismo, pudieron construir dos pinazas con las que llegaron a Virginia en mayo de 1610.

Desde que Smith regresó a Inglaterra, en octubre de 1609, la situación empeoró hasta límites impensados. Los indígenas asumieron una actitud de completa resistencia, negándose a cualquier tipo de intercambio y atacando en cada oportunidad que se presentaba. Los discursos que acompañaron este proceso radicalizaron la imagen de la barbarie. En 1609, el sermón del reverendo Robert Gray pregonaba que "si bien el Señor ha dado la tierra a los hijos de los hombres… la mayor parte de ella está… equivocadamente usurpada por bestias salvajes e irracionales criaturas, o por salvajes brutales, que por razón de su ignorancia de Dios y su idolatría blasfema, son peores entonces que las bestias que hay en la mayor parte de la naturaleza" (Nash, 1972: 211).

La atroz hambruna del invierno de 1609-1610 fue relatada por George Percy, quien sucedió a Smith provisoriamente hasta que llegara Gates. Percy relató que algunos de sus hombres fueron "conducidos por el hambre insufrible, de manera antinatural, a comer excrementos de hombres, sea de nuestra nación o de la de los Indios [y] a otros a desenterrar los muertos que habían enterrado tres días antes para devorarlos completamente" (Vaughan, 1995: 66). El número de víctimas era escalofriante; de los aproximadamente quinientos colonos que había al momento de la

partida de Smith, se contaban cerca de sesenta seis meses después. Algunos capitanes volvieron a Inglaterra; el propio Gates, que tantos periplos había atravesado para llegar a Virginia, la abandonó en apenas dos semanas, llevándose a los que pudo con él.

El cargo de gobernador pronto fue adoptado por Lord De la Warr, quien impuso una dura disciplina de trabajo entre los colonos, y poco a poco se fue estabilizando la colonia, con cosechas propias y dos nuevos emplazamientos estratégicamente ubicados. Tanto De la Warr como los gobernadores que le sucedieron mantuvieron una política de violencia esporádica con los nativos. En 1610 y 1611, los ingleses condujeron tres ataques muy crueles. Aunque la colonia se fue afirmando en una dinámica de confrontación directa con los indígenas, también existieron casos en los que estos fueron contratados como jornaleros (Nash, 1972: 218). Para entonces, el cultivo del tabaco ya daba señales de convertirse en el principal producto comercial de la región.

Consecuentemente, la presión sobre la tierra fue cada vez más fuerte, lo que llevó a algunos a optar por estrategias pacíficas con los indígenas, debatiéndose entre la compra de tierras, la alianza o la evangelización de los algonquinos. En 1613, un grupo raptó a la joven Pocahontas para negociar la pacificación. John Rolfe, quien había viajado en el *Sea Adventure* y que por entonces había logrado cierta prosperidad como plantador de tabaco, se casó con la "princesa", conversión mediante. Bautizada ahora con el nombre de Rebeca, Pocahontas viajó con Rolfe a Inglaterra en 1616 y, cual trofeo de conquista, fue exhibida en la corte. Allí la entrevistaron Walter Raleigh y John Smith, a quien no demostró reconocer. Pocahontas contrajo viruela en el invierno londinense de 1617 y murió en marzo de ese año.

Rolfe volvió a Virginia y allí expandió sus negocios como plantador. Virginia ya se había convertido en una tierra de

promesas; solamente en 1619 arribaron 1.261 inmigrantes (Fishwick, 1965: 84), entre los cuales llegaron los primeros esclavos africanos.[20] Para entonces, la Compañía de Virginia, bajo el liderazgo de Edwin Sandys, ordenó la evangelización de los indígenas, medida que era del todo inaplicable para los que seguían resistiéndose a adoptar la cultura de sus enemigos. La dinámica de ataques esporádicos, de un lado y del otro, se mantuvo, hasta que en marzo de 1622, en respuesta por el asesinato de un miembro respetado de la confederación powhatan, los indígenas cometieron un ataque brutal, conocido como la "masacre de 1622", en la cual murieron 347 colonos, aproximadamente un cuarto de la población total. A esto siguieron otras calamidades, como la peste de 1622-1623, que se cobró dos veces la cifra de víctimas de la masacre, y la bancarrota de la compañía de Virginia, que terminó en su disolución a mediados de 1624. Desde entonces, Virginia pasó a jurisdicción de la Corona.

Ninguno de estos hechos alteró la dinámica de exclusión o exterminio de los algonquinos de Chesapeake sino que, por el contrario, la acentuaron. En el plano de la retórica, se recurrió a cualquier tópico que los definiera como infames salvajes. Como escribió un testigo en 1622, los indígenas eran "por naturaleza indolentes, holgazanes, viciosos, melancólicos, descuidados, de malas condiciones, mentirosos, de escasa memoria, sin constancia ni verdad" (Waterhouse, en Nash, 1972: 221).

La colonización del Nuevo Mundo se abrió como una maravillosa oportunidad para expandir el conocimiento sobre la condición humana. Sin embargo, la cultura occidental permaneció presa de la dicotomía civilización-barbarie, que tantas penurias, infamia y muerte trajeron a los pueblos originarios.

---

20 Aunque al principio fueron recibidos como jornaleros libres, el temprano arribo de africanos presagiaba el modo de producción esclavista.

Aunque tardíamente lanzados a la conquista de América y conocedores de las atrocidades de la conquista española, los ingleses de fines del siglo XVI y principios del XVII fueron incapaces de trascender las limitaciones del modo tradicional de interpretar a los otros. La mirada del otro se gestaba necesariamente en la cultura occidental de la Edad Moderna, esencialmente cristiana pero, por sobre todo, con un fuerte maridaje entre realidad y fantasía.[21] Si el indígena pudo ser el arquetipo de la inocencia edénica, de la virtud de los antiguos o de la monstruosidad de los bárbaros, eso se debió, también, al plano de la necesidad.

Las primeras y penosas experiencias en Roanoke requirieron de un cuerpo de propaganda que fomentara el envío de hombres y la inversión de capitales destinados a colaborar, junto a los delicados y nobles nativos, en el trazado de la civilización. En las imágenes utópicas de De Bry se encontraban semblanzas de héroes, divinidades y ninfas de la Antigüedad, contrastando, por un lado, con las difundidas imágenes de barbarie y canibalismo que se desprendían de la experiencia colonial ibérica y, por otro lado, con las prácticas de violencia, abuso y asesinato de nativos cometidas por los ingleses.

En Chesapeake, como sentenciara Smith, "todos son salvajes", depositarios de todas aquellas cualidades que podían asociarse con una cultura "inferior" o, dicho de otra manera, desprovistos de todas las instituciones y prácticas que, para los europeos de la modernidad, definían a una cultura civilizada. Idolatría, brutalidad, tiranía, traición, holgazanería se convertirían en las claves para interpelar a los indígenas y legitimar las aberrantes acciones en su contra.

---

21 Christopher Hill señala que la débil línea entre lo racional y lo irracional en la mentalidad de los ingleses del siglo XVII se debía fundamentalmente al predominio de la religión cristiana en todas las esferas de la cultura, pero también a los riesgos y penurias que comportaba la vida cotidiana (Hill, 1994: 28).

Si a diferencia del caso peninsular, la evangelización no fue más que un tibio deseo, sí se hicieron intentos por convertir a los indígenas en súbditos de Inglaterra, como quedó demostrado en el nombramiento de Manteo como "lord" o en la farsesca coronación de Powhatan; sin embargo, el simbolismo de estas acciones no tuvo el impacto esperado a la hora de la conquista; más bien fueron tentativas de legitimación reconocidas por los ingleses involucrados o interesados en la expansión en el Nuevo Mundo.

Un rasgo típicamente moderno de las primeras experiencias coloniales de Virginia, tanto en Roanoke como en Chesapeake, fue que la ciencia y la técnica ocuparon el papel liberador de la religión.[22] Los instrumentos de navegación de Hariot fascinaron tanto a los algonquinos de Roanoke, que les atribuyeron a sus dueños cualidades sobrenaturales. Asimismo, los algonquinos de Chesapeake adoraban a los caballos y la artillería inglesa, y el propio Smith fue salvado de la muerte cuando enseñó su brújula de bolsillo. Si los indígenas apreciaron esas creaciones de la cultura occidental, también fueron capaces de negociarlas para integrarlas a su propia cultura.

En la historia de los orígenes de la colonización de Virginia, los líderes algonquinos resistieron el proyecto colonial de Virginia y los eventuales intentos de aculturación, proceso que contribuyó a forjar la imagen de inferioridad del indígena que ha permanecido, indeleble, hasta nuestros días.

22 El papel liberador de la ciencia y la técnica ha sido tratado por Noble, David F. (1999).

En torno a la idea de Naturaleza en el siglo XVIII El impacto que el descubrimiento del Nuevo Mundo ejerció sobre ella[1]

Carolina Martínez

Como bien lo ha señalado Robert Mauzi al analizar la idea de felicidad en la literatura y pensamiento franceses del siglo XVIII, "...la Philosophie des lumières n'est pas faite seulement de lumières"[2] sino también de claroscuros y sombras espesas de donde la luz sale solo a través de patéticos combates: "survivance de la pensée magique, déguisements nouveaux d'une métaphysique déjà bien vieille!"[3] Existe así lo que el autor denomina un revés o lado oscuro del Siglo de la Luces que en su opinión contiene tanto del alma de aquellos tiempos como el racionalismo de los *Philosophes*.

En temas concernientes al modo en que Europa contempla y evalúa los pormenores de la *vida salvaje*, Michèle Duchet pareciera plantear argumentos similares a los que

1 El presente trabajo fue presentado en las XII Jornadas Interescuelas de Historia, realizadas en San Carlos de Bariloche en el mes de octubre de 2009. (Todas las citas en francés han sido traducidas por la autora en nota a pie de página)

2 Mauzi, Robert (1979): "La filosofía de las Luces no está hecha solamente de luces. . .".

3 Mauzi, Robert (1979): "(. . .) pervivencia del pensamiento mágico, nuevos disfraces de una metafísica para entonces bastante vieja." Para este autor, el siglo XVIII no es una época de revuelta sino una época de transición entre el pensamiento teológico y el pensamiento positivo.

Mauzi aplica para la totalidad del siglo XVIII. Reinan la ambigüedad y el debate en torno a la naturaleza de las poblaciones descubiertas en ultramar: "Desde la miseria del hombre civil hasta la barbarie de los civilizados, desde la incertidumbre de la vida salvaje hasta el bienestar del hombre natural", en el siglo XVIII, "se extiende toda una temática del estado salvaje que nos da testimonio de una visión ambigua, en la que aflora la percepción de una realidad contradictoria; no se puede separar a los buenos salvajes de los malos tan fácilmente...".[4]

Aunque dicha ambigüedad en torno a la naturaleza del hombre salvaje había sido también característica de los siglos precedentes, se volverá aún más pronunciada cuando, a mediados del siglo XVIII y a medida que se incrementen en Francia los viajes ultramarinos con fines exploratorios, aumente el número de viajeros que con sus mentes pobladas de las más diversas concepciones y creencias en torno a lo que esperan y desean ver del Nuevo Mundo, partan y escriban sobre aquello que ven con ojos maravillados. "Le XVIII siècle a le goût de l'étrange et du merveilleux,"[5] sostiene Robert Mauzi. Los relatos de viaje ultramarinos de esta misma época parecieran dar cuenta de ello.

Otros autores, sin embargo, no han visto en los debates del siglo XVIII más que un renovado interés por discutir una serie de temas y presupuestos teóricos que ya desde el siglo XVI habían delimitado bandos entre adeptos y detractores del Nuevo Mundo. En principio, esta parece haber sido la perspectiva adoptada por obras de divulgación orientadas a un público general: "Para el caso de América, en el Siglo de la Ilustración y las Luces renace la imagen que pintaron con negros colores los más empecinados litigantes del siglo

4 Duchet, Michèle (1975: 13): "Debate interminable, cuyo objeto no es tanto, finalmente la condición del salvaje, como la condición del civilizado y el sentido de la historia humana."

5 Mauzi, Robert (1979: 9): "El siglo XVIII gusta de lo extraño y lo maravilloso".

XVI. Vuelve la duda secular sobre la bondad de la tierra o la racionalidad del hombre del Nuevo Mundo. Se discute si el europeo que va a establecerse allá no se encamina hacia su propia degeneración. Los debates de la Academia de Ciencias de París recuerdan la polémicas entre el padre Las Casas –enamorado de la tierra y el hombre americanos– y Sepúlveda, su detractor" (Arcinegas, 1975: 172).

Por las características que adquirió en el siglo XVIII, la imbricada relación entre descubrimiento y conquista presentó, sin embargo, muchísimas más aristas o sutilezas de las que había presentado en el siglo XVI y de las que volvería a presentar en el siglo XIX (Bourguet, 1996: 285). Son los relatos de viaje producto de este siglo los que con más claridad manifiestan no solamente el gusto por lo maravilloso al que Mauzi se refiere sino también aquella alianza entre ciencia, progreso y comercio que de forma compleja también se tejió en esta época.[6]

Así, en el contexto de la Ilustración, publicar los resultados de novedosas exploraciones no solo devino un símbolo de reconocimiento y prestigio para quienes volvían exitosos de ultramar sino que también respondió al deseo ilustrado de transmitir el conocimiento adquirido a quienes seguirían la senda del comercio y la exploración abierta por ellos o al público en general: "Car écrire est un devoir, que rappelle l´abbé Prévost: Un véritable voyageur doit travailler pour la postérité autant que pour soi-même,

6 Duchet, M. (1975: 83): "Prévost (...) creaba una actitud nueva respecto de la literatura de viajes, que se refleja precisamente en el lugar cada vez más grande que se le consagra en los periódicos. La *Historie des voyages* contribuyó sin duda a acelerar una evolución que en la segunda mitad del siglo XVIII tiende a convertir los relatos de viajes en una literatura de consumo corriente, cuya producción y difusión se transforma. Las colecciones *in-folio*, verdaderos objetos de arte, enriquecidas con grabados y estampas, desaparecen poco a poco. La edición in *quarto* de la *Histoire des voyages* va acompaniada de una edición menos suntuosa, destinada a un público más amplio: esta preocupación por el formato de 'bolsillo' se inspira en la idea de que un relato de viaje debe caber fácilmente en el equipaje de un navegante, que es ante todo una obra instructiva, una suerte de 'guía' que lleva uno consigo".

et rendre ses écrits utiles a tout le monde."[7] En 1770 dirá el editor de la *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines* sobre la obra: "Il s´agit ici d´être utile au genre humain, et non a quelques négocians d´une Compagnie des Indes."[8] La profusión de relatos de viaje en esta época hablará también de la avidez con la que el público lector se interesaba por conocer tanto las experiencias de viajeros como también el carácter y las costumbres de las poblaciones descubiertas. Publicar relatos de viajes exóticos se convertía entonces en garantía de éxito editorial.[9]

Dentro de los muchos temas que los relatos abordaban, las bondades que presentaba para muchos viajeros la isla de Tahití, así como también el mito en torno a la naturaleza de los patagones al sur del continente americano, en muchas ocasiones se convirtieron no solo en temas de actualidad sino en objeto de interminables discusiones que la mayoría de las veces no hacían más que incrementar la cantidad de relatos publicados sobre cada tema.[10] "Junto con los enanos de Madagascar, los patagones, (...) serán uno de los más notables enigmas antropológicos de mediados del siglo (...)" sostendrá Duchet (1975: 59).

---

7 Bourguet, M. N. (1996: 327): "Porque escribir es un deber, nos lo recuerda el Abate Prévost: el verdadero viajero debe trabajar tanto para la posteridad como para sí mismo, y volver sus escritos útiles a todo el mundo". La autora continúa: "De fait, avec 3.540 titres, français et étrangers –soit plus du double du siècle précédent–, la littérature de voyage, jusqu´alors part mineure de la production du livre, devient au XVIIIe siècle un genre conquérant".

8 Pernety, Dom (J.-A.) (1770b: 74): "Se trata aquí de ser útil al género humano y no a algunos comerciantes de una Compañía de Indias". Anteriormente el editor se refiere a la publicación en los siguientes términos: el viaje "est d´une utilité plus générale, soit pour les souverains, soit pour tous les hommes qui pensent, par la facilité qu´il donne de pénétrer dans les Terres Australes, et de vérifier ce que tant de voyageurs ont écrit sur l´existence de ces géants du Pole qu´on nomme les Patagons".

9 La obra de Pernety, por ejemplo, se publicará en París, en Londres y en Berlín, y será traducida a varios idiomas.

10 Duchet, M., (1975: 58): "Es como si la imagen de los tahitianos hubiese cristalizado dos visiones antinómicas del mundo y del hombre salvaje... Casi solo los patagones pudieron disputar a los tahitianos el honor de la actualidad."

Al analizar los componentes del relato de viaje en el siglo XVIII, junto al gusto por lo maravilloso y la utilidad comercial o científica que pudiera tener tal o cual relato de viaje, existe un tercer componente que también debería ser tenido en cuenta. En el Siglo de las Luces y en la mayoría de las veces, tanto para refrendar ciertas posturas como para desacreditarlas, el relato de viaje se inscribirá con fuerza en los debates filosóficos de la época.

Tal es el caso de Dom (J.-A.) Pernety, monje benedictino que en 1763 acompañará como capellán de navío a Louis Antoine de Bougainville en viaje a las Islas Malvinas. En tanto testigo de aquello que ve, en la *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines* (obra publicada en 1770 a raíz del mencionado viaje) el viajero francés presenta detalladamente las costumbres, usos y características de aquellas poblaciones que encuentra en su trayecto a las Islas Malvinas. Describe con sumo detalle a los portugueses de Santa Catarina y a los habitantes de Montevideo durante el tiempo que permanece allí; y tal vez porque Pernety posee, como muchos de sus contemporáneos, esa *volonté de connaissance* que tanto caracterizó al Siglo de las Luces (Bourguet, 1996: 298), agrega sus impresiones de la flora y fauna encontradas, refiriéndose a su forma y color pero también a sus posibles usos medicinales o económicos, según el caso.[11]

Sin embargo, más allá de esta *volonté de connaissance*, los escritos de Pernety también deben comprenderse en el debate intelectual de su tiempo; debate que en 1770 lo hizo adoptar una firme posición contra la idea de una América degenerada sostenida en aquella misma época por el abate Cornelius de Pauw. Tanto la *Histoire d´un voyage…* y su posterior *Dissertation sur l'Amérique et les Américains* (1770a)

11 Recordemos la importancia que estos exploradores daban a la búsqueda de plantas útiles para fines comerciales. Bourguet, M. N. (1996: 318): . . .un souci économique et utilitaire pousse a la recherche de plantes nouvelles pour leur acclimatation en Europe et dans le monde".

de Dom (J.-A.) Pernety, como las previamente publicadas *Recherches philosophiques sur les Américains ou Mémoires intéressants pour servir à la Histoire de l'Espèce humaine* (1768) de Cornelius de Pauw, nacieron de la necesidad, en aquel entonces, de comprobar o desacreditar según el caso, la serie de mitos y creencias que desde los primeros años de su descubrimiento habían poblado América.

Haciendo especial hincapié en la obra de Dom (J.-A.) Pernety, a continuación analizaremos cómo en la particular polémica entre Pernety y De Pauw aparecen las máximas debatidas en aquel entonces en torno a la naturaleza del Nuevo Mundo como así también las líneas menos racionales y oscuras del siglo comúnmente considerado formativo del discurso filosófico de la modernidad.

El caso de Dom Pernety

Al primer viaje de circunnavegación francés emprendido por Louis Antoine de Bougainville en 1766 y ampliamente difundido a través del *Voyage autour du monde* que fue publicado con las características de un informe estatal en 1771, le antecedió sin embargo el viaje que Bougainville había emprendido a las Islas Malvinas en 1763. A ellas había viajado acompañado, entre otros, de los expertos navegantes Nicolás-Pierre Duclos-Guyot y François Chenard de La Giraudais, pero también del abate benedictino Dom (J.-A.) Pernety, quien en el transcurso del viaje ofició de capellán pero también de escribiente. De lo que este escribió en torno a la experiencia ultramarina surgió en 1770 la *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 et 1764; avec des observations sur le Detroit de Magellan et sur les Patagons*,[12] obra

12 Un ejemplar de esta primera edición se encuentra en el Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" de la Ciudad de Buenos Aires y es el utilizado en el presente trabajo.

inmediatamente traducida al inglés bajo el título completo de *The History of a Voyage to the Malouine (or Falkland) Islands, made in 1764, under the command of M. de Bougainville, in order to form a settlement there; and of two voyages to the Streights of Magellan, with an Account of the Patagonians* (1771).

La previa escritura de un *Journal,* primera y más directa versión de lo sucedido en el viaje (también obra de Pernety), habría obedecido a su vez a la ordenanza de la marina francesa, expedida con prescripción real en 1689 (hubo una segunda en 1765), según la cual "todos los oficiales de a bordo –sin excepción– debían llevar consigo y redactar su propio *Journal de navigation.* (…) También existían relatos de viaje donde se asentaban hechos más bien infrecuentes que complementaban el *Journal* y cuya redacción estaba exenta de toda jerga náutica."[13] Para estos viajeros, resultaba este tipo de escritos una primera instancia de apropiación de la realidad circundante.[14] Y a esta primera instancia le seguía usualmente el mencionado proceso de edición de la obra ahora sí destinada al gran público.[15]

Así, la edición de la *Histoire...* (dividida en dos volúmenes) comporta diferentes secciones. Una primera de veinte capítulos que trata sobre la historia del viaje propiamente dicha: en esta parte Pernety habla de las singularidades de la naturaleza americana, de la historia natural de Brasil y el Río de la Plata, del establecimiento francés en las

---

13 Bougainville, L. A. (1954 [1772]: 35). Ver también Bourguet, M. N., (1996: 314): "Pratique depuis longtemps habituelle des navigateurs, rendue obligatoire pour les officiers de la marine franchise par les ordonnances de 1689 et 1765, la tenue d´un journal est a plus forte raison exigée de tous les membres des grands voyages d´exploration, officiers comme savants."

14 Bourguet, M. N. (1996: 314): "Emplis de mesures et d´observations savantes, de détails, de dates et de lieux, ces journaux sont un premier travail d´enregistrement qui, aussi neutre et complet qu´il se veuille, déjà opère parmi la masse des faits et des expériences de jour une première sélection".

15 En este sentido es interesante observar como en la primera edición de la *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines* se ha incluido también una copia del *Journal du voyage*, aclarando que por los datos suministrados en él, tal vez no despierte el interés del público general.

Islas Malvinas y del retorno a Francia así como también, entre otras cosas, de las bondades de la yerba mate en el Paraguay. Le sigue una sección titulada *Observations sur le Detroit de Magellan, et sur les Patagons. Pour servir de suite et d´éclaircissement au Voyage de* que incluye descripciones del segundo viaje que Duclos-Guyot realiza a las Islas, algunos relatos de M. de la Giraudais y una selección de cartas de Bougainville. La edición se completa con el *Journal du voyage* de Pernety que incluye, a pesar del editor, recetas para elaborar algunos remedios dadas a Pernety por el *Gardien des Cordelier* de Montevideo. Por último, en la tercera sección se adosa un diccionario con los términos de marina empleados en la misma edición.

En 1770, Pernety también publicará (esta vez en Berlín) su *Dissertation sur l´Amérique et les Américaines,* contra *les Recherches philosophiques de Mr. de P****,[16] obra publicada en 1768 por el abate Cornelius de Pauw. En la *Dissertation...* (obra que analizaremos en detalle en las siguientes páginas) así como lo había hecho en la *Histoire…*, Pernety hablará de las bondades de la flora y de la fauna americanas contra la teoría de la degeneración americana postulada por Cornelius De Pauw. Así, convertirá cada observación, cada experiencia vivida, en prueba fehaciente contra las declamaciones de De Pauw. Ya en la *Histoire d´un voyage…*, por ejemplo, tras describir las propiedades curativas de muchas de las plantas encontradas en Montevideo, Pernety habría concluido: "En général les plantes de Montevideo sont très curieuses, et elles deviendroient beaucoup plus célebres, s´il se trouvoit dans le Pays quelque Jussieu, ou quelque Tournefort".[17] Al hablar sobre el aspecto físico de los indios del Paraguay sostendrá: "Ceux que j´ai vûs étoient bien faits; ils avoient le corps droit, la

16 Obra que también se encuentra en la colección sobre viajes y viajeros del Museo Etnográfico.

17 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 324): "En general las plantas de Montevideo son muy peculiares, y serían muchísimo más célebres si en dicho país hubiese algún Jussieu o Tournefort".

jambe et le bras bien tournés, la poitrine large, et tous les muscles du corps bien dessinés".[18] Seguidamente hablará positivamente de sus costumbres.

De la fauna encontrada en Brasil, Pernety también señalará que tanto los tigres como los leopardos así como otras bestias feroces son "beaucoup plus cruels et plus gros que ceux d´Afrique et des Indes Orientales".[19] Las críticas a De Pauw son también ataques indirectos al conde de Buffon,[20] naturalista en cuyas ideas De Pauw se habría inspirado en un principio para construir su propia teoría sobre la degeneración del continente americano.

En marzo de 1770 De Pauw replicará con la publicación de su *Défense des Recherches philosophiques sur les Américains* y la disputa continuará cuando, al año siguiente, Pernety publique la que ya sí será su última respuesta: l´*Examen des "Recherches philosophiques sur l´Amérique et les Américains" et de la "Défense" de cet ouvrage*.

Por sus características, las impresiones de Pernety plasmadas tanto en la *Histoire d´un voyage...* como en las obras venideras, fueron en realidad todas ellas producto de aquello de lo que el benedictino fue testigo en el transcurso del viaje pero también del debate intelectual en el que él mismo se inscribió.

Como bien lo señala Antonello Gerbi al rastrear los orígenes de la disputa en torno a la naturaleza de América, no hubo hasta el siglo XVIII una teoría general de la inferioridad

---

18 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 299): "Aquellos que vi estaban bien hechos, su cuerpo estaba erguido, las piernas y brazos contorneados, el pecho amplio y todos los músculos del cuerpo bien delineados".

19 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 242): ". . .mucho más crueles y grandes que aquellos de África y las Indias Orientales".

20 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a). Pernety alude a Buffon sin mencionarlo directamente : "je reconnus que Mr. de P. ou connoît peu l´Amérique et ce qu´elle contient, ou que, pour appuyer l´opinion d´un auteur, qu´il avoit adoptée, sans une connoissance de cause assez fondée, il s´étoit fait un devoir de décrier tout le Nouveau Monde et ses productions".

de la naturaleza americana.[21] Aunque sí haya habido, junto a los relatos e imágenes favorables de los indígenas, descripciones que en los siglos XVI y XVII no dejaron de señalar lo que se creían *deficiencias* o diferencias específicas de las Indias –tales serían los casos del padre Acosta (1590), de Antonio Herrera (1601-1615), y del padre Cobo (1653)–.

Esto nos llevaría a suponer que por distintos motivos (relacionados en su mayor parte con los intereses que los territorios descubiertos suscitaron), confluyeron en la Europa de los siglos XVI y XVII opiniones encontradas acerca de la naturaleza de las Indias nuevas y de quienes allí habitaban. Entrado el siglo XVIII, en las distintas teorías a favor o en contra del Viejo y Nuevo Mundo, dichas opiniones terminaron polarizando indebidamente datos, noticias y particulares de geografía, zoología y botánica muy probablemente verdaderos en sí mismos, pero ni verdaderos ni falsos en oposición a otros datos, elementos y particulares.

A la par de esta tergiversación de datos probablemente verdaderos a favor o en detrimento de determinadas teorías o suposiciones y del enfoque naturalista que la incipiente ciencia otorgaba a sus postulados, señala Gerbi, los filósofos se apoderaron de estas ideas con fines polémicos que trascendían el abordaje de tenor más *científico* de sus predecesores. De esta forma, las temáticas del viaje, de la ciencia y del descubrimiento en muchas ocasiones se entremezclaron de manera sutil con el poder político y comercial que el éxito o fracaso de las expediciones suscitaban.

Al respecto Gerbi sugiere: "De toda la teoría buffoniana, tan rica en motivos, en ecos remotos en audaces sugerencias, justamente la parte más objetable, con sus fáciles notaciones moralistas, con sus juicios de "mejor" y de "peor", fue por desgracia,

21 Señala Gerbi: "La tesis de la 'debilidad' o 'inmadurez' del continente americano nace con Buffon a mediados del siglo XVIII" (Gerbi, 1960: 7).

la que se impuso a la curiosidad y se ofreció a la reconsideración de los contemporáneos. En Buffon se trataba de algo implícito y secundario, pero los filósofos se apoderaron inmediatamente de la idea y probaron su fecundidad polémica, sus recursos pintorescos y su efecto escandaloso" (Gerbi, 1960: 47).

Entre aquellos que apoyaron las ideas de *inmadurez* y *degeneración* del Nuevo Mundo, y en él de sus habitantes, hallamos al mencionado abate Cornelio de Pauw quien en sus *Recherches philosophiques sur les Américaines, ou Mémoires intéressants pour servir à la Histoire de l´espèce humaine* (1768) superaba en extremo aquella descripción que sobre las especies americanas ya había esbozado Georges Leclerc, conde de Buffon, en su *Historia Natural, general y particular* (1749-1778). Buffon, a diferencia de De Pauw, se había esforzado en dejar al hombre fuera de su tesis, y "había hecho de él, en el peor de los casos, un animalazo frío e inerte, reciente e inexperto." (Gerbi, 1960: 67). Para De Pauw, en cambio, el hombre americano será directamente degenerado, al ser el producto de la naturaleza decaída y decadente en el hemisferio occidental: "En todo su libro, implícita o explícitamente polémico contra los relatos de los misioneros y de los admiradores del buen salvaje, repite De Pauw hasta el fastidio que la naturaleza es en el continente americano débil y corrompida, débil por estar corrompida, inferior por estar degenerada" (Gerbi, 1960: 69).

Con De Pauw, la relación entre ciencia, filosofía y política confluiría en una de las tesis más desfavorables para la América descubierta. Gerbi agrega: "Vemos, pues, que en la tesis de la inferioridad del americano, renovada y exacerbada por De Pauw, confluían –en gran parte sin que él mismo tuviera clara conciencia de ello– teorías políticas, prejuicios raciales, axiomas humanitarios, hipótesis geogónicas, leyes zoológicas y fragmentos de historia: el residuo de tres siglos de polémicas, mezclado con más remotos detritus especulativos, revueltos y arrastrados por la impura corriente hasta el umbral de los tiempos modernos" (Gerbi, 1960: 101).

Pernety, como hemos mencionado al referirnos a la *Histoire d'un voyage...*, en contraposición a De Pauw, no dejará de destacar las características remarcables de aquello que encuentra, siempre pensando en la utilidad (tanto comercial como medicinal) que pueden llegar a tener ciertas plantas o animales americanos. Al ser conducido a una estancia en las afueras de Montevideo y ver gran cantidad de árboles frutales y excelentes caballos exclamará: "Il n´y manque que des cultivateurs pour en faire un des meilleurs pays du monde".[22]

El ejemplo pareciera reforzar la idea de que tanto De Pauw como los cronistas y relatores de prodigios y maravillas (apologistas del Nuevo Mundo), en muchas ocasiones para probar su punto exageraron, en un sentido o en el otro, acerca de aquello que encontraron en América.[23]

Habiendo mencionado las características más generales del debate, a continuación veremos más detalladamente los argumentos mediante los cuales en su *Dissertation sur l´Amérique…*, Pernety desarticula y refuta las máximas defendidas por De Pauw, derribando mitos en algunas ocasiones pero construyéndolos en otras.

Mitos y verdades en el caso de la *Dissertation sur l'Amérique et les Américains, contre les Recherches Philosophiques de Mr. de P.*, de Joseph-Antoine Pernety

Como hemos visto en el apartado precedente, en 1770, ante la reciente publicación de las *Recherches Philosophiques…*

22 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 275): "Des lois, des moeurs et des coutumes de Monte-video": "Solo faltan cultivadores para hacer de este uno de los mejores países del mundo."

23 Muchas veces resultó esto un cómodo pretexto para establecer sobre ellos toda prepotencia, todo desmán sugerido por la ambición de conquista y por la codicia. Tanto cuando fueron representados como seres de buena índole como cuando fueron descriptos como seres débiles y bestiales.

del abate De Pauw, Dom (J.-A.) Pernety intentó refutar los postulados de este último publicando su *Disertación sobre América y los americanos*. Una segunda lectura de las *Recherches…*, sostiene Pernety, no ha hecho más que confirmarle una idea primigenia: "Je reconnus que Mr. de P. ou connoit peu l'Amérique et ce qu'elle contient, ou que, pour appuyer l'opinion d'un Auteur, qu'il avait adoptée, sans une connoissance de cause assez fondée, il s'étoit fait un devoir de décrier tout le Nouveau Monde et ses productions".[24] El autor al que Pernety se refiere nuevamente y encubiertamente no es otro que Buffon. Naturalista que De Pauw había retomado y adaptado a su causa convenientemente. Para ese entonces la disputa en torno a la naturaleza del Nuevo Mundo se había convertido ya en un debate de ribetes periodísticos.

La acusación

La *Dissertation…* de Pernety reviste en 1770 un objetivo por demás simple: refutar todo aquello que De Pauw ha dicho sobre la naturaleza de América y sus habitantes para demostrar completamente lo contrario. Así, la principal acusación que Pernety lanza a De Pauw es justamente hablar con pretensión de verdad de aquello que no ha visto para dar una visión desfavorable de América que en realidad, explica Pernety, no existe. Su arma principal contra las aseveraciones de De Pauw será ser testigo de lo que defiende. En su viaje a las Islas Malvinas, Pernety ha visto con sus propios ojos a América y a sus habitantes. "J'avois vu de mes propres yeux la plupart des choses qui y sont rapportées." "Etonné de les voir contredites ou travesties par Mr. de P., je me contentai

24 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 3): "Reconocí que o Mr. de P. conoce poco a América y aquello que contiene, o que para apoyar la opinión de un autor que adoptó, sin un fundado conocimiento de causa, tomó como deber desacreditar a todo el Nuevo Mundo y sus productos".

de faire quelques notes sur les endroits les moins exacts,"[25] sostendrá Pernety en la Introducción.

Cierto es que De Pauw había comenzado sus *Recherches... ou Mémoires intéressants pour servir à l'Espèce Humaine* lamentándose del estado en que se encontraba esa mitad del mundo: "C'est sans doute, un spectacle grand et terrible de voir une moitié de ce globe, tellement disgraciée par la nature, que tout y étoit ou dégénéré our monstreux."[26] Demostrando lo antedicho, su obra estaba inundada de descripciones que exageraban los aspectos más negativos de la fauna, flora y habitantes del Nuevo Mundo.[27]

La evidencia

A través de su *Dissertation…* (más que en la *Histoire…*) Pernety se valdrá de una serie de elementos para deconstruir el discurso de De Pauw. Siendo algunos argumentos de más peso que otros, una de las primeras pruebas esgrimidas por Pernety para refutar el trabajo de De Pauw será acusarlo de haber escrito cosas inverosímiles por no haber viajado a América y observado las cosas por sí mismo. "Si Mr. de P. avait voyagé en Amérique, et l'eut parcourue en personne, il l'auroit vraisemblablement considérée et observée avec

25 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 3): "Vi con mis propios ojos la mayoría de las cosas que son narradas. Sorprendido de verlas travestidas por Mr. de P., me contenté con hacer algunas aclaraciones sobre las partes menos exactas".

26 De Pauw, (1770: 1): "Es sin duda un espectáculo grande y terrible el ver a la mitad del globo tan desgraciada por la naturaleza que todo está allí degenrado o es monstruoso".

27 Sobre la flora De Pauw se refería de la siguiente forma: "Ce terrain fétide et marécageux faisoit végéter plus d'arbres venimeux qu'il en croit dans les trois parties du reste de l'univers connu..." (p. 3) "Ese terreno fétido y pantanoso hace crecer más árboles venenosos de los que crecen en las otras tres partes del universo conocido...". La superficie de la tierra, putrefacta; el suelo, yermo, viciado, abandonado a sí mismo. (p. 4). Sobre sus habitantes decía: "Supérieures aux animaux, parce qu'ils ont l'usage des mains et de la lanque, ils sont réellement inférieurs au moindre des Européans: privés à la fois d'intelligence et de perfectibilité..." (p. 11).

d'autres yeux,"[28] sostendrá en los primeros capítulos. Esta gran falencia de De Pauw, que es su falta de experiencia directa, será un argumento frecuente cada vez que Pernety revise las conclusiones taxativas que De Pauw ha sacado sobre el comportamiento de los indígenas americanos.[29]

A la inversa, será este el mismo argumento del que se valga para validar sus propias aseveraciones. Constantemente a lo largo de la obra repetirá que lo que describe es lo que "j'ai vu moi-meme", "lo que he visto yo mismo." Así, mientras De Pauw no es testigo directo de lo que describe, Pernety apela al recurso cada vez que le es posible.[30]

Pernety también acusará a De Pauw de interpretar de manera sesgada el comportamiento de los grupos indígenas analizados. En este sentido, el benedictino sostiene que uno de los mayores problemas para comprender los usos y costumbres de los otros es insistir en compararlos y aceptarlos solo cuando aparecen elementos en común con los propios.[31] En la misma tónica, Pernety probará que los americanos no son perezosos, tal como los acusa De Pauw, sino que al no necesitar hacer grandes esfuerzos para subsistir por ser la naturaleza tan generosa con ellos no realizan actividades que les generan fatiga.

Serán dos los últimos argumentos que el autor utilice para probar que las aseveraciones de De Pauw no son del todo correctas. En primer lugar, Pernety acusará a De Pauw de seleccionar arbitrariamente los fragmentos o relaciones de viaje que le sirven para comprobar sus aseveraciones y dejar de lado aquellas partes donde sí se infiere la superioridad de

---

28 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a) "Si Mr. de P. hubiese viajado a América, y la hubiese recorrido en persona, la hubiese observado y considerado con otros ojos".

29 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 82): "Mais l'on croira-t-on plutot que ceux qui les ont fréquentés long-temps?".

30 Pernety dice haber sido testigo ocular de la grandeza y esplendor de los caballos en Montevideo y Buenos Aires y para ello se remite al *Voyage aux Isles Malouines* (1770a: 130).

31 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 13): "Nous ne trouvons bons et beaux les usages des autres pays, que quand ils ont au moins quelque conformité avec les notres." Ver también p. 123.

América. En segundo lugar, el abate será acusado de incurrir en razonamientos lógico-filosóficos erróneos.

Así, desde el comienzo de su disertación Pernety criticará las fuentes utilizadas por De Pauw en sus *Recherches*.... "Mr. de P. a eu sans doute des *Mémoires particuliers sur l'Amérique*; car je ne connois aucune relation que nous présente les Américains tels qu'il nous le dépeint."[32] Al entrar en el extenso debate en torno a la existencia o inexistencia de los gigantes patagones, Pernety a su vez aclara que algunos de los autores citados por De Pauw han dado cuenta de ellos pero que este último ha expresamente decidido no incluir esos fragmentos.[33] Para demostrarlo, el benedictino reproduce extensos fragmentos de las relaciones citadas por De Pauw donde sí aparecen alusiones al tamaño de los patagones. Tal es el caso de la relación del Capitan Byron: "On voit par cette relation abrégée, mais fidélement extraite, que Mr. de P. l'a considérablement alterée, et qu'il fait dire à ce Capitaine ce qu'il n'a peut-être pas même pensé."[34]

Para comprobar la existencia de los gigantes patagones, Pernety también se valdrá de los diarios de viaje de Mrs. Chenard de la Gyraudais y de Alexandre Guyot, dos oficiales franceses en los que Pernety confía por haber viajado junto a ellos rumbo a las Islas Malvinas en 1763. Como hemos visto al comienzo del presente trabajo, fragmentos de sus diarios de viaje habían sido incluidos en la edición de la *Histoire d'un voyage fait aux Isles Malouines* junto a la relación de viaje de Pernety, quien dice haberse ocupado

32 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 50): "Mr. de P. tuvo sin duda acceso a memorias particulares sobre América, puesto que no conozco ninguna relación que nos presente a los americanos tal como los describe".

33 Contrariamente, De Pauw en sus *Recherches* se había propuesto recopilar en un apartado todo aquello que había sido escrito sobre los patagones entre 1520 y 1767. "On a réduit en un abrégé tout ce qui a été écrit de vrai, de vrai-semblable, de faux et de ridicule sur les Patagons, depuis l'an 1520 jusqu'en 1767" (p. XI).

34 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 64):"Vemos en esta relación abreviada, pero fielmente extraída, que Mr. de P. la ha alterado considerablemente, y ha hecho decir al Capitán cosas que él mismo no ha pensado".

personalmente de incluir estos relatos en la edición de la *Histoire d´un voyage...*[35]

La utilización de imágenes para dar cuenta de la existencia de estos seres de características tan peculiares será otro de los recursos de los que se valdrá Pernety para realzar el carácter "verdadero" de las descripciones realizadas. En la *Histoire d'un voyage...* Pernety "muestra un tehuelche que casi dobla en estatura al marinero francés que está junto a él" (Penhos, 2005: 302). En relación al uso de imágenes como soporte y legitimación del relato de viaje, Marta Penhos indica que el topos visual que constituyen las imágenes de los patagones como gigantes se había originado en realidad en la cartografía del siglo XVI, persistiendo con fuerza en los siglos XVII y XVIII. Cabe señalar que en el siglo XVIII, la comprobación del gigantismo de los patagones devendrá no solo un tópico recurrente a nivel filosófico o científico sino que será también la fuente de la que el mundo editorial alimente el interés de un ávido público lector.

En relación con la legitimidad que los relatos e imágenes iconográficas insertos en ellos podían proporcionar a quienes abogaran por la existencia de los gigantes patagones, pocos años antes, en sus *Recherches...*, De Pauw había hecho particular hincapié en lo peligroso que resultaba confiar en los relatos de viaje y creencias de los viajeros a estas costas: "Leurs préjugés qui ont voyagé avec eux, ont acquis une espèce d'autorité en passant la ligne Equinoxiale ou les Tropiques."[36] De Pauw también criticaba a los exploradores por observar bajo los encantos de la imaginación.

---

35 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 50): "J'ai lu, j'ai copié mot pour mot ces journaux en original, écrits et communiqués de leur proper main. J'en ai donné un extrait fidèle à la fin du *Journal du voyage* que j'ai fait avec eux aux Isles Malouines, et je puis assurer n'y avoir rien ajouté".

36 De Pauw, C. (1768: IV): "Sus prejuicios, que viajaron junto a ellos, adquirieron autoridad al atravesar la línea equinoxial o los trópicos."

Al concluir el apartado sobre los patagones, sin embargo, Pernety volverá a criticar a De Pauw por aseverar aquello que las fuentes niegan o jamás explicitan o por no haberlas utilizado de forma correcta: "(M. de P.) annonce positivement, qu'il ne parle que d'après les Auteurs, et les cite. Malheuresement pour lui on trouve dans leurs écrits, ce qu'il dit ne pas y être, et l'on n'y voit pas ce qu'il dit en avoir extrait".[37]

En relación con la utilización de razonamientos filosóficos y lógicos erróneos, Pernety critica a De Pauw por utilizar los fundamentos que Buffon ha aplicado a animales y plantas para analizar al hombre americano. Pero la mejor prueba de que América no está degenerada ni es débil será para Pernety la evidencia irrefutable de que desde el siglo XVI los europeos han estado extrayendo de ella increíbles riquezas y continúan estableciéndose en América para abastecerse de lo que esta tierra produce y no se encuentra en tanta abundancia en Europa (Pernety, 1770a: 130).

La refutación

La exaltación del nativo americano y de todas sus costumbres enmarcan a Pernety en la, ya para el siglo XVIII, larga tradición de escritores, religiosos y filósofos que desde el siglo XVI había imaginado y dado vida al *buen salvaje*. De hecho, los mismos escritos del Baron de La Hontan son retomados por Pernety para refutar las aseveraciones de De Pauw.

Hacia el final de la obra, será el mismo benedictino quien, apelando a iguales argumentos que los de sus predecesores, cuestione el concepto de salvaje y su validez para calificar a los indígenas que describe: "Aveuglés par le préjugé, le nom seul de sauvage nous présente l'idée d'un homme dur, bru-

37 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 66): "De P. afirma que habla según los autores y los cita. Lamentablemente encontramos en sus escritos aquello que él niega, y no vemos aquello que dice haber extraído."

tal, inhumain, et tel que Mr. de P. nous l'a depéint d'après sa prévention".[38] Tras lo cual se pregunta: quién merece realmente el título de salvaje: "qui des Américains ou de nous mérite à plus juste titre le nome de sauvages?"[39]

En todas las comparaciones que realiza entre indígenas y europeos salen siempre airosos los primeros. Los americanos, por ejemplo, son para Pernety más hospitalarios que los europeos.[40] Pueden mantener largas conversaciones, son hábiles en pintura, música y orfebrería. Hacen excelentes mapas, tienen excelente vista y olfato, respetan a los ancianos, escuchan con atención, se comportan de manera generosa y amable.

En este compendio de proezas, las mujeres americanas también son objeto de admiración, no por su belleza física sino por su rápida recuperación tras haber dado a luz. Esta última característica, sostiene Pernety, estaría comprobando que los americanos lejos están de la degradación, enfermedades y debilidad que les atribuye De Pauw. En su entusiasmo por describir la naturaleza americana positivamente, Pernety llegará incluso a afirmar que al decir de algunos viajeros, ciertos indígenas de Centroamérica viven ciento cincuenta años o más. "Juro que ignoro que más hace falta para convencer a Mr. de Pauw,"[41] terminará exclamando el benedictino.

---

38 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 123): "Cegados por el prejuicio, el solo nombre de Salvaje nos da la idea de un hombre duro, brutal, inhumano, tal como M. de P. nos lo ha descrito." En defensa del indígena Pernety dirá: "Pour donner enfin des Peuples de l'Amérique une idée telle qu'on doit se la former, je croirois sans partialité, qu'a beaucoup d'égards ils sont plus hommes que nous dans toutes leurs manières dignes de la simplicité primitive du vieux temps; qu'ils ne sont sauvages, suivant la rigueur du terme, que dans notre imagination, et relativement aux préjugés des Peuples ambitieux, avares, adonnés au luxe et à la mollesse, et que la misère ou les soucis poignardent au milieu de leur prétendue abundance".

39 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 123): "¿Quiénes de los americanos o de nosotros merece con más justa razón el nombre de salvajes ?".

40 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 26): "C'est encore une chose que la Nature n'a pas otée à l'Amérique pour la donner à l'Europe, car nous n'avons que lamasque très imperfait de la véritable hospitalité, et les Américains en ont la réalité dans toute son étendue."

41 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 75): "j'avoue que j'ignore ce qu'il faut à Mr. de P. pour l'en convaincre".

No será esta la primera vez que este tipo de aseveraciones sea utilizada para describir las bondades de la vida americana. Así se había expresado en 1556 el joven calvinista Jean de Léry luego de una prolongada estadía junto a los indígenas tupinambá en la Bahía de Guanabara.

Hacia el final de la *Dissertation*..., Pernety llegará incluso a comparar estas comunidades con los filósofos de la Antigüedad: "Plus sensés, plus sages que nous, ils sont comme Socrate..."[42] y a sostener que son estas, comunidades más esclarecidas y mejor gobernadas que muchas de Europa.

Algunas observaciones de interés

Para comprender más acabadamente la figura de Pernety en el mundo de los viajes ultramarinos del siglo XVIII, pareciera necesario aclarar que a la par de las observaciones que este realice en el trayecto del viaje (plasmadas luego en su *Dissertation*…), nunca dejará de cumplir con esa otra función que le ha sido asignada. El benedictino no solo será el capellán a bordo sino que también se encargará de registrar el arribo francés a las Islas Malvinas. La publicación de la *Histoire*… contará con la aprobación del rey. Al fin y al cabo era en aquel relato donde, más allá de sus impresiones personales, quedaba claramente reflejada la naturaleza del viaje y el hecho de que las islas se encontraban desiertas al arribar.[43]

---

42 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 87): "Más sensatos, más sabios que nosotros, son como Sócrates." Ver también p. 125, en la que las comunidades indígenas son comparadas con los estoicos."

43 Esto no impedirá que por conflictos diplomáticos y de límites con España deba ser el mismo Bougainville quien en 1766 emprenda un segundo viaje a las islas para finalmente cederlas a España. Bougainville, L. A., *op. cit.*, p. 31: "El 15 de noviembre de 1766, Bougainville zarpa de Nantes a bordo de la *Boudeuse* con rumbo a las Malvinas, a los efectos de concretar la cesión a los españoles y visitar por última vez esas tierras." Dicho viaje devendría finalmente el primero de circunnavegación francés. La expedición a dichas islas, liderada por Bougainville, debe aclarase, al comienzo no será más que una empresa privada. Es la Compañía de Saint Malo (fundada por el mismo Bougainville y financiada por

Será esta otra característica de los viajes de exploración en el siglo XVIII. Más allá del heroísmo o de los intereses personales e individuales que podían motivar a un explorador a acometer su misión, en este período todo viaje de exploración estará organizado u encargado "par un prince, un groupe de marchands, une institution savante ou missionnaire, avec des objectifs précis, nés d´un savoir géographique provisoire et des attentes d´un époque".[44] De hecho y en el caso particular de Pernety, es el mismo rey quien le ordena embarcarse junto a Bougainville hacia las Islas Malvinas.[45]

En los últimos capítulos de la *Histoire d´un voyage*…, Pernety describirá con detalle la ceremonia de toma de posesión, para explicar seguidamente que "on a placé une bouteille de verre double, bien bouchée, (…) dans laquelle on a enfermé un papier roulé, sur lequel sont écrits les noms, surnoms, qualités et pays de tous ceux qui composent les équipages des deux navires employés à cette expédition…"[46] En la edición de 1770 dicho acto político se justificará al sostener que, hasta la fundación del fuerte, las islas se encontraban deshabitadas: "C´est ainsi que la France a acquis un droit légitime à la souveraineté des Isles Malouines. Elles n´ont point été enlevées à des hommes: c´est une conquête que l´industrie a faite sur la nature".[47]

---

su tío y su primo hermano) la que se proponga colonizar las islas. Ahora bien, si en el siglo XVIII "le rôle des pouvoirs se manifeste, d´abord, dans le lancement et le financement des voyages", una vez erigido el fuerte de Saint Louis la fundación de la colonia se hará en nombre de Luis XV, acto a través del cual la posesión de las islas se adjudicará automáticamente al monarca.

44 Bourguet, Marie-Noëlle (1995: 289): "(. . .) por un príncipe, un grupo de comerciantes, una institución científica o misionera, con objetivos precisos, nacidos de un saber geográfico provisorio y de los alcances de una época".

45 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 76): "(. . .) je reçus les ordres du Roi. . . pour m´embarquer avec lui, un tel choix ne pouvait que me flatter. . .". Sería la perfecta ocasión, dice, "de me rendre utile a ma patrie."

46 Pernety, Dom (J.-A.) (1770b: 375-376): "se colocó una botella de doble vidrio, bien tapada dentro de la cual se había colocado un papel enrollado en el que estaban escritos los nombres, apellidos, cargos y procedencia de la tripulación comprendida en los dos navíos empleados en esta expedición".

47 Pernety, Dom (J.-A.) (1770b: 376): "Es así como Francia adquirió un derecho de soberanía legítimo sobre las Islas Malvinas. Estas no fueron tomadas del hombre: se trató de una conquista de la industria sobre la naturaleza".

El mecanismo se repetirá cuando ya en el Pacífico y sin Pernety, Bougainville se refiera a Tahití como un país amigo al que ama, no dudará en enterrar en la isla un acta de posesión inscripta en una botella bien cerrada y lacrada conteniendo los nombres de los oficiales de los dos navíos.

Como bien lo señala Rob Iliffe y hemos visto en relación a Bougainville y Pernety, los motivos científicos y debates filosóficos detrás de muchos de los viajes de descubrimiento emprendidos en el siglo XVIII nunca dejaron de estar ligados, o de ser parte inextirpable, de las preocupaciones estratégicas de las distintas potencias europeas.[48] Esto no significó sin embargo, que no haya existido aquella voluntad de conocimiento que tanto animó a los viajeros ilustrados ni que en los relatos de viaje producto de aquella época no hayan existido motivaciones subyacentes al mero *racconto* de lo percibido.

La idea de Naturaleza en el siglo XVIII

La interpretación de lo hallado y existente en el Nuevo Mundo tampoco podría ser comprendida sin tomar en cuenta las distintas concepciones que en el siglo XVIII giraban en torno a la idea de Naturaleza. Como bien lo señala Ernst Cassirer en su clásico ensayo sobre el pensamiento ilustrado, el conocimiento de la naturaleza y las ideas que sobre ella se formaron los hombres del siglo XVIII han sido de capital importancia en el origen y configuración de la imagen moderna del mundo (Cassirer, 1943: 54).

48 Iliffe, Rob (2003: 618): "I argue that the scientific motives behind these forays were usually bound up with, and often inextricable part of, the strategic concerns of governments in Britain, France, Russia, and Spain."

Si el XVII es para Baumer el siglo en el que la ciencia natural reina sobre todas las ciencias,[49] en el XVIII confluirán tres teorías centrales en torno al concepto de naturaleza y los sentidos en que esta puede ser comprendida.

En primer lugar, se reforzará la novel idea de una naturaleza que funciona como máquina o reloj, ya presente en el siglo XVII. Señala Baumer en relación al gran cambio acaecido en el siglo XVII: "(...) la naturaleza siguió siendo pictórica, pero, cada vez con mayor frecuencia, ya no se la representó como un organismo, sino como una máquina, o un reloj". El modelo mecánico de naturaleza era corolario a su vez de una concepción mecánica del universo. Este concepto, sin embargo, al tiempo que coexiste con más formas de comprenderla, estará en rápido cambio en el transcurso del siglo. En gran parte, esto se debió a los avances técnicos, que contribuyeron a transformar o modificar conceptos anteriormente avalados sobre la misma. A su vez, las especies y variedades previamente desconocidas procedentes del Nuevo Mundo también contribuyeron a disipar viejas dudas. Aunque, en muchas ocasiones, fueran menos las dudas disipadas que las nuevamente adquiridas.[50]

Las dos consecuencias más trascendentes de concebir al mundo natural de forma mecánica, tal vez hayan sido, en primer lugar el abandono de la autoridad en favor de la razón y la experiencia para comprender los fenómenos naturales y,

---

49 Baumer, Franklin L. (1985: 54). Para señalar los cambios acaecidos en el siglo XVII Baumer sostiene: "Poetas y hombres de ciencia medraban, obviamente, en esta naturaleza nueva. Sin embargo, entre los hombres de ciencia y los filósofos de la naturaleza se subrayaba, ante todo, el poder, el sentido de poder que les daban sus nuevos conceptos y métodos. (...) al mismo tiempo que expresaban reverencia a la naturaleza, como obra de la mano de Dios, también estaban hablando del 'Reino del hombre', del 'dominio' del hombre sobre la naturaleza".

50 Baumer, Franklin L. (1985: 66). "Esta fue la gran edad de la recolección, clasificación y descripción. Una nueva camada de naturalistas transformó los conceptos antiguos, disipó las viejas fábulas, observó con ojo agudo, o con la ayuda del microscopio, especies y variedades previamente desconocidas (algunas procedendes del Nuevo Mundo...) y criaturas, o parte de criaturas, nunca antes vistas...".

en segundo lugar, la comprensión de la naturaleza como un entramado complejo pero armónico, ordenado y ajustado a las leyes.

En el siglo XVIII, a estas ideas novedosas de naturaleza se le sumaron otras nuevas; principalmente la creencia de que el mundo natural solo resultaba abarcable si se lo insertaba en un sistema lo suficientemente universal como para avanzar sin límites en el conocimiento material. En otras palabras, al extenderse el hombre en el conocimiento del mundo, dejaba de ser posible asir el tiempo y el espacio dentro de la cosmología antigua y resultaba indispensable construir un sistema que fuese lo suficientemente universal para dar cuenta de los nuevos hallazgos. La inclusiva *Historia Natural* (1749) del Conde de Buffon, muy a pesar suyo ya que él se declaraba un enconado enemigo de los sistemas, sea tal vez el mejor ejemplo para comprender las ambiciones universalistas de este siglo.

Baumer, a su vez, señala dos tipos de sistemas de naturaleza para el siglo XVIII: uno estático, donde primaba la idea de un mundo completo e inmodificable desde su creación, y uno dinámico o transformista que admitía la posiblidad de cambio a partir de lo que se suponía una configuración inicial de la naturaleza (Baumer, 1985: 195). A estos dos sistemas se les sumó una tercera idea experimental de la naturaleza. Sostenida por Diderot en el transcurso del siglo, en ella primaba el conocimiento extraído de hechos observables en detrimento de cualquier conclusión producto de formulismos y abstracciones matemáticas.

Cabe aclarar que en términos filosóficos, en el siglo XVIII la palabra *naturaleza* también representó para muchos una nueva autoridad, así como nuevas normas, principios y leyes. Algunas de las observaciones de Pernety hacia el final de su *Dissertation...* podrían llegar a entenderse en este sentido. Al referirse al comportamiento moral de los indígenas americanos en comparación con sus contemporáneos europeos,

por ejemplo, Pernety recalca la superioridad moral de los primeros por seguir las leyes que dicta la Naturaleza.

Por sus contenidos, los postulados de Cornelius De Pauw, que hemos analizado hasta el momento, sin embargo, no se ajustarían en su totalidad a ninguna de las tres concepciones en torno a la naturaleza reinantes en el siglo XVIII. En ambos autores, subyace una delicada red de premisas que, si bien para el caso de De Pauw (como hemos visto) pueden rastrearse más o menos directamente, más o menos tergiversadamente, al corpus de ideas presentado por Buffon en su *Historia Natural*, para el caso de Pernety parecieran no remitirse a ninguna teoría antigua ni moderna sino ser el producto de la observación práctica a la par que de un ejercicio de refutación lógica. Son varias las veces en que Pernety justifica la existencia de tal o cual cosa porque la ha visto, porque es testigo de ello, porque no puede tomar la falta de testimonios a favor como razón valedera para dar por tierra la existencia de algo. Pero, como señala Gerbi al analizar la obra de Pernety, "su réplica, por fundada que esté en las válidas razones del buen sentido, no llega al nivel especulativo del naturalista ansioso de descubrir una ley que explique y justifique la diversidad de los animales en los dos mundos".[51]

No habría que olvidar tampoco las motivaciones religiosas y filosóficas que pudieran haber condicionado al autor a arremeter tan enfáticamente contra su adversario en la disputa. En este sentido, no es casual que en el último párrafo de su *Dissertation*... y luego de haber escrito irónicamente que refutar todas las reflexiones de De Pauw conllevaría a la

---

51 Gerbi, A. (1960: 109). Las críticas continúan en la p. 120: "Salvo alguna feliz ocurrencia (. . .) la táctica contraofensiva de Pernety es, por lo demás, bastante fastidiosa: contra cada afirmación de De Pauw cita él pasajes –tan largos que a veces ocupan páginas y páginas– de cronistas y viajeros que declaran lo contrario; pero no ejerce sobre ellos ninguna crítica, sino que toma a la letra y admite sin discriminar todo cuanto han dicho de bueno sobre el continente americano".

publicación de un volumen tan abultado como la mismísima obra del abate,[52] el benedictino defienda la orden contra lo que siente han sido ataques de De Pauw e invite al abad a rectificarse sobre este punto y todos los anteriores.[53]

Algunas conclusiones

La breve presentación de la *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines* de Dom (J.-A.) Pernety tal vez haya servido para demostrar que el relato de viaje en el siglo XVIII es, por sus características, un relato inclusivo, en el que convergen tanto aspectos políticos como comerciales y también filosóficos. La recolección de datos que en un primer momento se registra en el *Journal* pero que luego es editada para ser presentada al gran público responde a los designios de las incipientes ciencias naturales, pero también a aquellos objetivos que, impuestos en este caso por la Corona, hacen que el viajero lleve consigo al momento de partir un número de asignaciones con las que deberá cumplir y sobre todo dar cuenta una vez concluido el viaje.

En el caso de la *Dissertation…*, resulta claro que una obra cobra sentido cuando se la inserta en un contexto de producción en el que no solo debe reconstruirse el marco histórico-temporal en el que la misma se desarrolla sino también los interlocutores y propulsores del debate en el que se inserta. Pareciera que de poco sirve analizar el trabajo de Pernety sin tomar para ello la obra de De Pauw.

---

52 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 131): "Si je m'étois propose de relever toutes les autres propositions hazardées des reflexions philosophiques de Mr. de P., ces dissertations formeroient un volume presqu'aussi considerable que l'Ouvrage meme".

53 Pernety, Dom (J.-A.) (1770a: 133): "Si Mr. de P. a donc pensé qu'il gagneroit des applaudissements en se rendant l'echo des sons bruyants de quelques tempetes mérprisables, je laisse à penser le cs qu'il doit faire a ces applaudissements. S'il rectifie au contraire son erreur à cet égard comme sur tant d'autres, il nous prouvera que ses réflexions sont quelquefois philosophiques".

Más allá de esto último, es innegable que por sus características la figura y obra de Pernety bien pueden servirnos para completar la imagen del viajero en el Siglo de las Luces, aunque restaría preguntarnos que tanto de *ilustrado* tiene. Tal vez, son sus razonamientos eclécticos, su procedencia y objetivos los que contribuyen a matizar la figura del viajero científico moderno, al menos hasta fines del siglo XVIII.

.

Utopía, alteridad y felicidad en el proyecto ilustrado El *Supplément au voyage de Bougainville* de Denis Diderot como expresión misma de las máximas de la Ilustración[1]

Carolina Martínez

Surely happiness is somewhere to be found.
Samuel Johnson, *Rasselas*[2]

El relato de viaje en los orígenes de la experiencia moderna

Hacia mediados del siglo XVIII el panorama para aquella Europa que en el siglo XVI había despertado hacia la modernidad, cambiará radicalmente.[3] No solo se producirán cambios en relación a su propio desarrollo interno sino que también, por esta misma dinámica y expansión ultramarina, hacia 1750 se presentarán ante ella territorios y poblaciones de origen y costumbres diversas como nunca antes. De tal forma, ya sea en el afán de conocimiento o en la persecución de un móvil económico (Parker, 1990), Europa confirmará en este período la innegable presencia de muchos *otros* en el mundo. *Otros* no del todo desconocidos (Bryden, 1976), que

1 El presente trabajo conformó uno de los capítulos de la Tesis de Licenciatura "Utopía, invención y descubrimiento en la modernidad temprana (siglos XVI-XVIII)", defendida por la autora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en noviembre de 2008.

2 Johnson, Samuel, *Rasselas. Prince of Abyssinia*. París, Baudry, 1759 [1835], p. 72.

3 Se habrá instalado un mercado mundial, habrán crecido los mercados urbanos de trabajo y capitales y se habrá consolidado definitivamente el proceso de proletarización del campesinado.

serán ahora resignificados dentro del pensamiento ilustrado[4] en tanto protagonistas del debate filosófico.

En el siglo XVIII, señala Pierre-François Moreau, la figura del Buen Salvaje "invadirá los viajes imaginarios, y se verán hasta reincidencias del género que consistirán, casi únicamente, en conversaciones con el salvaje (...) o en comentarios filosóficos de las actitudes que le son atribuidas: tal es el caso de La Hontan o Diderot" (Moreau, 1986: 118). Como bien agrega el autor, la presencia de esta figura en la reflexión filosófica y literaria de la época había sido en realidad y tiempo atrás introducida por Michel de Montaigne quien, a fines del siglo XVI, en sus ensayos "Sobre los caníbales" y "De los coches" ya había demostrado las ventajas discursivas que este tipo de personaje podía brindar.

A su vez, la presencia cada vez más significativa del *otro*, al menos en términos discursivos, se dará a la par del proceso de pluralización de los sistemas religiosos que en esta misma Europa, en el transcurso de los siglos XVI y XVII, llevó a la relativización de los criterios y verdades de cada comunidad creyente. Señala De Certeau, "a côté de ces formations religieuses partialisées, de zones entières se découvrent (tout comme les Nouveaux Mondes), impossibles à encadrer dans les repères traditionnels" (De Certeau, 1975: 184).[5] De tal forma, en el siglo XVII la hechicería y el escepticismo ocuparon el vacío que una Razón universal o una Ley Natural llenarán en el siglo XVIII.

En su caracterización de las novelas utópicas en el siglo XVIII, Baczko advierte que en el siglo del Iluminismo,

---

4 A mediados del siglo XVIII, el conjunto de ideas políticas que versaba sobre las reglas que debían determinar el ordenamiento de la sociedad y cuáles debían ser las normas de conducta adoptadas por los grandes Estados ante ese nuevo orden dio en llamarse Ilustración. Postulando que el poder de la razón posibilita la comprensión y conocimiento del mundo que nos rodea, esta serie de pensadores directa o indirectamente preparó el camino para la Revolución Francesa.

5 "(. . .) junto a estas formaciones religiosas parcializadas, zonas enteras se descubren (como son los Nuevos Mundos), imposibles de encuadrarse en las miradas tradicionales."

"las novelas utópicas nunca tienen como función servir de banco de pruebas de técnicas narrativas". "La mayor parte de los autores de esos relatos", sostiene, "está interesada en otra cosa, que es el ejercicio mismo de la imaginación social por el juego de espejos entre las representaciones de la sociedad imaginada y las de la sociedad actual, (...) ejercicio que mezcla la crítica social, explotando las posibilidades ofrecidas por la literatura de ficción, con el derecho de formular toda una problemática de la alteridad social." (Baczko, 1984: 82) Moreau también percibe dicho cambio en relación a relatos utópicos precedentes al establecer que: "se trata aquí de una variante 'filosófica', en la cual el viaje se depura al extremo de sus circunstancias materiales..." (Moreau, 1986: 118).

Respondió esto a la actitud crítica prevaleciente en la Europa del siglo XVIII. Paul Hazard señala que en esta "época de crítica universal" los viajeros imaginarios serán uno de los muchos figurantes que, en este caso, "no habiendo salido nunca de su casa, descubrieron países maravillosos que avergonzaban a Europa" (Hazard, 1958a: 25).[6]

En su descripción de los escritos de tipo utópico en este período, Comparato señala que en un contexto en donde la avidez por los relatos de viaje y las descripciones de pueblos imaginarios crece ampliamente (a pesar de ser considerados por algunos simples juegos) los escritos utópicos constituirán agregados literarios dentro de obras mayores de muy distinta intención. Advierte el autor: "(…) la forma-utopía es un género plástico, que en el siglo XVIII se

6 "Eran el Imperio de Canthabar, o la Isla de las Mujeres militares, o la nación del centro de África, cuyos habitantes eran tan antiguos, tan numerosos, tan civilizados, como los chinos, o la ciudad de los Filadelfos, o la república de los Filósofos Agoios: no se cansaban de celebrar las virtudes de estos pueblos inexistentes, todos lógicos, todos felices. (. . .) Delirios de imaginación que no hacían olvidar el propósito principal: mostrar qué absurda era la vida en Inglaterra, en Alemania, en Francia; en las Provincias Unidas, y en general en todos los países que pretenden ser civilizados; qué hermosa podría resultar si se decidiera al fin a obedecer las leyes de la razón."

revela capaz de volverse instrumento de algún objetivo específico, aunque raramente del proyecto de una sociedad integralmente transformada. Poco a poco muchos aspectos de la vida política, moral y social del *Ancien Régime* se van poniendo en discusión…" (Comparato, 2006: 251). La religión, la sexualidad y la razón serán temas centrales para quienes a través de este tipo de escritos pongan de manifiesto las contradicciones sociales de sus propios espacios de producción.

Por eso mismo, y como señala Urs Bitterli (1982: 283), si bien no puede negarse que tanto el relato de viaje como la crónica hayan acompañado desde un principio a los viajes de descubrimiento, la diferencia radicará ahora en las características que este tipo de narraciones adquieran bajo la Ilustración. Desde mediados del siglo XVIII, la mera crónica o sucesión de eventos narrados se insertará dentro de un más amplio compendio histórico-filosófico, donde no solamente se presentarán las diferencias o particularidades de las nuevas sociedades y territorios descubiertos sino que se los utilizará como contrafigura de la realidad sociopolítica europea. Esto podría no resultarnos novedoso, en mayor o menor medida existen exponentes para los siglos XVI y XVII. La novedad que presentan los escritos utópicos del siglo XVIII, sin embargo, es que en ellos aparece por sobre sus objetivos específicos la búsqueda de la felicidad, inhallable o fracasada en el *aquí* pero existente en aquellas remotas e imaginadas descripciones utópicas. El concepto de felicidad prevaleciente en el siglo XVIII, explica Hazard, será el de una felicidad voluntaria, construida, producto de la razón. Así, el deseo de ser feliz se transformará en esta época, en el derecho de serlo: "la felicidad se convertía en un derecho cuya idea sustituía a la de deber" (Hazard, 1958b: 45).

Expresiones de esta búsqueda, las *utopías* de este período serán como en siglo XVI también ellas *construcciones*

y *voluntades*[7] creadoras. En ellas será crucial la figura del "noble salvaje", representado como quien "a diferencia de los filósofos ilustrados, no se estaba preguntando continuamente a sí mismo cuál era el modo de llegar a ser feliz: él lo era sin más" (Bitterli, 1982: 279).

Paralelamente, la literatura de viajes que florece en el siglo XVIII, leída desde la perspectiva del *philosophe*, se manifestará en un incipiente relativismo cultural (Hazard, 1958b: 23), devenido una constante en las utopías del período. Al conocerse otras formas de gobierno y de organización social, comenzarán a verse las propias como el producto de una coyuntura y tiempo histórico determinados, acotados a determinada temporalidad y capaces de ser cambiados.[8] Ya lo señalaba Ricoeur al establecer en esta funcionalidad misma la característica esencial de este tipo de escritos.

Bitterli señala que la comparación de los modos de vida en los remotos lugares de los que se tenía noticia con los propios, muchas veces en beneficio de los primeros, hizo surgir la idea de que no necesariamente el camino por el que se transitaba era el correcto. De ahí el impacto que este autor atribuye a los viajes ultramarinos en la apertura a lo que por momentos llega a sonar como un enfoque "multiculturalista" *avant la lettre*.[9]

De esta manera, la dialéctica Europa-Ultramar que ya había implantado Montaigne en el siglo XVI, tomará plena forma a mediados del siglo XVIII.[10] Considerado un pionero de

---

7 Acerca de la caracterización de la felicidad realizada por Hazard ver 1958b: 38 y 40.

8 Bitterli, U. (1982: 245): "(. . .) a partir de 1680 el orden y la estabilidad de la idea clásico-absolutista de la sociedad se pusieron paulatinamente en movimiento, y que ello, no en último lugar, se debió a que la gente logró un nuevo acceso a la literatura de viajes". También ver P. Hazard (1958b).

9 Bitterli, U. (1982: 246): "Ante el desconcertantemente rico espectro de las formas de vida exóticas, la propia cultura, a ojos de los observadores críticos, adquiría una nueva transparencia, pero también se hacía digna de ser puesta en tela de juicio".

10 Resta aún preguntarnos sobre el verdadero peso del componente ultramarino en la mencionada dicotomía.

lo que después se convertiría en una línea crítica, Montaigne fue el primero en tomar al "salvaje" como herramienta para la autocrítica y evaluación del papel de Europa en los territorios ultramarinos.[11] El Barón de La Hontan seguirá sus pasos al contribuir a la consolidación de la figura del *buen salvaje*,[12] y, en 1796, Diderot hará su contribución a una tendencia para ese entonces devenida en género[13] y ya dotada de numerosos ejemplos.

Debe señalarse que en el siglo XVIII, aún mantenían su eficacia como modelos realmente existentes una China idealizada y las islas, "la primera como encarnación del gobierno según la razón, las segundas como testimonios de las dulzuras de una vida según la naturaleza" (Comparato, 2006: 163). Dentro del segundo grupo, la figura del salvaje "ilustrado" aparecerá como la de quien por poseer una mirada ingenua y desconocer las costumbres de su huésped pregunta, comenta y critica la moralidad y el accionar de su interlocutor. Aquel "salvaje", inocente e imparcial, sin embargo, será lo suficientemente "ilustrado" como para ser la "instancia suprema" ante la que el europeo deba presentarse y responder (Bitterli, 1982: 278). De hecho, será esa su principal función en la literatura utópica. Así lo sugiere Moreau al referirse al rol de la mencionada figura literaria: "(...) el Buen Salvaje (...), no existe más que para hablar de nuestra sociedad, para juzgarla y hacerla aparecer en su desviación respecto de la norma en la cual se creía ingenuamente implantada: la naturaleza" (Moreau, 1986: 119).

---

11 Bitterli, U. (1982: 277): "(. . .) el representante de la otra cultura adquiere, como contrafigura del europeo, una ejemplaridad que, eso sí, no pasaba de teórica".

12 Hazard, P. (1958b: 24): "No es que el personaje sea Nuevo; pero hacia la época que estudiamos, entre un siglo y el otro, es cuando recibe definitivamente su forma y resulta agresivo".

13 Carlo Ginzburg llegará incluso a hablar de extrañamiento ilustrado como una característica general de las obras que toman la figura de otro, "salvaje" y critican a través suyo su propia sociedad.

A continuación veremos cómo Denis Diderot,[14] valiéndose de ciertos recursos estilísticos, capturará el *esprit d´époque* para plasmarlo en el *Supplément au voyage de Bougainville*,[15] obra publicada después de que fuese editado por primera vez el *Voyage autour du monde* de Louis Antoine de Bougainville (1771) y a quien le debe su nombre.

El relato de viaje científico y su corolario imaginario

Así como en el siglo XVII la literatura de viajes era apreciada como pasatiempo, también en el siglo XVIII tanto el *Voyage autour du monde*… de Bougainville, como otros relatos de viaje contemporáneos serán ampliamente estimados por el público lector (Im Hoff, 1993; Bitterli, 1982: 245). El entretenimiento y la búsqueda de asombro al presentársele a este último una realidad que supera lo imaginado serán elementos a los que también aspirará Diderot, quien por su condición de editor conoce a su público, y se debe a él.[16]

El éxito del *Supplément* radica en estos factores, además por supuesto de introducir una serie de temas altamente relevantes para la época. ¿Quién acaso no se interesaría en conocer las supuestas libertades sexuales de las que estarían gozando tanto los hombres como las mujeres de Tahití? ¿Quién no esbozaría una sonrisa al leer que el capellán se ve *obligado* a tomar a una joven tahitiana por no querer ir en contra de las leyes de hospitalidad establecidas por el pueblo anfitrión?

---

14 Señala Comparato sobre Diderot: "A él se deben dos significativos ejercicios en utopía, uno destinado a la lectura exclusiva de Catalina II de Rusia y el otro anexo a la relación del viaje de Bougainville alrededor del mundo" (Comparato, 2006: 163).

15 Cuya primera aparición se constata entre 1772 y 1773.

16 Debe recordarse el éxito de *La religiosa* dentro del círculo íntimo de lectores de Diderot. Un éxito basado en la feroz crítica a las instituciones eclesiásticas pero también compuesto por descripciones altamente provocativas.

El texto del mismo Bougainville, un claro éxito editorial, ya había resultado lo suficientemente provocativo en 1771: "Nos daban a elegir una mujer para luego seguirla por tierra: para entrar en relaciones con ella solo había que atender a los gestos inequívocos que ellos indicasen. Pero yo les preguntaría, en medio de tal espectáculo, ¿cómo mantener trabajando a cuatrocientos jóvenes marinos franceses que desde hace seis meses no han podido ver una sola mujer?".[17]

Sin embargo, como hemos dicho, el entretenimiento no es el único fin del tipo de escritos en los que se comprometerá Diderot. En este caso, el *Supplément…* aparece como una obra en parte política y en parte moralista, con características de cuento y momentos ocurrentes pero, por sobre todo, fuertemente crítica de la sociedad europea de su tiempo.

La obra sobre la que este se basa, hemos dicho, es *Voyage autour du monde* (1771) de L. A. de Bougainville, publicada a raíz del primer viaje francés realizado alrededor del mundo. *Voyage…* se editará por primera vez en 1771. Le seguirá una edición corregida y aumentada en 1772. De esta manera, al *Journal* compuesto por Bougainville en el transcurso del viaje, se habría depurado para la edición de 1771 y un año después vuelto a corregir para establecer una versión definitiva.[18]

El texto finalmente publicado tiene las características de un informe estatal al que, debido al destacado papel de la monarquía francesa en la promoción del desarrollo accederá primero la Corte y luego las compañías, las Academias y también los Salones (Im Hoff, 1993).

---

17 Bougainville, L. A. (2005 [1772]: 226): En 1769, Philibert de Commerson, uno de los naturalistas que había acompañado a Bougainville en su viaje, publicaba en el *Mercure de France* un informe que "por adelantado ya extremaba los vuelos de la leyenda acerca de la 'utopía' sexual de aquellas tierras", *op. cit.*, p. 15.

18 El mismo Bouganiville efectuaba así sucesivos procesos de selectividad y autocensura, convirtiendo al *Voyage…* en un juego de reacomodaciones y jerarquizaciones.

Como agente del Estado o funcionario real Bougainville tiene la función de conocer el mundo para evaluar el futuro establecimiento de colonias francesas. Dicha misión se habría acordado tras la firma del Tratado de París en 1763 (corolario de la derrota militar de Francia en Canadá y testimonio de sus pérdidas coloniales), cuando Bougainville había sugerido a la Corona financiar "un proyecto de dudosa legalidad: 'tomar posesión de las tierras australes y de las islas que se encontrasen en dicha ruta', tierras e islas que formaban parte de los dominios españoles." (Bougainville, [1772] 2005: 26) Así, por ejemplo, se refiere a Tahití como un país amigo al que ama (Bougainville, 1954 [1772]: 221), no dudará en enterrar en la isla un acta de posesión "inscripta en una botella bien cerrada y lacrada conteniendo los nombres de los oficiales de los dos navíos" (Bougainville, [1772] 1954: 197).

Más allá de esto último, el autor quedará encantado con los habitantes de Tahití, a los cuales les dedicará varios capítulos de su *Voyage...* además de traer consigo a uno de sus pobladores para presentarlo ante la Corte en Francia y dar testimonio de sus hallazgos en ultramar. Es el mismo Bougainville quien considera a Tahití la verdadera tierra de la felicidad, refiriéndose a ella de la siguiente forma: "Adiós pueblo feliz y pacífico, que continúen así eternamente. Siempre recordaré con delicia los pocos instantes que he pasado con ustedes y, mientras viva, exaltaré esta feliz isla de Citerea. Es la verdadera Eutopía".[19]

19 Bougainville (2005 [1772]: 36). Sin embargo, no era este su primer encuentro con poblaciones indígenas. En 1760 Bougainville había participado en la guerra por Canadá. Cuando en 1769 la misión fracase, será quien organice la rendición de sus tropas y su retiro del Québec. Partirá no sin antes haber tomado contacto por primera vez con los "buenos salvajes". Será allí donde a partir de su propia experiencia elabore una imagen del otro en la que se conjugarán las reflexiones ilustradas del salón con la propia lectura de situación.

No era la primera vez que a la isla se le atribuían características utópicas. "(…) Los ingleses habían descubierto Tahití tiempo antes que Bougainville, cosa que por entonces él mismo desconocía: Wallis le había dado el nombre de isla del Rey Jorge III. Por su parte, Commerson también se había encargado de nominarla: 'Vuelvo de nuevo sobre mis pasos para trazarles un ligero esbozo de esta isla feliz'. Le había dado el nombre de Utopía, el mismo que Thomas Morus le dio a su república ideal (…). Aún no sabía que M. de Bougainville la había llamado Nouvelle-Cythère y recién mucho después un príncipe de esta nación –que fue llevado a Europa– nos hizo saber que sus habitantes la llamaban Tahití." (Bougainville, 2005 [1772]: 246). Así, la idea de *utopía* se manifestaba tanto en los escritos de Bougainville como en los de otros viajeros de la época, muchos de los cuales parecían estar realmente dispuestos a encontrarla.

Al momento de referirse a los usos singulares del país, es el mismo Bougainville quien indica detalladamente que parte de la hospitalidad de tan amable gente consistía en ofrecer a sus mujeres para disfrute de los recién llegados.[20] Teniendo estos últimos aspectos en cuenta, la ficción que Diderot construye a través del *Supplément* pareciera no ser entonces una ficción tan alejada de la realidad (o de lo que al menos Bougainville presenta como real) y, sin embargo, es su parecido a una obra realmente escrita lo que lo transforma en un texto de las características de los de Moro o Montaigne. Al fin y al cabo es Diderot quien, jugando con esta información, trasciende la finalidad meramente descriptiva de las fuentes sobre las que se apoya y crea un texto cuyo instrumento es la verosimilitud y cuya finalidad es justamente la crítica social.

---

20 Bougainville, L. A. (2005 [1772]: 158): a nuestras gentes "se les invitaba a entrar en las casas, donde se les daba de comer, pero la cortesía de los dueños de la casa no se limitaba a una ligera colación, les ofrecían jovencitas." O "Venus es aquí la diosa de la hospitalidad, su culto no admite misterios y cada unión es una fiesta para la nación".

El hecho de imaginar un relato a partir de una descripción real, o por lo menos pretendidamente real, y hacer que el lector sepa claramente que el texto no es verídico, acerca a Diderot a la tradición escéptica iniciada por Luciano de Samosata en el siglo II d. C. y continuada luego dentro de la línea francesa de viajes imaginarios por Rabelais y Cyrano de Bergerac.[21]

Diderot sabe claramente que su relato no es verídico pero lo presenta como real. El mismo título lo indica: se trataría de un texto suplementario del *Voyage autour du monde* que, según uno de los personajes, resultaba demasiado provocador para ser publicado junto al resto de la obra.[22] El *Supplément*… bien podía ser una del conjunto de obras escritas en torno al viaje, algo bastante común en la época y en este caso tan necesario para justificar la aparición de esta obra de ficción. "Según dos ordenanzas de la Marina francesa, expedidas con prescripción real en 1689 y 1765, todos los oficiales de a bordo –sin excepción– debían llevar consigo y redactar su propio *journal de navigation*. (…) también existían relatos de viaje donde se asentaban hechos más bien infrecuentes que complementaban el *Journal* y cuya redacción estaba exenta de toda jerga náutica" (Bougainville, 2005 [1772]: 35).

Tanto el escepticismo como el espíritu de crítica aparecen en la obra como características destacadas y sirven al autor para presentar determinados ejes de discusión. Uno de ellos es la postura de Europa frente al *otro*. Así también se criticarán las costumbres y moralidad vigentes en ella. Podría decirse entonces que Diderot comparte algo del espíritu libertino: niega la existencia de Dios y las pruebas que la validan, niega la moral eclesiástica y la moral tradicional en general,

21 Cuyas obras serán editadas en 1562 y 1657, respectivamente.

22 Diderot, D., *Supplément au voyage de Bougainville*. París, Mille et une nuits, 1975, p. 22: "Je ne vois que trop à present pourquoi Bougainville a supprimé ce fragmente". "Recién ahora veo por qué Bougainville ha suprimido este fragmento."

intenta desenmascarar las creencias y prácticas religiosas de su propia sociedad y ve en la religión una negación de la libertad individual.

Pero el relato de Diderot es también el producto de las transformaciones producidas por la revolución científica. Más específicamente, la primera experiencia francesa de circunnavegación a partir de la que surge el *Supplément…* se ha realizado gracias a los avances científicos y técnicos del siglo XVIII. En el plano de las ideas, la diferencia con los escépticos y libertinos es aún mayor: Diderot señala y critica las normas y costumbres con las que está en desacuerdo para, seguidamente, marcar las pautas sobre las que debería producirse una transformación.

Es por eso que en su presentación del *Supplément...* Diderot confirmará la doble función de la literatura de viajes. Presentará otras formas de organización social respecto de Europa, en este caso aquella de una comunidad en la isla de Tahití. Al tiempo que utilizará las costumbres tahitianas (desviándose un tanto, aunque no del todo, del relato original) como espejo ejemplarizador (Paredes, 2004). En la consecución de dicho fin Diderot recurrirá, como antes Moro y Montaigne, a la técnica del extrañamiento, que analizaremos a continuación.

Recursos de los que se provee el autor. El extrañamiento ilustrado

Con la intención de alcanzar una comprensión más profunda de la realidad (Ginzburg, 2000: 34) al sacar intencionadamente un fenómeno del ámbito de la percepción automatizada, Diderot recurre a la práctica que ya en el siglo II d. C. utilizaba Marco Aurelio para alcanzar la virtud.

Diderot se vale de la técnica del extrañamiento en el *Supplément…* para, a través del indígena Orou, hacer ver al lector lo

extraño de sus propias costumbres y así cancelar las representaciones que de ellas hacía (Ginzburg, 2000: 19).

Podría incluso afirmarse que tanto Montaigne en el siglo XVI, como Voltaire y Diderot en el siglo XVIII, tuvieron presentes los escritos del emperador al buscar mirar desde la distancia la sociedad de la que formaban parte de la misma forma en que Marco Aurelio lo había hecho en sus ejercicios espirituales.[23] Será esta una práctica extendida en la literatura ilustrada francesa que, comenzando por Voltaire, utilizará al extrañamiento como deslegitimador político, social y religioso. El mencionado mecanismo caracterizó de tal manera los escritos de la época que se ha llegado incluso a hablar de *extrañamiento ilustrado* en referencia al período, y en contraste con otras épocas en las que también se ha apelado al recurso (Ginzburg, 2000: 31).

La utilización de ciertos personajes dotados de determinadas características es fundamental para la efectividad de dicha técnica. La liberación de ideas y representaciones falsas suele estar en manos de "el salvaje, el campesino, el animal, aisladamente o combinadas entre sí, [que] proporcionarán un punto de vista desde el cual observar a la sociedad con ojos distanciados, extrañados, críticos" (Ginzburg, 2000: 26). Paradójicamente, la ingenuidad se encuentra más cerca de la verdad de lo que cabría suponer. Y aquí radica la capacidad del autor detrás del personaje: la de ser los ojos de quien observa por primera vez, desprovisto de los condicionamientos sociales que velan las cosas "tal cual son". Sostiene Ginzburg: "Comprender menos, ser ingenuo, quedarse

23 En determinado momento al explicar lo equivocado que era ir contra las leyes de la naturaleza en asuntos como las relaciones entre hombres y mujeres, Diderot llega incluso a referirse directamente a Marco Aurelio y su objetivada descripción del acto sexual: "Ecrivez tant qu´il vous plaira sur des tables d´airain, pour me servir de l´expression du sage Marc Auréle, que le frottement voluptueux de deux intestines est un crime, le Coeur de l´homme sera forissé contre la menace de votre inscription et la violence de ses penchants." (*Supplément*. . ., p. 60). Fragmento que se relaciona con la firme convicción de Diderot en la primacía de las leyes de la naturaleza por sobre la ley civil.

estupefactos, son reacciones que pueden llevarnos a ver más, a alcanzar algo más profundo, más cercano a la naturaleza" (Ginzburg, 2000: 27).

Son estas las intenciones de Diderot quien, a través de la ingenuidad de Orou, desmitifica ciertas creencias religiosas y prácticas consuetudinarias. Orou desconoce el mundo que se le describe, lo cual lleva al lector a preguntarse cuánto de lo que suponemos y conocemos es realmente como lo vemos. La utilización de este *otro*[24] en tanto índice o portavoz de la crítica social, ha adquirido en el siglo XVIII una especificidad que trasciende a aquellos otros *salvajes* sin nombre con los que Montaigne dice haber conversado en Ruán en su ensayo "Sobre los caníbales" (1580). Orou posee un nombre, vive, dice Diderot, bajo los preceptos que su propio pueblo se ha impuesto. Comenta, critica, pregunta. Se presenta en el *Supplément*… como un interlocutor válido al cual se debe responder.

Así lo vemos actuar en la instancia en la que el capellán intenta explicarle los contenidos básicos de la fe cristiana y las "pruebas" de la existencia de Dios. Al finalizar la explicación, Orou parece confundido e intenta resumir en sus propias palabras las características del dios cristiano: "(...) le vieil ouvrier, qui a tout fait sans tête, sans mains et sans outils; qui est partout, et qu´on ne voit nulle part; qui dure aujourd´hui et demain, et qui n´a pas un jour de plus; qui commande et qui n´est pas obei; qui peut empêcher, et qui n´empêche pas."[25] Su descripción es simple y a la vez concreta. Al distanciarnos de nuestra propia explicación, adquiere esta última las características de una construcción mítica producto de un desarrollo sociohistórico determinado.

---

24 Tan necesario a la finalidad didáctica que reviste este escrito en particular.

25 Diderot, D. (1975 [1771]: 29): "(. . .) el viejo obrero, que todo ha hecho sin cabeza, sin manos y sin herramientas, que se encuentra en todas partes y que no se lo ve en ninguna; que dura hoy y mañana, y que no tiene un día de más, que ordena pero no es obedecido, que puede impedir y no impide."

El *Supplément*… cuenta con abundantes descripciones o comentarios de este tipo, lo cual no solo produce extrañamiento o sorpresa en el lector sino que también y en múltiples ocasiones probablemente despertará una sonrisa cómplice. Apelando al desconocimiento del indígena respecto de la historia bíblica, Diderot critica la religión y hace un guiño de ojo al lector que sí la conoce. Orou no concibe que los hombres deban hacer todo lo que Dios les exige, sea esto bueno o malo: "Un jour on te dirait (...) tue, et tu serais obligé, en conscience, de tuer: un autre jour: vole (...) ou: ne mange pas ce fruit; et tu n´oserais en manger (...)".[26] Evidentemente Diderot juega con el hecho de que el lector conoce el final de la historia: esa fruta de la que no se puede probar, ya ha sido probada. Para Orou, es una fruta como otras, resultaría ridículo prohibir su degustación.

De esta manera Diderot apela al ridículo y a la ironía, intentando relativizar las representaciones que el lector posee del mundo tal como lo conoce. Con éxito, la obra no solo cuestiona una serie de acciones y actitudes sociales sino que también propone al lector una nueva forma de mirar la realidad, dejando al descubierto lo objetable de ciertas costumbres.

El *Supplément au voyage*… y su contexto de producción

Publicado en 1773,[27] el *Supplément au voyage de Bougainville* debe considerarse el producto de una obra anterior. No en este caso el ya mencionado *Voyage*… de Bougainville sino *L'Histoire philosophique et politique du commerce et des établissements des Européens dans les Deux-Indes*, obra dirigida por

26 Diderot, D. (1975 [1771]: 31): "Un día se te dirá mata, y tu estarás obligado, concientemente, a matar, otro día: roba… o… no comas de este fruto y tu no osarás comer de él".

27 Hay quienes datan su publicación en 1778-79. (Bougainville, 2005 [1772]: 16).

el Abate Raynal en la que el mismo Diderot había tenido participación.[28]

De hecho, como señala Yves Benot, algunos de los tópicos tratados en la *Histoire* de Raynal (así la llamaremos de aquí en adelante) serán reintroducidos en ediciones posteriores del mismo *Supplément*.[29] Es el mismo Diderot quien irónicamente hace comentar a uno de los personajes del suplemento sobre su participación en la gran empresa de Raynal: "Ouvrage excellent et d´un ton si différent des précédents qu´on a soupçonné l´abbé d´y avoir employé des mains étrangères".[30]

Tanto en la *Histoire* como en el *Supplément*…, Diderot manifiesta tres de sus creencias fundamentales: el ateísmo, el odio al despotismo[31] y la creencia en la virtud y la felicidad, haciendo especial énfasis en su crítica al colonialismo, tema característico de sus últimos trabajos.

Rogelio Paredes señala que ya en el siglo XVIII, más allá del deseo de proporcionar entretenimiento al público lector, el destino del hombre y la sociedad serán los temas principales de toda obra.[32] En este caso, ambos textos responden al programa ilustrado, explicitando la convicción del autor en la elaboración de una serie de principios para lograr un gobierno colonial justo. En el caso del *Supplément*…, son sus componentes utópicos los que proveen las herramientas

---

28 Chouillet, J. (1977). En 1772 comienza Diderot a colaborar en la *Histoire* ... del Abate Raynal.

29 Benot, Y. (1988: 233): "(...) la primera edición de *La Histoire* desempeñó un papel estimulante en la elaboración del *Supplément* hacia septiembre-octubre de 1772. A su vez, el *Supplément* debería considerarse un complemento de *La Histoire* de Raynal puesto que a su vez dejará rastro sobre la última edición de esta obra en 1780.

30 Diderot, D. (1975 [1771]: 41): "Obra excelente y de un tenor tan distinto a las precedentes que se sospechó al abad de haber empleado manos extranjeras."

31 Como señala Furio Díaz, hacia 1770 se producirá un giro en la Ilustración debido al agotamiento del modelo de déspota ilustrado.

32 Paredes, R. (2004: 36): "(...) es vano creer que más allá de los paradigmas de aquellos que asisten deslumbrados a un cambio social y cultural inédito pueda haber, como propósito real, el deseo de proporcionar entretenimientos en países utópicos".

para criticar el proyecto colonialista francés al presentarse una sociedad aún ajena a tales principios y en idílico funcionamiento; aunque la crítica no necesariamente debe interpretarse como un llamado a la acción.[33] Comenta uno de los personajes en el Suplemento: "Nous parlerons contre les lois insensées jusqu´à ce qu´on les réforme; et, en attendant, nous nous y soumetrons".

En el *Supplément*… Diderot presenta la temática utilizando dos interlocutores: un salvaje y un capellán, que a su vez son presentados por dos personajes A y B, en cuyo poder se encuentra el suplemento. Mientras que los primeros dialogan en su mayor parte sobre el problema de la libertad sexual y las creencias que la condicionan, los segundos enmarcan la conversación y realizan comentarios al respecto.

A través de A y B, Diderot expresa juicios a favor y en contra de lo comentado en el diálogo entre el capellán y su anfitrión, estimulando a su vez al lector a reflexionar sobre *su* propio juicio e interpretación del acontecimiento.

Además, el *Supplément*... también presenta el supuesto discurso pronunciado por un sabio anciano en Tahití al momento de partir Bougainville. En él, Diderot marca claramente su postura ante los atropellos de las potencias europeas frente a las poblaciones descubiertas. Al referirse a la inscripción dejada por Bougainville reclamando la posesión francesa de la isla, el anciano comenta: "Ce pays est à nous. Ce pays est à toi!(?) Et pourquoi? Parce que tu y a mis le pied?".[34]

En el capítulo II de la segunda parte de *Voyage*… Bougainville describía la conducta del hombre al cual Diderot pareciera hacer alusión: "Este venerable hombre apenas reparó

---

33 En la obra de Raynal se manifestarán con más claridad las aspiraciones de Diderot: "Europa ha fundado por doquiera colonias; pero ¿conoce los principios sobre los cuales debe fundarlas?" (Benot, 1988: 152).

34 Diderot, D. (1975 [1771]: 17): "Este país es nuestro. ¿Este país es vuestro? ¿Por qué? ¿Porque han puesto un pie sobre él?".

en nuestro arribo, es más, se retiró sin reaccionar ante nuestras caricias, sin demostrar miedo, perturbación o curiosidad. Bien lejos de compartir con todo el pueblo esa especie de éxtasis que ocasionaba nuestra presencia, su aire meditabundo y preocupado más bien insinuaba el recelo que sentía hacia una nueva raza que parecía haber llegado solo para perturbar esos días de júbilo que para él transcurrían en el seno del reposo" (Bougainville, 2005 [1772]: 229-230). Todo pareciera indicar que es sobre esta apreciación personal de Bougainville que Diderot se inspirará para redactar el monólogo en el que el anciano se lamenta y advierte la amenaza que presentará el venidero dominio colonial para la felicidad de su pueblo.

Diderot extrema su postura al hacerla propia pero no resuelve los problemas planteados, tampoco pareciera ser esa su finalidad. Como señala Benot: "(...) el mismo *Supplément* no concluye verdaderamente: solo incita a tomar en cuenta otra moral y la hipótesis de una organización diferente de la vida sexual" (Benot, 1988: 101). En este sentido, subyace en la obra de Diderot el enigma, que comparte con las obras anteriormente analizadas, respecto de su finalidad o intención, si acaso la hubiere. La pregunta pareciera ser inevitable, ¿qué es lo que estas obras se han propuesto decir?

A continuación veremos las implicancias filosóficas mayores contenidas en el mencionado texto, así como también los ejes de discusión y debates que aparecen más allá de sus reflexiones sobre la moralidad sexual.

Ejes de discusión presentados por Diderot

Hemos dicho que si bien el *Supplément…* critica principalmente las costumbres y prácticas sexuales en Europa, en realidad aborda otras cuestiones de igual o mayor importancia.

Una de ellas: el anticlericalismo; otra: el anticolonialismo.[35] El autor también argumenta en favor de las leyes de la naturaleza por sobre las leyes del hombre y por último, y más importante aún, se debate sobre el avance del progreso humano. Subyacente en la totalidad del texto, esta última cuestión cobra una importancia mayor dado el contexto de cambio y transformación que enmarcan al período, y que tan necesario es tener en cuenta a los fines del presente trabajo.

Diderot expresa claramente la contradicción entre las leyes escritas y las conductas humanas. Haciendo ver que por no basarse en las verdaderas necesidades del hombre, las leyes terminan constriñendo las libertades del individuo, poniéndolo en una posición en la que constantemente debe elegir entre hacer aquello que se espera que haga y aquello que desea hacer. También sostiene que la religión condena las acciones que son propias del ser humano al violar la libertad y la naturaleza intrínsecas del hombre y la mujer uniéndolos por siempre el uno al otro en el sacramento del matrimonio.

A través del capellán sugiere que nada es más común que el hecho de que una mujer que ha jurado pertenecer solo a su marido, se entregue a otro hombre, y sea jurídicamente condenada por ello. Esto, sostiene, refrendaría el hecho de que la ley y la justicia estarían actuando en desmedro de las leyes naturales.

Con esta primera crítica, Diderot introduce un segundo aspecto, a su vez relacionado: la crítica a la religión. En la voz de Orou, Diderot profiere: "Je ne sais ce que c´est la chose que tu appelles religion; mais je ne puis qu´en penser mal, puisqu´elle t´empêche de goûter un plaisir innocent...".[36] Este marcado anticlericalismo ha sido una constante a lo largo de su vida. Recordemos el tenor de *La religiosa*, obra

35 El presente trabajo toma el término "anticolonialismo" en el sentido que le otorga Y. Benot.

36 Diderot, D. (1975 [1771]: 25): "No sé qué es aquello a lo que llamas religión, pero no puedo más que pensar mal de ella, puesto que te impide probar un inocente placer . . ." .

exitosa publicada anteriormente[37] en la que, así como en el *Supplément*, se ponían en evidencia las contradicciones entre el accionar y los preceptos de quienes habían tomado votos religiosos.

En el siglo XVIII, señala Michel De Certeau, ante la fragmentación religiosa surgida en el siglo precedente se encontrará en una religión *natural* un criterio de unidad más fundamental que el provisto por las religiones ahora consideradas *históricas*, y por ello mismo *contingentes*. La religión será a partir de entonces percibida desde el exterior, como *costumbre* o contingencia histórica, oponiéndose a conceptos como los de *Razón* o *Naturaleza* (De Certeau, 1975: 185).

La defensa de la ley natural por sobre la ley civil estaría estrechamente relacionada con este último punto. Las máximas defendidas por Diderot en el *Supplément*… no estarían más que confirmando la separación y posterior desplazamiento de la religión hacia la ética no solo en los cuadros de referencia de las prácticas sociales del siglo XVIII sino más ampliamente en la concepción existente en las sociedades occidentales sobre ellas. "Au système qui faisait des croyances le cadre de référence des pratiques, s´est substituée une éthique sociale formulant un 'ordre' des pratiques sociales et relativisant les croyances relgieuses comme un 'objet' à utiliser".[38] Progresivamente, por sobre las disputas religiosas nacerá una ética autónoma, con el orden social o la conciencia como cuadros de referencia.

De ahí la gran crítica de los *philosophes* hacia el Estado. Como sostiene Rogelio Paredes, para los pensadores de la

37 En dicha novela, Diderot realiza una fuerte crítica a los claustros y vida monástica, de la que su hermana había sido víctima. En el *Supplément*, Diderot muestra a las religiosas como seres más encerrados que los monjes, secándose de dolor y pereciendo de aburrimiento.

38 De Certeau, M. (1975: 180): "Al sistema que hacía de las creencias el cuadro de referencia de las prácticas, se lo sustituye por una ética social formulando un 'orden' de prácticas sociales y relativizando las creencias religiosas como un 'objeto' a utilizar" (traducción del original).

Ilustración "los Estados no otorgan libertades ni reconocen derechos" (Paredes, 2004: 33), cuando deberían en cambio respetar aquellos nacidos de la misma naturaleza humana. Así como Montaigne lo esbozaba en 1580, Diderot cree firmemente que las denominadas "leyes positivas" deben concordar con las "leyes naturales" (fundamentadas en la razón), y que solo en tanto tal concordancia sea respetada podrá el hombre desarrollarse armónicamente en sociedad (Bitterli, 1982: 174).

Lo antedicho se manifiesta claramente en el *Supplément*... Diderot, como muchos de sus contemporáneos sostiene por ejemplo que el tahitiano, que se ha apegado escrupulosamente a la ley natural, está más cerca de la buena legislación que ningún otro pueblo civilizado. También Bougainville, en su propio relato de viaje, había remarcado lo alegres que estaban quienes vivían según los dictámenes de la naturaleza (Bougainville, 2005 [1772]: 158). Nótese que el subyacente conflicto entre Razón y Poder constituyó uno de los principales puntos de discusión para la época (Paredes, 2004: 29).

En relación al avance del progreso humano y su inclusión como temática en la obra, debe considerarse en primera medida la propia interpretación de Diderot respecto de la figura del *salvaj*e y su influencia en el pensamiento europeo. Aparece en la edición de la *Histoire* de Raynal de 1772 la siguiente frase: "Es la ignorancia de los salvajes la que ha esclarecido, en alguna forma, a los pueblos cultivados" (Benot, 1988: 214). El *salvaje* aparecería entonces como el redentor de una civilización corrupta, la europea, dejando en evidencia a los *civilizados* como *verdaderos bárbaros*.[39] A través de un pretendido diálogo con ese *otro*, Diderot presentará dos posturas divergentes frente a lo que, en términos de Marshall Berman, ha sido llamado la *tragedia del desarrollo*.

---

39 Hazard, P., *op. cit.*, 1988: 25: "Los civilizados son los verdaderos bárbaros: que el ejemplo de los salvajes les enseñe a recobrar la libertad y la dignidad humanas".

Este último concepto, clave en la obra de Berman (1988), deviene en esta instancia indispensable para analizar el período de transición de Europa hacia la Modernidad. Berman, quien a través del *Fausto* de Goethe analiza las tensiones que agitaban a todas las sociedades europeas en los años anteriores a la Revolución Francesa y la Industrial, establece que la transición hacia un sistema mundial de características modernas a fines del siglo XVIII es el resultado de un proceso contradictorio en el que, rara vez armónicamente, convergen formas tradicionales con nuevas formas de organización social.

A todo *deseo de desarrollo* o fuerza vital que promueve el cambio, explica Berman, le sucede una *contradicción* con la sociedad tradicional de la que esa fuerza es a la vez producto y rechazo. Se presenta así la paradoja de la creación/destrucción: destruir para avanzar parece ser la única forma en la que puede darse el progreso:[40] "Esta es la dialéctica que el hombre moderno debe asumir para avanzar y vivir; y es la dialéctica que pronto envolverá y moverá a la economía, el Estado y la sociedad modernos como un todo" (Berman, 1988: 40).

El avance de Europa en territorio ultramarino será parte del escenario en el que se manifieste la mencionada paradoja. Como señala Pratt, más allá de que las ideologías dominantes distinguieran entre la búsqueda de riquezas o la búsqueda de conocimiento como motores de la expansión europea en ultramar, lo cierto es que a mediados del siglo XVIII la concepción de Europa sobre sí misma y sobre sus relaciones globales cambiará indefectiblemente. Dentro del círculo de pensadores europeos surgirán varias posturas e interpretaciones respecto de este desarrollo que se manifestará inevitable pero avasallante a la vez.[41]

---

40 Un progreso que implica que solo en tanto se destruya lo existente hasta el presente, podrá haber lugar para nuevas creaciones.

41 No es casual que el *Fausto* de Goethe haya comenzado a escribirse en 1770, casi paralelamente al tiempo en que se publicará la obra de Diderot.

Diderot particularmente se colocará del lado del desarrollo humano, pero a la vez manifestará una respuesta negativa al derecho de colonización (Benot, 1988: 184). En el *Supplément…*, el ominoso discurso del anciano en Tahití rechazando la incursión europea por lo que ello implicará en un futuro no muy lejano para su pueblo, representa discursivamente los temores del mundo tradicional, un mundo estático, aferrado a sus tradiciones y sujeto a prácticas consuetudinarias. Como hemos visto, Bougainville había mencionado por primera vez y sin expedirse al respecto, a aquel anciano que "(...) parecía anunciar que temía que estos días dichosos, deslizados para él en el seno del reposo, fuesen turbados con la llegada de una nueva raza." (Bougainville, 2005 [1772]: 154)

El progreso se manifiesta en el dinamismo mismo de la empresa colonizadora. Es Bougainville, quien en misión estatal, evalúa los territorios a los que llega pensando siempre en los posibles intereses de la Corona francesa. En el *Supplément…*, la llegada de la comitiva francesa a Tahití es símbolo de cambio, de transformaciones para el pueblo indígena.[42]

Hacia el final del *Supplément…*, Diderot parece querer *conciliar* su fe en el progreso humano con su marcado anticolonialismo al sugerir: "(...) être honnête et sincère jusqu´au scrupule avec des êtres fragiles qui ne peuvent faire que notre bonheur, sans renoncer aux avantages les plus précieux de nos sociétés".[43]

Diderot sabe que el mundo tradicional ha cambiado o está en vías de hacerlo, y que la postura de las potencias europeas frente a los territorios descubiertos es crucial con

---

42 Las contradicciones entre las características de una sociedad dinámica y una sociedad estática son ampliamente analizadas por Berman en relación a *Fausto*.

43 Diderot, D. (1975 [1771]: 65): "(. . .) ser honesto y sincero hasta el escrúpulo con los seres frágiles que no pueden más que darnos felicidad, sin renunciar a las ventajas más preciadas de nuestra sociedad".

respecto a su futuro. Pero no ofrecerá una postura superadora del debate sobre el progreso, simplemente se limitará a presentar sus principales aspectos y a prevenirnos sobre el desencadenamiento de la tragedia del desarrollo. Su mejor consejo pareciera ser imitar al capellán del navío: monje en Francia, salvaje en Tahití; tomar los hábitos del país donde se va y guardar los del país del que uno viene.

Hemos visto hasta el momento y a grandes rasgos, los ejes de discusión abordados por Diderot en el *Supplément*... Evidentemente, la mayor parte de ellos son producto de los cambios históricos gestados en el período precedente (Hazard, 1988) y de las múltiples lecturas que sobre ellos se ha hecho una Europa que adquiere conciencia de su propia existencia en tanto delimita la existencia de un *otro* real. Hay además, ejes de discusión o aspectos determinados que no necesariamente presenta Diderot pero que hacen a una mayor comprensión de la obra en el contexto de la Ilustración, de su valor utópico y de la relación de este último en función del mencionado contexto. Estos serán abordados a continuación, no en pos de evaluar sus aciertos y desaciertos, sino para comprender su importancia como programa-proclama dentro de un mundo en permanente cambio.

Diderot en el concierto ilustrado

Hemos dicho anteriormente que el texto analizado en el presente trabajo está intrínsecamente conectado con la serie de ideas y postulados que, entre fines del siglo XVII y del XVIII, dio en llamarse Ilustración. Adoptando una actitud crítica respecto del pasado y la tradición, el programa ilustrado se propuso hacer uso del conocimiento y la razón con la finalidad de mejorar la vida individual y asociada de los hombres (Abbagnano, 1961).

El objetivo expreso de tal propuesta resulta no ser menos que la felicidad y bienestar del género humano.[44] Para alcanzar este fin, la tolerancia y la fe en el progreso devinieron dos componentes esenciales. Tolerancia hacia quienes fuesen diferentes, y fe en el saber y el conocimiento como formas de alcanzar tal felicidad. Existió también una segunda concepción de progreso en el pensamiento ilustrado: la creencia en el progreso de la historia, y para que ella ocurriese: la decisión de tomar la iniciativa en tal transformación. Señala Paredes: "la labor de los 'sabios' consiste, desde el siglo XVIII, en diseñar los medios para hacer posible el cambio, un cambio que (...) es, al mismo tiempo, redentor de un hombre nuevo y restaurador de su dignidad..." (Paredes, 2004: 31). En este contexto, si bien "*Utopía* no aparece entre las voces de la *Encyclopédie*, y el término utópico es empleado corrientemente en sentido negativo" (Comparato, 2006: 162) es el mismo proyecto ilustrado el que se nos presenta hoy cargado de valor utópico. Las sociedades ideales que imaginan los *philosophes*, se asemejan a aquellas descriptas en los relatos de viaje contemporáneos, pero continúan poseyendo aquella cualidad que las vuelve utópicas al ser ese no-lugar que ha instaurado Moro en el imaginario de la Modernidad. Al igual que sus predecesores, los escritos utópicos en el siglo XVIII refieren a lugares inexistentes pero continúan siendo el producto de las necesidades y carencias de aquellas sociedades desde las que se los piensa.

Es en este compendio de ideas, que la figura del *otro*, del *salvaje*, de quien es extraño a la sociedad, resulta de suma importancia,[45] ya lo mencionaba la *Histoire* de Raynal.[46]

---

44 Incluso en un texto tan acotado como el *Supplément*, Diderot no deja de señalar que las leyes y reglas sociales deberían existir con el único propósito de asegurar el bien general.

45 Sería interesante pensar en el papel del "otro" dentro del devenir del particular en sujeto, en su contribución a esa nueva configuración en tanto alteridad. (*cfr.* Heller, A., 1994).

46 Hemos hecho alusión a ello en los apartados anteriores.

Como señala Benot, las civilizaciones no europeas pusieron en movimiento al pensamiento europeo más avanzado (Benot, 1988: 215). Se consideraba más sabio y más feliz a quien más alejado estaba de la "decadente" civilización europea.

Sin embargo, esta apreciación nunca puso en tela de juicio la "superioridad europea", antes bien, ciertas prácticas. Por su postura ética y su actitud moral, el *salvaje ilustrado* tendrá más rasgos de *ilustrado* que de *salvaje*.

La utilización consciente de esta figura es obra del filósofo que, a través de la misma y en consonancia con el programa ilustrado, se adjudicará ciertas prerrogativas.

En sus escritos iniciales, Diderot rescata la figura del filósofo como la de aquel que debe "predicar a los demás todo lo que sea bueno y loable, sin importar el que sea uno incapaz o capaz de hacerlo" (Benot, 1988: 32), como aquel que tiene una función esclarecedora y que además de dar el precepto, también debe dar el ejemplo. El *Supplément…* da prueba de ello y Diderot se presenta ante nosotros como fiel representante de la Ilustración.

La función del filósofo, sostiene Diderot, se manifestará vivamente en su relación con el pueblo. Para este autor, ante un pueblo lento en rebelarse y en tomar la acción, el filósofo deberá incentivarlo propagando ideas el tiempo necesario hasta el estallido de la revuelta (Benot, 1988: 207). No podemos decir que sea exactamente eso aquello que hace en el *Supplément…*, sin embargo, sí se trasluce la aspiración a replantear aspectos sociopolíticos fundamentales para la época. Es claro que en la totalidad de la obra Diderot busca agitar las conciencias de sus lectores, dando a conocer propuestas que cree fundamentales para un mejor desarrollo social. Propuestas que también serán compartidas por un amplio grupo de sus contemporáneos.

Así resalta Mauzi esta idea de función social: "Lo esencial ya no es más crear una obra para la posteridad: es tener una

acción inmediata o próxima a la sociedad donde se vive, contribuyendo en principio a 'instruirla' y 'pulirla', destruyendo todos los prejuicios de los que estaba infectada" (Mauzi, 1977: 19).[47]

Tal vez es este último aspecto el que, en términos de Berman, pueda llevarnos a ver a la Ilustración como tragedia. Como hemos visto anteriormente, este autor explica que el mismo espíritu de desarrollo conlleva a la destrucción. Toda experiencia moderna se fundará sobre esta misma premisa; mismo el gran ideal cultural y espiritual que fue la Ilustración para el siglo XVIII. La dinámica moderna no eximirá a las aspiraciones más loables de convertirse en víctimas de su propio impulso desarrollista; y es esa justamente la paradoja. Señala Berman: "(...) los horrores más profundos del desarrollo fáustico nacen de sus objetivos más honorables y de sus logros más auténticos" (Berman, 1988: 64).

La Ilustración que se constituyó en programa de lo que debía hacerse para alcanzar la felicidad y el bien general fracasará por una serie de condiciones objetivas, que la convertirán en tragedia. Quien también analiza la experiencia moderna en este período en particular es Agnés Heller. En *Crítica de la Ilustración* establece que el fracaso de la misma se debió a la imposibilidad de fundamentar una ética o moral universal, de convertir en individuos a todos los particulares. La exportación de violencia hacia el mundo colonial será una de las mencionadas condiciones objetivas causantes del mismo, al tratarse en este caso de una periferia que no llegó a pertenecer a ese *todo* englobado en el concepto de "humanidad".[48]

Dentro de Europa las contradicciones se hacen aún más evidentes. Mauzi enfatiza la paradoja: "(…) au moment où elle s`enfonce dans la guerre europeénne, la société des

47 Cita traducida del original.

48 Para un mayor análisis de la relación entre centro y periferia ver Wolf, E. (1987).

Lumiéres se forge une âme faite pour un univers pacifique".[49] Las políticas expansionistas de Federico de Prusia o Catalina serán el escenario de lo que el autor llama *la internationale des bons esprits* y la describe como ilusión admirablemente explotada por los virtuosos de la propaganda.

Para Heller, el fracaso del proyecto ilustrado también radicará en haber tenido la certeza absoluta de la razón como verdad o como camino hacia ella.[50]

La Ilustración aparece entonces como una experiencia contradictoria. Por un lado, el hombre ilustrado desafía al poder a través de la palabra, del diálogo, de un lenguaje en particular. La palabra llega a convertirse en sinónimo de liberación. Por el otro, tomar la palabra para la defensa del otro implicó caer en el peligro de imponer un criterio de verdad creyéndolo único y universal.

Heller toma el caso de Lessing, crítico literario y poeta del siglo XVIII alemán, para demostrar cómo la expresión del sufrimiento de los *sometidos* llegó a convertirse en la empresa humana que fue la Ilustración. Lessing "brinda el lenguaje, la palabra, el argumento, y los sometidos se liberan con ello..." (Heller, 1987: 19). Todos los protagonistas de las obras de Lessing representan de alguna forma u otra a los excluidos del mundo, que no obstante, (como también vimos en Diderot), son presentados como superiores en el plano moral y humano.

Tanto para Heller como para Diderot, el rol del filósofo debe ser tomar la palabra de los sometidos a favor de ellos y en su lugar (Heller, 1987: 19). Aunque la autora admite, existe el peligro de imponer en el otro la voluntad de uno. Propondrá una solución, legado de Lessing: no solo optar

---

49 Mauzi, R. (1979: 16): "(...) al tiempo que se sumerge en la guerra europea, la sociedad Iluminista se forja un alma hecha para un universo pacífico" (cita traducida del original).

50 La autora sostiene que creer en la incapacidad de tener una certeza, en la capacidad de dudar, debe ser el punto de partida para la existencia de la hermandad.

por la razón sino también por quienes más sufren, y a partir de allí actuar en consecuencia.

Ante esta propuesta, cabe preguntarse si tanto Lessing como Diderot, en la pretensión de ser voceros de quienes no tienen voz no estarían ubicándose en un plano de superioridad moral respecto del *otro*. Aquel *salvaje* o *sometido* que moralmente supera a su contraparte, está desprovisto de una voz propia. En su intento de expresar por él y a través suyo una serie de críticas inherentes a la experiencia moderna, Diderot, así como muchos antes y aún muchos después que él, terminaría adoptando una actitud rayana en el paternalismo, de superioridad moral propia y, a la vez, de "voz" de quienes en realidad no lo han convocado. Todo parecería indicar que en el silencio del *otro*, y en la apropiación que de aquella voz se hace, yace el poder discursivo de una Europa que, más allá de sus adeptos o detractores, en el siglo XVIII continúa avanzando en la búsqueda constante de nuevos espacios de colonización.

Algunas conclusiones

El haber analizado el *Supplément…* dentro de su contexto de producción como producto él mismo de la experiencia moderna, en algún punto comprueba que los escritos utópicos, más allá de su validez como reproducciones de un paradigma, responden también a las necesidades particulares del período en el que emergen.

Así, el *Supplément…* es el complemento filosófico de aquel viaje científico realizado por Bougainville en 1771. En él se manifiestan las contradicciones que atraviesa una Europa en expansión que a la vez que es testigo de nuevas formas de organización en las sociedades descubiertas, advierte la disolución de sus propias estructuras sociales. Sus recursos, la descripción de una sociedad tan imaginaria como imaginada.

En este sentido, más allá de hablar de los aciertos o desaciertos de una obra con las características del *Supplément…*, lo importante es destacar la funcionalidad de una literatura de tipo pedagógico en el desarrollo del pensamiento crítico. Diderot aplica un recurso como el extrañamiento para desnaturalizar supuestos básicos de la sociedad europea. Aunque, es necesario aclarar que si bien Diderot en su crítica de las costumbres europeas y en su defensa del *otro*, claramente obra con la finalidad de fomentar en determinados círculos una revisión de la postura europea frente al mundo; toma el lugar y la voz del *otro* al apropiarse de su silencio. Así este silencio es sustituido por una voz ajena, que reviste de palabras un cuerpo también apropiado en tanto símbolo de la alteridad. La dialéctica Europa-Ultramar pareciera entonces no ser más que una ficción literaria.[51]

Diderot valora por igual las costumbres de ambas sociedades, posicionándolas en el mismo nivel y admitiendo la existencia de dos códigos morales distintos, pero no por eso mejores o peores. La igualdad entre tahitianos y europeos es recalcada en el discurso inicial: "(...) le Tahitien est ton frère. Vous êtes deux enfants de la nature; quel droit as-tu sur lui qu´il n´ait pas sur toi?".[52] Luego, se pondrán a la par las costumbres locales y foráneas: "Les moeurs de Tahiti sont-elles meilleures ou plus mauvaises que les vôtres? ... tes moeurs ne sont pires, ni meilleures que les nôtres".[53]

Sin embargo, jamás deja el "otro" de portar las connotaciones que en el discurso filosófico se le atribuyen, al seguir siendo

---

51 Este último postulado debería contrastarse con la aseveración de Bitterli, quien señala: "(. . .) es indudable que a más tardar tras la publicación, en el año 1755, del *Discours sur l´originalité de l´inégalité parmiles hommes*, de Rousseau, se puso en marcha un proceso de elucidación dialéctica de la relación Europa-Ultramar, que antes no habría sido posible" (Bitterli, 1982: 247).

52 Diderot, D. (1975 [1771]: 18): "(. . .) el tahitiano es tu hermano. Ambos son hijos de la Naturaleza; ¿qué derecho tienes sobre él que él no tenga sobre ti?".

53 Diderot, D. (1975 [1771]: 25): "¿Las costumbres de Tahití son mejores o peores que las vuestras? ... tus costumbres no son peores ni mejores que las nuestras".

ese ingenuo salvaje que no logra comprender el funcionamiento de la sociedad que se le describe, pero que no obstante, guiado por su propia naturaleza, emite juicios de valor certeros.

No es casual que uno de los personajes en la obra, tras leer el discurso del sabio tahitiano diga que las palabras de este le parecen vehementes... "mais à travers je ne sais quoi d`abrupt et de sauvage, il me semble retrouver des idées et des tournures européenes".[54] No es pues más que la misma Europa hablando de sí misma y *sobre* sí misma.

No es propósito del presente trabajo, sin embargo, juzgar a Diderot por esto. Lo importante es comprender que el *Supplément…*, como variante del discurso utópico en el siglo XVIII, es en sí mismo expresión de la Modernidad, al ser el *otro* la pauta a partir de la cual se evalúan los fundamentos de la propia estructura social. Esta misma estructura (propia de la cultura occidental moderna) en donde un *otro* articula y separa el campo del saber, será la que constituya el basamento de las ciencias humanas en los siglos subsiguientes. Así lo anunciaba De Certeau en *L´écriture de l´histoire*: "l´intelligibilité s´instaure dans un rapport à l´autre; elle se déplace (ou 'progresse') en modifiant ce dont elle fait son 'autre' – le sauvage, le passé, le peuple, le fou, l´enfant, le tiers monde. À travers ces variantes entre elles hétéronomes –éthnologie, histoire, psychiatrie, pédagogie, etc.–, se déploie une problématique articulant une savoir-dire sur ce que l´autre tait, et garantissant le travail interprétatif d´une science ('humaine') par la frontiére qui le distingue d´une région qui l´attend pour être connue."[55]

---

54 Diderot, D. (1975 [1771]: 22): "(. . .) pero a través de lo abrupto y lo salvaje puedo encontrar ideas y giros europeos".

55 De Certeau, M. (1975: 15): "(. . .) la inteligibilidad se instaura en relación a lo otro; ella se desplaza (o progresa) modificando aquello que hace a su "otro" –el salvaje, el pasado, el pueblo, el loco, el niño, el tercer mundo. A través de estas variantes entre ellas heterónomas –etnología, historia, psiquiatría, pedagogía, etc.– se desarrolla una problemática articulando un saber-decir sobre aquello que el otro calla, y garantizando el trabajo interpretativo de una ciencia ("humana") por la frontera que lo distingue de una región que lo espera para ser conocida".

Bibliografía

"Minutes of the Council and General Court", *Virginia Magazine of History and Biography*, XXIII, 1915.

Abbagnano, N. 1961. *Diccionario de Filosofía*. México, FCE.

Abufalia, D. 2009. "Horizontes orientales: los pueblos, las islas y las costas del Atlántico Oriental", en *El descubrimiento de la humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón*. 2da parte. Barcelona, Crítica.

Alfred, W. 1988. "Las Islas Afortunadas", en *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Barcelona, Crítica.

Arber, E. (ed.). 1910. *Travels and Works of Captain John Smith*, 2 vols. Edimburgo, John Grant.

Arciniegas, G. 1975. *América en Europa*. Buenos Aires, Sudamericana.

Baczko, B. 1984. *Los imaginarios sociales*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Barlowe, A. 1993 [1584]. "The first voyage made to the coasts of America…", en Kupperman, K. O. (ed.). *Major Problem in American Colonial History*. Massachusetts, D. C. Heath & Co.

———. 1904 [1584]. "The first voyage made to the coasts of America…", en Hakluyt, R. (ed.). *The Principal Navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation*. Glasgow, James MacLehose and Sons, vol. VIII.

Baumer, F. L. 1985. *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*. México, FCE.

Benot, Y. 1988. *Diderot: del ateísmo al anticolonialismo*. México, Siglo XXI.

Berger, M. 1979. *La novela y las ciencias sociales. Mundos reales e imaginarios*. México, FCE.

Beristáin, H. 1993-1994. "Enclaves, encastres, traslapes, espejos, dilataciones (la seducción de los abismos)", *Acta Poética*, 14-15, UNAM.

Berman, M. 1988. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Bethell, L. (ed.). 1990. *Historia de América Latina*. Barcelona, Crítica.

Bitterli, U. 1982. *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar*. México, FCE.

Boccaccio, G. 1986 [1351]. *El Decamerón*, Cap. III: "Los tres anillos". México, Porrúa.

Bougainville, L. A. 1954 [1772]. *Viaje alrededor del mundo a bordo de la Fragata del Rey* La Bodeuse. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral 349.

———. 2005 [1772]. *Viaje alrededor del mundo a bordo de la fragata real* La Boudeuse *y la urca* Étoile, *en 1766, 1767, 1769*

y 1769. Freijomil, A. (Estudio preliminar, traducción y notas). Buenos Aires, EUdeBA.

Bourguet, M.-N. 1995. "El explorador", en Vovelle, M. (ed.). *El hombre de la Ilustración*. Madrid, Alianza.

———.1996. "L´explorateur", en Vovelle, M. (dir.). *L´homme des Lumières*. París, Seuil.

———. 1997. "Voyage, mer et science au XVIIIe siècle", *Le bulletin de la S.H.M.C., Supplément à la Revue d´Histoire Moderne et Contemporaine*, tome 44.

Bryden, R. 1976. "The Unfinished Hero", en Shakespeare, W. *Othello*. Essex, Longman.

Buarque de Holanda, S. 1985. *Visão do paraíso. Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*, San Pablo, Companhia Editora Nacional.

Burkchardt, J. 1979 [1860]. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona, Iberia.

Burke, P. 1999. *El Renacimiento*. Barcelona, Crítica.

Burucúa, J. E. (comp.). 1992. *Historia de las imágenes e historia de las ideas. La escuela de Aby Warburg*. Buenos Aires, CEAL.

———. 2003. *Historia, Arte, Cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*. Buenos Aires, FCE.

Canizares Esquerra, J. 2007. *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. México, FCE.

Canny, N. P. 1973. "The Ideology of English Colonization: From Ireland to America", *The William and Mary Quarterly*, vol. 30, n° 4, octubre.

Cardozo, E. 1959. *Historiografía paraguaya*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Carrizo Rueda, S. M. (ed.). 2008. *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de 'fragmentos de mundo'*. Buenos Aires, Biblos.

Castellán, Á. 1985. *Algunas preguntas por lo moderno*. Buenos Aires, Tekné.

———. 1995. "Filippo Sassetti: entre Florecia y la India", *Anales de Historia Antigua y Medieval*, vol. 28 en 'Homenaje a José Luis Romero'. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires.

Cassirer, E. 1943. *Filosofía de la Ilustración*. México, FCE.

Chartier, R. 2004. *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires, Katz.

Chouillet, J. 1977. *Diderot*. París, Société d´édition d´enseignement supérieur.

Comparato, V. I. 2006. *Utopía: léxico de política*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Craven, W. F. 1944. "Indian Policy in Early Virginia", *The William and Mary Quarterly*, vol. 1, nº 1, enero.

Cro, S. 2004. "Introducción", en De Anglería, P. M., *De Orbe Novo*. Córdoba, Alción Editora.

Crosby, A. W. 1988. "Las Islas Afortunadas", en *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Barcelona, Crítica.

Da Silva Dias, J. S. 1986. *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*. México, FCE.

Dampier, G. 1710. *Nouveau Voyage autour du Monde. Ou l'on decrit en particulier l'Itsme du l'Amerique, plusier Cotes et Iles des Indes Occidentales, les Iles du Cap Verd, le passage per Terre del Fuego les Cotes Merdionales du Chili, du Perou et du Mexique ; l'Isle de Guam, Mindanao et autres Phillippines; les Iles*

Orientales sont pris de Cambodia, de la China, de Formosa, Luzon, Celebes etc., la Nouvelle Hollande, et le Cap de Bonne-Esperance ou l'on traite des differents territoirs de tous ces Pays, de leurs Ports, des Plantes, des Fruits, etc., des Animaux qu'on y trouve: De Leurs Habitants, de leurs Coutumes, de leur Religion, de leur Governemnt, de leur Negoces, etc. Par Guillaume Dampier Enrichi de Cartes et des Figures. A Rouen chéz Jean Baptiste Machuell, Ecruyere a l' Image S. Jean, MDCCXV. Avec Aprobation et Privilege du Roy, cinco tomos.

De Certeau, M. 1975. *L´écriture de l´histoire*. París, Gallimard.

De Pauw, C. 1768. *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à la histoire de l'espèce humaine*. París.

De Pedro, V. 1954. *América en las letras españolas del Siglo de Oro*. Buenos Aires, Sudamericana.

Defoe, D. 1999 [1724]. *A General History of the Pyrates*. Edited and eith a New Postscript by Manuel Schonhorn, Mineola, Dover Publications Inc.

Delbourgo, J. y Dew, N. 2008. "Introduction", The Far Side of the Ocean, en Delbourgo, J. y Dew, N. (dirs.). *Science and Empire in the Atlantic World*. Nueva York, Routledge.

Díaz, F. 1986. *Europa: de la Ilustración a la Revolución*. Madrid, Alianza.

Diderot, D. 1968 [1796]. *La religieuse*. París, Flammarion.

Diderot, D. 1975 [1771]. *Supplément au voyage de Bougainville ou Dialogue entre A et B sur l´inconvénient d´attacher des idées morales à certaines actions physiques qui n´en comportent pas*. París, Mille et une nuits.

Dobb, M. 1975. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo,* México, Siglo XXI.

Dotti, U. 1992. *La città dell'uomo. L'umanesimo da Petrarca a Montaigne*. Roma, Editori Riuniti.

Duchet, M. 1975. *Antropología e historia en el Siglo de las Luces*: *Buffon, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Diderot*. México, Siglo XXI.

Elliot, C. E. (ed.). 1963. *The Harvard Classics*, vol. 35. Nueva York, Collier and Son Corporation.

Elliot, J. H. 1990a. "España y América en los siglos XVI y XVII", en Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina,* tomo I. Barcelona, Crítica.

———. 1990b. "La conquista española y las colonias de América", en Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina,* tomo II. Barcelona, Crítica.

Fishwick, M. W. 1965. *Jamestown. First English Colony*. Nueva York, America Heritage Publishing Co.

Force, P. (comp.). 1844 [1612]. *Tracts and Other Papers, Origin, Settlement and Progress of the Colonies in North America*, vol. III. Washington, WM. Q. Force.

Frezier, A. F. 1717. *Relation of one Voyage to the South Sea and along the coast of Peru in the Years 1712, 1713 and 1714*. Londres, Jonah Bowyer.

Froger, L. 1698. *A Relation of a Voyage made into the years 1695, 1696, 1697 on the Coast of Africa, Straights of Magellan, Brasil, Cayena and the Antillas, by a Squadron of French Men of War, under the Command of M. De Gennes*. Londres, M. Gillyflower.

———. 1715. *Relation d'un Vovage de la Mer du Sud, Detrot de Magellan, Bresil, Cayenne, et les Isles Antilles, ou l'on voit les Observations que l'Auteur a faites sur la Religión, Mouers, et Coutumes des Peuples qu'y habitent. En fin, les divers Animaux s'y trouvent du meme que des Fruits et les Plantes qu'y croisent. Par ñe Sr.*

Froger. Enrichi des Figures dessinées sur lieux et gravées fort propement. A Ámsterdam. Chez Honoré et Chatelet, MDCCXV.

Garín, E. 1965. *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano.* Bari, Laterza.

———. 1984a. "Edades oscuras y renacimientos", en Granada, M. Á. (comp.). *La revolución cultural del Renacimiento.* Barcelona, Crítica.

———. 1984b. "Leyes, derecho e historia", en Granada, M. Á. (comp.). *La revolución cultural del Renacimiento.* Barcelona, Crítica.

———. 1984c. "Los cancilleres humanistas de la República Florentina", en Granada, M. Á. (comp.). *La revolución cultural del Renacimiento.* Barcelona, Crítica.

Gauguin, P. 1997 [1919]. *Diario íntimo.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Gerbi, A. 1960. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900.* México, FCE.

———. 1978. *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo.* México, FCE.

Ginsburg, C. 2000. *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia.* Barcelona, Península.

González Sánchez, C. A. y Vila Vilar, E. (comps.). 2003. *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII).* México, FCE.

Gosse, P. 1948. *Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente (Historia de la piratería).* Buenos Aires, Espasa-Calpe.

Greenblatt, S. 1988. *Shakespearean Negotiations. The Circulation of Social Energy in Renaissance England.* Oxford, Oxford Clarendon Press.

Grenville, R. 1905. "The voiage made by Sir Richard Grenville for Sir Walter Ralegh, to Virginia, in the yeere 1585", en Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation,* vol. VIII.

Hacke, W. 1699. *Voyages containing: Capt. Cowley's Voyage round the Globe; Capt. Sharp's Journey over the Isthmus of Darien and Expedition into the South Sea, writen by himself; Capt. Woods' Voyage throu' the Straigths of Magellan; Mr. Roberts' Adventures among the Corsaires of the Levant; his Account of their Way of living, Description of the Archipiaelago's Islands, Turkey and Siria,* Londres, Imprenta James Knapton.

Hakluyt, R. (ed.). 1904. *The Principal Navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation,* vol. VIII. Glasgow, James MacLehose and Sons.

Hamor, R. 1615. *A True Discourse of the Present State of Virginia, and the Successe of the Affaires there till the 18 of Iune. 1614.* Londres, Iohn Bale.

Hanke, L. y Giménez Fernández, M. 1954. *Bartolomé de Las Casas 1474-1566.* Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Hariot, T. 1904 [1590]. "A briefe and true report of the new found land of Virginia: of the commodities there found, and to be raised, aswell merchantable as others", en Hakluyt, R. (ed.), *The Principal Navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation,* vol. VIII, Glasgow, James MacLehose and Sons.

Hartog, F. 2003. *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro.* Buenos Aires, FCE.

Hazard, P. 1958a. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII.* Madrid, Guadarrama.

———. 1958b. *La crisis de la conciencia europea 1680-1715*. Madrid, Guadarrama.

———. 1988. *La crisis de la conciencia europea 1680-1715*. Madrid, Alianza.

Heller, A. 1987. *Crítica de la Ilustración*. Barcelona, Península.

———. 1994. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.

Hemming, J. 1990. "Los indios del Brasil en el 1500", en Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina,* tomo I. Barcelona, Crítica.

Hidalgo, J. 1990. "Los indios de América del Sur Meridional a mediados del siglo XVI", en Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina,* tomo I. Barcelona, Crítica.

Hill, C. 1994. *The English Bible and the Seventeenth-Century Revolution*. Londres, Penguin Books.

Hoxie, F. (ed.). 1996. *Encyclopedia of North American Indians*. Boston/Nueva York, Houghton Mifflin Company.

Iliffe, R. 2003. "Science and voyages of discovery", en Porter, R. (dir.). *The Cambridge History of Science: Eighteenth-Century Science*. Cambridge University Press.

Im Hoff, U. 1993. *La Europa de la Ilustración*. Barcelona, Crítica.

Izzo, C. 1971. *La literatura norteamericana*. Buenos Aires, Losada.

Jones, E. L. 1990. *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*. Madrid, Alianza.

Johnson, S. 1759 [1835]. *Rasselas. Prince of Abyssinia*. París, Baudry.

Jones, H. M. 1964. *Este extraño Nuevo Mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*. México, Unión Tipográfica Editorial Hispana.

Knivet, A. 1906 [1625]. "The admirable Aventures and strange Fortune of Master Anthony Knivet, which went with Master Thomas Candish in his second Voyage to the South Sea, 1591", en Purchas, S. *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrims, Contayning a History of the World in Sea and Lande Travells by Englishmen and Others,* by..., vol. XVI. Glasgow, James Mac Lehose and Sons, Publishers to the University.

———. 1947. *Vária fortuna e estranhos fados de Anthoy Kinvet*. Versâo do original inglés por Guiomar de Carvalho Franco. Con anotações e referéncias de Francisco de Asis Carvalho Franco. San Pablo, Editora Brasiliense Limitada.

Kriedte, P. 1994. *Feudalismo tardío y capital mercantil*. Barcelona, Crítica.

Kristeller, P. O. 1980. "El territorio Humanista", en Rico, F. *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona, Crítica, vol. 2.

———. 1982. *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México, FCE.

Kupperman, K. O. 1977. "English Perceptions of Treachery, 1583-1640: The Case of the American 'Savages'", *The Historical Journal*, vol. 20, n º 2, junio.

———. 1979. "Apathy and Death in Early Jamestown", *The Journal of American History*, vol. 66, nº 1, junio.

———. 1984. *Roanoke, the Abandoned Colony*. Maryland, Rowman & Allanheld.

———. (ed.). 1993. *Major Problem in American Colonial History*. Massachusetts, D. C. Heath & Co.

———. 2000. *Indians & English. Facing off in Early America*. Ithaca, Cornell University Press.

Lafaye, J. 1984. *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades iberoamericanas*. México, FCE.

Laue, R. 1904 [1586]. "An account of the particularities of the imployements of the English men left in Virginia...", en Hakluyt, R. (ed.). *Principal navigations, Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation*, vol. VIII. Glasgow, James MacLehose an Sons.

Lauter, P. (ed.). 1994. *The Heath Anthology of American Literature*, vol. I. Lexington, Massachusetts, D. C. Heath and Company.

Leonard, I. A. 1953. *Los libros del conquistador*. México, FCE.

Levene, R. 1924. *Introducción a la Historia del Derecho Indiano*. Buenos Aires, Valerio Abeledo.

Levillier, R. 1951. "Introducción", en Vespucio, A. *El Mundo Nuevo*. Buenos Aires, Nova.

Lienhard, M. 1993. "Marginalización de las literaturas orales", en Pizarro, A. (comp.). *A situação colonial*. San Pablo, Memorial-Campinas-UNICAMP.

Linebaugh, P. y Rediker, M. 2000. *The Many-Headed Hydra*. Boston, Bacon Press.

———. 2005. *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona, Crítica.

López Palmero, M. 2008. "La tempestad del Renacimiento. Shakespeare y la experiencia colonial del Renacimiento tardío", *Modernidades*, Revista electrónica de la Universidad Nacional de Córdoba, año IV, n° 8, agosto.

Lorandi, A. M. 2002. *Ni ley, ni Rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el Virreinato del Perú, siglos XVI y XVII*. Barcelona, Gedisa-UBA.

Lynch, J. 1975. *España bajo los Austria. 2 España y América (1598-1700)*. Barcelona Península.

Macleod, M. 1990. "España y América: el comercio atlántico, 1492-1720", en Bethel, L. (ed.). *Historia de América Latina 2: América Latina colonial. Europa y América en los XVI, XVII y XVIII*. Barcelona, Crítica.

Marcucci, E. (ed.). 1855. *Lettere edite e inedite di Filippo Sassetti*. Florencia, Felice Le Monnier.

Matsumori, N. 2005. *Civilización y barbarie. Los asuntos de Indias y el pensamiento político moderno (1492-1560)*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Mauzi, R. 1979. *L'idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIIIe siècle*. París, Slatkine.

Mauzi, R. y Menant, S. 1977. *Le XVIIIè siècle (1750-1778)*. París, Arthaud.

Mercadante Sela, E. M. 2008. *Modos de ser, modos de ver. Viajantes europeus e escravos africanos no Rio de Janeiro (1808-1850)*. Campinas, Editora de Unicamp.

Mignolo, W. 1992. "Cartas, crónica y relaciones del descubrimiento y la conquista", en Madrigal, L. I. (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Cátedra, tomo I.

———. 2000. *Local Histories/Global Designs. Coloniaty, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press.

Monteiro, J. M. 1992. "Os guaraní e a Histórica do Brasil Meridional. Séculos XVI-XVII", en A.A.V.V. *História dos*

indios no Brasil. San Pablo, Fundação de amparo a pesquisa do Estado de São Paulo-Companhia das Letras, Secretaria Municipal de Cultura.

Moore, B. 1991. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Madrid, Península.

Moreau, P.-F. 1986. *La Utopía: Derecho natural y novela del Estado*. Buenos Aires, Hachette.

Morgan, E. S. 1971. "The Labor Problem at Jamestown, 1607-18", *The American Historical Review*, vol. 76, nº 3, junio.

———. 1975. *American Slavery, American Freedom. The Ordeal of Colonial Virginia*. Nueva York, Norton & Company.

———. 2009. *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Moro, T. 1955 [1516]. *Utopía*. Barcelona, Fama.

Nash, G. B. 1972. "The Image of the Indian in the Southern Colonial Mind", *The William and Mary Quarterly*, vol. 29, nº 2, abril.

Necker, L. 1983. "La reacción de los guaraníes frente a la conquista española del Paraguay. Movimientos de resistencia indígena", *Suplemento Antropológico*, vol. XVIII, n° 1. Asunción, Universidad Católica.

Noble, D. F. 1999. *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de la invención*. Barcelona, Paidós.

Núñez Cabeza de Vaca, Á. 1942 [1555]. *Naufragios y Comentarios. Con dos cartas*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe.

O´Gorman, E. 1979. *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI*. México, SEP/Diana.

———. 1999. *La invención de América*. México, FCE.

Ortwin Sauer, C. 1971. *Sixteenth Century North America*. Berkeley, University of California Press.

Padgen, A. 1997. *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Barcelona, Península.

Paredes, R. 2004. *Pasaporte a la Utopía. Literatura, individuo y modernidad en Europa (1680-1780)*. Buenos Aires, Miño y Dávila.

Parker, G. 1990. *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente*. Barcelona, Crítica.

Parry, J. H. 1989. *El descubrimiento del mar*. Barcelona, Crítica.

Pastor, B. 1983. *Discurso narrativo de la conquista americana*. La Habana, Casa de las Américas.

Penhos, M. 2005. *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Percy, G. 1910. "Observations gathered out of 'A discourse of the Plantation of the Southerne Colonie in Virginia', by the English, 1606", en Arber, E. (ed.), *Travels and Works of Captain John Smith*, 2 vols. Edimburgo, John Grant.

Pereda, F. (ed.). 2005. *El renacimiento del paganismo. Aportaciones a la historia cultural del Renacimiento europeo*. Madrid, Alianza.

Pernety, D. 1770a. *Dissertation sur l´Amérique et les Américains contre les recherches philosophiques de Mr. de P*. Berlín.

———. 1770b. *Histoire d´un voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 et 1764, avec des observations sur le detroit de Magellan, et sur les patagons* par D. Pernetty, Abbé de l'abbaye de Burgel, membre de l'Académie Royale des Sciences et Belles-lettres de Prusse, associé correspondant de celle de Florence, et Bibliothécaire de Sa Majesté le Roi

de Prusse. Nouvelle Édition. Refondue et augmentée de'une Discours Préliminaire, des Remarques sur l'Histoire Naturelle, etc. À Paris, chez Saillant et Nyon, Librairies, rue Saint-Jean-de-Beauvais, Delailain Libraire, rue à côté de la Comédie François. Avec approbation et privilege du Roi.

Perusset, M. 2007. "Un aproximación a los procesos de etnogénesis en el Paraguay colonial", *Suplemento Antropológico*, vol. XIX, n° 1. Asunción, Universidad Católica.

Pimentel, J. 2000. "The Iberian Vision: Science and Empire in the framework of a Universal Monarchy, 1500-1800", en Mc Leod, R. *Nature and Empire. Science and the Colonial Enterprise*. Nueva York, Cornell University.

Pizarro, A. 1993. "Palabra, literatura y cultura en las formaciones discursivas coloniales", en Pizarro, A. (comp.). *A situação colonial*. San Pablo, Campinas-UNICAMP.

Pranzetti, L. 1993. "El naufragio como metáfora", en Glantz, M. (coord.). *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*. Buenos Aires, Grijalbo.

Pratt, M. L. 1992. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

———. 1997. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

Pupo-Walker, E. (ed.). 1992. *Los naufragios*. Madrid, Castaglia.

———. (ed.). 1993. "Notas para la caracterización de un texto seminal: Los Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Glantz, M. (coord.). *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*. Buenos Aires, Grijalbo.

Purchas, S. (ed.). 1906. *Hakluytus Poshumus or Purchas his Pilgrimes Contayning a History of the World in Sea Voyages and*

Lande Travells by Englishmen and Others, vol. XVIII. Glasgow, James McLehose and Sons.

Quarleri, L. 2008. *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata*. Buenos Aires, FCE.

Quinn, D. B. 1978. *North America from Earliest Discovery to First Settlements. The Norse Voyages to 1612*. Nueva York, Harper & Row.

Rediker, M. 1987. *Between the Devil and the Feep Blue Sea. Merchant, seamen and the anglo-american maritime World*. Cambridge, Cambridge University Press.

Rico, F. 1993. *El sueño del Humanismo (de Petrarca a Erasmo)*. Madrid, Alianza.

Ringrose, B. 1685. "Journal", en *History of the Bucaneers*, vol. II. Londres, William Crooke.

Roulet, F. 1993. *La resistencia de los guaraníes del Paraguay y la conquista española (1537-1556)*. Posadas, Editorial Universitaria-Universidad de Posadas.

Salas, A. 1960. *Crónica florida del mestizaje de las Indias. Siglo XVI*. Buenos Aires, Losada.

Sauer, C. O. 1971. *Sixteenth Century North America*. Berkeley, University of California Press.

Schmuziger Carvalho, S. 1992. "Chaco: Ecruzilhada de povos e '*melting pot*' cutural. Sus relações com a bacia do Pananá e Sul mato-grossense", en A.A.V.V., *História dos indios no Brasil*. San Pablo, Fundação de amparo a pesquisa do estado de São Paulo, Companhia das letras, Secretaria Municipal de Cultura.

Shelvocke, G. A. 2003 [1726]. *Un viaje alrededor del mundo por la ruta del Gran Mar del Sur*. Paredes, R. (trad.). Buenos Aires, EUdeBA. Edición original: *A Voyage round the World by the*

Way of the Great South Sea, Performed in the Years 1719, 20, 21, 22 in the Speedwell *of London, of 24 Guns and 100 Men (under his Majesty Comission to cruize of the Spaniards in the late War with the Spanish Crown) till she was cast away on the Island Juan Fernándes, in May 1720, and afterwards continued in the Recovery, the Jesús María, and the Sacra Familia, etc. By capt.… Commander of the* Speedwell*, the Recovery, etc. in this Expedition*. Londres, Printed by J. Senex and the Globe, against Saint Dunstan's Church; W. and J. Innys, at the Prince Arms and Saint Paul's Church-yard, and J. Osborn, and T. Longman, at the Ship in Pater-Noster Row.

Shirley, J. W. (ed.). 1974. *Thomas Hariot, Renaissance Scientist*. Oxford, Clarendon Press.

Silverberg, R. 1997. *The Longest Voyage. Circunnavigations in the Age of the Discovery*. Athens, Ohio University Press.

Smith, J. 1907 [1624]. *The Generall Historie of Virginia, New England & The Summer Isles. Together with The True Travels, Adventures and Observations, and A Sea Grammar*, vol. I. Nueva York, Mcmillan Co.

——. 1910 [1624]. "Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles", en Arber, E. (ed.). *Travels and Works of Captain John Smith*, 2 vols. Edinburgo, John Grant.

Speake, J. (ed.). 2003. *Literature of Travel and Exploration. An encyclopedia*. Londres, Routlege.

Stephen, L. y Lee. S. (eds.). 1968. *The Dictionary of National Biography. Founded en 1882 by George Smith*. From the Earliest Times to 1900, vol. XVII: Published since 1917 by the Oxford University Press.

Strachey, W. [1612] 1844. "Lawes Divine, Morall and Martial, &c." [1612], en Force, P. (comp.). 1844. *Tracts and Other*

Papers, Origin, Settlement and Progress of the Colonies in North America, vol. III. Washington, WM. Q. Force.

———. 1906. "A true repertory…", en Purchas, S. (ed.). *Hakluytus Poshumus…*, *op. cit.*, vol. XIX. Glasgow, James MacLehose and Sons.

Susnik, B. 1982. *El rol de los indígenas en la formación y en la vivencia del Paraguay,* tomo I. Asunción, Instituto Paraguayo de Estudios Nacionales.

Swift, J. 1986 [1726]. *Gulliver's Travels*, edited with an Introduction by Paul Turner. Oxford, Oxford University Press.

Todorov, T. 1999. *La conquista de América. El problema del otro.* México, Siglo XXI.

Vaughan, A. T. 1975. *American Genesis. Captain John Smith and the Founding of Virginia*. Nueva York, Harper Collins.

———. 1989. "The Origins Debate: Slavery and Racism in Seventeenth-Century Virginia", *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 97, n° 3, julio.

———. 1995. *Roots of American Racism, Essays on the Colonial Experience*. Nueva York, Oxford University Press.

Wafer, W. 1699. *A New Voyage and Description of the Isthmus of America giving an Account of the Author's Abode there... the Indians inhabitants, the features, complexion... their manners customs,employments, mariages, feats, hunting, computation, languages*. Londres. James Knapton.

Wallerstein, I. 1974. *The Modern World System. Capitalist agriculture and the Origins of the european World Economy in the sixteenth Century*. Nueva York, Academic Press.

———. 1987. *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI.* México, Siglo XXI, 4ta. ed.

Warburg, A. 1966. *La Rinascita del Paganesimo Antico. Contributi alla Storia della Cultura*. Florencia, La Nuova Italia.

———. 2005. "La última voluntad de Francesco Sassetti", en Pereda, F. (ed.). *El renacimiento del paganismo*. Madrid, Alianza.

White, J. 1905. "The fourth voyage into Virginia with three ships, on the yere 1587. Wherein was transported the second Colonie", en Hakluyt, R. (ed.), *Principal Navigations… Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation*, cap VIII, Glasgow, James MacLehose and Sons.

Wolf, E. 1982. *Europe and the People without History*. California, Berkeley University Press.

———. 1987. *Europa y la gente sin historia*. México, FCE.

Woodward, C. 2007. *The Republic of Pyrates. Being the true and Surprising Stories of the Caribbean Pirates and the Man Who Brought Them Down*. Harcourt.

———. 2008. *La República de los Piratas. La verdadera historia de los piratas del Caribe*. Barcelona, Crítica.

Zea, L. (comp.). 1991. *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*. México, FCE.

Los autores

Rogelio C. Paredes

Profesor y Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, especializado en temas de historia argentina y europea. Autor de *Origen y poder: Administración política y poder económico en Buenos Aires (1850-1910)* (1995) y de *Pasaporte a la Utopía. Literatura, individuo y modernidad en Europa (1680-1780)* (2004).

María Juliana Gandini

Profesora de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Desde el año 2008 participa junto a los demás autores del presente libro en proyectos de investigación incluidos dentro de la Programación Científica de la UBA, en los que se dedica a la investigación de los vínculos entre la literatura de viajes europea y el Humanismo renacentista. Ha presentado los avances de sus investigaciones en diversos congresos y jornadas científicas.

Malena López Palmero

Profesora de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde actualmente ejerce la docencia y además cursa sus estudios de doctorado sobre la temprana colonización de Virginia, con una beca doctoral expedida por la misma universidad. Desde el año 2008 forma parte del equipo de investigación UBACyT sobre la temática de la expansión colonial de la Europa Moderna

Carolina Martínez

licenció en la Universidad de Buenos Aires con la tesis "Utopía, invención y descubrimiento en la modernidad temprana". Actualmente es profesora en la misma universidad y se encuentra realizando un doctorado sobre utopía y ciencia moderna, para el que obtuvo la beca de doctorado otrogada por el CONICET. Junto al resto de los autores mencionados integró el proyecto UBACyT (2008-2010) "Dominio y reflexión. Viajes reales y viajes imaginarios en la modernidad temprana (siglos XV-XVIII)", que dio origen a la presente publicación.

Índice

Introducción
Dominio y reflexión, o los sutiles caminos del mestizaje **5**
Rogelio C. Paredes

Primera parte: Dominio

Naufragios culturales. Los comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a los límites americanos de la conquista **27**
María Juliana Gandini

Construyendo ultramar. Trabajo servil e intercambio intercultural en los relatos de piratas: Anthony Knivet y George Shelvocke (siglos XVI y XVIII) **63**
Rogelio C. Paredes y Carolina Martínez

El trabajo compulsivo en la temprana colonización inglesa de Virginia **83**
Malena López Palmero

Naturaleza colonial y experiencia bucanera. El conocimiento de América y los aventureros ingleses (1650-1700) **103**
Rogelio C. Paredes

Segunda parte: Reflexión

Filippo Sassetti y el Renacimiento en la India 129
María Juliana Gandini

De la virtud a la barbarie. Discursos y experiencias en los orígenes de la colonización de Virginia (1584-1622) 157
Malena López Palmero

En torno a la idea de Naturaleza en el siglo XVIII. El impacto que el descubrimiento del Nuevo Mundo ejerció sobre ella 187
Carolina Martínez

Utopía, alteridad y felicidad en el proyecto ilustrado *El Supplément au voyage de Bougainville* de Denis Diderot como expresión misma de las máximas de la Ilustración 215
Carolina Martínez

Bibliografía 247

Los autores 267